

772

DAD A

5

CIÓN C

Aicardo

DE LITERATURA
CONTEMPORANEA

PQ6072

A5

1905

c.1

010392

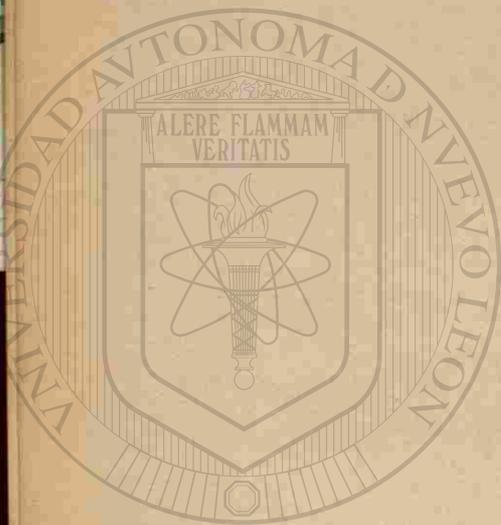


1080021954



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

E
HEME



DE LITERATURA CONTEMPORÁNEA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

9/0 1804
J. M. AICARDO, S. J.

De literatura

contemporánea

(1901-1905)

Segunda edición aumentada.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

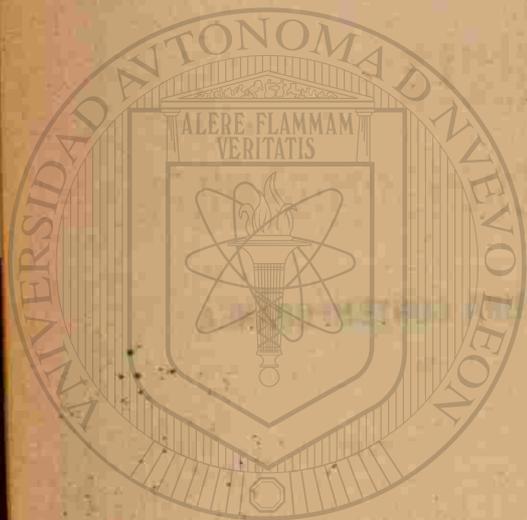
MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1905

46669

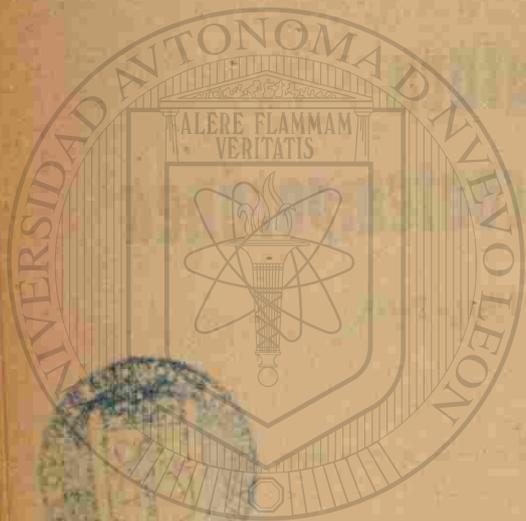
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tolosa



PO 6072

A5

1905



FONDO EMETERIO
VÁLVERDE Y TELLEZ

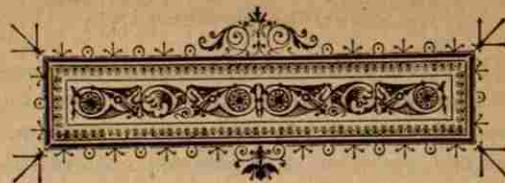
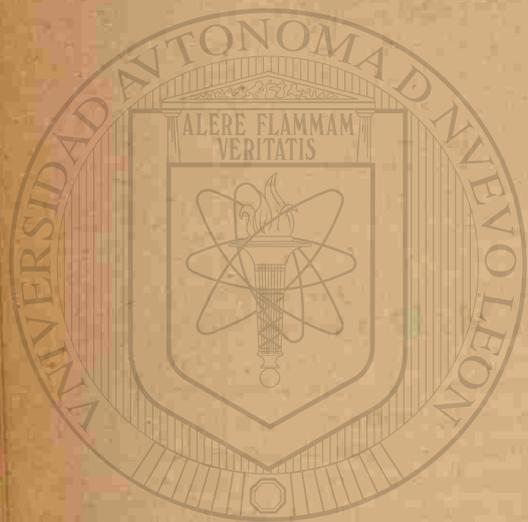
A. M. D. G.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

010392



A. M. D. G.

He aquí el mejor saludo y el más jesuita que puede hacer á sus lectores este librito.

Él sólo es profesión de fe, ejecutoria de origen, broquel y coraza contra enemigos tiros y salvavidas también en el posible naufragio. El servirá también de santo y seña, de imán para los amigos y de ascua candente para los enemigos, y él podrá explicar lo que haya de ininteligible, y endulzar lo que parezca acedo, y suavizar lo que semeje áspero en las páginas que van á seguir: porque todo está puesto A. M. D. G.

Este tomo es y no es una colección de los artículos que, bajo idéntico título, han ido saliendo en *Razón y Fe* durante este su primer quinquenio de 1901-1905.

Y la aparente paradoja se cae de su peso.

Fueron aquellos artículos escritos conforme lo iban reclamando los libros que, ofrecidos espontáneamente á la Redacción ó adquiridos por ella, aparecían en el público comercio literario; y por sí sólo se entiende que ni el orden cronológico es compatible por lo general con el de las ideas y materias, ni en una sucesión larga y tan interrumpida por necesarios intervalos daña al conjunto la indispensable repetición de nombres y apreciaciones, que cansa y aturde en una obrilla de pocas páginas.

Es también fuerza que á un religioso en su celda se le pase desconocido mucho de lo que al progreso ó decadencia de la literatura se refiere, por tener que aguardar á que la imprenta haya divulgado las obras que ya han sido ó condenadas ó encumbradas por otros jueces; y aun así, ni todas llegan á sus manos, ni en todas es decoroso que se hunda su pluma.

Pues ¿qué si se añade el que á un aficionado en literatura y totalmente desconocido no es justo, ni hacadero, ni siquiera posible que acudan los autores con lo suyo, ya que se manda á otros tribunales más prestigiosos y afamados?

Por ambas razones hubieron de tener aquellos artículos lagunas y omisiones muy muchas.

Al ceder, pues, ahora y deferir á la opinión de los que creen que podrá ser útil tener en un solo tomito lo que se ha desparramado en

los diez ú once grandes de *Razón y Fe*, y que los jóvenes católicos aficionados á bellas letras sacarán algún provecho de las maneras de ver la literatura contemporánea que con sinceridad y buen pecho (quiera Dios que con igual tino) se han expuesto en tiempo tan largo, se ha hecho preciso añadir algo, cercenar no menos y mudar en casi todo el orden primitivo.

Con lo cual resulta que son y no son estos artículos los que ya tuvieron el título general, que no ha sido cambiado.

¿Ha quedado con estas variaciones un libro donde se pueda hallar la historia literaria de estos primeros años del siglo xx?

Ni por asomo.

Por muchas razones que he apuntado y por otras que paso en silencio, tengo la empresa por superior, muy superior á mis fuerzas.

Bástele á esta colección ser como un muestrario, y para eso tener de todo, algo de todo: de literatura crítica, de literatura novelesca, de predicación, de poesía lírica, de dramática; algo de literatura regional, de literatura catalana, de literatura gallega (siento que sea tan poco), y hasta algunos, menos aún, escritos de autores ultramarinos y hasta dos palabras finales de literatura modernista.

Pero todo ello es un esbozo, una insinuación, un atisbo.

Lo único que deseo que en todas las páginas

se vea es la realización de las cuatro letras que encabezan este saludo, y que, traducidas y acomodadas, signifiquen que también la crítica literaria sea un arma en pro de la moral, de la Iglesia, de Jesucristo.

En esto se debe ser del todo inflexible.

En lo demás, en las frases, períodos y palabras, cabe gran indulgencia, que, podremos decir con Horacio:

Petimusque damusque vicissim.

En esto, como en otras cosas, nuestros adversarios nos dan ejemplos muy aprovechables y provechosos, porque siempre será verdad que ellos, «los hijos de las tinieblas, son más prudentes que los de la luz».

Sea, pues, la crítica literaria para gloria de Dios.

A. M. D. G.

DE CRÍTICOS Y DE CRÍTICA

PORQUÉ DE ESTOS ARTÍCULOS.—Críticos jesuitas.

I. DIVERSOS CRÍTICOS.—Críticos bibliográficos.—Crítica gramatical.—Críticos modernistas.—Amor de lo extravagante: sus causas.—Aristocracia crítica: escuela moratiniana, é ilustres seguidores de ella: caracteres que le asigna H. Taine y Valera.—Escepticismo literario.—Pasión en el criticar.—Gusto literario en los momentos críticos de la sociedad.—Zola, Gourmand.—Á la crítica serena nos lleva el raciocinio y las tradiciones literarias españolas.

II. BREVE EXAMEN DE LA CRÍTICA JUSTA.—¿Qué es el crítico? Cómo no ha de ser ni censor, ni panegirista.—Código del crítico.—Lo bello artístico puede expresarse por el *splendor veri* platónico.—Belleza corpórea intelectual y divina.—Ambito de cada una.—Forma que á cada una corresponde.—Examen de defectos.—En qué yerra y en qué acierta Taine al explicar estas ideas.—Herrera, Lope de Vega.—Lo mismo dicen todas las escuelas críticas.—Sentimiento popular de España.

se vea es la realización de las cuatro letras que encabezan este saludo, y que, traducidas y acomodadas, signifiquen que también la crítica literaria sea un arma en pro de la moral, de la Iglesia, de Jesucristo.

En esto se debe ser del todo inflexible.

En lo demás, en las frases, períodos y palabras, cabe gran indulgencia, que, podremos decir con Horacio:

Petimusque damusque vicissim.

En esto, como en otras cosas, nuestros adversarios nos dan ejemplos muy aprovechables y provechosos, porque siempre será verdad que ellos, «los hijos de las tinieblas, son más prudentes que los de la luz».

Sea, pues, la crítica literaria para gloria de Dios.

A. M. D. G.

DE CRÍTICOS Y DE CRÍTICA

PORQUÉ DE ESTOS ARTÍCULOS.—Críticos jesuitas.

I. DIVERSOS CRÍTICOS.—Críticos bibliográficos.—Crítica gramatical.—Críticos modernistas.—Amor de lo extravagante: sus causas.—Aristocracia crítica: escuela moratiniana, é ilustres seguidores de ella: caracteres que le asigna H. Taine y Valera.—Escepticismo literario.—Pasión en el criticar.—Gusto literario en los momentos críticos de la sociedad.—Zola, Gourmand.—Á la crítica serena nos lleva el raciocinio y las tradiciones literarias españolas.

II. BREVE EXAMEN DE LA CRÍTICA JUSTA.—¿Qué es el crítico? Cómo no ha de ser ni censor, ni panegirista.—Código del crítico.—Lo bello artístico puede expresarse por el *splendor veri* platónico.—Belleza corpórea intelectual y divina.—Ambito de cada una.—Forma que á cada una corresponde.—Examen de defectos.—En qué yerra y en qué acierta Taine al explicar estas ideas.—Herrera, Lope de Vega.—Lo mismo dicen todas las escuelas críticas.—Sentimiento popular de España.



HABRÁ quien opine ser la crítica literaria impropia de ingenios religiosos, cuyas dotes naturales, cualesquiera que sean, han de estar, como la plata del santuario, consagradas al culto divino?

Quien considere empero ser la crítica ariete y máquina de guerra montada contra la fe y buenas costumbres; bandera de combate que congrega bajo sus pliegues los asalariados de la impiedad y de la licencia; juez venal que adjudica coronas según la pasión le aconseja, y derriba ó eleva reputaciones al capricho de intenciones malsanas; no verá con malos ojos que haya quien desee apoderarse de esas máquinas de guerra, clavarlas é inutilizarlas para el mal, izar la bandera del bien y del arte noble y dignificador, clamar para que los premios se adjudiquen al mérito y no á la vocinglería atrevida y descocada. Se puede, pues, criticando volver por la verdad, y á eso ha ido dirigida esta sección de nuestra Revista, como toda ella, consagrada «á defender los fueros de

la razón, los derechos de Dios y de su Iglesia y el honor y la grandeza de España» (1).

Después de todo, no faltan, dentro de nuestra propia casa, modelos que imitar: el P. La Cerda comenta de una vez para siempre á Virgilio; el P. Idiáquez, con los Padres de Villagarcía, trabajan porque la cultura clásica sea fácil, asequible y deleitable, inventando ellos las versiones yuxtalineares; el P. Arteaga reivindica las generosas libertades técnicas del Teatro español; el P. José Alcázar esboza un arte poética española, fundada en nuestros clásicos modelos; los PP. Andrés y Lampillas alzan su valerosa voz en el destierro y la cautividad para volver por los fueros de la literatura española, á quien, más que los escrúpulos de buen gusto, guerreaban las pasiones de secta, y Eximeno procura deshacer la niebla levantada al rededor de Cervantes por un docto, mas escrupuloso comentador D. Vicente de los Ríos y Longhaye y después Baumgartner, son dechados bien manifiestos de críticos; y todos prueban muy claro cuánto se pudo hacer frente á frente de Arnaldo y de Boileau, de Voltaire y de Moratín, de Goethe y de Zola en favor de la causa de la belleza, de la verdad y del bien, que es la de Dios, con las armas de la filosofía

(1) *Razón y Fe*, t. I, pág. 4.

católica aplicada á la literatura; esto es, con la crítica literaria.

I

Con el cultivo, que hoy se hace muy esmerado, de la crítica, se han multiplicado los frutos de estos estudios, que los hay variados y abundantes en innumerables criterios y maneras de ver.

Criterios de palabras y de ideas, criterios de antiguallas literarias y de lujuriosas novedades, criterios de grandezas monumentales y de figurillas y figuilillas poéticas y de puro adorno. Por eso el lector tendrá curiosidad de conocer el que aquí habrá de legislar, y por eso estará justificado indicar algo sobre ello, y hacer ver, mediante una sencilla inducción, que al paso que el arte de la crítica va haciéndose más filosófico, al paso que va rompiendo el matador exclusivismo, ensanchando sus fronteras, teniendo en cuenta más datos; en una palabra, al paso que va ilustrándose más, va también haciéndose más español, más católico, más nuestro.

Explicado así el pensamiento de esta como introducción, encontrará gracia entre los doctos, y me sufrirán que lo exponga con franqueza tanto mayor, cuanto que, desprovisto de autoridad, no llevará á los entendimientos más

persuasión que la producida por los argumentos en que se apoye. Tal vez el sentido estético y la crítica juiciosa esté de parte de los que han hablado antes; lo que no estará exclusivamente con ellos será el leal amor á la verdad y el deseo sincero de contribuir con su cornado al triunfo y engrandecimiento de la crítica racional, castiza y cristiana.

* * *

Hay que empezar, pues, desbrozando el campo; es decir, prescindiendo de esa turba-multa de críticos, que no son más que la prolongación del público y la mosquetería encaramada en las columnas de los diarios de gran circulación. Jóvenes avispados ayer en la Universidad, empuñan hoy la pluma y la palmeta, y á éste quiero, á éste no quiero, van decretando honores ó palmetazos, según el aura popular, su pasión ó la *malesuada fames* les sugiere, sin cuidarse poco ni mucho de que encaramame

Su lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera,

ó de que pongan por los suelos reputaciones
que los siglos han cimentado y que el unánime

asentimiento de los sabios tiene por muy legítimas. Para ellos, cuando son modernistas, nada hay como lo contemporáneo: Homero es vulgar, Píndaro frío, Calderón ridículo y Lope de Vega un niño de escuela si se comparan con Renán y Zola, con Pablo Verlain y con el Conde de Tolstoí. Si, en cambio, priva el clasicismo, entonces hoy día no se escribe nada digno de leerse, aunque ellos mascullen mal el latín de la *Historia Sagrada* de Lhomond.

Y de éstos basta: sólo queremos poner en guardia á nuestros lectores contra esa crítica menuda, género tan abundante, que dice con razón de él un escritor: «Si resucitara Molière en estos tiempos de análisis, que dicen los filósofos cursis, no necesitaría consultar con su criada el mérito de sus obras, como es fama que hacía muchas veces..... Los Molière del día, si hay alguno hoy, que lo dudo, encuentran donde quiera sin buscarla á la ignorancia, que pronuncia su veredicto sobre cuanto hay de divino y de humano, y se queda tan fresca» (1).

Y delante de todas, va la crítica bibliográfica.

Es cultivada por obreros infatigables y modestos, que exhuman diariamente cuanto hacinado encuentran en polvorientos archivos.

(1) *Solos de Clarín*, pág. 20.

La lección dudosa, la palabra roída por los ejecutores del tiempo, las variantes halladas en diferentes códices, ó nacionales ó extranjeros, agotan á veces su prodigiosa laboriosidad. Éstos preparan el camino de la crítica literaria, pero sería de desear que la llevaran en su alma y que ella dirigiera sus manos para elegir las obras que han de editarse. Porque abrir el camino á la verdadera crítica literaria que ha de tener por objetivo reconstruir, digo mal, construir de planta, escribir de nuevo nuestra historia literaria, amontonar los materiales que puedan servir á los que acometan tamaña empresa, es obra por completo laudable, y que exige talento, sagacidad, fortuna, y, sobre todo, inexpugnable paciencia, para luchar con los ejecutores del tiempo, con sus aliados naturales la ignorancia, la incuria, y aun las ofensas de los plomos de imprenta, y con el desdén y la frialdad natural con que muchos reciben estos trabajos. Pero hay en ella peligro manifiesto, si el bibliófilo busca la satisfacción de su curiosidad con preferencia á la utilidad común; si el papel raro ocupa el lugar de honor que corresponde al documento fehaciente de aquellas obras que fueron las características de nuestra cultura literaria, ó si la atención bibliográfica se emplea en exhumar otras que, de puro entretenimiento, constituyeron un deporte de nuestra raza, pero

no el género por ella hasta el delirio preferido.

Elogios merece el Sr. D. Emilio Cotarelo, cuyos méritos para con la vieja literatura castellana le han abierto las puertas de la Academia, y el francés R. Toulché-Delbosc, editor de la *Bibliotheca hispanica*, que con gran esmero y selección va reproduciendo obras ignoradas antiguas. La *Colección de Autos, Farsas y Coloquios del siglo XVI*, trabajada por M. Leo Rouanet, era indispensable. Por fin, la monumental edición de Lope de Vega, costeada por la Española, trabajada por quien mejor ó únicamente podía hacerlo, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y que cuenta con trece volúmenes, no merece sino incondicional alabanza.

* * *

Síguense ya de los críticos literarios. Y ¿quién podrá decir de todos, ni aun de todos los españoles? Bastará indicar las tendencias generales de la crítica en nuestros días, clasificando para proceder con claridad, las doctrinas más bien que los escritores. ¿Quién no sabe la soberana variedad que es nota característica de muchos críticos? Pocos ejercitan su férula con regularidad matemática, y no hay código que sufra más interpretaciones que el del buen gusto.

Hay, pues, una crítica que pudiera apellidarse *gramatical*. Hombres, los que la siguen, de criterio estrecho, ven ó afectan ver solamente la corteza exterior de la obra artística, la palabra, y encierran en los preceptos gramaticales todos los resortes de expresar la belleza. Un barbarismo les crispa los nervios, un solecismo les agria el corazón, el roce de dos consonantes ásperas les raja el oído, y la estima de estas cualidades de pormenor de tal suerte les obsesiona, que su falta les arranca el libro de las manos y les ciega para la belleza de conjunto, para la hermosura del ideal, para todo. Raza de ceñudos, descendientes por línea recta de Hermosilla, apenas si llegan á buenos humanistas.

Las célebres notas al *Quijote*, de Clemencín; el *Diccionario de galicismos*, de Baralt; la *Historia de la literatura*, del estrechísimo Ticknor; la *Prosodia castellana*, con su famoso *Hospital de versos incurables*, de D. Eduardo Benot, y, no digamos, el asombroso *Arte de hablar y escribir*, de Hermosilla, y, por fin, los montones de cascote literario que con tanta abnegación propia, como regocijo ajeno, va recogiendo el popular *Venancio González*, ofrecen innumerables ejemplos de esta clase.

Por exageración de este criterio han cristalizado en numerosos tratados de eso que se llama *Literatura preceptiva*, como ejemplos

típicos, reparos de esta laya, v. gr., sobre las concordancias viciosas y construcciones obscuras del *Quijote*, sobre los *ripios* de Fr. Luis de León y los *solecismos* de Fernando de Herrera; reparos que halagarán, ¿quién lo duda?, la infantil petulancia de los principiantes, viéndose hechos jueces de los maestros del habla castellana; que no indican sino perfecciones á que una lengua primeriza ó una prosodia métrica incipiente no llegaba; que son indicios de la limitación humana, pero que no rebajan el esplendor de aquellos luminares mayores; ó que á veces no son faltas, sino de los cajistas y copiantes torpes, y otros son giros exquisitos, gala, libertad y fueros del antiguo castellano, locuciones clásicas perdidas hoy con menoscabo de la elocuencia y de la lengua.

Y aun en el caso de que sean verdaderas faltas, detenerse morosos en ellas es lo mismo — como dice preciosamente D. Juan Valera — que ponerse á considerar la Venus de Milo con un vidrio de aumento, deplorando las asperezas y sinuosidades del mármol y prefiriendo el barniz, la lisura y el pulimento de una muñequita de porcelana.

Más elevada es la idolatría de la forma de otros críticos que se llaman á sí mismos *modernistas*. Tienen siempre en los labios el deseo de «romper convencionalismos», de «no coar-

tar los vuelos de la fantasía», de ser nuevos y admirables, y vacíos de ideas ponen su empeño todo en ahuecar violentamente la forma exterior; no son grandes, sino hinchados. Para ellos clavetear las cláusulas con voces raras, sesquipedales y un tanto cuanto científicas y extranjeras; describir por dar á conocer no sus ideas, sino su palabrería técnica, sus imágenes rebuscadas; decir que una voz es «mezcla de hachazo y de lanzada», que «un pueblo se europeiza», que hay «hombres telegráficos, telefónicos y telepáticos», que una «nación abre sus ventanas para civilizarse», que «un crepúsculo es opalescente» y unos «besos rojos», y «una mirada en *si bemol*», es realizar en literatura las hazañas de Hércules.

Recomendamos á estos críticos el siguiente párrafo hallado en un periódico, de esos que por obligación y no por gusto se han de leer, y digan por su vida si hay modo más *modernista* de decir la vulgaridad de que el otoño empieza:

«Las últimas palpitations estivales se bañan en apacible frescor. Quiébrase por cien partes la letárgica quietud del verano y las roturas dan paso á lumínicos chorros (?) de vida espiritual. Las abrasadas calles, dormidas largas semanas bajo las áureas caricias del fuego celeste, soportan otra vez en las tardes blancas (*sic*) el desfile irregular de la diseminada multitud, de los holgazanes, de los hacendosos, de los risueños y los dolientes..... Recuperan los mendigos su audacia *primaveriza* y se apos-

tan con calculada desigualdad á lo largo de todos los caminos de la villa. Acomóndanse otra vez los andrajosos en las escalinatas de los monumentos *que las tienen* (¡naturalmente!) y se enraciman.....» Y por fin: «Una ráfaga de viento, cargada de balsámica frescura, se levanta con efímera existencia mientras agoniza el crepúsculo vespertino entre irisados temblores. Otoño pasa.»

Sólo puede competir con *eso, esto otro* que copiamos de un libro bien impreso:

«Se marcaron entre los poetas (del siglo XIX) dos tendencias suicidas: una, la de los que pusieron sus ideas y sentimientos en contraposición á los del siglo.»

Esto será una vulgaridad liberal, pero está dicho con cierta sencillez; arrepentido de ella, añade el autor entre culinario y fisiólogo:

«Caracteres de una pieza que murieron de inanición por asco á los guisos de la moderna cocina y cuya autopsia descubrió un jugo gástrico de primer orden, que había preferido atacar las propias paredes de la cavidad que lo contenía, antes de ejercer sobre ningún alimento extraño su extraordinaria potencia digestiva.»

Se impone cortar la alegoría.

Y deplorar que en España se escriba y se imprima, y se lea y se alabe esa retórica desequilibrada y ese gongorismo de baja estofa.

Por una maravilla, estoy por decir, natural, llegamos á otros críticos que protestan contra la retórica, la denigran, se burlan de los escritores afectados que la cultivan, y, bien mira-

dos, no son ellos sino críticos *modernistas*. La diferencia entre éstos y aquéllos es accidental; aquéllos llevan la afectación y el modernismo á las palabras, éstos á los demás resortes de expresión. Si alaban una elocuencia, será la elocuencia altisonante y deslumbradora de Castelar; si una novela, será la novela falseada de puro *realista*, que tiene por su representante á Zola; si un drama, será el efectista y exagerado, con caracteres cuales nadie ha visto, hombres-tesis cuya vida es una fatídica casualidad y una descorazonadora y horrible condenación: dramas, por citar alguno, como *Juan José, El nudo gordiano* ó *El loco Dios*. La admiración con que hasta los últimos años de su vida habló Leopoldo Alas del novelista Zola y del tribuno Castelar, pudo estar producida, yo no lo decidiré, por esa falsa crítica, panegirista de lo deslumbrante, más que de lo verdadero. El corrompido gusto de muchos hermanos nuestros americanos, las poesías de Rubén Darío, las *Academias* del Sr. Reyelles y tantos otros escritos á este tenor y según esta pauta brotan de este tan envenenado manantial.

Escudriñando las causas de toda esta crítica se hallan varias: una, el deseo de romper con lo convencional sin respetar el sentido común, quiere ser original y es irrespetuosa con las leyes consagradas por las civilizaciones artísti-

cas; otra, la imitación de los parisienses, en quienes, más que en ningunos otros, se nota el empeño de lo inaudito, de lo extravagante y de lo raro.

Y si ahondamos más aún hallaremos otra. Este gusto y esta crítica es igual á la de aquel Fusco, de quien dice Séneca el retórico:

«Es el estilo de Fusco (1) deslumbrador, pero oscuro y dificultoso; su ornato rebuscado por extremo; la unión y colocación de las palabras, muelle y afeminada más de lo que un ánimo varonil puede soportar..... *Splendida oratio et magis lasciva, quam laeta*. Discurso y estilo deslumbrador, más bien voluptuoso que agradable, sin fuerza oratoria y desprovisto de aquel vigor y como espada aguda de la elocuencia, *deerat illi oratorium robur et ille pugnatorius mucro*. Y el estoico preceptista asignaba la causa de este gusto corrompido y afectado. *Nihil enim est ingeniis tam mortiferum, quam luxuria.*»

* * *

Los contrastes tienen su razón de ser. Y por eso cuadra aquí hablar de la que pudiéramos llamar *aristocracia* de la crítica. Erigida en escuela por D. Leandro de Moratín, ha logrado grandísima autoridad. No se roza con el vulgo de los escritores desaliñados é incultos; ama los estrados académicos y la quietud y retiro de los museos; goza con la forma, no con la menuda de los gramáticos, que des-

(1) Séneca, *Controv.*, lib. II.

tima sin despreciarla, sino con la más elevada, amena, tersa y gallarda, severa en líneas, parca en adornos, y que vive en los mansos resplandores de una ática elegancia. Los modelos griegos y latinos son su continuo estudio, y su trato diríase que era en las faldas del Parnaso, cogiendo sus flores y gozando las caricias de las Musas y las Gracias, pues aunque admira los esplendores del genio, parece que se detiene con más deleite en Virgilio que en Homero, en Moreto que en Calderón, más que en Granada en Cervantes. Cervantes es para ella el perdurable modelo, y jamás hablando de él puede ocultar su vivísimo entusiasmo. H. Taine la describe en el pasaje siguiente:

«El clásico, dice, no sabe *ver* (1). Siempre comedido y razonable, trabaja, sobre todo, en ordenar y proporcionar las partes. Tiene sus reglas á mano y las esgrime en cualquier caso. No se remonta jamás á la fuente de lo bello como los grandes artistas, del primer vuelo, por la clarividencia y eficacia de la inspiración natural; se para en las regiones medias, entre preceptos y bajo la dirección del gusto y del sentido común..... Los clásicos puros gustan más del arreglo y del orden lúcido que de la verdad pura y de la invención valiente. Llevan siempre abierto su manual preceptivo: lo que se conforma con él tiene genio, lo que no, no. Adisson, para juzgar á Milton establece que, según las reglas del poema épico, la acción del *Paraiso* es una, completa y grande; que los caracteres

(1) (*Hist. de la littér. anglais*, t. III, página 392...., edic. II.^a, París, 1903).

son varios y de interés universal; que los afectos son naturales, propios y elevados; que el estilo es claro, variado y sublime. Ya, pues, podemos admirar á Milton; tiene el certificado de Aristóteles.»

Atraídos por su elegancia y prestigio han formado esta escuela y prestado á sus doctrinas amplitud y tolerancia nombres muy ilustres, verdaderas lumbreras del buen gusto, escritores doctos y exquisitos: Lista, Martínez de la Rosa, Nicasio, Bretón, Hartzenbusch, Marqués de Valmar, etc., etc. Y en medio de la verdad que respiran las observaciones del cultísimo Valera sobre el género patibulario actual, se percibe, como en todas sus obras, ese sibaritismo literario que describimos.

«Francamente, dice (1), yo he creído siempre y sigo creyendo, que una novela, corta ó larga, debe ser libro de pasatiempo y solaz..... Yo estoy tan chapado á la antigua, que en dicho punto sigo siendo aristotélico, sin comprender por qué ha de llamar Goncourt obra de bajo entretenimiento á la que no me exponga con su lectura, llena de negros horrores, á que mi digestión se turbe. Cosa endiablada me parece que se proponga un autor escribir novelas no para darme buenos ratos, sino malos, y que la medida que yo tenga para estimar su talento esté en razón directa del mal rato ó del pesar que me da al leerle. Tales cosas me parecen enormidades, y no sólo pugnan con toda la estética que yo había estudiado ó me había forjado, sino también con mi natural inclinación apacible, suave y algo inclinada al optimismo.»

(1) *Ecos argentinos*, pág. 82.

Bien declara esto mismo con su gráfico estilo el citado Taine:

« Los clásicos de los dos últimos siglos (XVIII y XIX) no han podido concebir al hombre sino como culto. El niño, el artista, el bárbaro, el inspirado no los han comprendido. Con más razón todas las personas que están sobre el hombre, han escapado á su entendimiento. Su mundo se reduce á la tierra, la tierra á su gabinete de estudio ó al salón académico.» En tiempos de Luis XIV, el mundo se reducía á Francia, Francia, *toute la France* (1), á la tertulia del Hôtel de Rambouillet. «Estos clásicos no llegan á sentir á Dios, ni á la naturaleza: si lo sienten es para reducir la naturaleza á un jardín y Dios á un frío vigilante. Para ellos el genio es la elocuencia; la poesía, el discurso; el drama, el diálogo..... Quieren que se les conmueva, no que se les arrastre; permiten que se les toque el corazón, mas con tal de que se les halague. Agradar razonablemente, esta es la fórmula de su literatura.»

Rasgo saliente de esta fisonomía crítica es, por lo dicho, cierto escepticismo literario, que, por lo que hace al efecto artístico, obliga por lo menos á prescindir de la verdad ó falsedad, bondad ó malicia, belleza ó deformidad del ideal y de sus relaciones con la expresión, con tal que ésta sea correcta, marmórea, escultural. Á esta tolerancia se debe, sin duda, la benignidad de los más notables críticos con el

(1) Emile Faguet, *Hist. de la Litt. français*, t. II, página 36.

pagano Goethe (1). Quien los lea apenas si adivinará el verdadero carácter de sus obras. Porque aquel hombre de desgarradas costumbres, de razón ciega para todo lo que no fuera materia, panteísta empedernido, adorador del *Gottnatur* (Dios-naturaleza), que él se forjó; escéptico, que confunde en la misma veneración al sol y á Jesucristo; sibarita refinado, entregado á los más viles placeres, lleva estos ideales á sus obras, los envuelve en una atmósfera sofocante de voluptuosidad y aun de orgía, y lo encubre todo, como aquellos sepulcros del Evangelio, con el frío mármol de una expresión clásica, pulimentada, maravillosa (2).

Consecuentemente es característica de estos críticos la predilección por lo humano y la belleza natural, con olvido, ó algo más, de la literatura sagrada. Este carácter es timidez en unos, como en Hartzzenbusch (3); brevedad y

(1) Menéndez y Pelayo, *Ideas estéticas*, siglo XIX, introducción, págs. 131-132; Valera, *Sobre el Fausto*. Obras, tomo III, págs. 265-333.

(2) Para conocer la índole, carácter y poesía de Goethe pueden verse, además de sus obras, *La Philosophie de Goethe*, por E. Caro, París, 1880, y *GOETHE, Sein Leben und seine Werke*, por J. Baumgartner, S. J., Friburgo, 1886.

(3) Véase su prólogo sobre el Teatro de Calderón.—Edición de Rivadeneyra.—*Comedias de D. Pedro Calderón de la Barca*, t. I, pág. XIV.

ligereza en otros, como en Valera (1); indecisión y frialdad en aquéllos, como en Martínez de la Rosa (2); persecución, más ó menos enmascarada, en éstos, como en ambos Moratines (3). De lo cual ha resultado que para los primeros y los mejores trabajos sobre nuestra literatura sagrada y sacramental, hemos necesitado hacernos discípulos de extranjeros y aun de protestantes. Cuán elocuentemente se queja D. Manuel Cañete de este olvido y desdén contra la poesía sagrada dramática, demostrando que nada lo puede disculpar, ni

(1) Sobre el *Fausto* de Goethe. Obras, t. III, páginas 319-329.

(2) Poética, canto VI, not. 17. Obras, t. I, páginas 470-479.—Edic. París, 1827.

(3) De D. Nicolás recuérdanse sus *Desengaños al Teatro Español*, su campaña contra los autos sacramentales, que pinta Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas*. Siglo XVIII, cap. III, vol. II, págs. 8-37.

De D. Leandro había mucho que decir. En la nota 20, á sus poesías sueltas, circunscribe el ideal sagrado casi exclusivamente á las materias del Antiguo Testamento, más humanas muchas de ellas que sacras, pues «no son abundantes los que ofrece la ley de gracia» (pág. 616, edición Rivad.). En varias ocasiones, como en la *Derrota de los pedantes* (pág. 571, edic. Rivad.), *Orígenes del Teatro Español* (pág. 191), mostró su ceño contra los Autos Sacramentales y la intervención sobrenatural; pero la hiel volteriana la reservó para destilarla abundante en las notas del Auto de Fe, particularmente en la 18, contra la devoción á la Virgen Santísima, y en la 45, por modo tan impío como repugnante (edic. Rivad., págs. 620 y 625).

«Aun poniéndose en el mismo punto de mira, en que por lo común se colocan la mayor parte de los que precedieron y siguieron á Moratín, en discurrir sobre el Teatro Español, aun reduciendo el arte á mera cuestión de forma.» «Dos son, continúa, las principales causas de la falta de imparcialidad en que críticos y preceptistas han juzgado en absoluto el drama español, y muy particularmente el místico y religioso. Una, su índole popular contraria á los cánones de la antigüedad clásica, dominantes en las escuelas de que ellos salían, y el demasiado apego al principio de imitación, para quien sólo era dable realizar belleza siguiendo las huellas de Grecia y Roma. Otra, cierto *espíritu filosófico, adverso al catolicismo*, que en el siglo pasado se infiltró, digámoslo así, hasta en nuestros escritores católicos, y para el cual la belleza de nuestro drama es una belleza salvaje, tocada de un fanatismo brutal» (1).

* * *

Y ya que hemos nombrado la pasión en el criticar, digamos dos palabras de una crítica que la tiene por única Musa inspiradora. Acierta en pasar por la forma para sorprender y apoderarse de la idea: la forma es para ella lo que debe ser, un transmisor del pensamiento, del ideal. Pero ¡qué ideales busca! Únicamente los que ó halagan sus desórdenes ó responden á sus preocupaciones. Unas veces, hostigada por las concupiscencias, hoza en el repugnante

(1) Sobre el drama religioso español.—*Memorias de la Academia Española*.—Año 1.º, Octubre, pág. 394.

fango de la novela naturalista, en la despreocupada pantomima del *género chico*, en la insinuación maliciosa del epigrama ó la dolora, buscando el cebo de su apetito, y hallándolo, reparte por tal y único título coronas y vítores retumbantes. Busca otras veces la apoteosis de una doctrina, y entonces aplaude, según la moda, ora la matanza de los frailes, ora la emancipación de la mujer, ora la abolición de los consumos, ora la revolución social. Esta crítica es indulgente hasta cegar con los defectos artísticos: haya escenas de club ó de sala de autopsias, chorree por todas partes la lujuria ó la bacanal, y mas que lllore desterrada la gramática, la estética, el arte, y aun el sentido común, tributará á sus autores sus destemplados aplausos (1).

¿Ejemplos? Sirvan unas palabras sobre *Clarín*, dichas ciertamente con ánimo de elogiarle. Otros verán si lo han conseguido:

(1) El arma que esgrime con más frecuencia la prensa liberal es el silencio afectado y sistemático. *La Europa salvaje*, por ejemplo, *Dos feminimos*, de Saj; *La Reina mártir*, del P. L. Coloma; las novelas tituladas *Sin pretensiones*, de C. Botella y Serra, y las poetas del vate aragonés Luis Ram de Viu, no han podido con sus bellezas innegables vencer la conjuración contra lo que no es liberal y sectario. ¡Oh, si se hubiera tratado de un libro escrito de *De bitón á piton* por algún *Sobaquillo!*....

«Lo que necesita España.... (1) es que la pinchen, que la exciten, que la hagan atufarse.....; lo hizo *Clarín*, é hizo bien, y por ello debemos estarle agradecidos..... ¿Pueden lograrse tales resultados sin proceder de una manera un tanto atropellada y tumultuaria, sin cometer errores gravísimos é injusticias tremendas? Lo creo imposible. El crítico absolutamente imparcial no puede ser crítico de actualidades, de literatura contemporánea: prueba, el in-signe Sainte Beuve..... La imparcialidad, respecto de los vivos, ya no la recomienda nadie, sino las retóricas viejas, y aquí sería bueno discutir sobre si en literatura es más fecundo el amor ó el odio.»

Nosotros, que creemos todavía en la imparcialidad del crítico, deploramos la del renombrado *Clarín*, cuando al aparecer en la escena D. Marcelino Menéndez y Pelayo, se lamentó en serio de que venía cercado de aquella deslumbradora gloria un joven «que perdía el placer inefable de entender á Salmerón», y de que «los ultramontanos, que no tenían por donde cogerle, le cogieron por ahí, y hoy Pelayo vive entre los *neos*» (2), y cuando más tarde alabó hasta lo ridículo el desdichado drama de Renán *Le Prêtre de Nemi*, con manifiesta injuria de lo más elemental del sentido común (3).

Esta crítica al uso produjo el sonado éxito

(1) Navarro Ledesma, *Clarín*.—*La Lectura*, Septiembre, 1901, pág. 370.

(2) *Solos de Clarín*, pág. 33.

(3) *Nueva campaña*, pág. 371.

de *Electra*, el de los discursos progresistas en los Juegos florales, y de *Carlos II el Hechizado*, *Juan José*, *Las Hormigas Rojas*, *La Catedral*, *El intruso* y *Siempre p' atrás*..... Este crítico propagandista y *encarnizado* nos lo ha descrito Emilio Zola, que es, como si dijéramos, que nos da el crítico pintado por sí mismo:

«No puede negarse que el papel de la crítica tiene capital importancia en una literatura, mas no creo en su influjo más ó menos directo sobre el nivel literario. Ya no estamos en los tiempos en que la crítica llamaba la atención de los escritores para que respetasen los géneros ó las reglas, ó en que distribuía palmetazos como un maestro de aldea.... La crítica se ha engrandecido: ha llegado á ser un estudio anatómico de los escritores y de sus obras. Coge un hombre, toma un libro, los disecciona, se esfuerza en demostrar por qué juego de engranajes aquel hombre ha producido este libro..... Todavía voy más lejos. Diré que cada generación, cada grupo de escritores necesitan tener un crítico que los comprenda y vulgarice. El mismo hecho acontece en el teatro. Para cada forma dramática nace una porción de comediantes capaces de interpretar dicha forma. La tragedia ha traído consigo sus intérpretes, que han muerto con ella..... De igual manera, las escuelas literarias requieren combatientes de vanguardia, trompetas que las anuncien y hagan abrir filas entre la muchedumbre para dejarles ancho paso. Compréndese que el crítico, así definido, debe nacer con la generación de escritores á quienes está llamado á revelar é imponer; necesita tener los gustos de esta generación, los mismos amores é idénticos odios; si nace antes ó después de su debido tiempo, no la comprendería, sino que la combatiría. En una palabra, es uno de los soldados del grupo, con más comprensión que invención en

el cerebro, y que se resigna al papel de abanderado, mientras los demás se batan.»

Esta es la crítica de las grandes crisis, Aristóteles la usó en Grecia, Lutero en Alemania, los calvinistas en Francia, Clavijo y Moratín en España y Tolstoi y Kropotkin en Rusia recientemente; ahora mismo es la que se usa en Francia por confesión de Mr. de Gourmond:

«La indiferencia del público hacia las cuestiones literarias es un hecho indudable y consumado. La época de los acontecimientos literarios en que triunfaba el arte puro ha pasado, é ignórase cuándo volverá. La obra más famosa de Flaubert sólo interesaría hoy á las gentes á condición de que la conducta y muerte de la mujer de Carlos Bovary estuvieran rectamente presentadas, como consecuencias ineludibles de sus creencias religiosas ó sociales. Las causas verdaderas y esencialmente humanas que Flaubert nos muestra no serían ahora de recibo para los lectores que anteponen la pasión á la sensibilidad artística.

«Clerical ó socialista, concluye Mr. de Gourmond, Emma Bovary se vería menospreciada por uno de esos dos bandos, y la gloria del gran escritor se trocaría en triunfo totalmente electoral. El novelista de hoy ha de verse, por consiguiente, en la necesidad ineludible de elegir, porque la unanimidad de admiradores no habrá nunca de alcanzarla.»

Así queda retratada de cuerpo entero esta crítica de *bandería ó parti pris*. No es, pues, crítica, es falange, motín ó asonada, es pasión y verdadero fanatismo.

Resumiendo. Hay *critica gramatical*, cuya observación se quiebra en la corteza del escrito;

critica retórica, que, aunque ahonda más, no penetra hasta el ideal estético, y que resulta muchas veces fría, amanerada y hueca; *critica académica*, conocedora de los resortes de forma, maestra de buen gusto, apreciadora de un ideal bello, pero que rara vez y con timidez, por lo menos, se deleita en los más elevados ideales; *critica*, por fin, *de partido*, *critica encarnizada*, que todo lo sacrifica á la exigencia de sus teorías ó sus pasiones, furia, que no musa, del placer y del delirio; éstas son las que hemos estudiado. ¿Cuál nos resta sino aquella crítica serena que estudia el ideal y su expresión, el fondo y forma; que por modo singular, como que se reviste de los sentimientos del poeta, y por ficción artística, como que transmigra en su alma para sorprender el proceso de la elaboración y los infinitos medios que á la obra de arte concurrieron? ¿Aquella para quien no es despreciable ni la historia del poeta, ni sus creencias, ni la civilización en que vivió, ni los oyentes que tuvo, ni el éxito que logró, ni el estado del arte y de la lengua que alcanzó, ni nada de cuanto hubo de iluminarse por la inspiración para que ésta se produjera como llama vivificadora en el alma del poeta? ¿Aquella, por último, que da á los grandes ideales su verdadero puesto, y reclama para ellos su verdadera expresión?

Plácenos nombrar con elogio, por sus ense-

nanzas de esta crítica, además del citado don Manuel Cañete, á Capmany, en su *Teatro crítico*; á Milá, en sus estudios sobre el *Romancero*; á Coll y Vehi, en sus preciosos *Diálogos*; á D. Agustín Durán, en su magistral juicio de *El condenado por desconfiado*, y en sus trabajos sobre el *Romancero* y el *Teatro de Lope*; al difunto D. Francisco de P. Canalejas, en su discurso sobre el «Teatro sacramental, de Calderón»; al elocuente Pedroso, en su altísima crítica de los autos sacramentales; al Conde de Schack, tan benemérito de nuestra castiza literatura, que merece carta de ciudadanía, y como corona, al príncipe de nuestros críticos actuales, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en los primeros tomos de su *Historia de las ideas estéticas* y en las Observaciones preliminares al Teatro sagrado del Fénix de los Ingenios.

A esta crítica serena y justa nos llevan á una y como de la mano las deducciones más seguras del raciocinio, la fuerza de la autoridad de nuestros antiguos escritores, el sentir, latente, sí, pero bastante claro, de todo nuestro pueblo, las tradiciones literarias de nuestra vieja España y hasta las afirmaciones de todas las escuelas críticas enunciadas, en cuanto positivamente señalan méritos y cualidades laudables, no en cuanto por un exclusivismo vicioso se encierran para morir en su capullo de prejuicios y sutilezas.

II

Porque, ¿qué es la crítica? ¿Es la habilidad de encontrar defectos? ¿El arte de alabar por un tanto convenido? ¿La patente de pensar en voz alta y decir sus gustos personales al más ó menos resignado público? Eso será una censura, una adulación, un capricho; eso no será crítica. Si la etimología vale algo, nos dice (1) que crítico es tanto como juez, y un juez, ni es un fiscal, ni un esclavo, ni un maniático. Un juez tiene su código, ve y examina el hecho, pesa todas sus circunstancias, ahoga en su pecho propensiones y rigores y falla absolviendo, condenando ó decretando honores. El crítico, pues, digno de su nombre, si no quiere ser una unidad del público, debe reconocer un código de arte; con él y por él medir la obra literaria en su conjunto armónico; decretarle, según su mérito, coronas ó perpetuo ostracismo, y estar tan lejos de torcerse por interés, que aun alabe virtudes literarias que no sean las preferidas y cultivadas por él y las que en sus escritos propios campean. ¿Qué cosa por cierto más contraria á la rectitud de un juicio,

(1) De κρίνω, juzgar.

nanzas de esta crítica, además del citado don Manuel Cañete, á Capmany, en su *Teatro crítico*; á Milá, en sus estudios sobre el *Romancero*; á Coll y Vehi, en sus preciosos *Diálogos*; á D. Agustín Durán, en su magistral juicio de *El condenado por desconfiado*, y en sus trabajos sobre el *Romancero* y el *Teatro de Lope*; al difunto D. Francisco de P. Canalejas, en su discurso sobre el «Teatro sacramental, de Calderón»; al elocuente Pedroso, en su altísima crítica de los autos sacramentales; al Conde de Schack, tan benemérito de nuestra castiza literatura, que merece carta de ciudadanía, y como corona, al príncipe de nuestros críticos actuales, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en los primeros tomos de su *Historia de las ideas estéticas* y en las Observaciones preliminares al Teatro sagrado del Fénix de los Ingenios.

A esta crítica serena y justa nos llevan á una y como de la mano las deducciones más seguras del raciocinio, la fuerza de la autoridad de nuestros antiguos escritores, el sentir, latente, sí, pero bastante claro, de todo nuestro pueblo, las tradiciones literarias de nuestra vieja España y hasta las afirmaciones de todas las escuelas críticas enunciadas, en cuanto positivamente señalan méritos y cualidades laudables, no en cuanto por un exclusivismo vicioso se encierran para morir en su capullo de prejuicios y sutilezas.

II

Porque, ¿qué es la crítica? ¿Es la habilidad de encontrar defectos? ¿El arte de alabar por un tanto convenido? ¿La patente de pensar en voz alta y decir sus gustos personales al más ó menos resignado público? Eso será una censura, una adulación, un capricho; eso no será crítica. Si la etimología vale algo, nos dice (1) que crítico es tanto como juez, y un juez, ni es un fiscal, ni un esclavo, ni un maniático. Un juez tiene su código, ve y examina el hecho, pesa todas sus circunstancias, ahoga en su pecho propensiones y rigores y falla absolviendo, condenando ó decretando honores. El crítico, pues, digno de su nombre, si no quiere ser una unidad del público, debe reconocer un código de arte; con él y por él medir la obra literaria en su conjunto armónico; decretarle, según su mérito, coronas ó perpetuo ostracismo, y estar tan lejos de torcerse por interés, que aun alabe virtudes literarias que no sean las preferidas y cultivadas por él y las que en sus escritos propios campean. ¿Qué cosa por cierto más contraria á la rectitud de un juicio,

(1) De κρίνω, juzgar.

que no reconocer un acuarelista, v. gr. el mérito de las *Stanzas*, de Rafael, ó despreciar un miniaturista la colosal Minerva de Fidias?

El crítico, pues, no debe mirar exclusivamente los defectos, sería un Aristarco.

El crítico no debe alabar por interés. Sería hacer lo que sangrientamente censura Tácito en el preceptor de Nerón, el estoico Burro, cuando en los espectáculos donde el Emperador, coronado de hiedra, medio desnudo, tocaba el arpa como un histrión *et moerens Burrus et laudans*, «lloraba Burro y aplaudía» (1).

El crítico no debe alabar sus gustos, es decir, no se debe alabar. Cuando en las notas á la traducción del *Hamlet* reprende Moratín (2) situaciones de efecto trágico tan marcado como la aparición de la sombra casi al levantarse el telón y la representación teatral del asesinato del rey Hamlet delante de Claudio, su propio matador, quédase uno perplejo; mas cuando en el discurso preliminar de sus comedias (3) le oye alabarlas por lo reducido de la acción, por lo escaso de los personajes, por lo sostenido del romance octosilabo, por lo ceñido del des-

(1) *Annalium*, lib. XIV, § 3.º (ed. 1794, Madrid), t. III, página 211.

(2) Obras de D. Nicolás y D. Leandro J. de Moratín. *Biblioteca de Autores Españoles*, t. II, páginas 556 y 557.

(3) *Ídem id.*, pág. 323.

arrollo á cuatro paredes y por la puntualidad cronométrica de no haber excedido de tres ó cuatro horas, y adjudicarles por esto el lauro de la *Venus* de Médicis ó del *Apolo* del Belvedere, la perplejidad se resuelve en compasión y risa, descubriendo en todo esto un autopa-negrico inspirado por el egoísmo literario de *Inarco Celenio*.

* * *

Pues si el crítico no es más que un juez, ¿cuál ha de ser su código? Cualquiera que sea la opinión que se abrace en la famosa controversia de lo bello ontológico, pocas dificultades habrá en admitir para lo bello artístico la definición atribuída á Platón, *splendor veri* (esplendor de lo verdadero), si se explica convenientemente.

El concepto de *verdad* y de *verdadero* (filosofemos unos instantes) lo tienen, tanto la Filosofía como el lenguaje usual, por sinónimo de *conformidad* y de *conforme* con algo. Así *tiene verdad una afirmación* cuando se conforma ó corresponde al pensamiento de quien la profiere; *verdadero es un juicio* cuando el predicado que se afirma se conforma y es fiel correspondencia del sujeto; y por manera más alta ven los filósofos en todos los seres del mundo centellear la imagen y conformidad con el

prototipo y ejemplar divino que al criarlos realizó en ellos el Supremo Hacedor, y por eso los llaman metafísicamente *verdaderos*. Esta *verdad* es elemento indispensable en toda obra de representación. Y ¿qué es la obra artística sino la representación de una idea, de un ejemplar, de un ideal, ó como quiera llamársele? El artista no es sino un creador diminuto y participado que, con el mármol ó la madera, con los colores ó los sonidos, con los gestos ó las palabras exterioriza una idea, un ejemplar concebido en su mente como verbo finito y limitado, y que es el que mueve por manera secreta su mano en la producción de arte. De un modo eminentísimo es artista Dios, que sin materia preexistente creó las participaciones de su esencia guiado é iluminado por aquel infinito Verbo, figura de su substancia y ejemplar omniperfecto de cuanto es y puede ser. Y una idea ejemplar, obrando como estamos diciendo, movió el cincel de Praxiteles, los pinceles de Velázquez, la pluma de Calderón, que al ver en el mármol, ó en el lienzo, ó en las tablas su Adonis, sus Hilanderas ó su Justina, se gozaron inenarrablemente, porque estas manifestaciones respondían perfectamente al ideal, porque eran en este sentido *verdaderas*.

Mas es preciso que *resplandezca* la verdad en la producción artística; esto es, que cen-

tellee con todo su maravilloso encanto y que avasalle con él. Bien puede el matemático decir con omnimoda verdad que $c = \pi r^2$, y nadie, por lince que sea, descubrirá en ello expresión artística: ¡mal año para Lope de Vega si hubiera empedrado de fórmulas sus comedias! Puede también un moralista catalogar los deberes de la fidelidad conyugal; mas poner de resalto la casta figura de la esposa fiel, sana de corazón y orgullosa de su deber, empresa era guardada al Fénix de los Ingenios en la honesta Casilda, la esposa del labrador Peribáñez. Véase cómo á las instancias del disfrazado Comendador de Ocaña da esta respuesta, exuberante de una poesía deslumbradora como el ampo de la nieve.

—Labrador de lejas tierras
Que has venido á nuesa villa
Convidado del agosto,
¿Quién te dió tanta malicia?...
El Comendador de Ocaña
Servirá dama de estima,
No con sayuelo de grana
Ni con saya de palmilla;
Copete traerá rizado,
Gorguera de holanda fina,
No cofia de pinos tosca
Y toca de argentería;
En coche ó silla de seda
Los disantos irá á misa,
No vendrá en carro de estacas
De los campos á las viñas;
Dirále en cartas discretas

Requiebro á maravilla,
 No labradores desdenes
 Envueltos en señorías;
 Olerá á guantes de ámbar,
 Á perfumes y pastillas,
 No á tomillo, ni cantueso,
 Poleo y zarzas floridas.
 Y cuando el Comendador
 Me amase como á su vida
 Y se diesen virtud y honra
 Por amorosas mentiras,
 Más quiero yo á Peribáñez
 Con su capa la pardilla,
 Que al Comendador de Ocaña
 Con la suya guarnecida;
 Más precio verle venir
 En su yegua la tordilla,
 La barba llena de escarcha
 Y de nieve la camisa,
 La ballesta atravesada,
 Y del arzón de la silla
 Dos perdices ó conejos
 Y el podenco de trailla,
 Que ver al Comendador
 Con gorra de seda rica,
 Y cubiertos de diamantes
 Los brahones y capilla;
 Que más devoción me causa
 La cruz de piedra en la ermita,
 Que la roja de Santiago
 En su bordada ropilla.
 ¡Vete, pues, el segador,
 Mala fuese la tu dicha;
 Que si Peribáñez viene
 No verás la luz del día! (1).

(1) *Peribáñez ó el Comendador de Ocaña*, acto 2.º Obras

No le basta, pues, al arte la fidelidad de la expresión, necesita que la forma haga resplandecer y como centellear la idea á los ojos del hombre, fascine su fantasía, halague su oído, ilumine su entendimiento, penetre y electricice su sensibilidad, arrastre su entusiasmo, y de este modo avasalle todo su sér. El deleite estético es sumo porque es total, y todas las facultades del hombre, el hombre todo, halla en él aquella delectación y reposo que Dios providentísimo puso en la satisfacción de las facultades y apetitos racionales. Y he aquí por qué los antiguos sensibilizaron con hipérbole este influjo pintando á las fieras, las selvas y las piedras moviéndose y corriendo en pos de las músicas de Orfeo, y por qué Platón (1) hace inseparable del placer estético la armonía y quietud de todas las facultades, junta con aquella serenidad y templanza que sólo el verdadero sabio puede gozar.

Splendor veri. He aquí la mejor definición de la belleza artística, y he aquí asimismo la ley fundamental del crítico. La idea, desnuda de forma, ilumina la mente del poeta, conmueve sus facultades, tanto sensibles como

de Lope de Vega (edic. de la Academia Española), t. X, página 128.

(1) Cf. el diálogo *Φηβοῦ*, c. XVII, t. I, pág. 413 (edición Ferm. Didot).

espirituales, le transforma en el estado semi-divino de la inspiración, sin la cual es inútil cuanto el arte promete; inspirado el poeta, toma en sus manos la forma sensible, que, dócil como cera, se va moldeando bajo sus dedos hasta que llega á ver en ella los hermosos resplandores del ejemplar interno que le guía. La obra artística sale de las manos creadoras del poeta, ¿consigue hacer brillar el ideal á los ojos de los extraños?, es buena; ¿consigue entusiasmar, arrebatarse al público?, la obra de arte es mejor; ¿consigue por siglos enteros, en pueblos diversos como transfundir el estro que agitó al artista en una corriente inextinguible á millares de almas? ¡oh! ese es el triunfo máximo de la obra de arte, de lo bello realizado en la forma exterior. Así fueron Píndaro y Homero, Dante y Shakespeare, Cervantes y Tirso de Molina, Fr. Luis de León y Fr. Luis de Granada, Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Según esta regla fundamental, ha de pronunciar sus fallos el crítico imparcial, el verdadero crítico.

Aplicar esta ley requiere, empero, fijar en alguna otra cosa su atención. Y es lo primero en lo mucho que abarca el concepto de

lo hermoso y de lo bello. Atinadamente dijo Fernando de Herrera (1) que «la hermosura no sólo nace de belleza y gracia, pero de dignidad y grandeza y veneración, con una nota de severidad». Que fué tanto como extender el campo artístico, cual desde Platón (2) lo han hecho con una ú otras palabras los retóricos más atinados y con la práctica los poetas más eminentes, á todas las clases de belleza y hermosura, desde la corporal y exterior hasta la moral y la suprasensible y de Dios.

Porque bello es, ¿quién lo duda?, el *Gus*, el *doncel* desarrapado que nos describe un brillante artista (3):

«El jefe de la banda le robó á su familia hacía unos diez años, cuando apenas contaría cinco, y llevándole con su gente por unos y otros países, á fuerza de malos tratamientos y de crueles hambres, le enseñó á tañer el laúd y á cantar con su voz de ángel cantares de gesta, cuando se topaban con gente de guerra; trovas de amores, cuando divisaban alguna dama tras alguna celosía, y hasta cantigas piadosas, cuando pedían limosna en alguna abadía ó retirado monasterio. Y en verdad que hasta la apostura y ademanes de Gus y la manera de vestir su pintoresco

(1) En sus *Anotaciones á Garcilaso de la Vega*. (Véase á Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, siglo XVI, cap. VI, pág. 103.)

(2) Véase con preferencia el diálogo Συμποσιον (*El Convite*), caps. XXVIII y XXIX. Ed. Didot, t. I, pág. 686.

(3) Saj, «El zapatito de oro», *De broma y de veras*, páginas 58-60.

raje descubría á tiro de ballesta que le habían llevado bautizar en ricos pañales, y de ningún modo pertenecía á la baja ralea de sus compañeros de fatigas. Un paje de su edad y estatura, compadecido de él, le había dado en cierta ocasión un juboncillo que había sido de seda carmesí y un ferreruelo que había sido verde-mar y era verdebotella: Gus, por su cuenta, había formado de retazos de terciopelo negro, ya muy chafados, una muy graciosa gorra que sujetaba su rubia y abundante cabellera, y la había adornado con una blanca pluma de cisne, que se encontró á la orilla de un estanque; unos gregüescos de variedad de remiendos y unas calzas pardas, por cuyas extremidades empezaban á quedar al descubierto algunos dedos de los pies, completaban el singular traje de nuestro trovador, que llevaba el laúd terciado á la espalda y pendiente de una especie de bandolera. Pocas fisonomías más agraciadas y pocos ojos más inteligentes y dulces que los ojos azules de nuestro doncel.»

Hermoso es no menos el ánimo casi al propio tiempo hundido en la desesperación más amarga y sumido en la resignación más sublime de la desdichada Agar, arrojada de la casa de Abraham, teniendo por morada el desierto y viendo á su Ismael que se le muere de sed. Los sencillos versos del poeta (1) nos lo dejan contemplar:

—¡Oh suerte más que affigida!
 ¡Oh fortuna desastrada!
 ¡Oh madre tan dolorida,

(1) Anónimo, «Aucto del destierro de Agar», *Colección de Autos, Farsas y Coloquios del siglo XVI*, t. I, páginas 30 y 32.

Para lamentos nacida,
 Ya dos veces desterrada!
 ¡Oh mi hijo y mi querer,
 Mi descanso y mi dolor!
 Por vos pensé yo valer,
 Y por vos me veo perder
 Á mí y á vos, que es peor.
 ¡De esclava me vi señora!
 ¡De señora más que esclava!
 ¡Oh fortuna engañadora,
 Múdaste de cada hora!
 ¡Si me has de matar, acaba!
 Hijo de mi corazón,
 Sentaos y quedaos aquí,
 Mientras busco provisión.
 —Madre no toméis pasión.
 ¿No vendréis luego por mí?
 —Ojos que tal podéis ver,
 ¿Cómo luego no cegáis,
 Y del todo no rasgáis
 Aquel sér de nuestro sér
 Que continuo me alumbráis?
 Perdida es toda esperanza
 De mi hijo jamás ver.
 Doite, mi Dios, alabanza,
 Que en ti tengo confianza,
 Que es muy grande tu poder.
 —Muerte, que por me matar,
 Mil veces me das la vida,
 Ven ahora sin tardar,
 Que aquí me podrás hallar
 So aquestas ramas metida.
 Ya que hemos de fenecer
 Entrambos, yo quiero así
 Que no nos podamos ver,
 Pues remedio no ha de haber
 Para ti ni para mí.

Pero excede de toda lengua aquella Hermosura sin límites y que es «la flor (1) de la Hermosura, lo puro de la luz, lo suave de la bondad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo dulce de la afabilidad, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor», y que «aunque es todo lo bueno, es, como advierte San Dionisio, sobre la beldad de toda hermosura, sobre la claridad de la luz, sobre lo amable de la bondad, sobre la cumbre de la altura, sobre lo cuerdo de la sabiduría, sobre la eficacia de todo poder y sobre la dulcedumbre de toda suavidad». Esta infinita perfección y hermosura en sus relaciones con los hombres fué la materia de toda nuestra exuberante literatura sagrada y sacramental y en sus atributos y amor de la no menos lozana literatura mística española. No citaremos ejemplos de ella por muy obvios y por honrar estas páginas con algunos menos conocidos; como son los fragmentos de poesías inéditas atribuidas con grandes visos de probabilidad á San Juan de la Cruz recientemente editadas por el P. Angel María de Santa Teresa y que respiran ciertamente el encendido amor, el místico abandono, la sencillez encantadora del autor de la *Noche Oscura*.

(1) P. Nieremberg, *De la hermosura de Dios*, lib. I, capítulo I, pág. 3. (Ed. Madrid, 1890.)

Veáse cómo expresa en estas *Liras* el ansia del alma por unirse con Cristo.

Del agua de la vida
Tuvo mi alma sed insaciable :
Desea la salida
Del cuerpo miserable
Para beber desta agua perdurable....
Dichosa y venturosa
El alma que á su Dios tiene presente.
Oh mil veces dichosa
Pues bebe de una fuente
Que no se ha de agotar eternamente.
¡Oh patria verdadera,
Descanso de las almas que en ti moran;
Consolación entera
Á donde ya no lloran
Los justos, mas con gozo á Dios aloran!
La vida temporal
Á ti ¡oh vida eterna! comparada,
Es tanto desigual,
Que puede ser llamada
No vida, sino muerte muy pesada.
¡Oh vida breve y dura,
Quién se viese de ti ya despojado!
¡Oh estrecha sepultura!
¿Cuándo seré sacado
De ti para mi Esposo deseado?
¡Oh Dios y quién se viese
En vuestro santo amor todo abrasado!
¡Ay de mí! ¿Quién pudiese
Dejar esto criado
Y en gloria ser con Vos ya trasladado?
¡Oh! ¿Cuándo? ¡Amor, oh! ¿Cuándo?
¿Cuándo tengo de verme en tanta gloria?
¿Cuándo será este cuándo?
¿Cuándo de aquesta escoria

Saliendo, alcanzaré tan gran victoria!
 ¿Cuándo me veré unido
 Á ti, mi buen Jesús, de amor tan fuerte,
 Que no baste el ladrido
 Del mundo, carne ó muerte,
 Ni del demonio, á echarme desta suerte?
 ¿Cuándo, mi Dios, del fuego
 De vuestro dulce amor seré encendido?
 ¿Cuándo he de entrar en juego?
 ¿Cuándo he de ser metido
 En el horno de amor y consumido?
 ¡Oh, quién se viesse presto
 Deste amoroso amor arrebatado!
 ¿Cuándo me veré puesto
 En tan dichoso estado
 Para no ser jamás de allí mudado?
 ¡Dios mío, mi bien todo,
 Mi gloria, mi descanso, mi consuelo!
 Sacadme deste lodo
 Y miserable suelo,
 Para morar con Vos allá en el cielo.

* * *

Tal es la extensión de lo hermoso en sus grados de corpóreo, humano y celestial. El crítico ilustrado comprenderá que los ejemplos puestos no son sino los límites de extendidos imperios. Y así, el de lo bello corpóreo se entiende por cuanto de proporcionado y agradable se descubre al sentido con infinitas formas, dimensiones, luces, matices y sombras, colores, perfumes y suaves atractivos, ni incluye sólo la variedad pasmosa de los tiempos y estacio-

nes, de los cielos y la tierra, sino la vida misma vegetal, la sensitiva y aun la humana en sus más rudas manifestaciones.

Pues el imperio de lo hermoso humano ¡cuánto no abraza! El hombre es un mundo en su entendimiento, ora agitado de dudas ora envuelto en ignorancia, ya lleno de ideas ingeniosas, ya iluminado por grandes concepciones, y es más que un mundo en su voluntad, campo perenne de secretas y gigantescas luchas. Aquí cae acomodadamente toda la dramática humana con sus lágrimas y sus alegrías con sus faltas y sus vicios, con sus virtudes y sus heroísmos, cual no la agotaron ni Sófoeles ni Shakespeare.

¡Y quién delineará tan siquiera la amplitud de los ideales sagrados! Los ángeles y los demonios, las almas justas y las pecadoras, Dios en su esencia, en sus atributos y en sus divinas Personas, lo pasado, lo presente y lo por venir, la eternidad y el tiempo, todo cabe holgadamente en este cuadro. Las leyes de la inescrutable Providencia, que han ido dirigiéndolo todo, que han gobernado el mundo, derrocado imperios y desarrollado el plan divino para la santificación ó castigo de los hombres: las tres divinas Personas, poniéndose en comunicación con el hombre para criarlo y conservarlo, redimirlo y santificarlo; las maravillas de la Iglesia, esbozada primero en sombras proféticas,

realizada después con celo y trabajos apostólicos, durando entre persecuciones para dilatarse hasta la eternidad; el orden íntimo de las almas con las virtudes que ejercitan, las lágrimas que derraman, los abrazos de amor que de Dios reciben; la Justicia adorable del Señor resplandeciendo en los castigos perdurables, en las correcciones amorosas y en las coronas inmarcesibles; en una palabra, toda la escala que hay desde las obscuras cárceles que visitó Dante hasta los abrazos de amor en lo sumo de la cruz de Jesucristo y los regalos del Sacramento que pudo y supo sentir San Juan de la Cruz, todo eso cae dentro de los ideales sagrados.

* * *

Antes, pues, de aplicar el canon supremo, de que ya hablamos, mire y remire el crítico lo que es y lo que exige y lo que permite el ideal artístico desarrollado por el autor; rehaga con su fantasía el proceso de la concepción de arte; no deje de estudiar ni las cualidades psicológicas del autor, ni las condiciones históricas en que vivió, ni el público á quien se dirigió, ni el éxito que alcanzó, ni siquiera el estado en que encontró la misma lengua. Identificado así con el poeta, sentirá fácilmente se acertó ó no á dar el esplendor conveniente á

su ideal, y éste será el fallo principal que decida del mérito de la obra artística. Según él juzgará las virtudes, y los resortes artísticos.

Comprenderá que los hay diversos y que son varios los que pueden admitir un mismo ideal, y no forzará á los autores á preferir unos ú otros, con tal que el *splendor veri* se haya conseguido. No de otro modo miró Aristóteles la *Iliada* de Homero; aprendió el gran crítico del gran poeta los resortes que le sirvieron para el éxito artístico, y por eso grandes poetas han aprendido después del gran crítico. ¿Contribuyen los medios usados al esplendor del ideal, al efecto estético? Prescinde el crítico de escuelas y los aprueba. ¿Impídenlo? Con la misma imparcialidad los condena. En este criterio supremo de la obra artística se fundan aquellos desenfadados aciertos del P. Antonio Eximeno, cuando decía:

«Por lo demás, no vayas á buscar si lo que haces representar ha podido suceder en veinticuatro horas ó en veinticuatro días ó años; y si algún pobre crítico te va á argüir con el calendario y el mapa en la mano, vuélvele las espaldas y apela al espectador, el cual, sin pensar en calendarios ni en mapas, sólo quiere que en el espacio de tres ó cuatro horas.... le hagas ver una trama de sucesos que le embelesan y sorprendan, y que no le contrasten sus familiares ideas.»

* * *

¿Y de los defectos? Bien dijo quien dijo que lo malo nace muerto y no es necesario matarlo, y por eso el crítico sensato es poco reparón de defectos ni reprochador de vocablos. Si se trata de los grandes autores que han conseguido en grado eminente el *splendor veri*, tiene muy presente la regla de Longinos (1), que «rara vez una grandeza extraordinaria ostenta la misma pureza que lo mediano», que «son perfectos Apolonio y Teócrito, pero que nadie preferiría ser Apolonio antes que Homero, Baquilides más bien que Píndaro, Ion antes que Sófocles»; que «grandes escritores como Platón y Demóstenes han descuidado esas menudencias, que abundan en Lisias y en Hipérides», y que «no admiramos un arroyuelo, y reservamos nuestra admiración para el Nilo, el Danubio ó el Rhin, y mucho más para las soledades del Océano». Si pues esos defectos no han impedido el *splendor veri* maravilloso en el conjunto, emplea en ellos el crítico toda su magnanimidad. Casos habrá en que, ó por el contraste ó por la variedad, serán esos defectos como notas ásperas, *pizzicatos* de violín que un músico inteligente los procura y sabe distribuir.

Tratando de astros de menor magnitud, la

(1) Véase á Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, t. I, cap. III, pág. 97.

nota de sus defectos ha de estar en razón inversa del esplendor artístico de su obra, y casos habrá en que el crítico enviará con dos palmetazos á algún escritorzuelo á que se asee la ropa literaria, siquiera invoque en su favor los manes de Homero y del Arcipreste de Hita.

Hasta aquí las proposiciones que una razón serena parece deducir de premisas y de principios fijos. Son también las premisas y los racionios que llevaron á Taine á algunas conclusiones verdaderas.

«La historia está transformada en Alemania desde hace cien años, en Francia desde hace sesenta y esto lo debe al estudio de la literatura. Se ha descubierto que una obra literaria no es simplemente un juego de imaginación, un capricho aislado de un cerebro calenturiento, sino una copia de usos y costumbres que la rodeaban, un signo de un estado anímico de un pueblo.»

Y más adelante continúa:

«Al observar con los ojos el hombre exterior, ¿qué buscamos? El interior. Las palabras que llegan á nuestras orejas, los gestos, los meneos de cabeza, los vestidos, las acciones, las obras sensibles y perceptibles todas no son para nosotros sino expresiones; algo se expresa: se expresa un alma. Hay un hombre interior escondido bajo ese exterior, y esto no es sino manifestación de aquél.... Cuando la educación crítica (de un escritor) es suficiente, entonces es él capaz de descubrir bajo los adornos arquitectónicos, ó bajo las líneas de un cuadro, ó bajo las fra-

ses de un escrito el afecto, la idea de donde brotó el adorno, la línea y la frase: él entonces asiste en el alma del artista al drama oculto que se desarrolló en su interior; la palabra elegida, el período cortado ó extenso, la metáfora escogida, la acentuación y armonía del verso, el orden de los razonamientos, todo se lo indica, todo se lo manifiesta, y cuando sus ojos van leyendo un texto, su alma y su mente siguen el desarrollo completo y la serie variadísima de emociones y de concepciones de que este texto ha manado....»

Grandiosa teoría y muy racional, y que, como el mismo crítico añade, «fué desconocida en Francia desde el siglo xvii». Pero Taine yerra en dos cosas, en que no podía menos de errar por ser materialista y desconocer nuestra literatura antigua.

Yerra atribuyendo este criterio como una gran novedad á Goethe, á Carlyle y á Sainte-Beuve, olvidándose que es el latente y universalmente admitido en España durante los siglos xv, xvi y xvii, y por defender el cual sufrió y casi murió, ciertamente agonizó nuestra literatura por todo el siglo xviii.

Yerra como materialista, restringiendo estas grandes ideas, que aquí formuló tan generales, á las influencias de la raza, del clima ó medio físico, y al momento histórico ó medio moral en que se agita el escritor, cayendo en la lastimosa ceguera de prescindir por completo del influjo que la filosofía y la religión tienen en la expresión poética y literaria del ideal.

Mas aunque Taine erró en algo, todavía sus palabras anuncian que en el siglo xix revivieron, enunciadas por la redentora Alemania, teorías que habían desaparecido con la irrupción del galoclasicismo del siglo de Luis XIV.

Idénticas teorías vivificaron en España las obras de crítica, y en muchas ocasiones se exteriorizaron en los tratadistas literarios, sin formar cuerpo filosófico de doctrina, y muchas veces mezcladas con minucias retóricas de escuela.

Herrera, para Menéndez y Pelayo, «el primero de nuestros críticos del siglo xvi», jamás separó la idea de su expresión, el pensamiento de la forma, la belleza de su exteriorización artística, y por eso es para él la poesía «maravillosamente idónea para manifestar todos los pensamientos del ánimo y el hábito que representase, y obra, y efecto, y grandeza, y todo lo que cae en sentimiento humano»; ni «había para él cosa más importuna y molesta que el sonido y juntura de palabras cultas y numerosas, sin que resplandezca en ellas algún pensamiento grave ó alguna lumbre de erudición», y por eso halló aquella forma robusta, opulenta y rumorosa para expresar con metáforas bíblicas la alegría de España por la gran victoria de Lepanto en aquella su inmortal canción, modelo acabado de la perfecta correspondencia entre el sentimiento y la expresión,

entre la realidad objetiva y la enunciación poética.

¿Qué se pudo concebir ni más en armonía con el terror producido en los cristianos por el turco, ni más en consonancia con el placer de verle derrocado y quebrantado? ¿Ni qué se pudo expresar con más sonoridad y lujo, correspondiente á la estruendosa y soberbia alegría de los españoles? ¿Ni qué se pudo decir más en proporción del terror pasado y de la alegría presente que aquella alegoría, modelo perenne de energía, pompa y magnificencia poética:

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos temibles no vencidos,
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas
Lleno de miedo torpe las entrañas,
De tu león temiendo las hazañas
Que saliendo de España dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Herrera fué el oráculo de la España docta,
que se reunía en las academias.

Lope de Vega fué el verbo del pueblo, que
se apiñaba en los teatros.

Pues en las innumerables veces que por
incidencia ó de propósito habla de la poesía,

siempre incluye el ideal, la materia, el sujeto, como él decía. Cuando avisa que el poeta debe saberlo todo, porque no hay ninguna materia en el mundo «tan alta ó tan ínfima, de que alguna vez no se le ofrezca tratar, desde el mismo Criador, hasta el más vil gusanillo de la tierra» (*Arc.*). Cuando expresa su idea de que la Filosofía es el fundamento de la poesía (*Pobrez. estim.*), porque «el ornamento de la armonía está allí como accidente y no como real substancia» (*Dorot.*). Cuando admite la poesía y la dramática histórica como medio el más eficaz de enseñar á la multitud los grandes ejemplos y virtudes (*La Camp. de Arag.*); y en todas sus obras se ve que era inseparable la materia, el ideal, el sujeto de la expresión literaria, formando ambos un todo indivisible, que es el compuesto artístico.

Y no era extraño. Conocía á su pueblo y sabía bien, por sus predecesores, que siempre estaba atento á la «propiedad de las figuras», á la exactitud teológica é histórica de la acción. Sabía por experiencia que le exigían retractación cuando algún mínimo episodio falseaba con poco decoro la realidad (*Sit. de Mastr.*). Por eso se apoyaba siempre para escribir sus creaciones históricas en las crónicas más autorizadas, y en sus comedias sagradas exponía detenidamente las tesis teológicas que desarrollaba. Herencia que dejó á Calderón de la

Barca, quien hasta el cansancio explica el por qué de sus alegorías, claveteándolas con citas y autoridades, con argumentos de autoridad y de congruencias.

* * *

Y á esto mismo vienen al fin y al postre las escuelas críticas anteriormente reseñadas, si quieren decir algo que no sea desafortadamente exclusivista.

Porque censurables con razón son las faltas gramaticales, ¿quién lo duda?, y de ellas han de huir aquellos ideales sencillos ó delicados que no exigen otra gala que un cendal inmaculado para presentarse en sociedad. ¿Quién sufriría en un epigrama de álbum un solecismo? Pero ¿quién, en cambio, dirá que esto es virtud, ó que es la única virtud de una catástrofe trágica?

Lo propio se puede decir de la escuela *modernista*. Proponga el poeta con novedad sus ideales, con tal que no se éntre en el campo de lo impropio, de lo que, no la idea, sino su pedantería exige, de lo extravagante, de lo ridículo.

Pues el criterio *académico* llega con sus cánones hasta los ideales naturales y los humanos, como Grecia llegó hasta Sófocles y Homero; mas ¿cómo medir con estos criterios el

desarrollo que á las ideas estéticas dió el cristianismo, dió la deshonra de la Cruz? ¿Cómo Grecia, cuyos dioses eran unos bandidos en apoteosis, iba á entender nada de Dios Humanado y del hombre divinizado? La forma, pues, ha de responder á este fondo, y para hallarla será preciso volar del Parnaso al Calvario y del Calvario á Sión; las arpas de los profetas y las lenguas de los ángeles han de prestar á los vates cristianos acentos dignos de Dios y de Jesucristo, y no los pobrecitos Pindaro y Homero, Platón ni Aristóteles, sentados *in umbra mortis* y apacentando su sensibilidad con la pobreza de las formas geométricas.

Y ¿qué decir, por último, del criterio de Zola? Nada que no esté ya dicho. Estúdiase el fondo, la belleza del ideal, pero de un ideal *bello*, no de un ideal absurdo, materialista, brutal. Lo criminal tiene un muro infranqueable para penetrar en los dominios del arte, lo *antiestético*.

Sólo nos queda sacar una conclusión, fijando una mirada de cariño en nuestra literatura clásica española. Estos principios de crítica que nos da la razón y la autoridad, nos sugieren la idea más cabal de nuestro pueblo español. El pueblo griego se electrizaba con

los cantos de Píndaro en la arena ardiente de los Olímpicos; lleno de patriotismo, latió su corazón con los cantos de Tirteo y con los rayos demosténicos; el pueblo griego fué el pueblo artista, pero artista humano, artista sin la Redención. El pueblo español rió con in-exhausto placer en las páginas del *Ingenioso Hidalgo*; celebró los prodigios del ingenio, si se quiere, hasta el exceso del conceptismo; aplaudió los grandes hechos de conquista en un teatro legendario, y, por último, ebrio de entusiasmo sagrado, corrió al encuentro de Jesús Sacramentado, hizo parar su carro triunfal, llamó á sus poetas y les mandó cantar en honor del Señor de la Eucaristía, y al resonar los ecos de la poesía sagrada, aquel pueblo teólogo asordaba con vítores el firmamento é imponía respeto á la Europa entera. Era un pueblo artista, pero artista cristiano, artista que aprendió la belleza en el Calvario y en la Eucaristía; pueblo artista cuyos genios se llaman, sí, Velázquez y Cervantes, pero también Murillo y Calderón.

CRÍTICOS BIBLIÓGRAFOS

SALUDO DE GRATITUD A LOS HISPANÓFILOS. La *Bibliotheca hispanica*; la *Bibliografía Ibérica del Siglo XV* por Conrado Haebler; el *Poema de Fernán González*, por C. Carroll Marden;

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES. I. La *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.—*Documentos cervantinos*, tom. II, por D. Cristóbal Pérez Pastor, *Proceso de Lope de Vega* por A. Tomillo y C. Pérez Pastor.

II. *Controversia sobre la licitud del Teatro español*, por D. Emilio Cotarelo y Mori.—Estudio del libro y de las tres frases de la controversia en los siglos XVI, XVII y XVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los cantos de Píndaro en la arena ardiente de los Olímpicos; lleno de patriotismo, latió su corazón con los cantos de Tirteo y con los rayos demosténicos; el pueblo griego fué el pueblo artista, pero artista humano, artista sin la Redención. El pueblo español rió con in-exhausto placer en las páginas del *Ingenioso Hidalgo*; celebró los prodigios del ingenio, si se quiere, hasta el exceso del conceptismo; aplaudió los grandes hechos de conquista en un teatro legendario, y, por último, ebrio de entusiasmo sagrado, corrió al encuentro de Jesús Sacramentado, hizo parar su carro triunfal, llamó á sus poetas y les mandó cantar en honor del Señor de la Eucaristía, y al resonar los ecos de la poesía sagrada, aquel pueblo teólogo asordaba con vítores el firmamento é imponía respeto á la Europa entera. Era un pueblo artista, pero artista cristiano, artista que aprendió la belleza en el Calvario y en la Eucaristía; pueblo artista cuyos genios se llaman, sí, Velázquez y Cervantes, pero también Murillo y Calderón.

CRÍTICOS BIBLIÓGRAFOS

SALUDO DE GRATITUD A LOS HISPANÓFILOS. La *Bibliotheca hispanica*; la *Bibliografía Ibérica del Siglo XV* por Conrado Haebler; el *Poema de Fernán González*, por C. Carroll Marden;

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES. I. La *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.—*Documentos cervantinos*, tom. II, por D. Cristóbal Pérez Pastor, *Proceso de Lope de Vega* por A. Tomillo y C. Pérez Pastor.

II. *Controversia sobre la licitud del Teatro español*, por D. Emilio Cotarelo y Mori.—Estudio del libro y de las tres frases de la controversia en los siglos XVI, XVII y XVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Los hispanófilos extranjeros merecen bien de nuestra historia literaria. Aunque por un lado nos sonrojé que esto haga quien no habla de lo suyo, es, por otro, motivo de legítimo orgullo que vengan los de fuera á despertarnos y á enseñarnos los tesoros que tenemos dentro. Por lo menos, nadie nos llamará apasionados de lo propio.

Y el primer recuerdo ha de ser para la *Bibliotheca hispanica*, que ha publicado ya el texto auténtico de la *Comedia de Calixto y Melibea*, la *Vida del soldado español Miguel de Castro*, escrito por el mismo, y dada á luz por D. Antonio Paz y Melia; la restitución de la edición príncipe de *La Vida del lazarrillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, hecha por R. Foulché-Delbosc; *La Farsa llamada Ardemisa, de Diego de Negueruela*, por Monsieur L. Rouanet, y últimamente los cuatro tomos de la *Colección de Autos, Farsas y Coloquios*, anteriores á Lope de Vega.

Otro hispanófilo alemán, Conrado Haebler,

ha publicado en fecha reciente el catálogo que intitula: *Bibliografía Ibérica del siglo XV*, donde enumera todos los libros impresos en España y Portugal hasta el año de 1500, añadiéndole él atinadas y eruditas notas críticas. En este empeño de ponernos la ceniza en la frente colabora también otro hispanófilo, y éste norteamericano, Mr. C. Carroll Marden, sacando á luz el texto crítico, con introducción, notas y glosario del antiguo *Poema de Fernán González*. El autor, en una muy erudita introducción, trata diversos puntos: Fernán González en la Poesía antigua castellana, los manuscritos del poema, las ediciones de él hechas, el autor y la fecha de la composición, las fuentes originarias de que se valió, las crónicas que en parte ó en todo lo prosificaron, el lenguaje en él empleado, y concluye con dar á conocer las condiciones de la presente edición. En ella ha procurado restablecer el texto, asignar las variantes, añadir en sendas ilustraciones el fragmento del poema citado en la crónica de Arredondo y la porción donde se trata del Conde Fernán González en la *Crónica general* de Alfonso el Sabio, por ser esta la obra más antigua y más importante que prosificó el poema.

Peró no nos internemos demasiado.

Que no pretendemos sino pagar tributo, más de justicia que de gratitud, á los amigos de

nuestras letras de fuera de España, antes de entrar en lo que hacen nuestros hispanófilos de puertas adentro.

* * *

Que también hay hispanófilos españoles.

Forman legión, y si se quieren conocer hay que hojear, y bastará con hojear, porque allí están todos, la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* en esta su tercera y más floreciente época. Don Emilio Cotarelo y Mori, D. Ramón y D. Juan Menéndez Pidal, D. Antonio Paz y Melia, D. Arturo Farinelli, don Cristóbal Pérez Pastor, D. Manuel Serrano Sanz, D. Adolfo Bonilla San Martín, ¿quién los nombrará á todos? D. José Ramón Mélida y D. Angel María de Barcia, sirven especialmente á la arqueología española con sus adquisiciones eruditas sobre estatuas, grabados y dibujos.

Grandes méritos va adquiriendo esta publicación para con nuestra historia, y muy especialmente para con nuestra historia literaria, y mayores los que es de esperar que con su desarrollo adquiera. Contienen sus cuadernos que dicho sea con cruda lisura, por lo mismo que interesan, duele no verlos publicados regularmente todos los meses; contienen, repito, artículos de investigación histórica en el más

amplio sentido de la palabra: historia política, historia diplomática, historia filosófica, eclesiástica, religiosa; historia social y hasta historia de indumentaria y exornación. Edítanse algunos documentos viejos, ya en prosa, ya en verso, ya en castellano, ya en cualquier otra lengua y dialecto que también se roce con la Historia patria; se van publicando por entregas catálogos interesantes, y, finalmente, se da una completa información bibliográfico-histórica, nacional y extranjera, sin que falten hermosas y eruditas fototipias y grabados.

No es raro que haya algo, y aun algos, de curiosidad bibliómana, ya en las disertaciones, ya en los documentos, y no faltará quien por amor á las mismas gloriosas antiguallas quisiera ver más enfrenados y más disciplinados á los ingenios, sin que lozanearan en exhumaciones é investigaciones curiosas pero baldías. Mas algo hay que tolerar á la humana debilidad, tanto más, que acaso, acaso algún «llibre de notes antigues ilerditano»; algunas figuritas de cera mejicanas, tal inventario de libros, ropas y otros efectos de obscuro personaje, ó tal caricatura anglicana de siglos pasados, parezcan á no pocos preciados hallazgos, comparables con la exhumación de un original de Cervantes ó de un facsímile del mismísimo Homero.

En cambio, y dejadas esas minucias á un

lado, ¿quién no reconoce la importancia del estudio sobre la Crónica general de 1404, sobre los sermones valencianos de San Vicente Ferrer, sobre la famosa causa de Fr. Luis de León, sobre el primer auto sacramental conocido y sobre su autor el Bach. Hernán López de Yanguas, sobre el Poema de Yuçuf, sobre la *Vida de Luis Vélez de Guevara*, sobre las leyendas acerca del último rey godo D. Rodrigo, sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los Amantes de Teruel? ¿Y quién, por poco erudito que sea, menospreciará la reimpresión de cartas del conocido secretario Antonio Pérez, relaciones auténticas de autos de fe, poesías desconocidas, como una nueva traducción de la *Divina Comedia*, las del doctor Agustín de Oliva, alguna comedia de Lope de Rueda, Cartas del Gran Capitán, con otros documentos á este tenor? ¿Quién, por último, habrá que cierre los ojos y no estime la *Bibliografía hispano-latina clásica*, editada por el presidente y alma de la Revista, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, obra que contendrá la enumeración de códices, ediciones, traducciones, estudios críticos, imitaciones, reminiscencias é influencia de cada uno de los clásicos latinos en la literatura española? ¿Quién que desconozca el valer del Catálogo, impreso ya, de las piezas de teatro que se conservan en el Departamento de Manuscritos de la Biblio-

teca Nacional, y el del Catálogo de retratos de personajes españoles, que se conservan en la Sección de Estampas y [Bellas] Artes de la misma Biblioteca y el Catálogo I del Archivo Histórico Nacional, comprendiendo la Inquisición de Toledo, que editan ahora, respectivamente, D. Angel María Barcia y D. Vicente Vignau?

Es, pues, esta publicación el equivalente de una Biblioteca; derrama y derramará torrentes de luz sobre nuestra asendereada *Historia política y literaria*, y será una mina inagotable y un vade-mécum indispensable para quien desee hablar de artes, de cultura, de civilización española. Y sobre toda ponderación se encumbraría su mérito si hubiera un norte fijo en toda ella que hiciera preferir lo más universal y vital á lo curioso y accidental; lo que esclarece puntos ambiguos, á lo que sólo sirve de recreo erudito; lo que escupe un mentís á la frente de nuestros calumniadores, de lo que sólo admira y encanta á los encarnizados bibliómanos.

* * *

De entre ellos han salido y en otras partes se hace de ellos frecuente mención, pero no está bien que sean aquí olvidados los *Documentos Cervantinos*, tom. II, por el Pbro. Don Cristóbal Pérez Pastor y el *Proceso de Lope*

de Vega por libelos contra unos cómicos, del mismo laborioso obrero de archivos y de don A. Tomillo. Del primer libro escribe con razón y donaire el Sr. Paz y Mélia que, cuando salga el tomo tercero poco le va á quedar que decirnos de sí mismo al propio Cervantes el día del juicio final. Cuántas leyendas, cuántos cuentos sentimentales por el suelo. Lo que francamente no entiendo es cómo el Sr. Pérez Pastor y el Sr. Paz y Mélia se lamentan de los doce reales que ganaba Cervantes en sus ajetreos de proveedor; se han olvidado, sin duda, que entonces el estipendio de las misas era de dos reales. Bien, pues, los doce de Cervantes equivalían á 80 ó 90 de ahora.

Del *Proceso* ya se ha dicho en otros artículos y bastará añadir que su utilidad es, más que histórica, literaria, pues queda muy en claro la *Dorotea* y su carácter autobiográfico y se reivindican para Lope gran golpe de composiciones que hasta ahora andaban como expósitae en los Romanceros del siglo XVI y XVII.

* * *

Es D. Emilio Cotarelo gloria de la bibliografía española; incansable investigador y ameno historiador de la cultura patria, ha invertido su tiempo, vigiliass y afanes en obras de importancia histórico-literaria; las célebres ac-

trices españolas María Ladvenant y la Tirana; el tristemente famoso Conde de Villamediana; el legendario D. Enrique de Villena; uno de los luminares mayores de nuestra escena, el maestro Fr. Gabriel Téllez, y, por último, Iriarte y todo aquel su siglo, tan curioso como no estudiado, le son acreedores de noticias, luz, popularidad y justicia.

Pero la obra de hoy, más modesta en apariencia, aventaja, para mi gusto, todas las demás. Su título completo, casi un programa, es como sigue: BIBLIOGRAFÍA DE LAS CONTROVERSIAS SOBRE LA LICITUD DEL TEATRO EN ESPAÑA. *Contiene la noticia, extracto ó copia de los escritos, así impresos como inéditos, en pro y en contra de las representaciones, dictámenes de jurisconsultos, moralistas y teólogos; consultas del Consejo de Castilla; exposiciones de las villas y ciudades pidiendo la abolición ó reposición de los espectáculos teatrales, y un apéndice comprensivo de las principales disposiciones legislativas referentes al teatro* (1).

El número de autores ó documentos copiados y extractados es de 212, distribuidos alfabéticamente; las disposiciones legislativas, 101, puestas en orden cronológico; síguese un catá-

(1) Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso de 1904. Madrid, 1904.

logo de los jueces de teatros de 1603-1798; añádesse un índice histórico de los documentos, y precede á todo un prólogo sobre el curso de esta controversia en España, en que, dando una ojeada á la misma disputa en Italia, Francia y demás países europeos, traza Cotarelo un bosquejo de sus vicisitudes en nuestra patria, concluyendo, con razón, que aquí fué donde más se encrueleció, donde más perduró y donde más espesa polvareda levantó.

Campean en este estudio un tesón y una sagacidad poco comunes; como que, distribuidos en el espacio de cuatrocientos años (1468-1868), estaban estos documentos diseminados en libros ascéticos, políticos, legislativos, teológicos, canónicos, escolásticos, filosóficos y literarios; en sermones, consultas, dictámenes, papeles sueltos, historias, polémicas, cartas, tratados particulares, pastorales, comentarios, memorias, y aun ocasión hay en que aduce un curioso tratado *De incantationibus seu ensalmis*. ¡Grande ejemplo de sagacidad y literario olfato venático!

Esto sin contar con que el Sr. Cotarelo da suficientes noticias bibliográficas é históricas de los libros y de sus autores, completando así la mucha riqueza de datos y puntualidad de las apreciaciones del libro, que resulta un verdadero arsenal de materiales para la construcción de la historia del teatro y del histrionismo

español. Hay, como en obra humana, ligerísimas deficiencias.

En el núm. LXXVII se dice del P. Gaspar Díaz, de nuestra Compañía, que «vivía aún en 1756»; es verdad, como que murió en 10 de Noviembre de 1768.

En el núm. LXXXI dícese del P. Jerónimo Dutari: «No consta que se hayan impreso más obras suyas que su compendio.» Ya le consta al P. José Eugenio de Uriarte, como puede verse en su *Catálogo razonado*, números 9, 60, 88, 260, 1.505, 1.778, 1.781, 1.783 y 2.046 (1).

En el núm. XC se coloca un P. Pedro Ferrer, «jesuíta, citado como impugnador del teatro por Moura, el P. Ignacio Camargo y algún otro, pero sin indicar la obra»; y no parece sino que sea una mera equivocación de las citas aludidas, que ponen *Pedro* por *Juan*, pues no hay noticia alguna de tal P. Pedro Ferrer, y sería raro haber dos Ferrer, ambos impugnadores del teatro, y no conservarse sino de uno los escritos.

En el núm. CLX se anota el *Philactetes andaluz*, dándose este nombre como pseudónimo de D. Vicente de Aguilar y Baños y el libro como impreso en Málaga. Parece que en esto

(1) *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes á la antigua Asistencia Española*, tomo I, 1903; tomo II, 1905.

hay algunas inexactitudes: Aguilar y Baños es el editor, Málaga el lugar de haberse escrito el libro, que se imprimió en Granada. Todo esto está expreso en la portada completa del libro que es de este tenor: «*Candelerero de luz, viva Voz de la Verdad, Espada contra los engaños, Colirio para abrir los ojos, Espuela para los defensores del zelo, y Verdad proclamada, por el Philactetes andaluz, contra la Comedia defendida por D. Diego Rubin, donde se destruyen sus debiles fundamentos, con que intenta dar por licitos los publicos Theatros y que se tenga por buena y segura la práctica de las farsas que se hazen en España. Respóndesele á todos los argumentos, purificando lo sagrado de el voto que han hecho algunos illustres Cabildos, De algunos repasos y circunstancias con que le quieren annular algunas personas. SÁCALO Á LUZ DE TODOS LOS PUEBLOS EL DOCTOR DON VICENTE DE AGUILAR Y BAÑOS. IMPRESSO EN GRANADA, año de 1715*». En 4.º, de 65 páginas s. 5 hojas p. n. de licenc. pref. y dedic.

Por último, algunas lagunas hay en obra tan larga y minuciosa. Ahora se nos acuerda el P. José Fabiani, de nuestra Compañía, que escribió é «imprimió, dice Hervás y Panduro, una Carta sobre el asistir á las comedias, dirigida á la Sra. Condesa de Milflores». Es, sin duda, la que lleva este título: *Carta de D. Modesto Christiani á la muy Ilustre Se-*

ñora, la Señora Condesa de Flores Mil, sobre las diversiones del Theatro. Año de 1762. Impresa en Murcia, con las licencias necessarias, en la Imprenta de Phelipe Teruel, Impresor del Santo Oficio y del Illmo. Cabildo de dicha Ciudad, vive en la Lencera..... En 4.º, de 28 págs.

También se echan de menos algunos de los muchos escritos, tachados de necios por Moratín, que salieron en defensa de la licitud de los autos con ocasión de los artículos de Clavijo.

Es, finalmente, de lamentar la distracción, común á muchos eruditos, de citar, siguiendo á Gallardo, la *Symbola literaria* como del P. Arévalo: «Según Arévalo en su *Symbola* dice», escribe repetidas veces el Sr. Cotarelo. Y esta obra no es del P. Faustino Arévalo, sino mandada copiar por él á un amanuense. La razón es palmaria. En el primer catálogo, que corresponde á escritores jesuitas de la provincia de Toledo, se dice «que el P. Claudio Adolfo Malboán vivía aún y era un diligente operario en Madrid», «*sedulum modo superstes operarium agit in Imp. Madritano Collegio*».

En el segundo catálogo, correspondiente á la provincia de Castilla, se habla del cardenal Cienfuegos «como que satisface todas las esperanzas concebidas sobre él por el Papa Clemente XI», «*Romae implet omnes spes a SSmo. Clemente praeconceptas*»; y poco des-

pués, al hablar de sus obras, cuenta las que hasta entonces había publicado «hactenus edit». De otro escritor, el P. Alonso Cifuentes, cuenta que entonces gobernaba el colegio de Segovia, «regit modo Coll. Segoviense». Ahora bien; el P. Malboán murió en 16 de Diciembre de 1729, el cardenal Cienfuegos en 19 de Agosto de 1739 y el P. Cifuentes en 29 de Mayo de 1743. ¿Cómo había de ser Arévalo autor del *Symbola literaria*, como indica Gallardo y copian tantos, cuando en ninguna de estas fechas había nacido? Porque el P. Faustino Arévalo nació en 1747.

Pero ¿qué es todo esto en obra tan larga, sino ligeras distracciones, que no atenúan su mérito ni los del autor para con los estudiosos del Teatro antiguo español?

A lo que se agrega la serenidad y falta de pasión, tan poco común hoy, por desgracia, en muchos libros, aun de crítica literaria. El señor Cotarelo no cierra los ojos á la evidencia, reconoce el mérito de los escritores frailes, jesuitas, obispos y sacerdotes que intervinieron en la controversia, y para estudiar un punto de tanta trascendencia acude á las fuentes, á las fuentes únicas en el asunto, á las fuentes eclesiásticas; y las trata con decoro, y habla de ellas con respeto, y se duele, con razón, «del bárbaro y cruel decreto de expulsión de los jesuitas», y reconoce en los escritos de éstos, de

éstos en aquellos tiempos, cultura, ingenio, *vis cómica* y poder satírico sobresalientes. Sólo le parece paradójico al Sr. Cotarelo que los Padres jesuitas, censores tan acérrimos del teatro, escribieran ellos mismos obras teatrales.

Acaso ni haya tal paradoja, ni sea difícil la concordancia entre las benignas doctrinas de los unos y las duras y rigurosas de los otros.

Todo lo cual y otras consecuencias se sacarán del estudio y meditación sobre los datos que apronta el Sr. Cotarelo.

Allí están todos y allí está todo; mas hace falta un hilo de Ariadna para no perderse en tan intrincado laberinto.

El índice cronológico ya dice algo.

No se debe descuidar el índice de doctrinas y de costumbres, que no el Sr. Cotarelo, sino la historia nos da.

Los documentos del siglo xvi se unen con la tradición antigua, conservan un carácter bien definido, y huyendo de exageraciones, son como la luz que nos guía en toda esta cuestión. Ni los ascéticos, como Rodrigo de Zamora (1468), Diego de Cabranes, el P. Valdivia, Rivadeneira; ni los moralistas, como Alfonso de Mendoza, P. Tomás Sánchez; ni los mismos juristas y teólogos al emitir dictamen, como D. García de Loaysa, Fr. Diego de Yepes, Fr. Agustín Dávila; ni los concejos y ciudades al suplicar en favor de las comedias,

cual se puede ver en las súplicas de la villa de Madrid, se olvidan de las fundamentales doctrinas de Santo Tomás y los demás moralistas; la dificultad ó la duda, si la hay, estará en la apreciación moral de los abusos y en la impresión causada por éstos en el recto ánimo del censor. Toda esta sección contiene criterios acertadísimos, y es curioso notar por qué no prosperó el género de las tragedias de imitación clásica traída de Italia. En una palabra, durante este siglo se luchó contra las ambiciones, sensualidad, descoco y desvergüenza de los farautes, conservando como indubitable la legitimidad del recreo teatral y la utilidad de los géneros sagrado é historial.

En una palabra: se conservaba la tradición del Rey sabio y se cimentaba el nacional arte dramático.

«¡Oh eclesiásticos descuidados de Dios!
¡Que no se os cubra la cara de vergüenza de que os vean autorizando y gozando de los cuentos de Medea y de Jason, y de Paris y Elena, y de Eneas y Dido, y de Piramo y Tisbe, y que no se os acuerde de los de Santa Catalina, ni de Santa Inés, ni de Santa Agueda, ni de Santa Lucía!...»

Así fulminaba lleno de celo el P. Fr. Juan de Pineda, contra las paganas representaciones de cómicos italianos y los eclesiásticos que á ellas asistían, en lo cual no hay motivo de

escándalo, pues como escribe el P. Tomás Sánchez, «scandalum hodie cessare credo, cum frequentissimum sit clericos illis interesse».

La piedra angular del Teatro patrio queda echada con estas otras palabras de Fr. Francisco de Alcocer: «Las representaciones, escribe en su *Tratado del juego* (núm. XII), de farsas y invenciones es otra manera de juego, las cuales cuando son de historias de la Sagrada Escritura ó de otras cosas devotas y se hacen por personas que representan con aquella grandiosidad que cosas semejantes requieren, es regocijo honesto y bueno y provocativo de devoción. Y siempre se debía procurar que las personas que las representan entendiesen también lo que hacen y representan, y estuviesen tan diestros en lo que hacen y supiesen tan bien lo que dicen, que el pueblo que está presente se edificase y provocase á devoción. Lo cual muchas veces falta.... Otras farsas hay de historias pasadas que los poetas cuentan y otras de fingidas, las cuales, como no haya en ellas cosas tan deshonestas que sean de suyo provocativas á pecado mortal, no hay eficaz razón para las condenar, y de tal materia pueden ser, que sea bueno y lícito representarse. Otras farsas deshonestas y livianas bien es que no se representen....»

Aun los que dan dictámenes desfavorables á las representaciones los fundan en idénticas

razones. En todo el siglo XVI no hubo verdadera controversia.

Y así también la legislación es escasísima y sobre las mismas bases:

En 1534 se extienden *nominatim* á los comediantes las leyes vestuarias, que atendían á la honestidad.

En 1587 se pide y concede licencia «para que pueda representar Angela Salomona y Angela Martineli; las cuales consta, por certificación del señor alcalde Bravo, ser mujeres casadas y traer consigo sus maridos, con que asimismo no puedan representar sino en hábito y vestido de mujer y no de hombre».

En 1596 el Consejo de Castilla, «por los muchos inconvenientes» que se siguen, volvió á prohibir representaran mujeres.

En 1598 D. Felipe II suspende «por ahora» las representaciones.

Y un año después se volvieron á permitir, con limitaciones de previa censura eclesiástica para el libro y de ciertas trabas para impedir la inmoralidad de los cómicos.

Con esto entramos en el siglo XVII.

Bien se retratan en esta lucha los caracteres del siglo XVII español. No se debe negar que la corrupción y liviandad de costumbres era mayor, ocasionada por el lujo, la ostentación, la riqueza, el predominio español que entonces brillaba en su cenit, y no menos por los ejem-

plos de brutal materialismo engendrado por el Renacimiento en Italia, por el desbarate moral que había en los países protestantes y en Francia, castigadísima de calvinistas, y disolutos ejemplos que en su continuo trato con toda Europa se infiltraban en nuestro pueblo; la libertad concedida á los religiosos para asistir á los espectáculos era usual y mayor, y como eran ellos más en número y no escaseaban en sus filas algunos tibios, y las representaciones eran frecuentísimas y más desembozadas, los motivos de abusos eran más frecuentes. Por último, España se tenía, con razón, por el baluarte de la fe, y los moralistas y teólogos reprendían en ella esos excesos, que podían quitarle á España el privilegio de su eterna cruzada por la Religión; que ocasionaban el escándalo farisaico de los herejes, y que desdeñaban de una nación tan grande en la fe y catolicismo, aunque no llegasen á las locuras de Italia, Francia é Inglaterra en aquellos días.

Todas estas concausas imprimían su huella en las controversias del teatro que heredó del siglo XVI el XVII.

Por eso la disputa se mantuvo estacionada, y defensores é impugnadores, reconociendo la solidez de los principios que admitió el siglo XVI, sólo se pronunciaban en pro ó en contra de los espectáculos teatrales cuando se fijaban y amplificaban, ó la doctrina teórica y las

salvaguardias que había en la previa censura, ó las impurezas reales de cómicos de la legua y de compañías faranduleras, y á lo que exigía de España su nombre de nación católica. El pueblo, la masa ajena al tráfago de las escuelas, estaba dudosa y prácticamente era probabilista.

Un documento (núm. LXXVI) hay en este largo período que, así como sobresale entre todos por lo culto y ameno del estilo, lo sólido y grave de la doctrina, lo juicioso y prudente del criterio, así resume toda la controversia y el estado de la opinión y civilización española del siglo XVII.

Es escrito anónimo, hasta ahora inédito, existente en el Archivo general de Simancas. El estilo, las alusiones que á los estudios de la Compañía hace, las frases modestas con que á los Padres designa y un ejemplo final de San Francisco Javier, como introductor de las comedias de Santos en Japón, hacen sospechar si se debería este escrito á alguna pluma de nuestra Compañía.

El escrito consta de seis diálogos entre un regidor y un teólogo.

Empieza «presuponiendo, para no confundirnos, que las comedias en general no pueden reprenderse, antes hay y ha habido muchas muy buenas, y compuestas por personas muy doctas y aun santas, como fueron San

Gregorio Nacianceno y otros Santos que, para quitar el abuso de las que eran perniciosas, se dignaron componerlas».

«Y hablando de las que ahora se usan, tengo por cierto que son ilícitas.....»

Esta es la tesis que vase desarrollando por tres diálogos, y los argumentos son la procaacidad y peligro grave que señala en muchos argumentos; los malos ejemplos que allí se pueden aprender por los niños y las doncellas; el daño que redundaba á «las religiosas encerradas, que en su vida supieron si aquéllas son mentiras ó verdades», y á las cuales «hacían fastidiosa la disciplina de la religión»; el mal ejemplo que daban «los eclesiásticos y religiosos», que «han querido con su presencia y asistencia calificar estos espectáculos»; las indecencias é ignorancias de los comediantes y las comediantas; «las cosas que en el vestuario pasan, y los caballeres que allí entran á verlas vestir y desnudar, á decir chufetas, llamando á estas mujercillas del mismo nombre de la santa que representaron», que «es cosa que no puede decirse».

Y estos son los escándalos que á aquellos celosos y santos religiosos admiraban, y tanto más, cuanto que consideraban lo que era España como nación católica.

«Dadme vos, continúa el teólogo, que se persuadiesen los que gobiernan que son las co-

medias como ahora se hacen ilícitas y que era Dios ofendido en ellas, siendo escándalo y tropiezo para los flacos; que, sin duda, hay celo de la gloria de Dios tan grande, que con todo se atropellaría; y más si su Majestad (Dios le guarde muchos años) entendiéndose que esto se hace con pecado y se persuadiese el daño que en ello hay, ¿pareceos que sufriría que hubiese y más, si entendiéndose que era esto cosa que corría por cuenta de su conciencia y viendo que el señor rey D. Felipe II, cuando murió, las dejó del todo prohibidas y que en su reinado volvieron á resucitar? Claro está, y bien lo ve y sabe todo el reino que por cuanto hay en el mundo no consentiría un pecado á sabiendas....»

Aun las casas públicas, comparándolas con las comedias obscenas, quiere que ya de España desaparezcan, porque: «Han sido lícitas en algunas partes, cuando había gran estrago de costumbres y no se frecuentaban los Sacramentos como ahora, y no había tanta luz de doctrina y sabiduría como la hay ahora en España, que no ha cien años que éramos bárbaros y todo se llevaba por puñetes, y no había letras ni tantas Religiones, ni lugar para que se criara otra gente sino soldados....»

El peligro en la fe lo toca el P. Juan Ferrer en estos términos:

«El principio que tuvieron en Alemania las

herejías fueron por estas tales comedias.... Con otras comedias entraron también las herejías en Francia, como afirmaban los mancebos hidalgos que el rey D. Juan el III, de buena memoria, había enviado á los estudios de París, de donde los tornó á enviar á llamar cuando vió que por allí se extendía ya aquella mala semilla..... En España ya comenzaban algunos entremeses de cosas semejantes, á lo cual acudió el Santo Oficio.... Y así, como el demonio ve que no puede usar en España de comedias que tanto descubran su principal intento (el cual es arruinar la fe)....., conténtase con introducir con éstas la anchura de conciencia en materia de honestidad....»

Pero, volviendo al papel anónimo, desde el diálogo cuarto trata de unos remedios, que suponen tal estado social, que nos hacen perecer de envidia.

Porque, ¿á quién no se la dará el ver que se creen posibles estas medidas?

Lo primero, se había de acabar con las compañías trashumantes y ociosas de faranduleros ignorantes y hacer «que en cada ciudad tuviese el regimiento unos diputados, como eran antiguamente en Roma los ediles, que se encargasen de las fiestas, al modo que ahora en las villas grandes los mayordomos de las cofradías se encargan de hacer las comedias, y que juntasen, ya de mozos de coro, ya de estu-

diantes pobres ó de oficiales de oficios mecánicos ó de pluma, unos veinte ó más personajes que supiesen representar, ó lo fuesen aprendiendo».....

Lo segundo, disminuye la diversión teatral, contando con lo católico del pueblo, en esta forma: «Que sacada la corte....., y aun también Sevilla y otras grandes ciudades, en las demás no son menester continuas comedias; pues en Adviento y Cuaresma y Octavas del Santísimo no es justo que las haya, ni en los primeros domingos del mes, que es el Rosario, ni los días de labor; porque en este tiempo ya tiene el pueblo en qué entretenerse, ó á lo divino, acudiendo á los sermones y procesiones, como queda dicho; ó á lo humano, atendiendo cada uno á su oficio en los días de labor.....»

En lo que á las materias hace, refuta el que si no son de amor, no se oyen con gusto, afirmando lo siguiente, que es importantísimo: «Hallamos que los autos sacramentales y otras historias de Santos, todos gustan mucho de oillas, y á las comedias que se representan en los estudios, que son todas á lo divino, van á tomar lugar, aunque duren dos días, tres horas uno y tres horas otro; y sabemos de una comedia que á S. M. hicieron en Lisboa, que duró más de seis horas en dos días. Todos los cortesanos estaban tan entretenidos, que decían que no habían oído cosa mejor y más

grandiosa en su vida; y de los mismos representantes, en comedias de San Francisco, de la Magdalena y de la vida de Nuestra Señora, he sabido yo que las han hecho cuatro y seis y más veces arreo, y siempre con mucho concurso: luego, para que al pueblo guste, no es menester que haya torpezas y ofensas de Dios.»

En este camino no se detiene, y sueña con encomendar á religiosos el encargo de las comedias, añadiendo para cerrar su cuadro: «¿No van los Padres de la Compañía á las plazas con los niños y los suben en unas mesas y allí hacen una como comedia de la doctrina que entretiene la gente? ¿No hacen comedias en sus estudios para despertar los ingenios?.....» «Bien tenéis noticia de la santidad de vida de aquel gran apóstol del Japón, que ya está beatificado, el bienaventurado Francisco Javier..... Pues entre otras trazas que daba para predicar la fe entre los chinos (que tan cerrada estaba la puerta de la predicación en sus reinos para entrar la luz del Evangelio en ellos), una era buscar un buen número de japoneses que supiesen la lengua china, y en ella llevar comedias compuestas de la vida de Cristo Nuestro Señor y de sus milagros, y de las historias de las Sagradas Escrituras, y que los tales divinos representantes entrasen por el reino, y en voto de que iban á ganar de comer y entretener la

gente, fuesen de principal intento á convertir; y si la muerte no le atajara, pudiera ser posible que ejecutara ese medio.»

La legislación de este siglo, sin llegar á esta perfección aquí planeada, se inspira en sus principios.

¡Cuadro por cierto maravilloso el de una nación y un pueblo en que, teniendo vicios, á tales censores mueven tales razones y se proponen tales remedios! Contraste espantoso el que ofrece con la otra nación, dramática por excelencia, con Inglaterra, en tiempo de Isabel I, Jacobo I, Carlos II, cuyos desórdenes, cuyas reprimendas puritanas, cuya reacción nos describen las crónicas contemporáneas y resume en cuadro viviente H. Taine, en su *Historia de la literatura inglesa* (1).

Siglo XVIII. Es de confusión y verdadera baraúnda, con daño y muerte de nuestro Teatro histórico.

Porque es grande verdad que, extinguido Calderón de la Barca, habíanse reducido los abastecedores de nuestro teatro á pocos y escasos de numén; que se habían multiplicado las compañías cómicas y los espectáculos hasta apenas quedar poblachón ó aldea que no los tuviera gran parte del año; que dentro de las arcas de

(1) Libros II y III, t. II, páginas 3-27 y 282-412, t. III, páginas 5-162.

los farautes y en las tablas se verificaban transformaciones en las comedias, que ni las de Ovidio; que á todo esto se añadía la rebajación de carácter en nuestro pueblo, que no era ya, por desdicha, el de Garellano y Lepanto; que la incursión del Poder real en las menores manifestaciones del arte dramático lo empeoraba todo, trabándolo sin reformarlo; que no decrecía, antes aumentaba, el aluvión que de los Pirineos caía de abates, golillas, filósofos, petimetres, damiselas y toda la taifa de cortesanos de Versalles, no trayendo á nuestra patria sino desmoralización y vergüenzas.

No es extraño, pues, que todo este estado de cosas suscitara las fervorosas y ardientes y aun hiperbólicas protestas de un D. Fr. Diego de Cádiz, de un V. P. Calatayud y del no menos fervoroso P. Fr. Francisco de Posadas, uniéndose en esto las tres sagradas Religiones de San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola y Santo Domingo de Guzmán.

Estas protestas tan justificadas no añaden nada nuevo substancial á lo dicho en los dos siglos anteriores; pero á su lado se prendió un fuego, que llegó á ser violento y colosal incendio. El P. Fr. Manuel de Guerra y Ribera aprobó en 1682 las comedias de Calderón de la Barca, y en la Aprobación se extendió, alabando y encomiando las representaciones teatrales. Había Guerra sido notado de amigo del

príncipe D. Juan de Austria Calderón, y de hostil á la política del P. Nithard; y aun era tenido por adverso á los jesuitas: en su famosa *Aprobación* se permitió refutar al P. Pedro Hurtado de Mendoza, de la Compañía, y he aquí que algunos jesuitas, como los Padres Cortés Ossorio, Fomperosa, Camargo y otros, cayeron sobre él, cobrando el incendio cebo, no sólo en la cuestión práctica de las comedias tal y como entonces se representaban, sino en las luchas de escuela, en el pundonor de cuerpo, en las eternas cuestiones que ya dividían á los religiosos. Esta controversia es triste: no parece se luchaba ya por la verdad, sino por vencer: los de Guerra repetían una y muchas veces las mismas razones abstractas en favor del descanso, de la eutrapelia, de la enseñanza, del fervor teatral, y sus antagonistas reproducían, sin descanso también, unos cuantos abusos, más ó menos exagerados, que habían oído, y algunas frases que como estereotipadas tenían. La hipérbole por uno y otro lado, las injurias y los insultos formando nube de espeso polvo; los folletos sucedían á los folletos, los papelones á los papelones, los libelos á los libelos: lucha sin tregua, á sangre y fuego, hasta la muerte.

Hasta la muerte; he aquí la frase. Porque, sin darse cuenta de lo que se les venía encima, sobrecogió en esta lucha á los Padres de nues-

tra Compañía el cruel decreto de extrañamiento, y á unos y á otros las prohibiciones regalistas de las comedias de Santos, de los autos sacramentales, la proscripción de hecho del teatro heroico y el establecimiento del teatro de real orden y de la traducción oficial de las tragedias de Voltaire.

Veamos los comprobantes.

El pueblo andaba á ciegas y vacilante. «Esta disputa es verdaderamente problemática, escribía Forner á su *Juan Perote*. ¿Sabes lo que significa problemática? Tú no lo sabrás, porque esta voz no se halla en la cartilla. Quiere decir que las cuestiones sobre la utilidad ó perjuicio del teatro, sobre su licitud ó ilicitud, sobre su tolerancia ó exterminio, tienen á su favor y contra sí igual número y peso de razones, de tal suerte que, dos hombres sabios que se pongan de intento á apurar esta discusión, después de haber voceado tremendamente y agotado cuanto lógica, moral, política y eruditamente se puede alegar en pro y en contra, no adelantarán dos dedos en su resolución, y al fin se quedará la duda en el mismo estado de perplejidad, y cada loco, esto es, cada sabio con su manía.»

A esta perplejidad del pueblo obedecían las veces que las villas votaron y revotaron la extirpación de las comedias, los edictos y decretos de la potestad real, ya adversos, ya favora-

bles á las representaciones, y aun la intervención famosa de Benedicto XIII, que es importante y fué de esta manera:

En 1721 había Pamplona, con ocasión de la peste de Marsella, votado no consentir en lo venidero representación de comedias; pero cuatro años después pidieron al Sumo Pontífice su relajación, que les fué concedida. Llegado el día de la primera función y prevenidos los cómicos, publica el Ordinario un edicto declarando que el voto era válido y tachando de subrepticia la dispensa. Alborotóse la ciudad, hácenlo empeño los capitulares, recurren al Nuncio, muévase un pleito ruidoso, apélase á Roma, y en 1725 viene del Papa un Breve con resolución, en vista de los informes adversos á las comedias, de que persista la prohibición. Mas los comisarios pampilonenses no cejaron: acudieron de nuevo á Su Santidad, alegando que las razones del Obispo eran equivocadas, porque las comedias no eran como él había pintado. Comisionóse al Nuncio para hacer las debidas averiguaciones, y oyendo á personas graves y en vista de que era la permisión general en España, el Papa Benedicto XIII, por su Constitución *Exponi* de 17 de Marzo de 1729, mandó recoger el Breve, como obtenido por subrepción, y absolvió á los pamploneses del referido voto.

En esta obscuridad y revueltas los únicos

que pescaban con ganancia eran los políticos regalistas y los afrancesados heterodoxos, que á su sombra medraban. Los primeros se iban apoderando por completo del teatro, y ya todo estaba lleno de ministriles, delegados, jueces, alguaciles y directores, que no hacían sino empeorarlo todo. Los segundos, imitando á los luteranos, como nota Förner, se iban introduciendo, á la sombra y en silencio, para conseguir su verdadero objeto.

Venia el peligro temido y denunciado por los Padres Rivadeneira y Juan Ferrer. ¡Pero cuán de distinto modo!

Don José Clavijo y Fajardo se había criado y educado en Francia, donde había bebido máximas é ideas volterianas. Favorecido por el Gobierno vino á España y fué nombrado director general de los teatros de la Corte. Este fué el primer instrumento de los impíos. Animado con la lucha sobre la moralidad del teatro, terció en ella, publicando sus célebres artículos en *El Pensador Matritense*. Allí, después de innumerables vaguedades, y partiendo siempre del principio francés y tan equívoco de que el fin de la obra escénica es corregir y satirizar costumbres, alardeando de gran moralidad, llega á asentar, por conclusiones más ó menos probadas, que «el teatro era conveniente y necesario», pero «que todo el teatro antiguo español era inmoral y bárbaro». Y co-

nociendo, como conocía, que para reformar de veras la escena no había sino retrotraerla cien ó ciento cincuenta años, y queriendo, como quería, no reformarla, sino deformarla, y sintiendo, como sentía, que se conservaba en España vivo el amor á la escena sacra y eucarística, y que éste era el más firme baluarte contra la corrupción pretendida, dió contra los autos sacramentales, procurando ponderar lo que á un pueblo católico más había de herir: la ridiculez y la irreverencia. ¡El volteriano y descreído!

Hízole coro, naturalmente, el epicúreo don Nicolás F. de Moratín con sus famosos *Desengaños*, que no cito por ser conocidísimos.

«El sentimiento popular, escribe Menéndez y Pelayo, se levantó indignado contra los insultos que le dirigía, so capa de piedad, el afrancesado y volteriano periodista. Salieron contra Clavijo una porción de folletos, que don Leandro Moratín califica á carga cerrada de *necios*, y que nosotros nos guardaremos muy mucho de calificar de igual modo, á juzgar por el único que conocemos, y cuyo olvidado autor, en esta cuestión (dicho sea con paz de don Leandro), calaba mucho más hondo que su padre y que Clavijo. El enérgico defensor del teatro nacional, á quien aludo, de quien, como de todos los que siguieron la misma escuela, ha hecho caso omiso primero el fanatismo de

escuela y luego la pereza de nuestros eruditos, se llamaba D. Juan Christóval Romea y Tapia, y publicaba, en oposición á *El Pensador* y á todos los de su laya, un periódico denominado *El Escritor sin Título*, que no debió de ser tan mal recibido del público castizo, cuando, habiéndose dado á luz en 1763 los once discursos de que consta, todavía fueron reimpresos en 1790, pasadas y olvidadas ya las circunstancias á que se referían; honor que no alcanzaron ni *El Pensador* ni los *Desengaños* de Moratín, que el licenciado Romea impugna.....»

Pero la reacción era tardía.

El golpe funesto estaba dado, y la sorpresa produjo sus efectos.

Don Carlos III expidió en 9 de Junio de 1765 la real cédula, firmada por D. Manuel de Roda, prohibiendo en todo el reino la representación de autos sacramentales y comedias de Santos y de asuntos sagrados bajo título alguno: tres años después, en 1768, firmaba el Conde de Aranda la autorización de representaciones nocturnas, y en el mismo año se fundó en los reales sitios un teatro donde se representaron, muy bien traducidas del francés por D. Tomás de Iriarte, tragedias de Voltaire, comedias de Molière, de Destouches, de Fresset, de Chamfort y de otros muchos autores franceses, y en 1787 se permitía café y botillería en el coli-

seo de los Caños del Peral: todo para fomentar la moralidad de las diversiones teatrales. Entonces nació la famosa tertulia de la fonda de San Sebastián, que por algunos años dió la ley al arte patrio. Nacida como amena reunión de amigos para solazarse, y que mutuamente se comprometieron á no tratar sino de teatros, de toros, de amores y de versos, influyó en los progresos del gusto, reconociendo como alma á *Flumisbo Thermodonciaco*, el autor de la insufrible *Petimetra*, que nadie quiso en ninguna parte representar, y que la entonces debilitada Inquisición condenó por sus inmoralidades.

Aquí habían parado los pujos de moralidad de Fajardo, Moratín y sus compinches.

Estas fueron las últimas consecuencias de aquellas antiguas ciegas controversias.

La sorpresa, la derrota, la muerte de nuestro arte dramático y del carácter propio y fisonomía de nuestra civilización y nuestro pueblo.

¿Y los ilustres beligerantes?

La historia literaria no nos ha conservado, que yo sepa, las tradiciones dramáticas de los viejos defensores de comedias, y, caso extraño, guarda con áureas letras los nombres de los antiguos impugnadores, que se trocaron en convencidos abogados.

Hablo de los Padres de nuestra Compañía.

Ya vimos al comenzar que en los siglos xvi y xvii habían estos escritores defendido la doctrina juiciosa, recta y mesurada, y habían cultivado en sus estudios el arte dramático español y casto, religioso y sacramental. Sólo habíamos oído al buen P. Mariana, que tomando en serio lo de la integridad de Séneca y pureza de los estoicos, se había creído en el caso de escribir una declamación senequista sobre y con los datos que de las comedias españolas le habían dicho y él había creído. Mas aun en el siglo xviii se escucha la voz mesurada de los Padres José Alcázar y José Tamayo, eco de los primitivos. Sólo hay una dichosa cuestión, la del P. Fr. Guerra, en que á lo de las comedias se unen las susceptibilidades de escuela, los resentimientos por lo del P. Nithard y D. Juan de Austria, las heridas recibidas en otras contiendas y el deseo de vencer en la sorda lucha que ya se oía mugir contra los jesuitas; y todo esto agrava el conflicto y lo desnaturaliza de suerte, que aquellos mismos que luchaban tanto contra las comedias, como Fomperosa y Lossada, las escribían para sus estudios y se callaban como muertos cuando un adversario, D. Tomás de Guzmán, les decía, dirigiendo sus tiros al oculto tras el anónimo, P. Fomperosa: «Muchas religiones, así calzadas como descalzas, de Madrid, para tomar algún breve alivio de su continuo rigor y aspereza, suelen

los días de pascua de Navidad llamar comediantes para que les representen una ó dos comedias, y se las pagan, y demás de esto les regalan. Pudiera señalar muchas; pero vaya una en mi estimación por todas: la gravísima, santísima y doctísima religión de la Compañía de Jesús. Bien sabrá lo que es pecado ó no lo es; pues esta comunidad doctísima del Colegio Imperial los suele llevar para los días de entrepascuas dos veces, y por cada una les da 250 reales, que en las dos montan 500. Esto á los comediantes se da, y á los comediantes de estos tiempos.»

Sin acrimonia ni acento batallador, abundaba en las mismas ideas Bances Candamo: «Han escrito contra nuestras comedias algunos de los Padres de la Compañía de Jesús, que son los maestros de todas las ciencias y los verdaderos cultores de todas las buenas letras, y otros de otras religiones; pero ninguno de ellos ha dicho que son absolutamente malas, sino que como se ejecutaban en sus tiempos eran por la mayor parte malas. Nunca sintieron mal de la poesía ni de la representación (como se verá en las muchas doctrinas suyas de que me valdré), sino del representado, y esto se ve claramente en que al mismo tiempo en esta sagrada Religión se han escrito y representado comedias muy libres de todo lo que sus autores culpan en ellas».

Mas el rayo de proscripción y destierro descubrió lo que de realidad había.

Porque fuese que, salidos de su patria, vieran experimentalmente la corrupción y podredumbre de los extranjeros teatros; fuese que el amor patrio parece que se aumenta en la desgracia y lejanía; fuese que cesó el incentivo de lucha al perder de vista las cátedras y púlpitos patrios; fuese que, como indican Lampillas y Andrés, conocieron que el principal móvil contra la literatura española era la heterodoxia y fanatismo sectario, ó fuese otra cosa, ó por todo esto y más junto, lo cierto es que no tuvo en aquel siglo mejores defensores nuestro gran teatro y literatura que Andrés, Lampillas, Arteaga, Eximeno, y, en general, nuestros jesuitas desterrados; ni mejores abastecedores de las tablas italianas que los Padres Colomé y Lassala, que escribieron tragedias de argumentos españoles, y fué como monopolizaron los aplausos de los italianos.

Pero creo que la materia me ha llevado demasiado lejos. Cúlpese de ello al libro del señor Cotarelo, que trata un asunto tan vital que no puede examinarse con pocas palabras, aunque quiera mirarse muy por encima.

En la obra general de nuestra restauración literaria, esta del Sr. Cotarelo es fundamental, y después de enviarle nuestro modesto aplauso, resta rogarle que continúe empleando así su

actividad en asuntos nada baladfes, y que, satisfaciendo la curiosidad bibliográfica de papeles viejos, ayudan al esclarecimiento de puntos gravísimos de nuestra historia y literatura.

Para cerrar esta reseña, tiene aquí competente lugar la nueva *Colección de poetas de San Juan de la Cruz*, hecha por el P. Ángel María de Santa Teresa, Carmelita Descalzo, de la cual basta y sobra el título copiado para aplaudir incondicionalmente á su autor. Una edición nueva de las poesías del Santo reformador, purificada de errores y purgada de mendaces lecciones es por sí solo un benemérito trabajo. Mas esto no es lo único que aquí se encuentra. El sagaz editor ha añadido algunas poesías nuevas; de ellas, ciertamente, del inspirado autor de la *Noche obscura*, y de ellas que muy verisíblemente le pertenecen. Todo esto y las indicaciones que en su prólogo hace el discreto y religioso editor, hacen vivamente desear una edición crítica y completa de las obras espirituales del místico, doctor y Santo reformador, que, con Santa Teresa, es la gloria más pura del Carmelo, tanto en su historia religiosa como en su historia literaria y poética.

CRÍTICA LITERARIA Y FILOSÓFICA

TRABAJO DE RECONSTRUCCIÓN LITERARIA.—D. Manuel de la Puente y Olea.

- I. CRÍTICOS LITERARIOS.—D. Eduardo de Huidobro.—*Luis Barahona de Soto*, por D. Francisco Rodríguez Marín.
- II. Don Marcelino Menéndez y Pelayo.
- III. Otras obras de crítica literaria.
- IV. CRÍTICA FILOSÓFICA.—*El Superhombre*, por D. Juan Valera.
- V. *Luis Vives*, por D. Adolfo Bonilla San Martín.

actividad en asuntos nada baladfes, y que, satisfaciendo la curiosidad bibliográfica de papeles viejos, ayudan al esclarecimiento de puntos gravísimos de nuestra historia y literatura.

Para cerrar esta reseña, tiene aquí competente lugar la nueva *Colección de poetas de San Juan de la Cruz*, hecha por el P. Ángel María de Santa Teresa, Carmelita Descalzo, de la cual basta y sobra el título copiado para aplaudir incondicionalmente á su autor. Una edición nueva de las poesías del Santo reformador, purificada de errores y purgada de mendaces lecciones es por sí solo un benemérito trabajo. Mas esto no es lo único que aquí se encuentra. El sagaz editor ha añadido algunas poesías nuevas; de ellas, ciertamente, del inspirado autor de la *Noche obscura*, y de ellas que muy verisíblemente le pertenecen. Todo esto y las indicaciones que en su prólogo hace el discreto y religioso editor, hacen vivamente desear una edición crítica y completa de las obras espirituales del místico, doctor y Santo reformador, que, con Santa Teresa, es la gloria más pura del Carmelo, tanto en su historia religiosa como en su historia literaria y poética.

CRÍTICA LITERARIA Y FILOSÓFICA

TRABAJO DE RECONSTRUCCIÓN LITERARIA.—D. Manuel de la Puente y Olea.

- I. CRÍTICOS LITERARIOS.—D. Eduardo de Huidobro.—*Luis Barahona de Soto*, por D. Francisco Rodríguez Marín.
- II. Don Marcelino Menéndez y Pelayo.
- III. Otras obras de crítica literaria.
- IV. CRÍTICA FILOSÓFICA.—*El Superhombre*, por D. Juan Valera.
- V. *Luis Vives*, por D. Adolfo Bonilla San Martín.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

ABALMENTE porque lo aseguró *El Imparcial*, no es así: que no parece sino que, tan á obscuras como en Religión y Catolicismo, anda en literatura, historia y filosofía, y que tan embaídos como trae á sus lectores, por desdicha infinitos, con su aplomo y acento sibilítico en puntos de libertad, tolerancia, enseñanza y clericalismo, otro tanto los quiere asimismo desorientar y descarriar en lo tocante á literatura y crítica literaria.

Porque afirmó, no me acuerdo cuándo, que «precisamente por ser exigua la producción original literaria, lo era también la producción crítica», y, en efecto, es todo lo contrario. La producción crítica en España es copiosa, y más aún, juiciosa é ilustrada; pues, omitiendo lo que de este género se lee en revistas y diarios y lo á ella atañadero de los discursos de recepción en las Academias; lo más sobresaliente y notable, lo que en libros ha llegado

á mis manos, es lo mejor de nuestra actual literatura y algo que perdurará y pasará á la historia literaria.

Recuérdense, para convencerse de ello, los nombres de Menéndez y Pelayo, de D. Juan Valera, la monografía del vate lucentino Luis Barahona, sin decir nada de los demás que forman el sumario de este artículo ó de otros de este pequeño libro.

Ni es más al caso la razón que aduce el rotativo de «la escasez de la producción original». Porque los novicios en historia literaria tienen por axioma que, lejos de igualarse en un mismo período de tiempo la producción poética y la crítica, suelen peregrinar tan desunidas y por tan opuestas sendas que rara vez se encuentran.

Y por eso observó Macaulay: «En un siglo ilustrado encontraremos mucha inteligencia, mucho desarrollo en las ciencias, mucha filosofía, clasificaciones justas, precisas, exactas, análisis sutiles en abundancia extraordinaria, erudición, conocimientos, elocuencia, muchos versos, muy buenos si se quiere, pero poca poesía; porque en esas épocas se compara y se juzga, pero no se crea; se habla de los antiguos poetas, se les comenta, se goza de ellos hasta cierto punto, pero apenas si se está en el caso de comprender el efecto que la poesía lograba producir.»

Vea, pues, el erudito lector por qué al extinguirse la última llamarada del genio teatral helénico en Aristófanes, rayan en el horizonte Platón y Aristóteles; por qué al enmudecer por siempre los ecos de César y de Cicerón en el foro romano, se empezaron á oír los preceptos de Séneca y Quintiliano; por qué, finalmente, sienten la inspiración, sin preceptuarla, Garcilaso, Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca, y por qué la preceptúan, sin sentirla, Iriarte, Luzán, entrambos Moratines y toda su descendencia crítico-literaria.

Mas ¿para qué todas estas filosofías? Los *omniscientes* rotativos no se habrán de retractar. Con esto y todo, valga lo dicho para dejar asentado que la rama literaria más digna de atención, la que nos pone, como se verá, en contacto con la Europa erudita; la que reivindica los razonables fueros de nuestra poesía antigua; la que hace valer á nuestros escritores allende nuestras fronteras; la que, digan lo que digan los ignorantes, está más en consonancia con el espíritu contemporáneo, es la crítica literaria, desde la gramatical á la histórica y filosófica, que rompe las capas formadas por la edad, la pasión ó el descuido, y exhuma lo recóndito, rehace los antiguos monumentos, nos hace asistir á las Academias hispano-toscanas de Antequera, Granada y Sevilla, ó á los corros populares, veladas de guerreros, cortes de

príncipes, donde cantan y cobran los juglares sus romances y tonadas viejas.

Beneficiando metáfora conocida, representó Saavedra Fajardo como populosa metrópoli, con afueras, murallas, puertas, rúas, palacios y barriadas, con oficiales, jueces, vecinos, forasteros, curiosos y hasta intrusos, lo que hoy con semejanza menos clásica se diría el movimiento científico y literario de aquella edad. Él la llamó *República literaria*, y describió bajo este nombre la fecundidad completa del pensamiento humano, exceptuados sus frutos rigurosamente científicos, filosóficos y teológicos. Gramáticos, humanistas, eruditos, historiadores, poetas, oradores, retóricos, escoliastas, músicos, pintores, dibujantes, arquitectos, escultores, geógrafos de aquel y de otros tiempos salen allí, y aun aritméticos y geómetras, como que la aritmética y la geometría eran reputadas entonces entre las artes liberales.

Aquella república, aquella ciudad no existe ya. Se hundió ó se la tragó la furia de un volcán.

No es hipérbole. El siglo XVIII, con sus convulsiones y revoluciones religiosas, científicas y literarias produjo tal cambio y tan subitáneo en nuestra España, que diríase que un volcán de odios, en cuyo seno fermentaban rivalidades antiguas de razas, infernales enemigas de secta, añejas envidias de civilizacio-

nes opuestas, había reventado, vomitando un mar de candente lava y consumiendo, abrasando y sepultando nuestra populosa república literaria con sus palacios, templos, sabios y esclarecidos habitantes.

De todo apenas quedan las señales;

quedó el recuerdo, quedó alguno que otro monumento, quedaron muchas ruinas, muchísimas señales; mas todo eso quedó incompleto, mustio, sin vida. El espíritu había huido, el alma de aquella civilización había desaparecido ó muerto.

Generosos esfuerzos van hoy perforando, rompiendo y descuajando, sabe Dios con cuántos afanes, las gigantescas masas de lava, la ruina amontonada, y se consigue extraer riquísimos fragmentos, restaurar algo de lo perdido; con lo cual se produce entusiasmo en muy pocos, debiéndose producir en muchos, en todos los hijos no renegados de España.

Vetusteces gloriosas de los siglos medios, jirones venerandos de nuestra historia literaria, reminiscencias vivas de aquellas Academias y de aquella juventud erudita de los primeros siglos modernos, estudios de comparación, rectificaciones á calumnias ó ignorancias, ensayos gloriosos de nuestra actividad literaria y científica, se ofrecen para llenar las páginas de esta modesta sección de nuestra Revista, empleando

yo en ello con mucho gusto mis escasos conocimientos para que los trabajadores literarios no estén condenados á duro y «eterno monólogo».

Razón y ejemplo de todo lo dicho nos puede dar el precioso libro de D. Manuel de la Puente y Olea, intitulado *Las Cartas geográficas de la Casa de Contratación* y la descripción del Retablo y sus retratos de la misma Casa sevillana.

Tiene aún especial oportunidad, ya que el otoño pasado ocurrió, tan silencioso por desgracia, en España el cuarto centenario de nuestra gran reina Isabel la Católica.

Ella, hizo ya cuatro siglos, en 14 de Enero de 1503, fundó esta Casa y Audiencia de la Contratación en Sevilla, con ese nombre en realidad impropio, pues queda muy por bajo de lo que realmente era aquel Almirantazgo del Océano.

Allí venían los que pretendían las arriesgadas empresas á descubrir; allá volvían, ora felices, ora desdichados de ellas; de allí zarpaban las carabelas y galeones henchidos de esperanzas y arriesgados propósitos; allá tornaban cargados con sus especias ricas y sus tesoros; allí, finalmente, se litigaban derechos y privilegios, se zanjaban cuestiones, se concluían pleitos, y allí, en una palabra, se negociaba cuanto redundar podía en prosperidad del

nuevo mundo descubierto, en pro y honra de la corona española.

De esta Casa de Contratación no queda más que el Retablo (y dividido en fragmentos) que presidía á la Capilla, la cual, unida á la Sala de Audiencia y formando con ella una sola pieza, era la más principal de la vieja Casa del Océano. En folleto aparte lo describe Manuel Ruiz del Solar y Uzuriaga (nombre que trasciende á fácil seudónimo), dando noticias del feliz hallazgo, de sus partes y fragmentos, de las figuras que contiene, deteniéndose en el centro, que lo formaba la imagen de Nuestra Señora, que extiende su manto y cobija á su sombra á conquistas, navíos y mareantes, y, según la atinada conjetura del autor, al mismo Rey, á Cristóbal Colón, al venerable Abad de Jamaica y á otros Prelados y Pilotos.

Volviendo al libro principal, se tratan en él la exploración de Juan de la Cosa en la costa de Venezuela en 1505; la expedición proyectada por Vicente Yáñez Pinzón y Américo Vespucio á la Especiería en 1506; la circunvalación de Cuba y expedición á Yucatán por el mismo Pinzón; las juntas de navegantes en Burgos dos años después, y como-consecuencia de ellas, la creación del cargo de Piloto mayor; la expedición de Yáñez Pinzón y Solís en busca de un canal para la Especiería, y la de Nicuesa y Hojeda con Juan de la Cosa á Darién.

¿Quién sumará cuanto el autor estudia en esta primera parte de su libro? La muerte de Juan de la Cosa, la fundación de la primera ciudad de la América española, la cuestión de límites hispano-portugueses en el extremo Oriente. Á seguida de estos trabajos se examinan: la empresa del Continente, la fundación de Nombre de Dios en el Atlántico y de Panamá en el Pacífico, la expedición destinada al Pacífico y á la Especiería; y después de la muerte del Rey Católico, la llegada de la primera nave de Veracruz, con la descripción del épico viaje alrededor del mundo desde su salida de Canarias en 1519 hasta el regreso de la nao *Victoria* á España al mando de Juan Sebastián Elcano y su entrada en Sevilla en 1522. Á vueltas de hechos tan importantes, se habla de la jura de las banderas, de las enseñas de nuestros navíos, de las mil dificultades que surgían, y todo se comprueba hasta la saciedad, si vale expresarse así.

La segunda parte se dedica á los trabajos cartográficos de la Casa.

Duélese primero el Sr. La Puente de la incuria, del olvido de lo propio que ha dejado perder muchísimo; rastrea algo del caudal perdido, copiando un inventario hallado en el Archivo de Indias, unas cédulas reales y hasta algunas cláusulas testamentarias, y después de tan amargas noticas, examina y como recons-

truye la historia de la cartografía de la Casa de Sevilla, estudiando ó mencionando los trabajos debidos á Juan de la Cosa, Américo Vesputio, Andrés Morales, Juan Díaz de Solís, Nuño García, Diego Rivero y después Alonso de Chaves. Descríbese la Carta de Nuño García Torreño, primer mapa-mundi algo completo que se hizo de la Tierra y conservado hoy en la Biblioteca Real de Turín. Menciónanse las cartas españolas de Castellón y de Salviati y la de Diego Rivero, más conocida y de 1529.

Fueron debidos también á hombres preclaros que á esta Casa pertenecieron otros trabajos científicos que aquí se mencionan, á saber: las cartas esféricas y el primer Islario general del mundo, debido al cosmógrafo Alonso de Santa Cruz; las observaciones astronómicas hechas en 1519 por el piloto Andrés de San Martín para la determinación de la longitud; el primer estudio de las corrientes del Atlántico por el piloto Andrés de Morales; los primeros estudios acerca del magnetismo terrestre; las juntas de cosmógrafos para la determinación de la longitud; el libro de las longitudes del citado cosmógrafo Santa Cruz; la determinación de la longitud, ya por la observación de los eclipses de luna, ya por relojes precisos ó cronómetros, y, por último, el método llamado de las distancias lunares.

Y pasando adelante, y dedicándole sendos

capítulos, habla el concienzudo autor con documentos fehacientes del enriquecimiento procurado por la fauna y la flora americanas por los españoles, probando cómo el trigo, y el arroz, y las legumbres y hortalizas, y los naranjos y limoneros, y la vid y el olivo y los frutales, y las plantas medicinales y aromáticas, y hasta el algodón y la cañafistola y la caña de azúcar y los plátanos, se debieron á la importación española. Á ésta se debieron los medios de cultivo, las herramientas de trabajo y los ingenios é industria azucarera.

Y lo que de la flora, prueba también de la fauna, porque, pobre ésta al llegar los conquistadores, la aumentaron con asnos, bueyes y mulos, para el acarreo; con cabras, ovejas, vacas y cerdos, para el alimento; especies que, como las flores y vegetales, se multiplicaron prodigiosamente y se transformaron con utilidad de la vida y de la civilización; pues como nota el P. Bernabé Cobo (1), de nuestra Com-

(1) Por errata sin duda, el Sr. La Fuente llama *de los Cobos* al P. Bernabé Cobo. Así consta en la *Historia del Nuevo Mundo*, manuscrita, y en la impresa en Sevilla en 1890-1895. Fué el P. Cobo natural de Lopera (Jaén), varón de mucha virtud, autor de varias historias relativas á las Indias, y señalado en la Compañía en el gobierno de los Colegios de Arequipa y el Callao y por sus expediciones apostólicas por el Perú, Tierra firme, Nueva España y las principales Antillas. Murió de setenta y cinco años á 9 de Octubre de 1657.

pañía: «Después de poblada la tierra de españoles, por la abundancia que hay en la mayor parte della de carnes de nuestros ganados, las naciones más bárbaras y carniceras, que aún todavía se están en su gentilidad, se han ido á la mano grande mente, porque matando su hambre con las vacas y otros animales que á los españoles alcanzan ó roban, se abstienen de tal manera de su antiguo uso de comer carne humana, que ya no se les nota este vicio, como vemos hoy en los indios chiriguanas.....»

Reciba nuestro aplauso el joven autor, que saca del olvido nombres gloriosísimos de mareantes y descubridores, de cartógrafos, físicos y cosmógrafos. Quiera el cielo que tanta riqueza de datos, tan buen juicio y patriotismo tan acendrado no queden desconocidos, sino que sirvan para reconstruir en esta parte nuestra historia política, científica y literaria, tan olvidada de muchos extraviados por lecturas extranjeras y por escritos apasionados y parciales.

Y con esto entremos ya por la crítica literaria—y en ella por la primera, que es la gramatical.

Es D. Eduardo de Huidobro joven de firmes creencias católicas, alma hidalga y corazón es-

pañol, como lo muestra ya el prologuito de su folleto *¡Pobre lengua!*; prólogo que es lindísima joya y casi casi, á mi parecer, lo mejor de este libro. Ni con él, ni con el prólogo nos ha dado el autor de sí mismo noticia ninguna nueva á los que ya habíamos gustado de sus otros escritos castizos, sanos y católicos todos: la *Historia del Cardenal don Fr. Francisco Jiménez de Cisneros*, *Á la buena de Dios* y *El verano en Santander*.

¡Pobre lengua! es un «catálogo en que se indican más de trescientas voces y locuciones incorrectas, hoy comunes en España»; una como *Culta latiniparla* de nuestros días, ó un compendio del famoso Diccionario de Baralt. ¡Gloriosa ascendencia la del Sr. Huidobro! ¡Tarea hidalga y nobilísima!

Pero, ¿quién negará que sembrada de escollos?

Hay en este punto una tesis desaforada y descabellada, la de Pío Baroja, que suena así: «El escritor debe echar mano, si lo necesita, de todo; de neologismos, de palabras bárbaras, de voces de germanía y de caló, de giros extranjeros; este será el escritor moderno.» Esta es la constitución brutalmente expuesta del anarquismo literario; que también en literatura hay ácratas.

En el extremo de lo contrario se levanta la enseña del arcaísmo, defendida por los que no

admiten giro, ni metáfora, ni palabra sin nobiliarios pergaminos, sin pasaporte refrendado por dos ó tres firmas augustas y que convierten la lengua castellana en lengua muerta, la tratan como el latín ó el sánscrito, y claro está, al escribirla les salen los períodos con la frialdad del mosaico, con la rigidez de las momias.

Entre ambos extremos anda la tesis racional y verdadera.

Horacio comparó las lenguas vivas con las selvas y las palabras con las hojas: según el preceptista de Venusa, con frecuencia tienen su otoño estas selvas, y ¡hay tan pocas de hoja perenne! Herrera estableció la semejanza entre las lenguas y los ríos, las palabras y las ondas; á juicio del divino hispalense, han de estar siempre en movimiento, perdiendo y ganando olas, que si no, se corrompen estancadas. Lope de Vega reputó lengua *no castellana* «las infancias de dos siglos atrás» que usaban remedadores del hablar viejo, y da la razón, porque «el lenguaje es como la moneda, que sólo vale el que corre».

Bellísimas frases, lindísimas metáforas, que ofrecen la doctrina sin exageraciones puristas ni osadías modernistas.

Mas en la aplicación ¡cuánta dificultad! Ardua labor donde por mucho ha de decidir el oído, la cultura, el trato, la región, la lectura, un instinto ó no sé qué peculiar, y como juez

inapelable y tribunal supremo, el uso, no regional, sino general.

¡Y qué milagros no ha hecho el uso! Lope de Vega reprendía por cultas estas voces:

Verbigracia, boato, asunto, activo,
Recalcitrar, morigerar, selecta,
Terso, culto, embrión, correlativo,
Recíproco, concreto, abstracto, diablo,
Épico, garipundio y positivo.

Y á excepción de la penúltima, ¿cuál no ha sido naturalizada?

En cambio el mismo poeta dijo *escapatoria* (adj.), *pático*, *barbiponiente*, *pimpinela*, *mariscar*, *despinzarse*, *enrubiarse*, *purpurar*, *insidiar*, *defensatriz*, *crucifijo* (adj.), *epistolar* (v. n.), *etc.*, *etc.*, que ni el uso ni el Diccionario han recibido.

¿Y de Quevedo? Léanse el burlesco vocabulario ya citado y, v. gr., el famoso *Cuento de cuentos*, y se reparará que ni por una banda ni por otra ha sido el uso más condescendiente con el señor de Torre Abad que con el Fénix de los ingenios. Por eso hay siempre mil y mil vocablos que pasaron sus apuros cuando novicios y fueron puestos en la picota de Baralt y andando el tiempo, del Diccionario de Baralt pasaron al no escrito de la conversación y del uso, y de éste, ó pasaron ó pasarán al no siempre completo, obra de la docta Corporación que lo hace oficial.

¿Cómo se hace esto? ¿Quién lo explicará en poco? Unas veces proviene de una metáfora, ó de un chiste, ó de una significación compleja, gráfica, intraducible, que un escritor afortunado dió á una palabra nueva ó remozada, pero siempre fácil, suave y expresiva; otras, por accesión, son las palabras nuevas desprendimientos de otras lenguas, hermanas ó no, mas con las que se está en continua comunicación, como en castellano ha pasado sucesivamente con el lemosín, el árabe, el italiano, el francés, y ahora con el inglés y aun el alemán.

Favorecido, en fin, de mis estrellas,
Algunas lenguas supe, y á la mía
Ricos aumentos adquirí por ellas.

Mas volviendo allá de donde parece nos habemos apartado, el libro, digo, del Sr. Huidobro, tiene voces que puestas en esta penumbra del neologismo son discutibles, tomándolas unos por atrevimientos, inclinándose otros á la sentencia indulgente. Y así, tendrán al joven autor por clasicista empedernido los que reputen usuales, bien formados y significativos los neologismos *centro*, *confortable*, *correcto*, *convivencia*, *efecto*, *golfo*, *gomoso*, *hacer su juego*, etc., etc.

Pero de todos modos el del autor es nobilísimo conato, que acredita su erudición clásica, ostenta su cariño á la lengua madre, y en me-

dio de la revolución literaria que todo lo derriba y atierra, levanta una protesta viril y castiza, y que sale, nótese bien, de las filas católicas, ó, como han dado en apodarlas, clericales,

¿Quién se opondrá, que mucho urge, á la corrupción de la sintaxis castellana y del gusto castellano y de las ideas castellanas y de la vida, en fin, y el alma castellana, que padecen invasión exótica y pasión cruel, no menos que el habla castellana?

* * *

«Con ser poeta español Luis Barahona de Soto, y tan excelente que mereció de sus contemporáneos el sobrenombre de *divino*, en España se tiene de sus obras la misma noticia que de las de Homero. Ó menos quizás..... porque, fuera de una docena de composiciones de Barahona, incluídas y repetidas en libros que andan en las manos de todos....., poca ó nada leídas son sus demás composiciones, las impresas mismas, por lo mucho que escasean los libros y papeles en que salieron á luz.....» Así se querella, y con sobrada razón, el autor de esta monografía titulada: *Luis Barahona de Soto*, del olvido que ha tocado á su poeta, que, aunque de segunda fila, merece estimación y estudio. Mas desde ahora tendrá Barahona

su merecido, pues el diligente y muy reputado escritor D. Francisco Rodríguez Marín ha reunido en este libro cuanto ha podido recoger del ignorado vate, su vida, sus obras, su crítica, y aun ha reimpresso sus poesías sueltas, formando un estudio, si no tan pintoresco como el de Alarcón por Fernández-Guerra, más completo y más escrupulosamente documentado.

Luis Barahona de Soto, de familia pobre, fué andaluz y natural de Lucena, donde nació en 1548 y pasó los primeros años de su vida; de corta edad estudió en Antequera, y á la sombra de unos parientes suyos, humanidades.

Las enseñaba desde 1530 en la ciudad del Guadalhorce, y contribuía como el que más desde su cátedra al renacimiento clásico el docto eclesiástico, secretario de aquel Cabildo colegial, Juan de Vilches, que fué quien tomó por su cuenta el noble ingenio del niño Luis, que aprendió de su maestro virtud y letras, y aspiró las auras del buen gusto en aquel plantel de la escuela antequerana. En esta Atenas andaluza se puso en comunicación con la escuela de Granada, y con su patriarca, el famoso organista de aquella Catedral Gregorio Silvestre. Trasladado después á esta ciudad, intimó Barahona con todos sus vates, asistiendo á sus reuniones, cantando sus fortunas, participando de sus alegrías y de sus pesares; y fué tanto el

favor que alcanzó, y era tan culta y aristocrática la atmósfera en que todos se movían, que pudo el mozo poeta zaherir las quejas convencionales del amor platónico, aludiendo al mismo Gregorio Silvestre, y decir:

Quien con gran furia no deja,
No más de porque es usanza,
Una queja y otra, queja.....

resultando todo en loa del mismo lampiño poeta, á quien su docto amigo repuso:

Todos juntos aprobaron
La sentencia y parecer
Déste á quien mozo juzgaron;
Mas en cordura y saber
Los viejos no le alcanzaron.

Bachiller ya, y después acaso de haber tomado parte en la feliz expedición contra los moriscos de las Alpujarras, se matriculó Barahona, para continuar su carrera de Medicina, en Osuna, y aquí la concluyó, aunque se graduó en Sevilla.

Recorridas de estudiante por nuestro poeta las principales escuelas andaluzas, y visitada también la corte, no le faltaba contar en el número de sus amigos á otros poetas sino á los del emporio del saber andaluz, á los de Sevilla, donde por entonces florecían Gutirre de Cetina, Fernando de Herrera, Francisco Pacheco, Las Casas, Argote de Molina, Mosquera de

Figuerola, el de Gelves, el Marqués de Tarifa, Cabrera, Jerónimo de los Cobos y todos los demás ingenios, corte lucida de Apolo, que ya en eruditas rimas, ya en opulenta prosa castellana, cultivaban el extendido y fértil campo de las humanidades y bella literatura. Propicia ocasión se le presentó á Barahona de tratarlos en su larga estancia desde 1571 hasta 1579 (?) en la reina del Guadalquivir, y así lo hizo, llegando en su intimidad hasta el amistoso rirrafe y la más amistosa reconciliación con el príncipe de todos, con el divino Herrera.

Tras estos quizás ocho años se estableció como médico titular en Archidona, y allí fué regidor y permaneció querido y honrado, y compartiendo su tiempo entre Hipócrates y Apolo hasta su muerte. «Murió abintestado el domingo 5 de Noviembre de 1595 años, antes de llegar á los cuarenta y nueve, tranquila su conciencia con la seguridad de haber cumplido como bueno en el duro combate de la vida.»

Después de la minuciosa biografía, que yo he extractado, da cuenta el Sr. Rodríguez Marín de las obras del poeta, que ni son baladías ni escasas, y con verdadero lujo de sagacidad y tino críticos reivindica para él los *Diálogos de la Montería*. Juzga también el biógrafo al poeta en un estudio crítico-panegírico. No es extraño. El roce y trato continuo con un autor produce cariño semipaternal, y para escri-

bir su monografía es mucho lo que el Sr. Marín ha traído entre manos á su Luis de Barahona. Éste será siempre un escritor culto, erudito, humanista; mas no los defectos que el Sr. Rodríguez Marín le nota, que, al fin y al cabo, si son defectos, lo son de casi todos los poetas mayores del siglo XVI, sino la falta de estro y de elevación, el ambiente de imitación y de escuela harán ser á Barahona un poeta, aunque siempre agradable, nunca sumo ni extraordinario.

II

En una reseña de los trabajos críticos actuales, no pueden no tener distinguido lugar los hechos por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por ser él quien hoy día va en España á la cabeza de los estudios de crítica histórico-literaria; quien con su palabra y con su sombra protege á los eruditos jóvenes, curiosos de investigar, amigos de internarse en el mundo de nuestra literatura de ayer; quien con su nombre y sus libros hace que sea respetada en el extranjero la crítica actual de España y conocido en España el rico caudal de los estudios críticos extranjeros.

Presentar yo en este momento al afamado escritor, sería un sangriento viceversa. Quien desee recordar lo que de seguro sabe, lea á

Figuerola, el de Gelves, el Marqués de Tarifa, Cabrera, Jerónimo de los Cobos y todos los demás ingenios, corte lucida de Apolo, que ya en eruditas rimas, ya en opulenta prosa castellana, cultivaban el extendido y fértil campo de las humanidades y bella literatura. Propicia ocasión se le presentó á Barahona de tratarlos en su larga estancia desde 1571 hasta 1579 (?) en la reina del Guadalquivir, y así lo hizo, llegando en su intimidad hasta el amistoso rirrafe y la más amistosa reconciliación con el príncipe de todos, con el divino Herrera.

Tras estos quizás ocho años se estableció como médico titular en Archidona, y allí fué regidor y permaneció querido y honrado, y compartiendo su tiempo entre Hipócrates y Apolo hasta su muerte. «Murió abintestato el domingo 5 de Noviembre de 1595 años, antes de llegar á los cuarenta y nueve, tranquila su conciencia con la seguridad de haber cumplido como bueno en el duro combate de la vida.»

Después de la minuciosa biografía, que yo he extractado, da cuenta el Sr. Rodríguez Marín de las obras del poeta, que ni son baladías ni escasas, y con verdadero lujo de sagacidad y tino críticos reivindica para él los *Diálogos de la Montería*. Juzga también el biógrafo al poeta en un estudio crítico-panegírico. No es extraño. El roce y trato continuo con un autor produce cariño semipaternal, y para escri-

bir su monografía es mucho lo que el Sr. Marín ha traído entre manos á su Luis de Barahona. Éste será siempre un escritor culto, erudito, humanista; mas no los defectos que el Sr. Rodríguez Marín le nota, que, al fin y al cabo, si son defectos, lo son de casi todos los poetas mayores del siglo XVI, sino la falta de estro y de elevación, el ambiente de imitación y de escuela harán ser á Barahona un poeta, aunque siempre agradable, nunca sumo ni extraordinario.

II

En una reseña de los trabajos críticos actuales, no pueden no tener distinguido lugar los hechos por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por ser él quien hoy día va en España á la cabeza de los estudios de crítica histórico-literaria; quien con su palabra y con su sombra protege á los eruditos jóvenes, curiosos de investigar, amigos de internarse en el mundo de nuestra literatura de ayer; quien con su nombre y sus libros hace que sea respetada en el extranjero la crítica actual de España y conocido en España el rico caudal de los estudios críticos extranjeros.

Presentar yo en este momento al afamado escritor, sería un sangriento viceversa. Quien desee recordar lo que de seguro sabe, lea á

Mr. Boris de Tannenberg en su *Espagne littéraire*, y en las páginas dedicadas á Menéndez y Pelayo encontrará un retrato muy parecido (1). Allí está el esbozo de la persona y la fotografía del alma: el joven ardiente y fogoso que disputaba en los claustros de la Universidad, con su Horacio apostillado debajo del brazo y su culto á la erudición y gusto clásico en el alma y con su odio de raza á las nebulosidades transrenanas, con los destellos de su primera vocación de rehabilitar á la España histórica y literaria, porque «rehabilitar á España, escribe el crítico francés, es refutar los ataques injustos que ha padecido de parte de los enciclopedistas, de los historiadores protestantes y de los liberales españoles, que hacen en esto causa común con los peores enemigos de su patria».

Allí está delineado el joven autor de los *Heterodoxos*, probando con la historia de los disidentes que al Catolicismo español está indisolublemente ligada la gloria de España, y que es muy verdad, aunque muy amarga, que «desde que España dejó de ser fiel al Catolicismo, dejó también de figurar en el mundo» («elle n'a compté dans le monde, que tant qu'elle lui est restée fidèle»).

(1) *L'Espagne littéraire*, première serie, Paris, 1903, páginas 85-210.

Allí el defensor acérrimo de la cultura española, que, aun no abarcada por completo, sale de su pluma brillantemente defendida. También se lamenta el crítico francés que haya cesado el español en estas brillantes peleas, y se limite á la crítica literaria, y aun á la crítica literaria que pudiera llamarse menor.

Porque, interrumpida desde hace catorce años la *Historia de las Ideas estéticas*, é interrumpida en el momento crítico de acercarse á España y á la revolución literaria del siglo XIX, las obras en que la actividad de Menéndez y Pelayo está empeñada son la *Antología de líricos castellanos*, la edición académica de las *Obras de Lope de Vega* y, si puede decirse suya, la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*: todo lo cual, opina Boris de Tannenberg, podría, bajo la dirección del maestro, hacerlo alguno de sus muchos discípulos, y emplearse él en dar estudios más sintéticos y acabados de esa gran incógnita que se llama literatura castellana, ó de algunas de sus robustas y frondosas ramas, v. gr., la ascética y sus cultivadores.

Gallardos y magníficos deseos del crítico extranjero, que completan la elevada idea que le merece el celebrado crítico nacional, y que son también los de muchos, los de todos aquellos que con pocas fuerzas estudiamos la literatura castellana antigua, verdaderamente infinita.

Mientras el Sr. Menéndez y Pelayo no se decide á acceder á estas indicaciones de su entusiasta Mr. Boris de Tannenberg, nos hemos de contentar con la erudición copiosa y algo desencuadrada que va depositando en los tomos publicados de obras tan heterogéneas como las citadas más arriba.

No se tache de hiperbólica y denigrante la calificación que he dado á la erudición del Sr. Menéndez y Pelayo; que yo achaco á la improvisación con que casi siempre parece escribir y al excesivo tesoro de datos en su memoria encerrados, el desorden y la redundancia que parece haber en todas sus obras: hilo tenue en un principio, *crescit eundo* la vena de su maravilloso saber, y cobra, al fin, tanta pujanza y valentía, que rompe linderos y márgenes é inunda extendidísimos campos.

Antología de líricos castellanos. Esta comenzó con el canon de publicar, á modo de introducción de cada tomo, ligeras noticias de los líricos en él comprendidos: no se violó la ley demasiado en el primer tomo, pero ya desde el segundo se queda la introducción tan atrás, que hace necesario que el tomo quinto contenga muy pocas poesías y el sexto absolutamente ninguna. El tomo séptimo tiene bastante regularidad, pues introducción y poesías son de Juan del Encina; pero no deja de significar una desviación en el plan primitivo, pues en el tomo

cuarto hay ya 65 páginas con poesías del mismo autor. Desde el tomo octavo se admite un género que, á mi parecer, ocuparía más propio lugar en una Antología de épicos, y son los romances viejos ó antiguos. Como razón de este aserto no quiero sino apuntar que son ellos ininteligibles, sin decir algo de los poemas de *Myo Cid* y otros que les precedieron, y á quienes ellos imitan y continúan, y que estos poemas quedaron en la introducción del tomo segundo ligeramente descritos y separados del acervo de composiciones líricas, fin objetivo de esta colección.

Otro indicio de amable irregularidad es que á los tres tomos de romances viejos no está antepuesta, sino pospuesta la que debió llamarse introducción, y se trueca en tratado añadido á los modelos. Indicios son todos estos de que el abundante escritor va publicando sus tomos sin haber detallado previamente su plan, y, sobre todo, que al escribir se vuelca la rica urna de sus conocimientos y llena é inunda cuartillas con envidiable y desordenada abundancia.

Más, dejados aparte estos reparos de método, ello es que, con ocasión de la Antología de líricos, dice Menéndez y Pelayo cuanto se necesita para tener idea de las colecciones hechas en los siglos pasados sobre nuestros poetas, del mérito de cada una de ellas, de los Cancioneros y Romanceros y su clasificación, procedencia y

estado actual; y no contentándose con decir de los líricos, da ideas generales de la poesía celtíbera y de la hispano-latina, de los poetas cristianos del fin del Imperio y de lo que nos queda del período visigótico, y á modo de digresión, no deja de apuntar sus ideas sobre los poemas del tiempo viejo y sobre la poesía nacional y extranjera anterior al siglo xv. Mas donde encierra tesoros inapreciables de erudición, que casi revisten caracteres de historia, es en los prólogos sobre el siglo xv, al trazar el cuadro de la poesía castellana desde Pero López de Ayala, el catoniano canciller, hasta los tiempos de Juan del Encina y primeros albos de Garcilaso.

Otro asunto importantísimo, y también con honores de historia, es el de los romances viejos, que ocupa el tomo once, y ocupará además otro ú otros, todavía sin publicar.

Se han publicado recientemente en Francia é Italia concienzudos trabajos sobre la poesía épica de la Edad Media, y no era posible que la *Antología* viviera aislada de este movimiento literario.

En este volumen, pues, se estudian los diversos sentidos de la voz *romance*, el romance como género poético, los primeros indicios de su existencia, su enlace con otra poesía popular más antigua, que no es otra sino los *cantares de gesta*; las clases sociales que la cultiva-

ban, quiénes y de qué clases eran los juglares; qué influjo fué el de la épica francesa en nuestros cantares, cómo se versificaban éstos, qué rima tenían, si fué ó no el asonante común á todas las literaturas neolatinas; qué versificación y estilo es el de los romances viejos; qué aprecio merecen las más modernas imitaciones, llamadas romances moriscos y pastoriles; cómo se dividen los venerables romances viejos. En una palabra, la vastísima erudición del colector da, en corto número de páginas, el resumen de las muchas escritas por León Gautier, Gastón París, Milá y Fontanals, Ángel Bello, P. Rajna, Dozy y muchos otros, con propios juicios y observaciones.

Pasa después á estudiar los diversos ciclos de romances en particular, y en este tomo habla no más que de los ciclos históricos: *a)* el de D. Rodrigo; *b)* el de Bernardo del Carpio; *c)* el de los Condes de Castilla, Fernán González y sus sucesores; *d)* el de los infantes de Lara, y *e)* el del Cid.

Con magnificencia de príncipe literario asocia el autor á su gloria el nombre de sus amigos y discípulos D. Juan y D. Ramón Menéndez y Pidal, citándolos, aprovechándose de sus felices descubrimientos y prodigándoles generosas alabanzas.

En este tratado, quedan puestos en toda la luz que hoy día es posible darles, los orígenes

de las leyendas poéticas de D. Rodrigo, su pecado, su ruina, su penitencia y su muerte, con la de los personajes secundarios, el conde don Julián y su desdichada cuanto famosa hija; la de Bernardo del Carpio y sus enlaces y analogías con las francesas de Roldán y Carlo Magno; la del conde Fernán González, de Castilla, y, finalmente, la del famoso Cid Campeador.

Estúdiase en ésta el Cid histórico conservado por los escritores cristianos y musulmanes; y el Cid poético, siguiendo el autor la leyenda épica del Cid desde su venerando primer monumento, el poema de *Myo Cid*, hasta los romances artísticos del siglo XVI. Sin duda ninguna, la prioridad en todos conceptos corresponde al poema del siglo XII, que, sin ser siempre histórico, nunca es antihistórico, como lo fueron los engendros fabulosos que después se siguieron; y que está vivificado por tan ardiente sentido nacional, que la figura del héroe, tal como el poeta la trazó, es para nosotros símbolo de nacionalidad, y fuera de España se confunde con el nombre mismo nuestra patria. Tras el poema correspondé lugar preferente á la *Crónica General* de Alfonso el Sabio, y á las siguientes que debieron utilizar principalmente tres cantares de gesta, á saber: un poema de *Myo Cid* posterior al que hoy conocemos, el *Cantar de la partición de los reinos* y el del *Cerco de Zamora*. No es sino de fines del si-

glo XIV ó principios del XV el *Rodrigo* ó gesta de las mocedades del Cid, que se aparta mucho del carácter de los poemas viejos.

«Por primera vez nos enteramos aquí del origen de la enemistad entre el conde Gormaz y Diego Láinez, bien distinto, por cierto, del bofetón y el desaffio ridículamente imaginados por los autores de romances artísticos y por los dramaturgos....» «Por supuesto, no hay ni asomo del famoso conflicto trágico entre el amor y la piedad filial.»

Síguense inmediatamente los romances verdaderamente viejos que hallan su división en las diversas fuentes á que acudieron, y tras los romances viejos vienen los artísticos y los vulgares, que ya quedan fuera de todo este trabajo.

De ellos dice muy bien nuestro autor en sus últimas páginas: «Suelen pecar de palabreros y amanerados, y abusan en demasía de máximas y sentencias morales y políticas, que dan un giro razonador al discurso con mengua de la acción. Alguna vez, aunque pocas, presentan rasgos de falsa galantería, ajenos á la tradición épica, pero no en el grado y forma que lo hizo después el teatro.... Los sentimientos son, en general, nobilísimos, menos ásperos y más humanos, pero no menos caballerescos que en la epopeya antigua; y la honradez poética es intachable, sin liga de

afectos muelles y con muy poca mezcla de fanfarronada temeraria; cuando la hay, procede de originales muy viejos, como el *Rodrigo*. Lo que más desagrada en muchos de estos romances, y llega á hacer intolerables á algunos, es la afectación del lenguaje arcaico, pésimamente imitado. Esta fabla ridícula, escrita sin ningún conocimiento del castellano de la Edad Media, barajando unas cuantas palabras cogidas al vuelo, echa á perder algunos romances, que por lo demás están bien pensados y sentidos. Otros son francamente detestables, como el famoso del desafío del Cid: *Non es de sesudos homes.....* Queda en el romancero artístico oro de ley, y no es seguro que en algunas situaciones (la prueba de los hijos de Diego Láinez, por ejemplo) la inspiración del poeta moderno haya quedado inferior á la del juglar antiguo, ni mucho menos.»

Otra obra de gran aliento en que está empeñado Menéndez y Pelayo es la edición de todos los escritos del Fénix de los ingenios. Para quien sepa lo que en la historia literaria representa Lope de Vega, y la persecución sistemática y el desprecio incalificable que sufrió por más de siglo y medio, y la absoluta ignorancia que de él tienen aún muchos que imprimen libros de literatura en España y fuera de ella, no podrá no ser muy plausible la iniciativa de la Academia Española; mas para quien no

tenga su caudal muy floreciente y su longevidad muy asegurada, no podrán no engendrar amargas desilusiones las condiciones materiales de la publicación. Porque, en efecto, son aterradoras: tomos de más de setecientas páginas en folio; nítida impresión elzeveriana y papel de lujo ya descorazonarían á muchos literatos que no son Cresos, aunque se tratara de una obra de diez ó doce volúmenes; pero la presente lleva trece fuera de prensas, y sólo habrá reimpreso unas doscientas composiciones teatrales, quedándole más de otras tantas para otros catorce tomos; después han de venir las novelas, poemas, composiciones sueltas, que no podrán encerrarse en menos de diez ó quince tomos. La colección, pues, constará acaso de unos cuarenta.

Y lo más desesperante es que no se publica anualmente sino un tomo, y aun el postrero es de 1902. ¿Quién podrá vivir aún veinticinco años para verla concluída? ¿Quién de los que no nacimos ayer tendrá entonces fuerzas para su estudio?

Dejado esto á un lado, digamos de la colección y de su volumen décimotercero (1).

En trabajos especiales (2) estoy hablando de

(1) *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española, vol. XIII. Madrid, 1902.

(2) *Razón y Fe*, tom. 8 y siguientes.

la biografía de Lope por la Barrera y del género sacrodramático que abarcan los cinco primeros volúmenes de esta obra, y allí expondré lo que me parece, lo que alabo y lo que lamento en ellos, que no son, por cierto, los que mayor estudio y diligencia revelan.

Está muy en el aire que se respira cierta preferencia por lo naturalista y humano; están muy llenos los libros extranjeros y los de los españoles que van tras ellos de esas mismas teorías francamente realistas; ¿será, pues, extraño ver aun al mismo D. Marcelino Menéndez y Pelayo pasar como de corrida por los *Autos Sacramentales*, no poner todo su esmero en las comedias sagradas, omitir aun muy manifiestos calcos hechos de algunas de estas piezas de Lope por Calderón, y dar, en cambio, relieve exagerado á situaciones secundarias, pero atrevidas y poco veladas de estas ú otras comedias?

Al teatro sagrado de Lope se sigue (tomos v-xiii) el épico, magnífica serie de cuadros que forman nuestra gran epopeya nacional. Lope de Vega fué el Homero de las tablas españolas. Sus cuadros empiezan desde los orígenes del pueblo español y concluyen con las victorias de D. Gonzalo de Córdoba y de Ambrosio Spínola, coetáneos del poeta, y que sostuvieron con esplendor la bandera española en la primera mitad del reinado de Felipe IV. Menéndez y Pelayo, siguiendo el encanto de la

erudición, donde no halla rival, desentierra con gran sagacidad los orígenes de las piezas de Lope, los documentos en que se apoyaron, las historias que romanzaron, y presta á nuestro teatro el imponderable servicio de hacer ver que por modo sin igual realizó la misión que Aristóteles asignó á la poesía, cuando dijo: *Quod fit ut sapientius atque praestantius Poesis historia sit*: que la poesía es historia por modo más excelente y con más discreción y sabiduría.

El tomo XIII incluye las últimas piezas del teatro épico de Lope de Vega, que son de sucesos contemporáneos al autor.

Se echan de menos estudios sintéticos de estas grandes partes de la colección, en que como en un lienzo se moviesen las figuras principales que han ido pasando á nuestra vista, en que, apartadas las piezas menos felices, se apreciara el oro purísimo de las restantes, y en que, desembarazado el campo de textos y anotaciones bibliográficas, una mano experta nos condujera por aquel mundo heroico y sobrehumano.

Menéndez y Pelayo pasa á las comedias novelescas empezando por las de caballerías ó que se fundan en sucesos de aquellas crónicas. Luchaba Lope de Vega en ellas con el ambiente del siglo XVII, tan opuesto ó á la noble sencillez de los primitivos cantares de caballerías, ó

á la enrevesada y embolismada maquinaria de los posteriores, y siempre á una casta de fábulas exóticas que no tuvieron ni su origen ni su más espléndido desarrollo en España, y que ya empezaban á languidecer y morir, y no esperaban sino el golpe de gracia que había de asestarles Miguel de Cervantes.

Con éste, indirecta é instintivamente, conviene nuestro poeta en un punto, pues así como aquél selló con indeleble alabanza la famosa historia del Marqués de Mantua, así Lope de Vega la dramatizó atraído del encanto de los romances, dejando erigido en el drama de *El Marqués de Mantua* el mejor monumento de sus dramas caballerescos. Menéndez y Pelayo lo ilustra todos con gran erudición, tanto más oportunamente, cuanto que, como ya queda dicho, es mucho lo que estudian los extranjeros esta literatura medioeval.

Contemplando en conjunto la obra de don Marcelino Menéndez y Pelayo, desde su *Horacio en España* y su *Historia de los Heterodoxos* hasta los postreros aplausos tributados á amigos y discípulos en cien discursos y prólogos, se sobrecoje el ánimo ante la erudición opulenta extendida por la vasta cultura española y extranjera. Horacio y sus imitaciones, Calderón y sus obras, Lope de Vega y sus orígenes y descendientes, el movimiento heterodoxo español ligado íntimamente con el literario, la

épica primitiva, los romances viejos, nuestra lírica, nuestra historia, la ascética y la mística, la filosofía independiente, Tirso de Molina, Torres Naharro, la cadena áurea de las teorías estéticas españolas y, como incidentalmente, estudios sobre Shakespeare y Goethe y Schiller y Byron, y sobre los dioses mayores y menores del Parnaso griego y latino, y sobre todo el movimiento literario de Europa en todos los siglos y de América hispana en los últimos tiempos: en pocas palabras, cuanto se necesita para graduar de enciclopedia literaria las obras críticas de este autor.

* * *

Quizás pregunte alguno si en ellas hay alguna idea madre que dé unidad á tan extendida enciclopedia. Hay, es verdad, en todos estos escritos ardor y llama contagiosos, que obligan á leer tan áridos trabajos de erudición con interés, casi como una novela; gran elogio que no puede subsistir sin haber allí páginas brillantes, de gran vuelo estético, de intuición crítica poderosa.

Mas ya Mr. Boris de Tannenberg (1) echó de menos en estas obras la clave que les prestara unidad y que les acrecentara su mérito.

Porque joven, casi niño, escribía Menéndez

(1) *L'Espagne littéraire*, págs. 96-97, 100-102, 206-208.

y Pelayo aquellos viriles apóstrofes de su epístola á Horacio, que tantos aplausos le conquistaron:

¡Bárbaros hijos de la edad presente!
 Horacio, ¿lo crearás? Graves doctores
 Afirman que los hórridos cantares
 Que alegran al Sicambro y al Escita,
 O al Germano tenaz y nebuloso,
 Oscurecen tus obras ínmortales
 Labradas por las manos de las Gracias,
 Cual por diestro cincel mármol de Paros.
 ¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!....

Y joven también y casi niño lanzaba en sus *Heterodoxos* y en sus cartas acerca de *La Ciencia Española* las piedras de David y las clavaba en la frente de aquellos gigantes que se llamaban Quintana, Núñez de Arce, Pérez Galdós y Echegaray.

¿Necesitaremos probar que se había reconciliado con lo teutónico al escribir en los últimos tomos de las *Ideas estéticas*, páginas caldeadas de entusiasmo en loor de Hegel, Schiller, Goethe, Heine?

Véase un ejemplo entre muchos: un sencillo *verbigracia*:

«Antítesis profunda del genio de Schiller fué el de Goethe (1749-1832). Mayores y más distintos nunca los produjo la humanidad al mismo tiempo. Schiller, el gran poeta de la voluntad libre y de la exaltación generosa del alma; Goethe, el gran poeta panteísta y rea-

lista, el poeta del empirismo intelectual, poeta objetivo por excelencia, que aspira á convertir toda la naturaleza en arte, toda realidad en ideal: Schiller, envuelto siempre en altas especulaciones metafísicas y estéticas, desde las cuales mira con ojos de compasión el mundo real; Goethe, fervoroso hillozoísta, atento siempre á las palpitaciones de la materia y anheloso de levantarse á una concepción sintética de su vida, hoy con el descubrimiento del hueso intermaxilar y de las analogías del cráneo y de la vértebra, base de una fisiología zoológica, mañana con las metamorfosis de las plantas ó con la nueva teoría de los colores: Schiller, cristiano por el sentimiento; Goethe, totalmente pagano, con cierto politeísmo simbólico que domina las fuerzas naturales.....»

Pero ¿qué extraña esto, cuando acerca de nuestros literatos, vivos todavía, ha escrito atenuaciones, que aplaquen los númenes de aquellos gigantes heridos por la piedra juvenil? Se espera la segunda edición de los *Heterodoxos*, «cuyas notas serán bien curiosas», opina Mr. de Tannenberg.

Pero ya tenemos la tercera edición de las cartas sobre *La Ciencia Española*, y contiene notas en que, volviendo el autor sobre sus criterios antiguos, los suaviza infligiéndose, por cierto, duros calificativos, acerba y pública penitencia.

El juicio dado sobre Núñez de Arce lo reforma remitiendo al lector á otro artículo, en que «expresa toda su admiración por el poeta y hace los oportunos deslindes y reservas acerca de su doctrina, mucho menos racionalista y liberal de lo que él mismo se figura» (1). Igual mansedumbre delante del Sr. Echegaray, de quien había escrito: «¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo ni por dónde ha adquirido el Sr. Echegaray autoridad entre los bibliógrafos españoles? Podrá el Sr. Echegaray hacer llorar á diputados progresistas con el descubrimiento de la trenza incombustible, ó sustituir el Catecismo del P. Astete con las nebulosas, ó crispar los nervios del auditorio con dramas á lo Bouchardy, tejidos de horrores morales, apagaduras de luz, engendramientos por sorpresa y puñalada final á modo de sangría de barbero.....»

El Sr. Echegaray no ha retractado nada de sus ditirambos revolucionarios ó de sus filosofías sin Dios, ó de sus odios al fervor cristiano, fanatismo religioso lo llama él; de sus resortes dramáticos violentos y nada clásicos sigue haciendo uso hasta en su drama *La escalinata del trono*; pero el Sr. Menéndez y Pelayo creyó «deber á su conciencia y á la justa estimación

(1) Tomo I, pág. 90. El artículo aludido se halla en el tomo I de los *Estudios de crítica literaria*, págs. 291-347.

en que tiene al Sr. Echegaray» poner en su última edición á las palabras citadas la salvedad siguiente, á lo que pienso, bastante ambigua:

«Hoy me parece este párrafo de notoria injusticia en lo que toca á la persona del señor Echegaray, cuya reputación de físico y matemático es bien sentada é indiscutible, no menos que la que tiene y debe tener de entendimiento grande y robusto, nacido para las ciencias del cálculo y de la abstracción.....»

Cita obras matemáticas del Sr. Echegaray y continúa refiriéndose, á su labor dramática:

«Si en mal hora, descaminado por fáciles aplausos, se apartó un tanto de estos senderos que con tanta gloria recorría, privando á la vez á la ciencia española de uno de los cultivadores que más la honraban, disculpa de sobra tiene en nuestro mísero estado intelectual, donde el trabajo científico es el secreto de poquitos iniciados, y no obtiene siquiera la limosna del respeto y del agradecimiento de parte del mismo vulgo que sanciona y alienta las mayores iniquidades literarias. Pero aun empeñado en dar tormento á su vocación, el Sr. Echegaray ha pecado como gran pecador y nunca sus aberraciones se han confundido con las aberraciones de los necios.»

Y volviendo al punto que allí el Sr. Menéndez y Pelayo controvierte, es decir, á si las

glorias matemáticas españolas durante los siglos medios son árabes ó cristianas, coge en tres equivocaciones, no minúsculas, á Echegaray, añadiendo á renglón seguido:

«Esta es una prueba, entre tantas, de la ligereza con que el Sr. Echegaray redactó aquel discurso suyo. Y esto mismo doy á entender en el texto, aunque de una manera harto descomedida y virulenta» (1).

Echegaray no ha borrado *El gran Galeoto*, ni *Los dos fanatismos*, ni *Ó locura ó santidad*, ni una sola palabra de las que ha escrito ó dicho en tantos ejemplos como tiene dados de espíritu anticatólico y arte desequilibrado: ¿no contrasta tanta suavidad para con un autor semejante con la acrimonia que usa para con el P. José Jungmann y su traductor D. Juan Manuel Orti Lara? Había escrito aquel docto Padre su obra *La Belleza y las Bellas Artes*, que alcanzó en su patria tres ediciones, y en ella expone una opinión probable, falsa si quiere el autor de las *Ideas estéticas*, mas perfectamente ortodoxa y netamente católica; tan sana, que pretende identificar la noción de lo bueno moral con la de lo bello.

Pues contra esta opinión se muestra duro, muy duro el crítico.

Que Jungmann es desconocido entre los tra-

(1) Tomo II, págs. 114-115.

tadistas de arte; que los teólogos antiguos servían para todo, en tanto que los de hoy «ó porque valen menos, ó porque las ciencias son más dilatadas, suelen ser infelices en sus incursiones en los campos de la estética»; que esta obra de Jungmann parece fruto de «los ocios de una temporada de vacaciones»; que «ha hojeado el autor mucho y ha leído poco»; que «es espíritu dogmático y estrecho»; que «llamándose escolástico hace tabla rasa de la doctrina de Santo Tomás»; y todo esto lo dice el autor de las *Ideas estéticas* con estilo cáustico y duro, en una extensión de 27 páginas. ¡Ni se queda sin sus ironías el traductor! No parece sino que el Sr. Menéndez y Pelayo tira á otro blanco sin apuntarle, cuando por una obra de tan poco fuste, á lo que él dice, se encara con Orti y Lara irónicamente, exclamando:

«Y, pensándolo bien, no atina uno á concebir por qué razón el Sr. Orti y Lara ha traducido este libro, que, lejos de ser conforme al escolasticismo rígido, al tomismo immaculado de que él hace gala, convertido siempre en atalaya vigilante de la torre de Dios y en guía de los extraviados (como diría Maimónides), implica, por el contrario, una desviación radical y absoluta de los conceptos de Santo Tomás acerca de la belleza y el arte, por lo cual el Sr. Orti y Lara, si es lógico, debe recoger todos los ejemplares de su versión.....»

«Recuérdense, continúa, los notables textos de Fr. Bartolomé de Medina, de Fr. Juan de Santo Tomás, de los Salmanticenses, de Rodrigo de Arriaga, que he citado en uno de los tomos anteriores. Ninguno de estos ilustres varones está recordado por Jungmann, ni por su traductor. ¡Qué escolásticos y qué tradicionalistas éstos!» (1).

Acaso aduzca el Sr. Menéndez y Pelayo, que mira con tanta ojeriza la inocente opinión por fortificar la suya del criterio artístico ó el arte por el arte. No juzgo ésta ocasión de analizarla, pero sí de advertir que ni es tan inocente como la opinión contraria, ni menos expuesta á extravíos: aquella podrá llevar al puritanismo crítico; ésta puede inducir á la licencia desco- cada de alabar y aplaudir toda suerte de desboques literarios con la excusa de la buena forma. Quizás en esta opinión se halle el por- qué de las modificaciones del Sr. Menéndez y Pelayo acerca de Núñez de Arce, de Eche- garay y hasta del valer literario y filosófico del bufonesco Rabelais (2).

(1) *Historia de las Ideas estéticas*, t. IV, vol. I, pági- nas 414-434.

(2) Solo como bufón, y eso á ratos, y eso retractándose de su primer desprecio, le estimaba Voltaire: «Rabelais, quand il est bon, est le premier de nos bouffons. Il ne faut pas, qu'il y ait deux hommes de ce métier dans une na- tion; mais il faut qu'il y en ait un. Je me repens d'avoir

Ni creo molestar al erudito escritor con es- tas observaciones sobre su obra literaria, que soy el primero en admirar; pues tal es la es- trella de los libros que entran en el tráfago co- mún de la vida literaria, arrostrar y soportar las distintas miradas de los hombres, sus opi- niones y maneras de ver, sin poderse impedir que á uno parezca bacía de afeitar lo que á otro yelmo de Mambrino.

Y no dejaré la pluma sin aducir la propia confesión del gran crítico, que con modestia hartó excesiva por su parte, y con desilusión completa por la de los que le estudiábamos como discípulos, nos llega á decir que su gran obra, su obra máxima, no ha sido sino rudo cuanto brillante aprendizaje:

«Quien tenga la fortaleza de ánimo necesaria para resignarse á este perpetuo monólogo, podrá hacer insensiblemente su educación in- tellectual por el procedimiento más seguro de todos, el de escribir un libro cuya elaboración dure años. Entonces comprenderá cuánta ver- dad encierra aquella sabida sentencia, «el que »empieza una obra no es más que discípulo del »que la acaba». Si algún lector benévolo y pa- ciente notase alguna ventaja, ya de crítica, ya

dit autrefois trop mal de lui.» El juicio de Menéndez y Pelayo y la nota modificativa véanse en *La Ciencia Espa- ñola*, tercera edición, t. I, pág. 129.

de estilo, en los últimos tomos de esta obra respecto de los dos primeros, atribúyala á esta labor obscura y austera» (1).

Como estas palabras se escribieron hace quince años, en ellos, suspendida obra tan importante, habrá el autor madurado sus opiniones y terminado su aprendizaje, y cuando se decida á continuar su labor, ésta será ya, no el tanteo y tientos del inexperto, sino la doctrina segura y luminosa del maestro, la doctrina del crítico de cepa castiza y española, aunque de criterio amplio é ilustrado.

Dicho sea todo esto con paz del crítico español más estimado hoy día dentro y fuera de nuestra patria: crítico cuya misma autoridad justifica el que se estudien sus opiniones, se aquilaten y no se confundan en el anónimo acervo de lo insubstancial, sobre que cae siempre el desdén y el silencio. Por otro lado, oídos como el de este autor, hechos desde hace mucho á los elogios, no han de molestarse con juicios sin adulación y sin parcialidad.

III

Por lo dicho se deducirá que la obra de Menéndez y Pelayo no anula los trabajos de menos

(1) *Ideas estéticas*, t. V, págs. XIII-XIV.

vuelo de otros críticos estudiosos y beneméritos. Ya hemos hablado de ellos en *Razón y Fe*, y aquí mentaremos algunos, de mención y estudio realmente dignos. La refutación del diligente presbítero sevillano Dr. D. José Avilés de la leyenda del *Tenorio*, que atribuye la realidad de este tipo eternamente joven en las literaturas al santo y caritativo sevillano don Miguel Mañara, en el *Compendio de la vida* de este fervoroso y ejemplar caballero, es razonada y concluyente; y con gusto se lee en la *Bibliografía* acerca de la licitud del Teatro, del Sr. Cotarelo, refutada también la misma patraña, que, por desgracia, nacida en A. Dumas, ha llegado á trascender á alguno de los libros de texto de nuestros institutos.

La *Necrología de Zorrilla*, por el Conde de Casa-Valencia; la defensa de la memoria del gran poeta Duque de Rivas, por su hijo y heredero D. Enrique, en el tomo que titula *Discursos, cartas y otros escritos*; el tomo de Boris de Tannenberg, *L'Espagne litteraire*, donde traza muy acertados retratos de Tamayo, Pereda y Menéndez y Pelayo; la colección de sensatos estudios que, ya antiguos, ha publicado en 1902 el cervantista veterano D. José María Asensio, bajo el título de *Cervantes y sus obras*, trabajos completados con su tranquilo y grave discurso de recepción en la Española sobre «Las interpretaciones del

de estilo, en los últimos tomos de esta obra respecto de los dos primeros, atribúyala á esta labor obscura y austera» (1).

Como estas palabras se escribieron hace quince años, en ellos, suspendida obra tan importante, habrá el autor madurado sus opiniones y terminado su aprendizaje, y cuando se decida á continuar su labor, ésta será ya, no el tanteo y tientos del inexperto, sino la doctrina segura y luminosa del maestro, la doctrina del crítico de cepa castiza y española, aunque de criterio amplio é ilustrado.

Dicho sea todo esto con paz del crítico español más estimado hoy día dentro y fuera de nuestra patria: crítico cuya misma autoridad justifica el que se estudien sus opiniones, se aquilaten y no se confundan en el anónimo acervo de lo insubstancial, sobre que cae siempre el desdén y el silencio. Por otro lado, oídos como el de este autor, hechos desde hace mucho á los elogios, no han de molestarse con juicios sin adulación y sin parcialidad.

III

Por lo dicho se deducirá que la obra de Menéndez y Pelayo no anula los trabajos de menos

(1) *Ideas estéticas*, t. V, págs. XIII-XIV.

vuelo de otros críticos estudiosos y beneméritos. Ya hemos hablado de ellos en *Razón y Fe*, y aquí mentaremos algunos, de mención y estudio realmente dignos. La refutación del diligente presbítero sevillano Dr. D. José Avilés de la leyenda del *Tenorio*, que atribuye la realidad de este tipo eternamente joven en las literaturas al santo y caritativo sevillano don Miguel Mañara, en el *Compendio de la vida* de este fervoroso y ejemplar caballero, es razonada y concluyente; y con gusto se lee en la *Bibliografía* acerca de la licitud del Teatro, del Sr. Cotarelo, refutada también la misma patraña, que, por desgracia, nacida en A. Dumas, ha llegado á trascender á alguno de los libros de texto de nuestros institutos.

La *Necrología de Zorrilla*, por el Conde de Casa-Valencia; la defensa de la memoria del gran poeta Duque de Rivas, por su hijo y heredero D. Enrique, en el tomo que titula *Discursos, cartas y otros escritos*; el tomo de Boris de Tannenberg, *L'Espagne litteraire*, donde traza muy acertados retratos de Tamayo, Pereda y Menéndez y Pelayo; la colección de sensatos estudios que, ya antiguos, ha publicado en 1902 el cervantista veterano D. José María Asensio, bajo el título de *Cervantes y sus obras*, trabajos completados con su tranquilo y grave discurso de recepción en la Española sobre «Las interpretaciones del

Quijote», y la antología de D. Eugenio Carré Aldas acerca de la literatura gallega en el siglo XIX, son estudios de utilidad y mérito, que prueban cómo se trabaja en crítica literaria contemporánea.

Por ser de una región fecunda, y la cuna de nuestra lírica nacional, de Galicia, me permitiré dos palabras sobre la última de las obras citadas, cuyo título es: *La Literatura gallega en el siglo XIX*, por Eugenio Carré Aldas.

Citaré este ensayo de literatura regional gallega alabando el conato, pues se debe aplaudir todo lo que sea cultivo parcial de la literatura, y describiendo el esqueleto del libro. Trátase primero de los orígenes del gallego, buscándolos en los del castellano, y marcando el punto en que coincidió con él. La lengua castellana siguió la suerte de la Reconquista, se extendió, creció, recogió diversos elementos: el gallego quedó cual mansa fontana circunscrito por la región donde nació. Después de esto, como que se perdió ó desapareció de la memoria de los hombres. Encómianse los restauradores que tras Curros Enríquez han trabajado en la perfección del gallego. Una interesante antología y varios apéndices coronan la monografía.

Los *Estudios literarios* del P. Restituto del Valle Ruiz, religioso Agustino del Escorial y conocido en las páginas de la veterana re-

vista *La Ciudad de Dios*, no necesitan ni de nuestro aplauso ni de nuestro consejo, cuando el prólogo de Juan Alcover, las alabanzas de varias revistas y la carta de Menéndez y Pelayo nos han precedido, sino porque la crítica literaria merece especial atención y porque al devolver el saludo al literato creemos cumplir un deber de religiosa fraternidad. El hábito ó la sotana serán distintivos y uniformes de diversos cuerpos de ejército; pero todo él no tiene más que una bandera, la Cruz, y un Sumo Capitán general, Jesucristo.

Son los *Estudios* una reunión de artículos sobre literatos y poetas, casi todos modernos: Quadrado, Costa, Alcover, Miguel Mir, Campoamor, Núñez de Arce, Balart, Menéndez y Pelayo, Dicenta. El Rabi Sem Job, Raimundo Lulio, Bécquer y Zorrilla son los antiguos. Cierran el libro tres narraciones ó solaces literarios, así el autor los apellida, desahogo de la pluma del buen Padre, dispuesta siempre á la compasión y al entusiasmo.

Y he aquí la nota característica del libro: la compasión y el entusiasmo.

No es el P. Valle Ruiz malhumorado crítico que, á fuerza de hurgar, halla en las obras el lado feo y asesta contra él la furibunda palmeta; no: el Padre mira el conjunto, percibe la impresión artística, mejor la favorable que la siniestra, y encuentra en su prosa triunfal

un himno para expresarla. Su impresión suele ser verdadera, pero no siempre tan segura.

Palmario ejemplo nos ofrece el juicio de Campoamor. Lo hizo primero bajo una impresión entusiasta de repulsión hacia el escéptico cantor del amor sensual; pero rodaron los años, la impresión primitiva se alteró y el autor pone en una nota su contrajuicio.

Obligación nuestra es castigar lo inmoral en el arte. Es crimen de lesa literatura y de lesa moral. El P. Valle Ruiz ya lo hace con *Aurora*, aunque, en mi sentir, hay cadáveres que corroen el escalpelo. En cambio, se me hace muy benigno con el cantor de *La Visión de Fray Martín* y con el de los *Pequeños poemas*. Creo ser de San Agustín la idea de que el veneno servido en pulcra forma es como si lo fuera en vaso de oro; y aquí es más, porque la forma no es vaso simplemente, sino expresión trascendentalmente relacionada con el concepto.

En suma, estos *Estudios literarios* están sentidos con alma de artista, vaciados en sonora y magnífica forma de artista, y darán garantía de acierto al público menos ilustrado, reunirán toda su perfección cuando con razones se acredite la admiración como legítima.

IV

No pretendo hablar de la crítica literaria del Sr. D. Juan Valera. El anciano escritor tiene antiguos méritos conquistados con la pluma en el examen, siempre benigno y prendado exclusivamente de la forma, de muchas obras literarias. Una de sus campañas más celebradas fué la que sostuvo con D.^a Emilia Pardo Bazán sobre el nuevo arte de hacer novelas; uno de los trabajos en que más campea el buen sentido del autor, y que ahora tiene notoria actualidad, es el Discurso sobre las interpretaciones del *Quijote*. Pero en nada de esto he de ocuparme, ni aun siquiera en el *Florilegio de poetas castellanas del siglo XIX*. Nos bastará citar esta colección, donde todas las composiciones guardan los fueros de la moral y muy pocas quebrantan los de la ortodoxia católica. Juzgarla según su mérito vendrá bien cuando el señor Valera haya perorado su causa en los tomos de juicios críticos que prepara. En esta clase de publicaciones esto último es lo que verdaderamente las avalora, cuando los versos, como aquí sucede, ni son raros ni escondidos en las profundidades de los archivos.

Hoy le habemos de considerar exclusivamente como crítico filosófico, y esto en la úl-

tima obra, que se intitula *El superhombre y otras novedades*.

Si hubo quien afirmó que toda cuestión política entraña una cuestión teológica, no ha debido de faltar tampoco quien haya hecho el aforismo extensivo á las crítico-literarias. Plantear hoy día un problema de crítica es entrarse á velas tendidas por la filosofía, y por ende, por la teología. Porque hay novelas fisiológicas, psicológicas, íntimas; hay dramas políticos, sociológicos, trascendentales; hay lírica suprema, recóndita, sobrehumana; hay, por fin, literatura filosófica, que no lo es por fórmula, en la apariencia y superficialmente, sino de hecho, en realidad y profundamente; y literatos son los que legislan en historia y predicán la igualdad ó desigualdad social, y anuncian y pregonan la panacea de todos los males públicos y privados, y discurren sobre lo pasado, lo presente y lo porvenir, y discuten ó peroran sobre el alma, los derechos, los deberes, la fe y la conciencia, y canonizan ó anatematizan la religiosidad, el suicidio, el adulterio y la obediencia, y disculpan ó atenúan delitos, condenan virtudes, promulgan decálogos, se toman la investidura de profetas, y ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el abismo dejan rincón adonde no extiendan su látigo y su centro. Pues si esto es la literatura, ¿qué será la crítica literaria?

En ella, como en terso espejo, se ve el pensar y el sentir de nuestra moderna generación: pensar y sentir, por lo común, absurdo; como que casi siempre navega por mares procelosos, perdido el faro que la guiaba antiguamente, y por su orgullo y sus concupiscencias, arrebatada á peligrosas sirtes y bajíos.

El faro era la lumbre sobrenatural de la fe, que de lejos iluminaba los mares del conocimiento natural, de la filosofía y de las artes liberales. Los desgraciados para quien no luce, unos, guiándose por su natural blando y utilitario, codician tan sólo el grosero placer del sentido, y excitados por él, y sabiendo que allá en París Bourget y Prévot y Zola ofrecen á más y mejor el sanguinolento cebo, acuden ávidos á él y lo importan en casa y lo sirven en perpetuo banquete, más repugnante que el mítológico de Tereo; otros no sienten al pronto (ó se avergüenzan de ello) estas sensuales concupiscencias y se dejan dominar del orgullo, alardean de intelectuales, pensadores y filósofos, y desbocados, quieren correr el campo del saber, deslumbrar con teorías que, arrancando de la noción del yo ó de la de Dios, del mundo ó del alma, de lo exterior ó de lo futuro, de la revolución ó de la evolución, pare finalmente en pútidus paralogismos y en el epicureísmo más material.

En vano ofician otros de Sócrates y de Aris-

tóteles; sus voces defienden en vano los fueros de la razón, del buen sentido, del justo medio: se pierden en el vacío ó se contradicen miserablemente. Aristóteles es sustituido por Epicuro.

Tales ideas bullen en la mente, leyendo y releendo el libro citado de D. Juan Valera, cuyo título completo es como sigue: *El superhombre y otras novedades. Artículos críticos sobre producciones literarias de fines del siglo XIX y principios del XX.*

El autor al leer, analizar, juzgar y fallar sobre muchos libros de reciente fecha no puede menos, y eso que por confesión propia es optimista y facilitón, de revolverse contra varios errores de gran bulto que contradicen su temperamento ameno, equilibrado y clásico.

El principal es el del *superhombre* ó de la *superhumanidad*, que, arrollando á esta vieja y corroída raza, habrá de apoderarse del mundo para realzar hasta los cuernos de la luna el progreso indefinido de su barbarie. D. Pompeyo Gener, D. Eduardo Marquina, D. Carlos Reyles y la misma D.^a Emilia Pardo Bazán, más ó menos desafortadamente, defienden estas enormidades de Nietzsche. — Nada, que es lo que dicen ellos, el mundo está desquiciado y no hay cosa con cosa; los pillos desvergonzados se encaraman, encumbran y empingorotan, mientras que los sabios, los videntes, los intelectuales andan á llenar cuartillas para mal

comer, que es poco menos que andar á pordiosear de puerta en puerta. Harto habemos visto, prosiguen, que la Justicia de Dios padece sordera, y ni oye nuestras blasfemias ni nos deja un ladito de cabecera en el banquete de esos pícaros redomados; la damos, pues, desde ahora y para siempre por muerta ó por dimitida, y no reconocemos otro Dios que la evolución, la cual nosotros añascaremos á nuestro talento, y vendrá en nuestro socorro á todo vapor ó á toda electricidad. Y así como el primer mono ó antropisco se afeitó y se descoló y se puso en dos pies y gritando y gruñendo se echó á hablar, y en cuanto se sintió hombre procuró á mordiscos y á palos y con arte y con industria y con flechas y con balas cazar y exterminar á sus hermanos antiguos, asimismo el hombre actual, bípedo enteco y débil, se transformará, no sabemos cómo ni cuándo ni en qué, pero ello será algo así como en mamut colosal, ó, cuando menos, en intelectual elefante, que progresará bárbaramente y acogotará á los que ahora bullen y mandan y gobiernan. Mas para llegar á eso, continúan, como no hay duda (y esto es lo fundamental) de que los superhombres en ciernes somos nosotros, á nosotros nos incumbe con urgencia dejar vacío el cielo, derribar altares, acabar con los reyes, con los que mandan, con los ejércitos, con los sacerdotes, con los que saben, con los que nos con-

tradicen, con los que se nos oponen y casi casi acabar con nosotros mismos. ¡Nada de compasión; la compasión, la caridad, concluye Nietzsche, es el mayor enemigo del progreso! Estas y mayores locuras dicen los mantenedores de tan descabelladas ideas. El Sr. Valera se apercibe contra ellas, y buscando su absurdo, no en la fe, no en la inconcusa filosofía, lo halla, y desenvainando la finísima hoja de la sátira culta y sazónada, punza al enemigo, le molesta, le fatiga, le acosa, pero no le acaba.

¿Y cómo, si se necesita la palabra del Verbo de Dios, cortante por sus dos filos?

Digo, pues, que no mata al monstruoso error, mas le saca sangre.

«Lo que yo no apruebo, escribe refutando las salvajes ilaciones del error, lo que yo no aplaudo, aquello con que no me conformo, porque si llegase yo á ser de los favorecidos me daría muchísima lástima de los que no lo fuesen, y si no llegaba á ser de los favorecidos, tendría yo grandísima lástima de mí, lo cual casi es peor; es que se *desdoble* el género humano el día menos pensado, y elevándose unos á la condición de superhombres, se conviertan los demás en subhombres y vuelvan á ser antropiscos, retrocediendo hasta el mono ó mereciendo la calificación de superfluos con que el Sr. D. Pompeyo Gener ya los designa, calificación ominosa, anatema lanzado sobre ellos y que al sacrificio y á la desaparición los predestina. Mi filantropía, mi piedad y la arraigada creencia de mi espíritu en un Dios omnipotente y misericordioso me llevan á repugnar en toda su brutal extensión y en sus crueles consecuencias eso que llaman lucha por la vida. Ya se arreglarán las cosas de suerte que, por mucho que se au-

mente la población, quepamos todos con holgura en este planeta, y no nos falten buenos bocados con que alimentarnos, casas en que vivir y lindos trajes con que vestirnos.....» (1).

Pues del descomunal filósofo traza esta silueta:

«Era (Nietzsche) polaco de nación, súbdito alemán y profesor de Filología clásica, no nos importa saber en qué Universidad ó Instituto. Sobrevino la guerra entre Alemania y Francia, en la que Francia quedó vencida. Y Nietzsche entonces, en cumplimiento de las leyes, se vió obligado á tomar las armas é ir á la guerra. Antes de aquellos días Nietzsche apenas se había distinguido; pero, hallándose en el cerco de París, un casco de granada hirió y derribó su caballo, y Nietzsche mismo cayó por tierra maltrecho y con una profunda conmoción cerebral. Afirman discípulos de Nietzsche que esta caída del maestro fué semejante en sus efectos á la que tuvo San Pablo en el camino de Damasco. Lo cierto es que al recobrase de la caída, Nietzsche se convirtió en otro hombre: apareció profeta, apóstol y, por último, loco» (2).

Una sola vez recurre al arsenal de la Teología, y ¡con cuánta timidez!

«Si no hay plan ninguno (en el mundo), no sé por dónde podrá afirmar el Sr. Gener que hay mejora, progreso, advenimiento de superhombres y otras futuras bienandanzas. Y si por dicha hay plan, y todo eso y más puede afirmarse, el plan no es humano, sino divino.....» (3).

(1) Pág. 50-51.

(2) Pág. 53.

(3) Pág. 60.

Tras afirmación tan ortodoxa y rotunda viene la vacilación, el temor, la cortapisa:

«No decidiré yo que sea verdad ó que sea mentira, pero sí que nuestro entendimiento no halla absurdo cierto plan á grandes rasgos concebido é imaginado.....» (1).

No se ha de copiar todo el libro. Baste lo aducido para conocer el gracejo, la intención del autor, y también, por desgracia, la casta de razones que emplea en la confutación; más tarde deploraremos sus consecuencias.

Pero antes tributemos al Sr. Valera otro elogio merecido.

El segundo enemigo contra quien pelea es la imitación francesa. ¡Y con cuánta decisión, con qué virilidad, cuán cargado de razón se halla al ensalzar la imitación de lo antiguo sobre lo moderno! Oigámosle, que aquí se eleva al tono de verdadero maestro:

«La imitación de lo antiguo es, por otra parte, mil veces más segura. Lo tonto, lo disparatado, lo vulgar, todo ha caído en olvido ó en descrédito. Varias generaciones de críticos y el desdén de las gentes han barrido lo insignificante y lo malo, como quien barre basura.... En lo moderno, al contrario; las obras de literatura están como la mies en la era, sin que nadie haya separado aún el grano de la paja, ni lo que ha de ser alimento agradable y sano de la semilla desabrida ó de la cizaña, que en vez de deleitar y de nutrir, embriaga y causa vahidos. De

(1) Pág. 61.

aquí que el que imita lo moderno, corre peligro de engañarse deslumbrado por el aplauso vulgar y por el prestigio de la moda, y en vez de imitar exquisiteces y bellezas, imita estafalarias novedades ó insulsas tonterías» (1).

Y arremetiendo con pujanza de Hércules contra la pedantesca manía de lo exótico, pregunta:

«¿Qué novísimo arte exquisito y profundo es ese que no se ha descubierto sino á fines del siglo XIX en Francia, en Suecia ó en Rusia? ¿De suerte que Bourget, Ibsen y Tolstoi emplean un arte más exquisito y profundo que los autores del *Quijote* y de la *Celestina*? ¿Con que Cervantes hacía sentir menos y ahondaba menos en la mente y en el corazón humanos que los modernos novelistas que cito? Ó la humanidad era más boba y simple en los pasados siglos que lo es en el día, ó no hay tal superioridad en las novelas rusas y francesas de ahora. ¿Dónde está la novela de ahora, rusa ó francesa, á la que nadie pueda prometer, no la perpetua juventud, no la vida inmortal que tiene el *Quijote*, sino la longevidad gloriosa y el favor popular de que gozó durante dos ó tres siglos el *Amadís de Gaula*?» (2).

Llegamos al apogeo de la dialéctica del señor Valera. Si le sacáis de ahí, descenderá, se mostrará flaco, apelará á la retirada.

Lo cual, bien mirado, no es culpa total del Sr. Valera: ni sus argumentos le permiten más, ni sus concesiones á los adversarios.

Los argumentos, si se descarnan de la am-

(1) Págs. 151-152.

(2) Págs. 156-157.

plificación cultísima y sazónada, quedan reducidos en su orden superior al deísmo; en lo demás, á la repugnancia que tienen las ideas contrarias con el buen sentido, con la tradición literaria de persona tan autorizada y tan chapada á la antigua como D. Juan Valera: Dios existe; la idea de esa superhumanidad es cruel, su advenimiento no se columbra; en literatura son heréticas las novedades. Estos son los argumentos escuetos.

En cambio, ¿qué no otorga al adversario! ¿La revelación? El Sr. Valera prescinde de ella, no sólo al argüir, sino aceptando que las religiones positivas, entre ellas la católica, puedan ser sustituidas por la religión natural, la del *Sursum corda* de Núñez de Arce:

«No hay revolución ni cataclismo que baste á derribar el edificio erigido por esa nuestra fe superior é inmortal, ni que pueda conmover la base

De la admirable catedral inmensa,
Como el espacio transparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo!....»

»Doctrina semejante, por lo progresista, á la que expone el poeta en sus bellísimos versos es la expuesta más ampliamente por el Sr. Gener en prosa llena de lirismo y en un libro ó tratado, cuyo título es *Evangelio de la vida*.... Contra las afirmaciones en que conviene Gener con Núñez de Arce nada tenemos que objetar» (1).

(1) Págs. 47-48.

¿La filosofía? En filosofía da la palma á Schopenhauer; ¿qué digo? al mismo Nietzsche, á quien calificó antes de amente.

Habla de una colección de filósofos del señor Rodríguez Serra, y escribe:

«Van ya publicados en ella escritos de Schopenhauer y de Baltasar Gracián, y se anuncian como en prensa varios de Nietzsche, Ibn Gebirol, Emerson, Leopardi, Vives, Stiner y otros tan opuestos en sus ideas, que de lo menos que podemos acusar al editor es de parcialidad, antes bien aparece dotado de un sincretismo que nos inspira simpatías» (1).

La filosofía así considerada es para el autor un agradable deporte.

«No aceptando por cierto sistema alguno; no alistándose en las filas de los secuaces y aceptándolos todos como cavilaciones discretas, divertidas é interesantes, poco importa que sean pesimistas ú optimistas, que sostengan el panteísmo, el materialismo ú otros ismos; que afirmen ó que nieguen, con tal de que diviertan, interesen ú ofrezcan alguna novedad. Lo que conviene, de cualquier suerte que sea, es que el lenguaje de las mencionadas cavilaciones no resulte, ó por culpa del autor, ó por culpa del traductor, muy bárbaro y enmarañado» (2).

Y esto nos sirve de puente para la tesis artística del Sr. Valera.

Don Juan Valera predica en muchos lugares que el poeta, el novelista, «no conviene que se

(1) Pág. 241.

(2) Pág. 242.

empeñe en ser didáctico», sino que, atento únicamente á deleitar, cultive el arte por el arte, y mejor, el arte por la forma. Por eso libra de toda responsabilidad al artista, para lo cual devana tales sutilezas, que llega á un casi idealismo germánico, y hasta — caso rarísimo en Valera — llega á perder la diafanidad del estilo:

«La tal idea, por desgracia, aunque está en nosotros, sólo está limitada y como en germen, y no nos vale para ver bien lo que hay fuera de nosotros, sino para discurrir sobre aquello que fuera de nosotros suponemos que existe, ó sobre las ideales construcciones del pensamiento puro. De aquí que no afirmemos que esta cosa ó aquella, que el universo todo, que cuanto es ó puede ser, sea como nosotros lo percibimos ó lo imaginamos; pero ya imaginado ó percibido, ó dígase dado el supuesto, todo se encadena y compone un conjunto armónico de verdades dentro de nuestro mundo ideal, si bien no se adecue tal vez ni responda con exactitud á la realidad del mundo que está fuera de nosotros, y del que tal vez tenemos noticias equivocadas por ministerio de los sentidos» (1).

Y estas sutilezas, ¿para qué?

Pues para dar en el porqué le encantan á él, á D. Juan Valera, igualmente el ferviente Manzoni, el apóstata Leopardi y el satánico Carducci.

«¿No es raro fenómeno, escribe, que nos encante el himno sacro á *La Pentecostés*, lleno de profunda fe católica y de la viva esperanza de que la religión de Cristo es la

(1) Pág. 76.

definitiva religión de nuestro linaje, informando y causando todo su progreso y mejora; que nos encante también la oda *Á las fuentes del Clitumno*, cuya inspiración es enteramente contraria, saludando con júbilo el poeta á la humanidad, que supone regenerada porque reniega de creencias que la envilecen y adopta algo á modo del gentilismo antiguo, y que nos encanten, por último, no ya las esperanzas católicas de Manzoni, ni las esperanzas gentílicas de Carducci, sino la desesperación sublime y pesimismo de Leopardi, que niega á Dios ó le llama con espantosa blasfemia *feo poder que impera oculto para daño de todas las criaturas?*» (1).

Así como no señalamos en este libro todos sus aciertos literarios ni todos los errores filosóficos é históricos que nos parece advertir en él, tampoco, para no fatigar á nuestros lectores, vamos á discutir las tesis señaladas. Lo único que nos proponemos es aducir una razón general de su falsedad, é insinuar cómo tras estas aserciones tenía que venir lógicamente la retirada del Sr. Valera.

Porque, primeramente, es dogma de fe la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; pero no son esos los únicos dogmas, las únicas verdades que debe defender un católico. Dogma es la indefectibilidad de la Iglesia católica, que no perecerá en la común ruina de pagodas, adoratorios, mezquitas y sinagogas; dogma también el magisterio de la Iglesia Romana

(1) Págs. 74-75.

y del Sumo Pontífice, cuyas enseñanzas no se han de computar entre las opiniones y cavilaciones divertidas de Schopenhauer ó de Hegel; dogma asimismo la necesidad y conveniencia de la revelación para surcar con seguridad y facilidad el mar tempestuoso de los conocimientos humanos; verdad inconcusa es la ayuda que la fe ha prestado siempre á la filosofía en sus lucubraciones y trabajos; verdad, que el error es aborrecible y cognoscible y que la verdad es una y única; que no es ciencia el escepticismo ó sincretismo, y que Dios nos ha dado la razón y los sentidos para conocer la verdad. Y si del orden filosófico pasamos al literario, encontraremos en una nunca interrumpida tradición el entusiasmo que en las obras artísticas ha producido, no sólo la forma, sino las ideas, cuyo vehículo y signo exterior son las palabras. Hablando con varón tan docto bastará citar nombres y nada más: Tirteo se valió de sus elegías para despertar los espíritus guerreros de los espartanos; Esquilo, para imprimir en los atenienses el respeto á sus dioses y la admiración de sus héroes; Eurípides, para engendrar desprecio al prostituído panteón mitológico; Aristófanes hizo de sus comedias arma contra los tiranos de su pueblo, contra la volubilidad é ingratitude de Atenas, contra Sócrates y los sofistas, contra el mismo Eurípides y su teatro. Así

también en España la literatura, y sobre todo el romance y el teatro, siempre en contacto con el pueblo, vivió del fondo y de la forma, de la idea y de la expresión, del ideal y de la palabra, y por eso vive todavía y vivirá el teatro español mientras haya españoles que sientan todavía la fe, el patriotismo y el honor. No hay más que recordar los apuros de Lope de Vega por sus dramas históricos *Los Porcelles de Murcia* y *El Sitio de Mástrique*, para comprender que nadie ha prescindido jamás de la idea, por muy seductora que sea la forma. ¿Qué digo? El mismo docto crítico que asienta tan peregrina teoría pierde su ecuanimidad, no me acuerdo ahora dónde, con el Sr. Pereda porque, en formas exquisitas y con toda la magia de descripción del ilustre novelista, ensalza la inocencia de los campos y califica á las ciudades de sentinas de todos los vicios.

Una excepción hay en este punto, y es cuando se estudia alguna antigüedad que representa algo completamente muerto. Esta contemplación académica es de pocos, es la que engendró la *Eneida* y la tragedia clásica francesa, que nunca llegaron á ser poesía de todos (y aun hay quien ni tanto les concede), ni verdaderamente populares. Mas aun en este caso hay un no sé qué de *fictio juris*, en virtud de la cual nos creemos en aquella sociedad y participamos de sus creencias.

Por lo demás, el arte popular no puede prescindir del fondo de la obra: por eso Lope de Vega hizo de sus dramas históricos, y aun de toda su poesía, «gaceta rimada», por usar una frase de Menéndez y Pelayo; por eso los artistas cometieron artísticos anacronismos á sabiendas, como, v. gr., Rubens y Rafael, Murillo y Lope de Vega, Virgilio y Calderón; por eso nunca prosperó en España el arte de forma que quisieron traer con tragedias imitadas del griego ó del francés los galo-clásicos del siglo XVIII.

Pues bien: con estas opiniones, ¿cómo vencerá el Sr. Valera? De ningún modo.

Si deja en manos de los adversarios la fe en la Iglesia de Dios, ¿por qué han de concederle ellos la Providencia de Dios? Si no respeta el Sr. Valera los fueros de la razón y toma la filosofía como un entretenimiento, ¿por qué los de Nietzsche no han de creer que es un entretenimiento el derroche de sal é ingenio del Sr. Valera? Si éste no atiende á la tradición literaria y al sentido común que une y ha unido siempre en la impresión estética el fondo y la forma, ¿por qué sus adversarios han de respetar en todo lo demás la antigüedad clásica?

Ellos siguen el ejemplo de Lutero, que se valió de la literatura para su propaganda; de Calvino, de Pascal, de Arnauld, de Voltaire, de Baudelaire, de Zola; y sólo quien, firme en

toda la verdad les quiera hacer frente, vencerá. Quien confiese que el poeta es impecable; quien admire por igual el fervor de Manzoni y las blasfemias de Leopardi; quien dé por cierto que la forma es lo único que hay que reparar en un artista, llegará á confesar que decadentes y delicuescentes y simbolistas, é impresionistas y naturalistas, y Zola, y Daudet, y Goncourt, y Tolstoí é Ibsen, etc., etc., serán excelentes poetas y novelistas, con tal que tengan formas seductoras.

Y, por desgracia, así sucede al Sr. Valera.

Sus adversarios no cejaron en la polémica, y él la cierra con esta retirada:

«Á fin de no cansar á los lectores de *El Liberal*, voy, pues, á prescindir de no poco de cuanto he dicho hasta ahora, así como de lo que han dicho mis discretos impugnadores, á retirarme modestamente de la palestra y á ceñirme en mi despedida al caso particular que me impulsó á escribir....

»Acaso en el ardor de la contienda he ido más lejos del punto adonde debía ir. Voy yo mismo á corregirme y á enmendarme....

»Aunque llegase alguien á convencerme de que cualquiera de estos novelistas de ahora valía más que Cervantes, aun no me convencería yo de que la superioridad consistía en el ejercicio ó en el empleo de un arte más exquisito y profundo, sino en que á Zola, pongamos por caso, le había dado Dios más inteligencia, más estro, más inventiva y más profundidad de ideas y de sentimientos que á Miguel de Cervantes» (1).

(1) Págs. 187 y 188.

No queremos concluir sin copiar algo que dulcifique la penosa impresión.

Hemos leído con cuidado al Sr. Valera, y no queremos ser injustos.

Hablando al despierto joven D. Antonio de Hoyos del pesimismo en que incurre, llevado de la moda del influjo del ambiente, le da este saludable consejo:

«¿Qué importa que el mundo sea, no sólo valle de lágrimas, sino tenebrosa caverna de infamias y de maldades, si así resplandece más, venciéndolo, dominándolo y hasta perdonándolo todo

El madero soberano,
Iris de paz, que Dios puso
Entre las iras del Cielo
Y los pecados del mundo?» (1).

Y al comenzar su polémica con los superhombres (que es la de todo el libro):

«Me valdré sólo de mi razón natural, escribía como advertencia, colocando con mucho respeto las creencias adquiridas por educación, tradición y revelación en una á modo de arca santa, de donde tal vez necesite sacarlas más tarde, si yo mismo, imitando á Noé, no me introduzco y refugio también en el arca....»

Esperamos que el Sr. Valera saque estas poderosísimas y únicas razones; que él mismo, haciendo de ello un timbre de su ancianidad, se refugie en esta Arca santa; pues fuera de

(1) Pág. 394.

ella crece, hasta superar los más altos montes, el diluvio de errores, de los que no son sino las hasta ahora últimas consecuencias el superhombre y las demás novedades.

V

Quien quisiere ver cuán voluble y tornadiza es la humana deidad que se llama fortuna, véralo, como en espejo, en el que ha dado en llamarse filósofo y padre de filósofos y precursor en Filosofía, el valenciano Juan Luis Vives. Citas honrosas, artículos encomiásticos, conferencias de Ateneo, elogios sin número, patente de corifeo y fundador de escuela; todo eso ha merecido de pocos años acá el en su tiempo reputado humanista, legionario en Filosofía, modesto trabajador de la república literaria, pretendiente sempiterno de la mejoría de su situación económica y tal vez solamente célebre por sus poco afortunadas amistades con el epicúreo Erasmo y con el apóstata Enrique VIII de Inglaterra.

Después de morir, un benigno y suave silencio envolvió su memoria, hasta que quizá en daño del ídolo, primero los valencianos Mayans y Siscar y D. Andrés Piquer, y después D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y ahora

No queremos concluir sin copiar algo que dulcifique la penosa impresión.

Hemos leído con cuidado al Sr. Valera, y no queremos ser injustos.

Hablando al despierto joven D. Antonio de Hoyos del pesimismo en que incurre, llevado de la moda del influjo del ambiente, le da este saludable consejo:

«¿Qué importa que el mundo sea, no sólo valle de lágrimas, sino tenebrosa caverna de infamias y de maldades, si así resplandece más, venciéndolo, dominándolo y hasta perdonándolo todo

El madero soberano,
Iris de paz, que Dios puso
Entre las iras del Cielo
Y los pecados del mundo?» (1).

Y al comenzar su polémica con los superhombres (que es la de todo el libro):

«Me valdré sólo de mi razón natural, escribía como advertencia, colocando con mucho respeto las creencias adquiridas por educación, tradición y revelación en una á modo de arca santa, de donde tal vez necesite sacarlas más tarde, si yo mismo, imitando á Noé, no me introduzco y refugio también en el arca....»

Esperamos que el Sr. Valera saque estas poderosísimas y únicas razones; que él mismo, haciendo de ello un timbre de su ancianidad, se refugie en esta Arca santa; pues fuera de

(1) Pág. 394.

ella crece, hasta superar los más altos montes, el diluvio de errores, de los que no son sino las hasta ahora últimas consecuencias el superhombre y las demás novedades.

V

Quien quisiere ver cuán voluble y tornadiza es la humana deidad que se llama fortuna, véralo, como en espejo, en el que ha dado en llamarse filósofo y padre de filósofos y precursor en Filosofía, el valenciano Juan Luis Vives. Citas honrosas, artículos encomiásticos, conferencias de Ateneo, elogios sin número, patente de corifeo y fundador de escuela; todo eso ha merecido de pocos años acá el en su tiempo reputado humanista, legionario en Filosofía, modesto trabajador de la república literaria, pretendiente sempiterno de la mejoría de su situación económica y tal vez solamente célebre por sus poco afortunadas amistades con el epicúreo Erasmo y con el apóstata Enrique VIII de Inglaterra.

Después de morir, un benigno y suave silencio envolvió su memoria, hasta que quizá en daño del ídolo, primero los valencianos Mayans y Siscar y D. Andrés Piquer, y después D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y ahora

el discípulo de éste D. Adolfo Bonilla San Martín han dado en remover sus huesos y sus obras, y ya finalmente han recorrido todo el velo que lo encubría en esta monografía, á que su autor da el sonoro y pomposo título de *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*.

Nada menos es la empresa que el valeroso Bonilla San Martín quiere echar sobre sus hombros, y nada menos es lo que él juzga que merece un pensador de aquella centuria que jamás tuvo cátedra filosófica ni teológica, ni regentó estudios, ni influyó sino como particular y con escritos particulares en el movimiento científico ó literario tan fecundo en aquella época. En Luis Vives, y no en Melchor Cano, Gabriel Vázquez ó Francisco Suárez, se encarna para el Sr. Bonilla San Martín toda la filosofía del Renacimiento—ó por lo menos en Vives y con Vives quiere tomar ocasión el joven autor para exponer la filosofía del Renacimiento.

Como trabajador constante y de tesón se había revelado el Sr. Bonilla, ya en la traducción de la Historia de Fitzmaurice Kelly, adornada de muchísimas notas eruditas, ya en su laboriosa cooperación á la *Revista de Archivos*, ya en otros trabajos literarios y de erudición; pero ninguno ha debido pesar sobre sus hombros como éste, ninguno ha exigido de él más copiosa lectura, como nos lo declara candoro-

samente él mismo ya en las primeras páginas de su monografía:

«Sea cualquiera el juicio que de él (del libro) se forme, podemos asegurar que el resultado apenas representa la cuarta parte de la labor empleada. Numerosos libros y documentos hemos hojeado con detenimiento y prolijidad sin obtener consecuencias útiles para el propósito que nos guiaba y líneas hay en esta obra que sintetizan muchas y enojosas lecturas» (1).

Así es verdad. Y por las notas (que son tantas que el autor las ha distribuído en dos partes y éstas en series, según los capítulos de cada una, y las señala con exponentes en esta forma: 23¹....., 34⁷....., 32¹².....), por las notas se ve que ha revuelto muchos, muchísimos libros, alemanes y protestantes, y todo eso parece poco para la balumba que echó sobre sus hombros, y para hablar del Renacimiento español.

Porque no solamente quiso, lo que hubiera sido mucho, estudiar las obras de Luis Vives, darnos su biografía bien puntualizada, sus escritos y doctrinas bien extractados y sus sentimientos y costumbres bien pintadas, sino que quiso defender todas las opiniones que Vives esbozó, apuntó y defendió, con lo cual, naturalmente, se ha visto en la precisión de hablar de exégesis bíblica y de teología dogmática y de filosofía peripatética y de filosofía ecléctica

(1) Pág. 9

y de lengua hebrea y de griego y de latín y de pedagogía y de moral cristiana y de sociología y de política y de historia y de diplomacia.

Y dentro de cada uno de estos títulos ¡cuántos subtítulos, cuántas cuestiones! La autenticidad y pureza de la Vulgata, la autoridad de los textos originales, la existencia y cuestiones sobre el infierno, la posibilidad de la prueba intrínseca de la Santísima Trinidad, las mil tesis de gracia y libre arbitrio, la autoridad de los Padres, la del Pontífice Romano, la de los Concilios, la licitud de las penas temporales por delitos contra la fe, la tolerancia ó intolerancia religiosas, la facultad de la Iglesia de prohibir libros y su ejercicio y otras muchas que se rozan con la Teología.

Porque si de Filosofía se va á hablar, se tocan bajo este nombre mil controversias obscuras, sutiles y enojosas, como la constitución de los cuerpos, el eterno nudo gordiano de la cantidad continua, el aumento de la intensidad de las cualidades, la percepción, el origen de las ideas, el de la certidumbre, el transformismo, etc., etc. Y en literatura y en historia y en gramática y en derecho civil y eclesiástico, á este tenor. De modo que por mucha ciencia de que se pertrechara y tuviera de repuesto el Sr. Bonilla San Martín, toda y alguna más ha sido necesaria para tan compleja y universal monografía.

Después de este testimonio de la erudición que aquí ostenta el autor, es tiempo de hablar de cómo se ha desempeñado de su empresa.

El libro está en dos partes: el hombre y el escritor, Vives y sus obras.

Al presentarnos al hombre no desprecia el biógrafo las menores noticias y nos cuenta, claveteándolo todo bien con notas, la ascendencia y padres de Luis, sus estudios, primero en Valencia y más tarde en París, sus ocupaciones, sus amigos, su trabajo de ayo del joven Guillermo de Groy en Lovaina, y en Lovaina también su larga enseñanza y lectura de la *Historia Natural* de Plinio y de las *Geórgicas* de Virgilio. Nos hace que le acompañemos en sus viajes á París, á Brujas, á España, y en sus frecuentes y acaso mercantiles excursiones á Inglaterra, y como que vemos por vista de ojos su laboriosidad, sus pretensiones, sus penurias, sus altercados con editores y codiciosos librereros, y hasta su aventura con el fraile Severo, que, según dice el monógrafo, le armó una zancadilla á Vives para quedarse con la preceptoría del joven Archiduque de Austria, D. Fernando, que el filósofo valenciano se prometía.

Si tan detallada es en todo esto la narración, mucho más lo es en las costumbres, aficiones, tendencias y carácter de Vives, en tratar de su hogar y severas costumbres de su

esposa Margarita Valdaura y de sus estrechas amistades con los humanistas de aquella centuria, llevándonos de la mano hasta verle enfermo y gotoso y asistir á su muerte, de la que el biógrafo no dice sino que fué «con filosófica resignación», y debió ser con cristiana paciencia y con todos los auxilios de la Religión católica, pues si no ¿cómo había de haber sido colocado su cadáver «en el nicho construido ante el altar de la capilla de San José en la iglesia de San Donaciano ó San Donato de Brujas»?

Si el Sr. Bonilla no hubiera hecho más que lo hasta aquí dicho, acaso hubiera conseguido más en favor de su héroe; pero las amistades de éste le han hecho llenar esta primera parte de digresiones, donde se ve lo mucho que ha leído el autor de libros protestantes ó sospechosos, y lo mucho que le ha faltado por leer de la parte contraria.

No es buen juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso

y oír, como es equitativo, á las dos partes.

Luis Vives tuvo la flaqueza, que no fué otra cosa, de amar, como á la mitad de su alma, á Erasmo; con Erasmo consultaba muchas cosas, á Erasmo defendía, y naturalmente, algunas salpicaduras le cogieron de la batalla que los buenos y ortodoxos católicos, y aun los protestantes, daban contra Erasmo.

He aquí al Sr. Bonilla San Martín perdiendo el carácter de historiador y tomando el de ciego panegirista de Erasmo. Erasmo era sapientísimo, intachable é intangible, y todos sus adversarios ciegos, apasionados, bárbaros, etc. Lo segundo que al Sr. Bonilla escandaliza son los epítetos que en el fragor de la batalla se lanzaban contra Erasmo, y, por último, enristra su lanza contra la Inquisición, porque condenó libros de Erasmo y de Luis Vives (1).

Pero el Sr. Bonilla San Martín no reparó, ó no tuvo tiempo de reparar, en quién era Erasmo, pintado por sí mismo en sus obras, por los contemporáneos no españoles, sino alemanes, y por el mismo Lutero, por Martín Lutero.

El invencible historiador del pueblo alemán, Jansens, en su *Historia del pueblo alemán*, hace un acabado retrato de Erasmo, cuyo extracto ó reducción podrá servir á nuestro propósito:

Erasmo de Rotterdam, nacido de ilícita unión, huérfano desde su primera niñez, se hizo Agustino en Stein, no lejos de Gouda, sin vocación; apostató más tarde, y reconciliado desde 1517 con la Iglesia en vista de sus humildes súplicas, conservó toda su vida gran

(1) Págs. 78-86, 123-145.

odio á la profesión religiosa. Su apostasía fué en 1491, por manera que durante unos veinticinco años muy cabales vagó por Europa excomulgado y nómada. Este fué el período de sus peregrinaciones por Alemania, Francia, Inglaterra, Países Bajos é Italia, y aun pensó en venir á establecerse en España.

No es, pues, extraño que desde muy temprano se acostumbrara á lo que después le reprocharon de no decir jamás misa y de oír la muy rara vez. Del breviario, ayunos de la Iglesia, abstinencias, no hay que hablar; ni «cuadraban con su sabiduría», ni con su humor, que se burlaba de ellos y contribuía á su descrédito en Europa.

De su conducta personal sus admiradores confiesan que la afición á los vinos generosos le produjeron continuas enfermedades. Sus propias alabanzas se hallan en todos sus escritos, y en particular sus invectivas contra la mendicidad religiosa y la pretendida sordidez de los frailes; pero él, en cambio, se pasó la vida en mendigar, adulando, siendo rechazado vilmente en ocasiones.

Por un discurso lleno de adulaciones le envió el duque Felipe *el Hermoso* 50 florines de oro; pocos meses después le envió el mismo Duque 10 libras «por Dios y como limosna». Colet le escribía en 1513, á propósito de su «odiosa mendicita», y le decía: «Si humiliter

mendicaveris habeo aliquid.....» Erasmo mismo confesaba en este mismo año: «Ab N. satis audacter petii, at ille impudenter rogantem impudentius repulit.....» Por estos medios dejó al morir, según su amigo Amerbach, unos 7.000 áureos; según Krafft, sin asignar número, un caudal en oro y en vasos de plata y oro, casi regio.....

Servil, adulador, falso, embustero, satírico, mordaz, engreído consigo mismo, escéptico y epicúreo, aunque con dorado epicureísmo, «pequeño en todo», como dice un papel de su tiempo, y mucho más pequeño de alma que de cuerpo, he aquí el retrato que se saca de sus escritos, de los de sus contemporáneos.

Pero lo peor fué su odio á la Iglesia.

Prevalido de su latinismo, de los conocimientos superficiales que tenía de todo, de la entrada que sus dedicatorias le dieron en cortes de príncipes voluptuosos y de los exagerados panegíricos que le entonaban la turba de poetas y literatos renacientes, se propuso acabar con el Catolicismo, introduciendo lo que él llamaba «la filosofía de Cristo», para la cual era necesario, añadía, «cuanto sea posible, hablar poco de las definiciones del dogma y permitir que cada cual tenga en muchos puntos examen libre y personal».

Es cierto que esto lo exponía por estilo tan ondulante y vago, que, como decía Lutero,

«cuando se piensa que ha dicho mucho, no ha dicho nada; porque cada uno puede interpretar sus escritos como quiera y hacerle decir lo que quiera»; pero, á pesar de esto, amigos y enemigos le conocían bien.

Alberto, el Príncipe de Caspi, le escribía: «Quien profundice en tus obras y no se deje cegar por la hermosura del estilo y la riqueza del lenguaje (como los que perdonan el mal sabor de una fruta por su color y belleza), se contristarán de verte discutir con frecuencia puntos doctrinales definidos hace tiempo por la Iglesia, quitar el respeto que les rodea á los venerables Sacramentos y tocar sin consideración á la institución de la Santa Sede.... Se escandalizan del ningún pudor con que hablas de las sagradas ceremonias y de las burlas mordaces con que hieres á las Órdenes mendicantes y á las monjas.... Has dicho paladinamente que en los tiempos antiguos no era ni reconocido ni activo el poder de los Papas, que los Obispos son de la misma categoría que los demás sacerdotes, que el matrimonio no es sacramento propiamente dicho. Bien imprudente es que tú alabes el matrimonio con desdoro del celibato, que te burles de la liturgia eclesiástica y de las prácticas de devoción....»

Pues el B. Pedro Canisio, el apóstol de Alemania, nos traza este retrato del famoso humanista: «Tiene indiscutibles méritos en bellas

letras; pero en Teología, ó debió no tratarla nunca, ó, si la trata, debió hacerlo con más cuidado. Critica á los Padres, á los escolásticos, á los teólogos de una manera tan ruda y tan cruel, que nadie antes de él ha ido tan adelante en injurias y censuras.... Pero él, añade el mismo santo Apóstol, no tiene tanto crédito ante las personas sensatas como ante los mal intencionados. En sus escritos se muestra más preocupado del modo de decir, que de la cosa. Nadie ha hecho más daño á la reputación de Erasmo, que Erasmo mismo.»

Por eso fué común en Alemania la frase: «Ubi Erasmus innuit, illic Lutherus irruit», ó, en otros términos, Lutero incubó el huevo, Erasmo lo puso; ó como decía Melancton: «Tota illa tragoedia ab ipso Erasmo nata videri potest....» ¿Qué más? El mismo Erasmo se delataba al escribir: «Videor mihi fere omnia docuisse quae docet Lutherus, nisi quod non tam atrociter, quodque abstinui a quibusdam aenigmatibus et paradoxis» (1).

Este es el Erasmo contra quien España se levantaba, á pesar de los elogios de los que no veían en él sino la forma culta y renaciente, ó de los que, también débiles en la fe, no hallaban repugnancia en muchas de sus afirmaciones.

(1) Janssen, *Histoire*, Traducción de la 14.^a edición alemana, por E. Paris, t. II, págs. 6-27.

¿Qué extraño es que el religioso Fr. López de Zúñiga se sintiese inflamado de celo, acaso más bilioso, y publicase contra Erasmo sus *Annotaciones*, donde se escandaliza grandemente el Sr. Bonilla San Martín, porque «es este opúsculo un verdadero tejido de injurias contra Erasmo, y Zúñiga se despacha á su gusto, llamándole blasfemo, impío, venenoso, hereje, luterano y otras cosas peores»? (1).

Las cosas peores no sé cuáles serán, porque decirle ignorante y orgulloso, ya sabemos que no es peor que hereje y blasfemo. Pero á quien insulta á San Jerónimo, y niega los Sacramentos ó alguno de ellos, y pone en duda el Primado de San Pedro, y condena el culto de los Santos, y denigra el celibato eclesiástico é insulta groseramente el estado religioso, y niega la autoridad de los Obispos y la jerarquía eclesiástica, que es lo que Fr. López de Zúñiga le prueba á su adversario, y es lo que el de Caspi le había reprendido, y es lo que el B. Canisio censura en él, y es lo que él mismo implícitamente confesó; no se le injuria llamándole blasfemo y hereje, ó diciendo que dice blasfemias ó herejías, porque en realidad las dice, como luego después, veinte años más tarde, definió, con su suprema autoridad, el Concilio Tridentino.

(1) Pág. 135.

Pero poco importa que el buen fraile extremeño fuera más ó menos manso, porque también se las había con quien brillaba poco por esta virtud. A no ser que sea ejemplo de mansedumbre el que dió Erasmo llamando al impresor Schott, que había estampado un libro con censuras contra el Rotterodano, «dragón furioso, abominable malhechor, ladrón, asesino, y que era peor que un adúltero» (1); ni tampoco es gran mansedumbre al responder escribir: «Si quid dictat diabolus tales libellos dictat, quales Stunnica scribit, calumniae plenos....»

Pero donde nuestro biógrafo se desata contra la Inquisición es al tratar de la batalla dada contra Erasmo y los erasmistas, muerto D. Alfonso de Fonseca en 1534. El párrafo es de lo más bilioso y elocuente de todo el libro, y como no tiene sino las comunes declamaciones, ya tan refutadas, contra el Santo Oficio, lo citaré únicamente para que pueda comprobarlo el que lo dude (2):

En este párrafo anda todo mezclado, lo cierto con lo falso, y sería necesario decir mucho en su refutación.

Afortunadamente el autor llama á D. Marcelino Menéndez y Pelayo «su insuperable y

(1) Janssen, pág. 9.

(2) Págs. 234-235.

muy querido maestro» (1). Lea, pues, el señor Bonilla y San Martín lo que su insuperable y muy querido maestro escribía en 1883, á propósito de unas palabras semejantes del señor del Perojo (2). Allí podrá ver cómo la Inquisición española, «en el sangriento martirologio de más de tres siglos», no incluyó ni bibliotecas quemadas, ni grandes hombres descuartizados, ni universidades destruidas, ni santos y sabios cardenales despedazados, lo cual todo es hazaña del luteranismo, del calvinismo, del anglicanismo y de todo el protestantismo, sino sólo «tres hombres quemados, ó mejor dos, un poeta dramático y un predicador, entrambos medianos, y sin los cuales se pasaría muy bien nuestra historia literaria».

Y que con los libros obró de igual suerte, incluyendo algunos en los índices expurgatorios, ó porque eran rematadamente malos de doctrina y de forma, ó por breve tiempo para que fueran corregidos ligeramente.

Y allí podrá también leer estas palabras finales de su idolatrado maestro: «Si después de estas demostraciones de hecho, y de las que añadiré cuando sea necesario, continúa el señor del Perojo hablando de los sabios quemados y de otras vulgaridades por el estilo, to-

(1) Bonilla, pág. 136.

(2) *La Ciencia Española*, t. II, pág. 61-69.

lerables sólo en una gacetilla, yo tendré el derecho de encogerme de hombros y dejarle por incurable. Á lo más, aplicaré el procedimiento de Escaligero, que para ahuyentar tábanos literarios es probado.»

* * *

¿Qué decir de la segunda parte de la monografía?

Á mi parecer, queda en ella Luis Vives peor parado que en las más severas prohibiciones de la Inquisición española y de los Padres Jesuitas.

Porque, según la primera, los libros de Vives se incluían en el índice como en reclusión temporal y reconociéndolos sanables y corregibles: *donec corrigantur*; esto es, se los creía sanos; pero había en ellos frases ó párrafos sobre los que convenía llamar la atención del católico autor.

Por su parte los Padres de nuestra Compañía los miraban con recelo y aun los habían mandado retirar porque eran de *sospechosa doctrina*: es decir, de una doctrina que daba fundamento á pensar de ella que no era ortodoxa. Acaso hubiera sido poca exactitud de frase, acaso impremeditación del autor: no se decía. Sólo que la doctrina era sospechosa.

Consta esto por carta del P. Mariana, donde dice: «Yo desta Compañía donde vivo puedo decir, que habiéndose vedado á los particulares entre nosotros, aun antes que el Santo Oficio lo hiciese, las obras de Erasmo, Luis Vives y otros autores de sospechosa doctrina...»

Pero de estos calificativos, un tanto tímidos y benignos, nos releva el Sr. Bonilla San Martín.

Él ha estudiado las obras de Luis Vives, él extracta sus principales pasajes y él nos declara que el más acerbo odio contra los doctores escolásticos que se pueda respirar en cualquier autor se respira en las obras de Vives; que Vives defendió las proposiciones condenadas por la Iglesia en R. Lulio (1); que Vives

(1) El autor participa (pág. 313) de la opinión de que, en efecto, eran del B. R. Lulio las proposiciones á él atribuidas por Aymerich y condenadas por Gregorio XI (vii kal., Febr., 1376). Aun más: habla del mismo beato (pág. 354) con estas tremendas encomiásticas palabras: «Habíamos tenido en el siglo XIII un filósofo que en nada cede á Hegel por lo que respecta á la extraordinaria amplitud de ideales, colosal elevación de miras, singular extravagancia de procedimientos y estupenda vaciedad filosófica: el B. Ramón Lull.» Hoy día parece ya depurada la cuestión de las proposiciones condenadas por la Iglesia, y probado no ser tal la doctrina del B. Doctor. Véase la *Revista Luliana, passim*, y especialmente en los artículos á esto destinados (Octubre, 1903-Abril, 1904), y quien no quiera ahondar mucho lea este como reto que está grabado en todas las cubiertas: «Afirmar que'l Beat Ramon

fué kantiano antes que Kant y spenceriano antes de Spencer, y pesimista antes de Schopenhauer, y transformista antes que Darwin: en una palabra, que apenas si ha habido error condenado por la Iglesia católica y por el sentido filosófico que no se halle defendido por Luis Vives.

Yo creo que no es así; creo que el biógrafo padece una alucinación de heterodoxia, y confundiendo ésta con la ciencia, por darle á su ídolo toda la ciencia, quiere darle todas las heterodoxias y errores. Pero, en suma, esa es la tesis que pretende probar el Sr. Bonilla San Martín.

Apenas empieza á juzgar de la doctrina de Vives sobre la percepción y adquisición de la verdad, encuentra «sorprendente analogía entre la doctrina de Vives acerca del *iudicium naturale* y la de la escuela escocesa acerca del juicio ó sentido común» (pág. 277); y llega tan adelante en las consecuencias, que poco después (pág. 281) halla que «este racional escepticismo de Vives le relaciona de un modo directo con Kant y con Herbert Spencer: con el primero por sus ideas acerca de la distinción

vol demostrar necessaria y evidentment los Misteris de nostra Religió per rahons naturals, es una calumnie, que no més diuhen y repetexen los que no's volen prendre la molestia de llegir les propies Obres del Martyr de Bugia.»

entre los juicios *a priori* y *a posteriori*; con el segundo por su doctrina acerca de la relatividad del conocimiento». «Pero es aun más evidente la analogía de la doctrina vivista con el sistema kantiano en lo que toca á la distinción entre el fenómeno y el númeno. Llámale Vives al primero unas veces *sensilis* y otras *aspectus*, considerándole como cubierta del objeto ó *ensatum*. Al númeno le denomina Vives *quiddam intimum ó vis intus latens*» (pág. 282).

Si todos los textos son como éste, poco habrá logrado el Sr. Bonilla. Vives en esas palabras, algo estrambóticas por huir del tecnicismo escolástico, no hace más que hablar incorrectamente del *sensibile per se* y *sensibile per accidens*, de la *substancia* y de los *accidentes*, en el modo como entonces hablaban todos. Pero el Sr. Bonilla le castiga duramente, pues le hace hocicar en los barbarismos desahorados del *phenomenon* y el *noumenon* por huir de aquellos otros más moderados.

Al extraer la teología de Vives, sigue el Sr. Bonilla su propósito, si bien con menos resultado. La teología de Vives no es muy profunda, y se limita á una especie de apología, particularmente contra los mahometanos.

Pero lo poco que encuentra menos ortodoxo bien lo hace resaltar ó lo propone con palabras ambiguas. «Precede, dice, un prefacio, en el cual manifiesta Vives su propósito de demos-

trar racionalmente las verdades de la Religión, defendiéndola también contra los ataques de las sectas. Tal fué tiempos atrás la mente del ilustre Raimundo Lulio.....» (pág. 313).

«Estudia nuestro filósofo el misterio de la Trinidad, y hace ver que, aunque exceda de los límites de la humana comprensión, puede, sin embargo, demostrarse racionalmente su posibilidad.....» (pág. 317).

«De notar es que Vives, ni en la presente ni en ninguna otra de sus obras, desenvuelve prueba teórica alguna de la existencia de Dios.... Otro tanto acontece con la inmortalidad del alma..... Por estos motivos considera Schaumann á Vives como precursor de Kant.» No es menos digno de observación, como advierte Lange, el «espíritu de caridad y de concordia que anima á nuestro filósofo. Rehuye cuidadosamente Vives toda ocasión de ocuparse en puntos objeto de polémica entre católicos y protestantes. Sólo una vez, y esto para aludir á las doctrinas de los últimos» (págs. 320-321).

Al estudiar la lógica, crítica y metodología de Vives, no pierde ocasión el biógrafo de establecer el obligado paralelo con Kant y con Descartes, aunque en verdad, en verdad más aparece la identidad y doctrina de Aristóteles.

En la Cosmología ó Física y en la Psicología, vuelve á su tema primero:

«La evolución es ley constante de la Naturaleza, toda vez que la vida es una serie de cambios, una continua sucesión de generaciones y corrupciones. Aun parece que presintió Vives en la evolución el principio de la lucha por la existencia, desenvuelto en nuestros días por Malthus, Spencer y Darwin» (pág. 427).

«¿Cómo se verifica el conocimiento?.... Admite tres soluciones distintas. a) La solución representativa.... La primera es la sostenida por los escolásticos, por Descartes, por Leibnitz y por Kant, y llevada á sus últimas consecuencias por Schopenhauer. En ella comulga en cierto modo Vives. Su consecuencia necesaria es el materialismo (la doctrina epicúrea del conocimiento, reproducida por Lucrecio), cuando se entiende que la representación es fiel, ó el idealismo cuando se juzga que no lo es, cuando se cree que las cosas que percibimos no son tales como las percibimos» (Vives, Kant, Schopenhauer) (pág. 465).

Al tratar de la afinidad de Vives con el protestantismo, el Sr. Bonilla San Martín deja muy en descubierto á su héroe.

«Circunstancia, escribe (pág. 91), digna de tenerse en cuenta, pues explica las simpatías que gran número de ilustres renacientes, como Melanchton, Carlstadt, Ulrico de Hutten, y hasta el mismo Erasmo, sintieron por la Reforma, es la enemiga profesada por ésta al esco-

lasticismo y á Aristóteles. Influido Lutero por la mística de San Agustín y de Staupitz, aborrece las sutilezas dialécticas de los escolásticos y profesa odio mortal á..... «esa serpiente» de mil cabezas de donde han salido los tomistas y escotistas....» Unidas estas doctrinas con las predicaciones contra los abusos cometidos en la disciplina eclesiástica, tan acerbamente censurados por los renacientes, y en especial por Erasmo, no es de extrañar que los adversarios de los reformistas envolvieran en sus anatemas á luteranos con renacientes muy católicos, como nuestro Luis Vives, en cuyos Comentarios in xxii libros de *Civitate Dei* hallaron bastante que reprobare.»

Las expurgaciones y reparos de la Inquisición, véanse aquí copiados del biógrafo:

Helas aquí (1): a) «Que son impías las guerras entre cristianos, cuando se llevan á cabo contra la voluntad de Dios (*De Civ. Dei*, lib. 1, cap. xxi).

b) «Que antiguamente sólo se concedía el bautismo á los adultos conocedores de la significación del Sacramento, y que lo hubieran solicitado más de una vez (1, 27).

c) «Que son vanos y ridículos los pomposos títulos de honor que se atribuyen á los Prín-

(1) Págs. 119-121.

cipes, vanidad fomentada por la adulación de los jurisperitos (5, 25).

d) »Que sería de desear mayor moderación en los religiosos mendicantes, que, viviendo de la limosna del pobre, nadan en la opulencia y en las comodidades (7, 26).

e) »Que deben reprimirse la irreverencia y el escándalo de las fiestas que se celebran en memoria de la pasión y muerte de Cristo, fiestas en las cuales se representan espectáculos dramáticos (misterios, autos), á cual más indignos de su objeto, «magno scelere et impietate, non tam eorum qui vel spectant vel agunt, quam sacerdotum, qui ejusmodi fieri curant» (8, 27).

f) »Que San Agustín y San Jerónimo enseñan que Cristo revistió el hombre, *hominem*, no la naturaleza humana, *humanitatem*, como pretenden los teólogos modernos, echando mano de una distinción tan arbitraria como sutil (9, 17).

g) »Que aun cuando la voluntad realice el mal en determinadas ocasiones, la naturaleza se inclina siempre al bien, por lo cual Sócrates y los estoicos decían ser el vicio contrario á la naturaleza (11, 17).

h) »Que la gracia divina fué concedida en diverso grado á los ángeles, según sus varios órdenes: doctrina de San Agustín (12, 9).

i) »Que quizás los nacidos de las uniones

de los hijos de Dios con las hijas de los hombres fueron los dioses fabulosos de la antigüedad (15, 7).

k) »Que los directores espirituales de los pueblos cristianos (alusión á los Papas) deben dar ejemplo de humildad y pobreza, y no imitar la conducta de Esaú (16, 37).

l) »Que es muy reprehensible el proceder de aquellos eclesiásticos que adoptan el servicio de Dios como una profesión ó modo de vivir cualquiera, más bien que como medio de educarse en la santidad; y que deben condenarse asimismo las costumbres de aquellos que, ocupando altos cargos en la Iglesia, se olvidan de los pobres, para quienes están reservadas sus riquezas, y favorecen á sus parientes y amigos, repartiéndoles beneficios eclesiásticos (17, 5 y 14, 19).

m) »Que la Babilonia de San Pedro no ha ganado mucho en santidad (18, 22).

n) »Que son apócrifos los capítulos XIII y XIV de Daniel, que contienen la historia de Susana y de Bel, pues no están en el original hebreo, ni en el caldeo (18, 31).

»Como se ve, muchas afirmaciones....., lejos de ser singularidades de Vives, obedecían á la lamentable situación de la disciplina eclesiástica, por cuya reformación hicieron tantos votos los literatos, antes y después del Concilio Tridentino» (119-121).

La defensa que hace de Vives el Sr. Bonilla es pobrísima. Los literatos no eran quién para hablar de lo que tan necesitados andaban ellos, y contribuir al escándalo entre los fieles y al descrédito pretendido por los luteranos de la jerarquía eclesiástica.

Además, de las 13 proposiciones, sólo tres pertenecen á esa reformación. Las demás prueban bien que era sospechosa de coincidir con la luterana la doctrina de Luis Vives; algunas de ellas fueron más tarde prohibidas expresamente por el Tridentino.

Y aquí hacemos punto porque, ni todo se ha de decir, ni es nuestro objeto hacer una apología de Vives, ni de la Inquisición. Bástanos hacer reparos sobre la monografía del Sr. Bonilla San Martín. Que por lo escrito se verá estar hecha según los moldes de una verdadera monografía; es decir, estudiando las obras del biografiado, removiéndolos archivos, reconstituyendo el medio en que él se agitó y vivió.

Pero que, por desgracia para Vives, el señor Bonilla San Martín ha hecho una obra en que toma el latinismo de Erasmo y los suyos como pasaporte para que mezclaran lo humano y lo divino, juzgaran y censuraran y desacataran cuanto hay de sagrado, para que definieran y fallaran sobre Escritura y tradición y teología y filosofía y política, y, sobre todo, para de-

fenderse y abroquelarse de manera que ellos pudieran blasfemar y heretizar y negar y afirmar, y el que les llame blasfemos ó heretizantes ó erróneos, ya sea convicto y confeso de querer acabar con la luz, el saber y con todos los dones de las Musas.

Y no contento con esto el Sr. Bonilla, hace gala y alarde de hallar en su idolatrado Luis Vives aficiones á la Reforma, odio á la Escolástica, preuncios é identidades con los absurdos sistemas de Reid, de Kant, de Spencer, de Schopenhauer, de Darwin y de Malthus; no obstando nada de todo esto para que Luis Vives fuera un excelente católico.

Á pesar de estas afirmaciones del biógrafo, se ve muy otra cosa. Que Luis Vives fué católico, sí, no excelente; pero católico: que su larguísima estancia entre protestantes y sus amistades con los erasmistas y con el mismo Erasmo, su menor instrucción teológica y la audacia de que entonces participaban todos los que se llamaban renacientes, le hizo decir proposiciones y avanzar hiperboles que no estaban bien en labios ni en pluma católica, y que por eso y por esta contradicción la Iglesia católica (1), prudente y benévola, dijo que sus

(1) En opinión de Mayans, los Jesuítas fueron los primeros en prohibir la lectura de los *Comentarios*, como prohibieron la de las obras de Erasmo, y así se infiere de una carta del P. Juan de Mariana al cardenal D. Gaspar

doctrinas eran dudosas, sospechosas, y le reprehendió, prohibiendo su circulación hasta que se corrigieran.

Otra cosa también se ve en esta copiosísima biografía, y es que muchas de esas frases, precursoras de Kant, etc., no tenían tal alcance en Vives, que algunas son impropiedades del lenguaje bronco y desceñido que usa, á fuerza de querer ser clásico; otras son frases comunes en aquel tiempo, aun entre los escolásticos, entre los aborrecidos escolásticos, de las que (y de otras más audaces) se podría tejer largo catálogo. Y sobre todo esto flota la imagen de Luis Vives, como la de un mediano latinista, hombre de bastante buen sentido, escritor privado y disertador sobre muchas materias en que le gustaba ejercitar su pluma, persona más instruida en lo que la experiencia de los hombres da y en lo que se aprende en la sociedad que en lo fundamental, y menos en lo elevado de la Teología, Exegesis y Filosofía, y cristiano, finalmente, que por debilidad ó por error escogió amistades, como la de Enrique VIII, que le chasqueó, ó como la de Erasmo, que le perjudicó, arrastrándole á una fraseología dudosa, pedantesca y verdaderamente sospechosa.

de Quiroga. Otro tanto hicieron los teólogos de Lovaina en 1546 y 1556 y Paulo IV en 1559 (Bonilla, pág. 118).

He aquí la idea que se forma uno al leer esta memoria, premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, del filósofo valenciano Juan Luis Vives y de su idolatrador y panegirista D. Adolfo Bonilla San Martín.

Como ve el entendido lector, entrar en la refutación de tantos y tantos errores atribuidos á Luis Vives sería obra que pediría un más que mediano infolio, ¿qué digo?, sólo explicar los textos vivistas, compulsándolos con los de los escolásticos, con los paralelos del propio autor, nos llevaría trabajo muy ajeno de estas líneas, aunque sería trabajo fecundo y el necesario para clasificar á Vives ó entre los nuestros ó entre los heterodoxos.

Forse altro canterà con miglior plettro: quizás alguien llegue á realizar lo que aquí se desea tan sólo; mientras tanto, y para suavizar la impresión que haya podido producir el estribillo del monógrafo de que Vives es afín ó precursor de cuantos han dispatado en Filosofía desde doscientos años acá, y para cumplir un deber de conciencia de decir por un muerto lo que su honra de católico permite, cerraré estas páginas copiando, nada más que copiando, tres párrafos del filósofo valenciano. El primero será un loor de Aristóteles, ya que el Sr. Bonilla nos ha dicho que es precursor del antiaristotelismo; el segundo será una confesión paladina de las fuerzas naturales de la razón y de

lo que con la gracia puede en la asecuración de la verdad, y el tercero una profesión de fe de lo que es la Iglesia católica y de su infalibilidad respecto al número é inspiración de los Libros Santos.

Después de las palabras de Vives no habrá que añadir ni una palabra más.

Elogio de Aristóteles:

«Plinio el Joven, en el libro VII de *Historia Natural*, pregunta: ¿Cuál parece que ha sido el ingenio más grande?.... Yo, después de pensarlo con atención y considerarlo con esmero, creo que ninguno ha sido mayor que el de Aristóteles. Al leer atenta y diligentemente sus obras se admira uno vehementemente de cómo de los primeros principios deduce profundísimas consecuencias, y lo más hondo y escondido de todas las cosas; con cuánta agudeza refuta lo adverso; cuán fuertemente corrobora su tesis; con cuánto orden dispone cada cosa, y, lo que es muy principal en la enseñanza, con cuánta parquedad en las palabras: no hay en él nada inútil, nada vacío, sino todo sólido, todo macizo; nunca deja que el lector se distraiga, que se fastidie. De él se puede con verdad decir lo que con menos motivo se dijo de Lisias, ateniense, que todo el edificio se desplomaría si quitaras una sola piedra ó una palabra. ¿Quién no se pasmará de que los axiomas establecidos por él, tantos en toda mate-

teria y en todo argumento, sean tan verdaderos y perpetuos que apenas han notado en ellos excepción alguna los siglos todos que han venido detrás.....» (1).

De la pobreza de la humana razón:

«Aquellos antiguos filósofos vieron desde lejos un tenue rayo de luz, que á nadie negó la bondad divina; mas por poco que remitían de su atención, volvían á caer en estas tinieblas que lleva consigo el alma humana, contaminada por la malicia original, y cuando se veían tan lejos de la luz, desesperaban de que alguna vez esta luz iluminara de cerca todos sus pensamientos y acciones..... Pero nosotros, que no ignoramos de dónde nos ha de venir el auxilio, podremos más fácilmente, terminada la guerra con los enemigos exteriores, hacer y concluir la interior, porque lo que es imposible para el hombre se nos hará posible en Dios por Jesucristo. ¡Cuánto me alienta, después de exclamar en nombre de todos los mortales: «Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus», repetir alegre con San Pablo: «Gratia Dei per Jesum Christum» (2).

(1) *De Aristotelis operibus censura.*—Opera omnia. Valentiae, 1782, t. III, pág. 25.

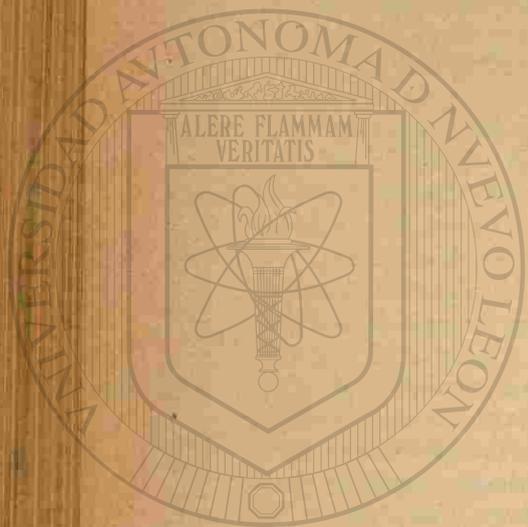
(2) *De Concordia et discordia*, lib. IV, cap. X, Oper., t. V, págs. 377-378.

Infalibilidad de la Iglesia:

«Hay muchos que, ó con malicia procuran destruir ó conmover estas verdades que tanto nos conviene que sean firmes, claras, estables, manifiestas, ó, engañados, las oscurecen y llenan de tinieblas para que la impericia y debilidad del ingenio humano, entre tantos que procuran engañarle, vacile y peligre; pero la bondad divina que dictó á los santos los libros sagrados, ella misma nos dejó una norma y una luz que ha de perseverar hasta la consumación de los siglos, para que nos sea guía y norma en lo obscuro, en lo dudoso é incierto. Esta guía es la Iglesia, cuyo eterno maestro y guía es el Espíritu Santo, y por su gobierno la Iglesia es, como dijo San Pablo, columna y sostén de la verdad. Ella, pues, por el Espíritu Santo, examina, reconoce, juzga los libros sagrados, aprueba y reprueba cada una de sus palabras, de sus sentencias. La Iglesia no ha recibido y aprobado como necesarios para nuestra salud más libros que los contenidos en el canon sagrado, porque ha sido instruída por el Espíritu Santo que aquellos libros han sido escritos inspirándolos y dictándolos el mismo Espíritu Santo, aunque ha aprobado otros muchos como útiles, y no necesarios ..., cuyos autores, si bien han usado del magisterio general del Espíritu Santo, como fuente de todo dón perfecto, sin embargo no los ha dictado

el mismo Espíritu ó como perpetuos ó como necesarios para la salud eterna» (1).

(1) *De veritate Fidei Christianae*, lib. II, cap. IX. Oper., t. VIII, pág. 184.¹



DE PREDICACIÓN

- I. P. Florentino Ogara, S. I. — P. Mariano Costa,
H. C. I.
II. Dr. D. Luis Calpena, Pbro.
III. P. Francisco J. Campaña, escolapio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ni la poesía, ni la novela, ni el artículo periodístico, ya ligero, ya intencionado, ni la historia misma se merecen más estudio que la palabra hablada cuando se emplea en triturar errores, deshacer hielos, vencer resistencias, convencer, persuadir. Demóstenes y Cicerón y Quintiliano apuraron su caudal para enaltecer la elocuencia. Pues ¿qué decir de la que trabaja por cimentar en el mundo el reino de Dios, en elevar las almas á la fe y vida sobrenatural?

Ni por su fin ni por su materia elocuencia alguna aventaja á la elocuencia sagrada, ni es más acreedora á una diligencia exquisita. Porque aunque es mucha verdad ser su fin divino y sobrenatural, no lo es menos que en la dis-

tribución de las gracias se acomoda Dios al curso natural de las cosas. *Quomodo audient sine praedicante?* Enhorabuena sea la gracia como la chispa que corre llevando el movimiento á apartados continentes por el agua, por la tierra ó por el aire, siempre será el cable que la conduzca la palabra docta, suave, persuasiva del predicador.

Con razón causaba rubor á San Agustín, y nos lo debe causar á nosotros, que «los malos y los que intentan persuadir ficciones sepan insinuarse y apoderarse del ánimo de sus oyentes; narrar con brevedad, claridad y verisimilitud; impugnar la verdad con falaces argucias; defender sus errores con seductores sofismas; tocar los resortes todos del corazón atemorizando ó esperanzando, exhortando y moviendo, impeliendo ó retrayendo al auditorio como les place, y que los apóstoles de Dios predispongán desagradablemente á las primeras palabras, narren difusa, obscura é infelizmente; argumenten sin fortuna, refuten sin tino, quieran mover los afectos y muevan á tedio, aburrimiento, enfado y sopor á los que escuchan».

Y tanto más cuanto que son muchas las dificultades que á nuestro orador rodean: el auditorio, compuesto de amadores del siglo, «quienes, como dice el mismo San Agustín, cuando tienen prosperidad menosprecian como

fábulas seniles los avisos saludables, y cuando les aprietan las adversidades más procuran salir de donde se encuentran que tomar remedio para curarse, y así no se sabe cuándo la predicación les es oportuna»; el respeto debido al templo, que sella los labios de la oposición, guardando las negaciones en las almas; la pasividad del oyente, distraído muchas veces en pensamientos impertinentes; la repetición de los temas y la libertad en disponerlo, que es como plano inclinado que convida á toda rutina, superficialidad y vana ostentación; todo esto, digo, hace que el púlpito esté como erizado de escollos, aumentando el justo temor la trascendencia de los yerros en los oradores sagrados; pues mientras la vanidad ó afectación de un parlamentario es castigada por los murmullos y por el desvío, y la pedantería de un académico no pasa de ser una futesa risible, los mismos defectos en el púlpito aminoran la gloria de Dios, alejan al pueblo que más lo necesita y llegan á parecer un abuso sacrilego.

Otras dificultades brotan de la naturaleza misma de la predicación, que por una maravilla, que sólo se encuentra en las obras de la gracia, es toda de Dios y toda del hombre; de modo que de ella se puede decir con el gran Apóstol y predicador San Pablo: «Non ego solus, sed gratia Dei mecum.» Es obra de Dios, pero no sola; y es obra del hombre, pero

tampoco sin Dios; Dios da toda la eficacia, toda la fuerza, toda la maravillosa fuerza de la predicación, mas sin rechazar, antes por ley general proporcionando á los efectos sobrenaturales el efecto, los conatos, la actividad, las dotes naturales del orador.

Éste debe trabajar en estudiar, como si hubiera de estar solo; pero el efecto es de Dios, como si sólo de su mano omnipotente pendiera.

Razón tienen, pues, los que con modelos, con preceptos, con direcciones y con ejemplos se afanan por la elocuencia del templo.

Delante de todos van los Sumos Pontífices León XIII y Pío X, que, repitiendo las enseñanzas é inculcando los preceptos apostólicos y tradicionales, han dado instrucciones, han exhortado á los Prelados y predicadores: tras ellos van los Obispos y Pastores, procurando que lo mandado sea letra viva y eficaz y acomodándolo á circunstancias y necesidades de sus diócesis y diocesanos.

Pero todo esto vuela tan alto, que pasa cuanto toca nuestra modesta pluma.

Mas no deja de tener colaboradores obra tan capital en las esferas literarias, ya que por el misterio de su sér, literaria se puede llamar y se ha de llamar la predicación.

Colaboradores, digo, que ofrecen ejemplos; colaboradores que desentrañan preceptos; co-

laboradores que contribuyen con su propio caudal.

* * *

Ofrece ejemplos soberanos y primos el Padre Florentino Ogara, de la Compañía de Jesús, poniendo en lengua vulgar las Homilias de los Santos Padres, pues «teniendo á la vista tales modelos, será la oratoria sagrada ejercicio de un ministerio verdaderamente apostólico y no se manchará con los vicios de que adolecen otros muchos oradores contemporáneos» (1).

Se comienza, no por otras homilias, sino por las que salían de los labios de San Juan Crisóstomo.

Como Doctor, como Santo, como integérrimo atleta de la verdad, como columna férrea, contra quien se rompieron y desmenuzaron tiranos investidos de la mayor autoridad, la emperatriz Eudoxia y los obispos Teófilo y su impía cuadrilla; como Padre y defensor de su pueblo y de los pobres, aparece San Crisóstomo, ornada la frente de múltiple aureola; y todas ellas sirven para ilustrar su generosa, apostólica y persuasiva elocuencia. No fué San Crisóstomo un forjador de frases, ni un idólatra del éxito, ni un Cicerón cristiano, adorador, como él, de su propia exaltación y triunfo: fué

(1) Recomendación de esta obra por el Sr. Obispo de Guadix.

un varón de Dios, á quien Dios había dotado de la facundia más portentosa, y que la ponía entera á servicio de los intereses de Jesucristo. Si con algún pagano se le puede comparar, será con Demóstenes, por ser, como éste, genial, apasionado, impetuoso, verdaderamente torrencial.

* * *

Gran obra, pues, la del P. Ogara; pero no de menos valor es la del P. Mariano Costa, misionero Hijo del Corazón de María, que ha publicado un *Curso razonado y práctico de Oratoria Sagrada*, que por modestia llama ensayo, pero que indisputablemente sobresale entre las obras didácticas de su género.

Sencillez, claridad, concisión, originalidad, juicio, sensatez, son dotes que en todas las páginas del hermoso libro campean.

El carácter sobrenatural de la oratoria sagrada, los medios naturales de que el hombre en ella se ha de servir, la importancia del raciocinio teológico ó puramente lógico, la necesidad del adorno no profano ni rebuscado, la eficacia de las pasiones sentidas por el orador sacro é inculcadas en los pechos de los oyentes, los preceptos minuciosos de preceptiva profana, todo está allí tratado ó indicado: expuesto, si es interesante; insinuado, si no lo es; con

lo cual enseña al tirón orador á huir de las falsamente pías declamaciones de los que cubren su pereza con alardes de apostólicas maneras ó tapan y disimulan su mundano proceder con achaques de esmero y de arte.

Los ejemplos, tomados siempre de los Santos Padres ó Predicadores castellanos, realzan y dan original mérito á la obra, en la que, perdone la franqueza el docto autor, tropezamos con una dificultad: la ausencia de los ascéticos y místicos castellanos.

No hablo de ellos como modelos de oratoria, porque ya el autor confiesa llanamente que los omite por no tener sus obras forma de sermonarios, si bien respeta á los que estiman de otro modo. En verdad que merecen tal respeto, pues no menos oradores se muestran en sus escritos Granada, León, Rivadeneira, Nieremberg y Avila, que Santander, Troncoso y Sanz y Forés. Mas no he de insistir en esto.

Lo que extraño, y no atino á vislumbrar su por qué, es la omisión de los ascéticos españoles entre los lugares oratorios más á propósito para la predicación cristiana. Porque en este capítulo no milita lo de la forma de sermón, cuando el discreto autor nos habla además de la Escritura, de los libros de los teólogos y de la filosofía escolástica y de la misma historia. En todo caso, no creo aventurado afirmar que en los inmortales ascéticos españoles encontrará

el predicador sacro la materia dogmática y la moral, el magisterio de las virtudes y la exposición de los vicios sólidamente y á la española tratados, y no perderá nada con una forma, un estio y un lenguaje que, por lo menos, se acerca muy mucho á los oratorios.

Al fin del libro se trata sin minuciosidad y con mucho tino la ardua cuestión de la declamación sacra, donde el P. Mariano Costa se revela, no sólo teorizante juicioso, sino orador práctico en los accidentes del púlpito. Con obra tal está de enhorabuena la predicación española y el clero regular, hoy tan calumniado en nuestra pobre España.

II

Dos afamados oradores, que hacen continuamente campañas de predicación en los púlpitos de la Corte, han ofrecido en impreso sus trabajos y sus ejemplos: el uno más didáctico, el otro más artístico; son D. Luis Calpena y el escolapio P. Francisco Jiménez Campaña.

Don Luis Calpena en poco más de un año ha contribuido con tres obras. Las *Conferencias* y *Sermones* aparecieron primero, luego la *Cuaresma*, y por fin la *Semana Santa*.

Su cuaresmal contiene cinco homilias y cinco

planes para sermones. Jesucristo luchando en el desierto con su enemigo Satanás; Jesucristo coronándose por Rey en el Tabor; Jesucristo librando á un endemoniado de la servidumbre de Satanás; Jesucristo alimentando maravillosamente á su pueblo, y Jesucristo afrontando el ejército de sus contrarios como preludio á la suprema batalla de la Pasión, forman las proposiciones de las primeras, unidas bajo el amplio título de JESUCRISTO REY. El orador no se ciñe á desentrañar estas proposiciones y presentar en ellas, como sin duda pudo, el sublime cuadro de la Redención y santificación del mundo. Dejándose llevar de la narración evangélica, la expone, añadiendo á tiempo algunas consideraciones atañederas á su asunto.

Los sermones son: del pecado, de la gracia, de la confesión, de la limosna y de la palabra divina, unidos fácilmente á los evangelios dominicales. En ellos se propuso con feliz éxito el autor acumular materiales para suplir la deficiencia de libros que sufre buena parte de los sacerdotes. Y, en efecto, la erudición sagrada, principal nervio de la elocuencia del púlpito, anda tan sobrada en los planes, que más que á la inopia y escasez han de temer los principiantes á que, usada sin meditación y parsimonia, recargue con citas los discursos.

El Dr. Calpena no sólo enseña en esta parte

de su libro, sino que da el ejemplo en las homilias. Sobresale en ellas la culta, fácil y pintoresca dicción, las ideas ingeniosas y oportunas, la ciencia sagrada y profana sobria y segura, y sin ser su palabra el *pugnatorius mucro* de que habló Séneca, mantiene el interés, y en ocasiones, como, v. gr., en las homilias tercera y cuarta, se enardece y hostiga felizmente el vicio y el error.

No es, en verdad, la homilia sencilla, género á que pertenecen las del Dr. Calpena, el más á propósito para que, confluendo todo el discurso á un punto, produzca un efecto muy duradero. Sugiriéndole una y otra idea, ya el sentido literal, ya el acomodaticio, agrada é ilustra el discurso, sin reinar sobre el oyente y avasallararlo.

Victorias tales las obtienen el sermón exhortativo y, no raras veces, el polémico, y ambos no solos, sino con la gracia de Dios y con aquel sagrado fuego que se concibe en la oración, «único hogar, nota muy bien el Sr. Calpena, donde se caldea el espíritu», que, como advierte Granada, «el predicador, ha de comprender cuánto debe adelantar este negocio más con oraciones que con sermones, más con lágrimas que con letras, más con lamentos que con palabras, más con ejemplos de virtudes que con reglas de retóricos.»

III

Panegíricos y discursos se intitula la otra obra de elocuencia sagrada, original del afamado orador escolapio R. P. Jiménez Campaña. El título parece indicar absoluta separación entre los panegíricos y los discursos, mas no hay que entenderla con escrupuloso rigor, pues entre los últimos van tres sermones sobre la toma de Granada, otro sobre el voto de la ciudad de Granada á Nuestra Señora de las Angustias, y una oración fúnebre á las víctimas del Dos de Mayo, que son oraciones laudatorias en realidad. Sólo el carácter cívico-religioso de las solemnidades en que se predicaron mueve al autor á ponerlos por separado de los otros catorce panegíricos puramente religiosos. Es, pues, un tomo de panegíricos.

Y á la verdad que el Sr. Jiménez Campaña da en el panegírico con el género más adecuado á su caudaloso y deslumbrador decir, y puede en él lozanear su fantasía poética, llamear su entusiasmo lírico y poetizar libremente su amena y colorista palabra. Porque sin ser el Sr. Jiménez Campaña el orador sagrado de robusta dialéctica, de acerada argumentación, de psicológico estudio, sin ser el Bourdaloue nervioso, ni el Bossuet profundo, ni el Gra-

nada inflamado y avasallador, es el orador encomiástico de opulenta dicción, de rumorosos períodos, de fraseología primaveral, de interminable amplificación. Sus panegíricos no son la anatomía de su héroe; no nos descubren los caminos de Dios con el Santo, ni las luchas que peleó, ni las coronas que se ciñó, sino que, haciendo hincapié en un rasgo característico, lo encomian, tejiéndole guirnalda de vistosísimas flores. Por eso, sin duda, son, á mi ver, los mejores de esta colección los tres sermones dedicados á la Reconquista de Granada. Se adivina el efecto mágico que producirían predicados en la gran basilica granadina, bajo los últimos ecos del «¡Granada, Granada, Granada por los Reyes Católicos!», pronunciado desde la Torre de la Vela.

* * *

Entre los panegíricos propiamente tales conserva huellas de exquisito esmero, de laudable entusiasmo, de filial amor, y puede darnos la medida del genio oratorio del P. Jiménez Campaña el predicado en la fiesta de su santo Padre y fundador San José de Calasanz.

Ábrese con un magnífico apóstrofe, oda lo llamaría yo, simpático por demás, en loor de su vocación, de su santa Madre, la Escuela Pía.

«¡Madre, sagrada Madre, en cuyos brazos sentí los primeros alientos de la vida del espíritu! ¡Madre, que me amparaste en tu seno, y en él me diste á beber la sangre de la virtud, que es la vida del alma! ¡Madre, que me abriste camino por los senderos de la ciencia; Madre, que conmigo partiste tu pan, ocultándome tus lágrimas y tus fatigas; Madre, que aun me llevas de la mano, luchando por mí contra la corriente de los vicios y de las pasiones: Madre, á quien yo consagré agradecido las ilusiones de la juventud y los deseos de la fama, sacrificando mis noches y mis días para enseñar á los niños, de quien eres maestra, el santo temor de Dios; Madre, sagrada madre Escuela Pía, por quien vivo para la virtud y para el trabajo, si todos los días de existencia son de prueba y de batalla, éste es día de gloria y de ventura inefable!...»

Continuando á este tenor y con este ardor religioso, llega á proclamar la proposición, que es sencillísima:

«La institución de las Escuelas Pías fué para José de Calasanz un premio y una confianza con que Dios le remuneró el inmenso amor que le tuvo.»

La confirmación se abre, cual con pórtico majestuoso, por una descripción de la época en que Dios colocó al héroe Fundador. La filosofía, las bellas artes, las ciencias, el arpa sonora del Tasso, las manos inspiradas de Miguel Angel y Rafael, los mercenarios, redentores de cautivos; los dominicos, gloria de la Teología; «la herejía puesta en derrota por la valerosa Compañía de Jesús», Juan de Dios, Camilo de Lelis, todos pasan por el lienzo del

orador con brillo y colorido, y á todos pregunta: ¿Dónde está el doctor de los párvulos?

Píntanos en seguida los arrobos místicos de amor de San José de Calasanz, que en largo soliloquio el mismo Santo, hablando con su Dios, nos descubre y patentiza, concluyendo esta primera parte con la amplificación y repetición oratoria del *Tu scis, Domine, quia amo te*. Tú sabes, Dios mío, que yo te amo.

La segunda parte tiene dos puntos: Dios habla á José de Calasanz, en una gentil y larga prosopopeya, «envolviéndole en las armonías de su voz» y descubriéndole el amor que á él le tiene, el abandono en que la sociedad dejó á la infancia «en las turbias aguas del Nilo de los vicios»; le exhorta á que tome á su cargo ser guía de esos niños, ser su Abrahán, su Moisés y su Josué; y volviéndose el mismo Dios á los reyes de la tierra, á las siniestras revoluciones, «que pretenden cambiar la faz del universo», les manda dejar ir á los niños á José. Á quien recuerda su solar español y las glorias españolas, y, por último, el propio divino ejemplo de quien fué niño y pobre y defendido por otro José.

«José de Calasanz hundió la frente en el pecho, recibió la misión de Dios», miró á los haraposos niños, cual Colón la nueva tierra, y se dispone á enseñar á los niños el temor de Dios.

¡Temor de Dios! Palabra que hiere de nuevo las fibras del corazón calasancio del ferviente orador, y le arranca larga y opulenta ampliación, que concluye el panegírico, y que quiero trasladar aquí, como una prueba del estilo florido, ardiente, lírico-sagrado del P. Jiménez Campaña.

Es como sigue:

«Temor de Dios, que será la atmósfera que respiren los niños en sus aulas; temor de Dios, que surgirá de la historia, considerando que la justicia eleva las naciones (1), y el pecado se asienta, coronado rey, sobre las ruinas de los pueblos; temor de Dios que nacerá de la contemplación de las leyes y evoluciones de los astros, barruntando la grandeza de Dios, criador de los mundos y ordenador de aquellas incomparables armonías con que ruedan por el espacio infinito cantando su gloria; temor de Dios, que asaltará a la niñez, viendo cómo los filósofos, apartados de la verdad divina, discurren como dementes y como ignorantes disparatan; temor de Dios, en fin, que surgirá de los misterios de la naturaleza, que como nieblas de la ciencia la rodean y acompañan, para que se vea con meridiana luz cuán pequeña y ruin es la inteligencia humana y cuán alta é incomprensible la infinita sabiduría de Dios.

»Y este temor de Dios que, como dice San Gregorio, es el áncora del corazón, «anchora cordis est pondus timoris» (2), mantendrá a la niñez en puerto abrigado y seguro, cuando comiencen á desatarse las pasiones de la juventud y á quererse hinchar las velas de las ilusiones, para acometer empresas temerarias. Este temor de Dios será es-

(1) Prov. XIV, 34.

(2) Greg., lib. VI, Moral, cap. XXVII.

cudo y armadura templada con el temple del cielo, que vestirá la juventud en las batallas de la vida, sacándola impune y victoriosa de todos los golpes de la lujuria y de todas las acometidas de la vanidad; porque, como dice el profeta-rey, «Dios mismo se constituye en guarda y en defensa de los que le temen» (1). Este santo temor limpiará el alma de todos los otros miedos y temores, y asentará en el corazón la fortaleza, que no es otra cosa que el heroísmo cristiano, que vence en audacia y en denuedo á los guerreros de Maratón y Salamina y obscurece las hazañas fabulosas de los intrépidos argonautas.»

«Y ved aquí como, al pretender bosquejar las gracias que derramará en el corazón del niño y del adolescente este temor de Dios, no he pintado otra cosa que los rasgos de la fisonomía varonil y magnánima de los caballeros españoles, los cuales fueron de temple tan cristiano y ánimo tan audaz, que ni se amilanaron por verse pocos contra tantos en el monte Auseba; ni les turbó la paz paternal para dejar de llevar á cabo el sacrificio del corazón por la honra de la Patria sobre las almenas de Tarifa; ni se adormecieron bajo la sombra de los laureles de la Alhambra, después de dar fin á la empresa ocho veces secular de la reconquista; ni fueron déspotas y tiranos en América; ni temblaron en Lepanto, como Julio César en Munda; ni se envanecieron en Trento por su sabiduría; sino que aquel soberano temor del Dios omnipotente, á quien servían, por quien entraban en batalla y eran conquistadores, legisladores y teólogos, les hizo dueños del mundo y les asentó como cristianos dominadores en el trono más alto de la tierra. «Timor Dei super omnia se superposuit.» El temor de Dios se sobrepuso sobre todas las cosas (2).

(1) Psalm. XXXIII, 12.

(2) Eccles., XXV, 13.

»Y este alto y nobilísimo fin persigue la institución calasanciana.

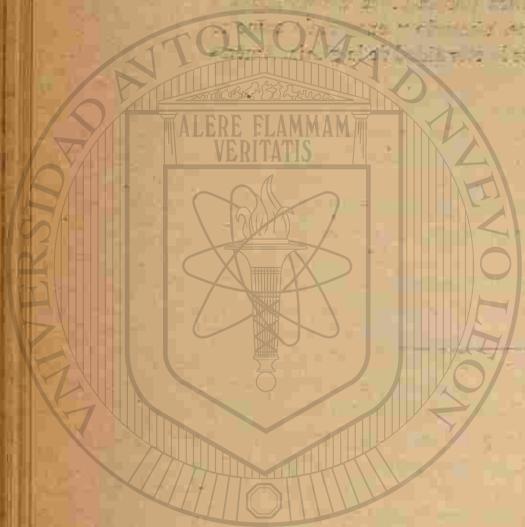
»Amó á Dios Nuestro Señor José de Calasanz más que todos los hombres de su época, que, indiferentes en presencia de la ruina de la niñez, cerraron á ésta las puertas de su casa, cuando llamaba hambrienta de saber y desnuda de toda virtud, y á José de Calasanz sólo, y no á ninguno otro, encomendó Dios, como remuneración de su amor y confianza en sus virtudes, la institución de las Escuelas Pías para la regeneración y educación de los niños en las máximas del Evangelio y en el temor santo de Dios que es principio de sabiduría (1). «Diligis me plus his? Etiam, Domine, Tu scis quia amo Te. Dixit ei: pasce agnos meos.»

»Dijole el Señor: «¿Me amas más que los otros?» Y él respondió: «Sí, Dios mío; Tú sabes que te amo.» Y dijo el Señor: «Apacienta mis corderos.»

»Sí, oh nobilísimo José de Calasanz; tú apacentaste en los valles risueños de la humanidad á los tiernos corderos de Dios; tú los sacaste de las breñas de los vicios y de los precipicios de las pasiones, dejándote á pedazos la vida generosa entre la maleza humana, más desgarradora y sin entrañas que las revueltas zarzas y espinos puntiagudos de los bosques; tú formaste una grey, á la que infundiste tu espíritu de misericordia, para perpetuar tu pensamiento en la tierra al través de los siglos: danos tu aliento á los que nos cobijamos bajo tu bandera y como tú hemos abandonado las mentidas glorias del mundo y hemos cerrado las puertas á sus efímeras ilusiones, para que no tornemos atrás los ojos, teniendo, como tenemos, la mano puesta sobre el arado de la enseñanza. Mira desde los cielos las desdichas de esta Patria, que fué la tuya, en aquellos hermosos días en que, como teníamos por cetro la fe, éramos dueños soberanos del mundo, y danos valor para poner en práctica los heroísmos que en

(1) Eccl., I, 16.

pro de la triste España tú llevarías á cabo, si ahora fueras peregrino de este destierro y viviente batallador de la milicia de la vida. Danos el espíritu de sacrificio para ser perpetua ofrenda de Dios por la niñez encomendada á nuestro celo y para que, obrando y enseñando como tú en la tierra, merezcamos la eternidad de la gloria. Amén.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOVELAS Y NOVELITAS

Algunas traducciones católicas,

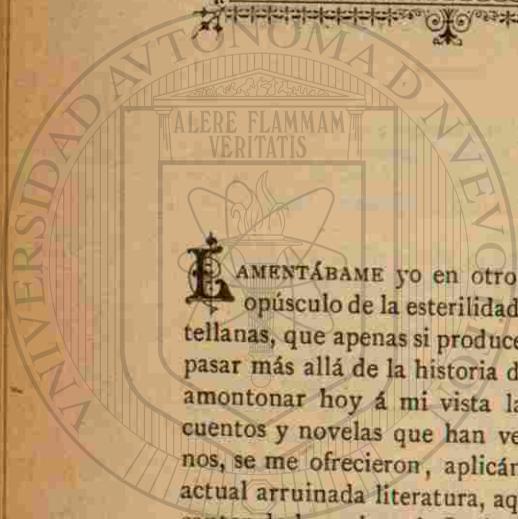
- I. NARRACIONES. *Sombras chinescas*.—*Visto y soñado*, por D. Luis Valera.—*La Razón de Estado*, por D. Juan José Lecanda.—*Episodios.... liberales*, por D. Higinio Ciria.
- II. ÍNDICE DE NOVELAS. *De mi rincón*, por Francisco Acebal.—*Gondar y Forteza*, por el Marqués de Figueroa.—*Cuentos en papel de oficio*, por Nicolás de Leyva.—*A toda luz*, por D. José Rogerio Sánchez.—*Sarica la Borda*, por Juan Blas y Oribe.—*La aldea perdida*, por Armando Palacio Valdés.—*Misterio*, de D.^a Emilia Pardo Bazán.—*Reposo*, de R. Altamira.—*Biblioteca de novelistas del siglo XX*.—*El Mayorazgo de Labraz*, de Pío Baroja, etc.
- III. MÁS Y MEJOR. *La Obra de Mamá Dolores*, por Ω. *Corazones bravíos*, por D. José de Elola.—*El duro del vecino*, por D. Luis Montoto.—*Pedro Juan y Juan Antonio*, por D. Modesto H. Villaescusa.—*Una penitencia*, por D. José Cirauña Maijo.—*Biblioteca patria*.—*La Golondrina*, de D. E. Menéndez y Pelayo.—*La Tonta*, de D. R. de Solano Polanco.—*Epistolario*, de D. Federico Santander.



za, herbáceas exuberantes y frondosas, «amarillo y abundante jaramago», novelas y novelitas, no pocas de escaso aliento y mediocre minerva, y muchas importadas de lejas y apartadas regiones.

Porque la musa noveladora no parece suelta sólo en España, sino en nuestra transpirenaica vecina, de donde viene un verdadero alud de novelas crudas de fondo y forma, recargadas de detalles corrosivos y de mostaza sensual, del barroquismo carnal más pronunciado. Goncourt y Merimée, Daudet y Zola, Paul Adam y Anatole France y hasta Voltaire y Diderot recocidos acompañados de Ibsen, Nietzsche y Tolstoï, que también nos vienen por Francia, etc., etc., con un castellano que no hay más que.... aborrecer, forman el recurso de vividores literarios, cuyas manos mejor empuñarían una aijada que la pluma, y que serían mejores porteros del Botánico que merodeadores del Parnaso. ¡Triste hado el de la literatura y la política, que recogen en sus playas cuantos restos inútiles arrojan los mares del estudio y del trabajo!

Para contener tanta inundación traducen algo escritores y editores católicos. A la vista tenemos algunas de estas obras. Un cuento infantil, casto, sencillo, candoroso; una serie de cuadros de familia, embalsamados con el perfume de la inocencia, de la piedad, del sa-

EAMENTÁBAME yo en otro artículo de este opúsculo de la esterilidad de las musas castellanas, que apenas si producen nada digno de pasar más allá de la historia de la librería; y al amontonar hoy á mi vista la abundancia de cuentos y novelas que han venido á mis manos, se me ofrecieron, aplicándolos á nuestra actual arruinada literatura, aquellos versos del cantor de las ruinas de Itálica:

Cuya afrenta

Publica el amarillo jaramago.

No habrá ya dramaturgos como Tamayo y Ayala, ni líricos como Zorrilla y Selgas, ni polemistas como Alvarado y Mateos Gago, ni oradores como Donoso, Necedal (D. C.) y Manterola (por no citar ejemplos de siglos áureos); tenemos, en cambio, fértil cosecha de plantas sin utilidad, muchas de ellas sin belle-

crificio, eso es *Los niños de oro*, traducida del alemán por E. Massaguer.

La novela de un Jesuita, escrita por G. de Beugny d'Hagerve, tuvo en Francia innegable oportunidad: era un guante lanzado á la impiedad en lo más recio del combate. Ya que traducimos á Waldeck-Rousseau y andamos tras de traducir á Combes, bien está que traduzcamos á Beugny d'Hagerve, como estará bien que traduzcamos á tiempo la lucha de los católicos en los templos y en las calles de Francia.

Á la iniciativa del editor B. Herder, las obras de cuya casa honran la industria católica alemana, se debe la publicación de una biblioteca novelesca recreativa en lengua castellana, y hasta ahora no consta sino de traducciones.

Las obritas del P. Spillmann, S. J. (1), *Una víctima del secreto de la confesión*, *Nubes y rayos de sol*, de argumento histórico, profundamente religioso, y *La hija del director de Cir-*

(1) Estando en la corrección de estas pruebas llega la triste nueva de la muerte del P. José Spillmann. Á pesar de sus dotes de confesor y misionero, como los desterrados Jesuitas alemanes no podían apovechar sino con libros á su patria, el P. Spillmann se había consagrado á escribir desde 1875. Ricos conocimientos, hondo sentir, admirable gusto, sólido y popular atractivo, exquisito talento de narrador, y suelto y trabajado estilo, fueron las dotes que aportó á sus novelitas, narraciones y cuentos durante tantos años en la revista *Stimmen aus Maria*

co, verdadera é interesante novela social de la Baronesa de Brackel, han aparecido bien traducidas, esmeradamente impresas y de intachable moral católica.

La producción original no es de mejor condición, porque es tanto, y por desdicha tan de prisa, lo que se escribe para el monstruo de cien fauces, la Prensa, ya diaria, ya periódica; son tantísimos los lectores y lectoras que hacen timbre de la superficialidad, á quienes hay que servir la chuchería y la confitura de alguna historieta sentimental y, sobre todo, corta; son tan innumerables los que pasan por las horcas caudinas de la Prensa y de los límites artísticos, tipográficos y materiales que ella impone, que no extraña ver la muchedumbre sin guarismo de los que escriben cuentos, narraciones, fantasías, leyendas, novelitas microscópicas para los susodichos fines, y de los que luego coleccionan sus obrillas para solaz de algunos y

Laach y más especialmente en *Die Catholischen Missionen*. Miles se unirán con nosotros en rezar un Avemaría por el fiel é ingenioso novelador, cuya pluma guió siempre el celo y espíritu sacerdotal. (*Stimmen aus Maria Laach*. — 14 Marzo, 1905).

no menos—¿qué pecado es?—para honra y provecho del mismo novelador.

Tras la corta, viene de su propio grado la novela larga; pero no la profunda en caracteres, rica en color nacional, difícil en situaciones, complicada en la trama, grande en la acción, suprema en interés universal y duradero; nada de eso; la que viene es la novela chica diluida, la urdimbre mil y mil veces empleada, con insignificantes variaciones, sobre el tema de siempre: descripciones de orientes ó de ocasos, noches de luna ó noches de lluvia, días de sol ó días encapotados y cejjuntos, espectáculos de toros ó de teatros, de hipódromos ó de playas; tés ó comidas, *lunchs* ó almuerzos, y todo esto girando en pequeños duelos de amor, en un círculo de radio cortísimo.

Todo este ambiente, donde se mueve la novela ordinaria de nuestros días, contrasta con la realidad que nos envuelve en olas tempestuosas: tal vez por esto, acaso por otra razón, la producción novelesca es abundante, pero efímera.

Este capítulo será una revista, un catálogo, un índice, á ratos verdadero *índice*, de libros, conocer cuyos títulos tendrá utilidad para muchos lectores.

Empecemos por los que tienen más de lo histórico.

• • •

Sombras chinescas. Copioso y abundante en la dicción, íntimo en los secretos del léxico patrio, castizo y fácil en la construcción, natural y ameno, suelto y desahogado en usar los primores de la sintaxis castellana, se muestra en esta obrita D. Luis Valera, Marqués de Villasinda, que se estrena como escritor, relatando y haciéndonos ver todas las peripecias y los parajes por donde pasó en su viaje por el celeste Imperio.

La coyuntura en que, nombrado Secretario de la Legación de S. M. C. en Pekín, por la fuerza de su destino fué llevado á tan lejanas partes, teatro á la sazón de acontecimientos importantísimos, no podía ser más propicia para escribir un libro que despertara la atención y el interés de los españoles, pues alejados más que ninguna otra nación europea de aquellos sucesos, estimaríamos doblemente una descripción del imperio chino, sacudido y perturbado por ejércitos invasores de Europa, Asia y América, hecha por uno de los pocos españoles que pudieron por sí mismo enterarse y verlo con sus propios ojos.

Se aprovechó, pues, de lo que su buena estrella le deparaba el hábil narrador, y tomando consigo á su lector, al llegar á la desembocadura del río Azul, lo lleva entretenido por la magia de su palabra, primero á Shanghai, verdadera Babel del extremo Oriente, donde se

unen y entremezclan, con europeos de todas las naciones, malayos, filipinos, parsés, y japoneses y chinos y chinas de todas alcornias, ya espetados bonzos y mandarines, ya brutales y sudorosos jayanes; de Shanghai, por el mar Amarillo, lo conduce á Taku y Tongku, donde atraviesan el abigarrado campamento de los ejércitos aliados; á Tiensin, villa abandonada por los indígenas al entrar los europeos; lo lleva en su penosa navegación por el Peihó, en sus marchas y rodeos desde Tungchao, y, por último, le pone á los ojos la capital celeste, con sus templos y palacios, campos y calles, ruinas y recuerdos, tenderetes y mercados, y con sus habitantes, ya recelosos y abatidos chinos, ya alegres y aun casquivanos europeos. Y todo esto por tan gráfica manera, que un pintor podía tomar pie de *Sombras chinescas* para dibujar una galería de paisajes, retratos y cuadros de costumbres.

Transcribamos algunos renglones del capítulo intitulado *De mercas y callejeo*, en que pinta la batahola y tráfago de las calles pekinesas:

«Con mucha bulla, muchas voces, mucho polvo, abriéndose paso por entre el inmenso gentío, haciendo que éste se arremolinara, se dividiera ó se estrujara, y no sin derribar á veces cualquier tabanco, desquiciar cualquier barraquilla ó hacer añicos todo un puesto de loza, desfaban y se cruzaban de continuo por el centro y los lados

de las calles de Ha-ta-men y de Hsien-men rebotantes carretas indígenas, por cuya apertura, ora asomaban los semblantes pasmados de una familia de labriegos, ora se columbraba, semioculto detrás de un abanico, el rostro sonrosado de alguna señora principal de China ó de Manchuria; trotaban velozmente borriquillos, cuyos lomos oprimía un rechoncho comerciante de coleta bailadora; pasaba á toda prisa, precedido por un pelotón de hulanos con yelmos relucientes, un pesado landó, en el cual se veía al mariscal Waldersee y á sus ayudantes; luego se aparecían en lontananza, bamboleándose grotescamente por cima de la compacta masa de cabezas humanas y de los toldos de esparto ó lona, unos grandes bultos pardos, que al acercarse tomaban poco á poco el aspecto de lo que eran, camellos de Mongolia, informes bichos zancudos y panzudos, de cuello larguísimo, desdibujado morro, doble y colgante giba y sucias lanas de color aleonado, que cubrían tan sólo á trechos el cuerpo del animal, de suerte que éste parecía estar medio comido por la polilla; guiando á los camellos por un ronza, pasado por las fosas nasales de cada bestia, venían toscos habitantes de las llanuras de Tartaria, gente medio salvaje, más sucia aún que los chinos, arrebujada en harapos azules, y en cuya cetrina y angulosa cara, entre revueltas melenas por debajo de un gorro de pieles, relucían con expresión de odio al mirar á los extranjeros unos rasgados ojillos, negros como el azabache; apenas habían concluido de pasar, haciendo entonces que éstos se espantasen y atropellasen el gentío, llegaban y desaparecían en tropel, con carrera loca, media docena de jinrickshas, en las cuales iban soldados blancos, muy repantigados y alegres; y luego, cuando ya parecía haber cesado las causas que motivaban el constante flujo y reflujó de la multitud, tenía ésta que arremolinarse de nuevo, dejando ancho espacio vacío, á fin de que pudieran desfilar holgadamente, con su música de gaitas y tamboriles á la cabeza, un regimiento de negros guerreros shiks ó gurkas, mandados por

rubios oficiales ingleses; ó un escuadrón de cosacos, ó interminable hilera de carros de la Cruz Roja y de furgones de la Administración militar de uno ú otro ejército extranjero.

»Y como para que el barullo fuese todavía mayor y más variado el espectáculo, á deshora, entre la gritería de las gentes, el retemblar de las carretas, el tintineo de las cascabeles, las mulas, los aullidos de los perros pisados, las resonancias de los parches y los clarines y las flébiles notas de las gaitas indias, se oía repetidas veces algo como el bronco y lamentable mugir de un toro herido, sonaban después disparos de cohetes y luego veíase venir, con pomposa lentitud, la singular comitiva de un entierro indígena; plañideras desgredadas y titubeantes, gentes de rostro compungido y vestidas todas de blanco, que es el color de luto en el celeste Imperio, varios hombres llevando farólas y pértigas doradas, otros desparramando á izquierda y á derecha papelitos de oro y plata, á fin de captar para el difunto la buena voluntad de los espíritus con quienes se encontrara camino de la sepultura; individuos ó criados de la familia, portadores de vituallas para el muerto, soplando en descomunales bocinas, que son las que producen el sonido bronco y lúgubre de que he hablado, ó conduciendo en angarillas un enorme féretro de madera roja; detrás ó delante del cadáver, que esto no lo recuerdo bien, una silla de manos con las tablas en que están inscritos los nombres de los ascendientes, y, por fin, cerrando el séquito, ruidosísima murga de inacordes *gongos*, triángulos y platillos.»

Aunque larguísima, será perdonable la cita por muchos títulos: ofrece uno de los cuadros mejor trabajados del libro, y donde se luce más el galano estilo y la manera cervantina de su autor; nos ahorra otras citas y observaciones

pesadas é impertinentes, y es argumento perentorio de que no queremos regatear méritos al joven Marqués de Villasinda.

Así serán más atendibles y no parecerán envidiosas nuestras censuras, que recaen, no sobre la forma, sino sobre la materia del libro.

Episodios de costumbres, paisajes de la naturaleza van sucediéndose sin interrupción en esta obra, y un moralista no hallaría en todo ello qué censurar, sino unas cuantas frases, pocas en número; unos cuantos contrastes, velados primorosamente, pero maliciosos y de mal efecto.

Injustamente se negaría el respeto que el autor muestra para con las personas religiosas, cuando se topa con ellas en su relato: á los jesuitas de Shanghai tributa frases de encomio; para un lazarista, verdadero mártir de su vocación apostólica, que durante su navegación por el Peihó fué su compañero y á quien visitaba por una calentura que le consumía, tiene cortesía y admiración; en el resto del libro hay una palabra de elogio para una hermana de la Caridad, heroína del sitio de Pekín, y eso aun más por española que por religiosa. Mas he ahí los únicos chispazos de grandeza que rompen la igualdad constante de una descripción continua de mares, campos, ríos, calles, templos y ciudades. Parece que el Sr. Valera, hijo, afecta esquivar el contacto con algo que se le

vante sobre ese nivel de material medianía. Una vez su estilo chispea, el autor se enardece, se regocija, y es.... para contarnos con menudos detalles una improvisada zambra, unas cultas calaveradas, unas distinguidas locuras, á que, guardando la más exquisita corrección, se entregó el elemento joven del Cuerpo diplomático residente en Pekín.

Simultáneamente con *Sombras chinescas* leí algunas revistas y periódicos franceses donde se narraba algo de la guerra boxer, del espíritu con que aquellas cristiandades nuevas se apercibían á la defensa, *pro aris et focis*, de la rabia sacrilega anticristiana y antiextranjera de los acometedores, de aquel mundo de civilización católica allí tan respetado, de la heroica defensa de la Catedral católica, del Palacio episcopal, de todo el barrio cristiano de Pekín: todo esto y mucho más leía yo en letras de molde y en correspondencias de allá, y me preguntaba: ¿ni en Shanghai ni en Pekín tuvo el castizo escritor de los *Recuerdos* proporción de ingerir en su libro algún cuadro de esos trabajos apostólicos, de esas cristiandades nuevas, de esas costumbres chinesco-cristianas, bocetos que no hubieran tenido menos interés que los barros pegajosos de Tungchao, las aguas cenagosas y empedradas de cadáveres putrefactos del Peihó, las calles turbulentas y malolientes de Pekín, los infinitos juguetes,

cachivaches, chirimbolos, bujerías y artefactos indescriptibles de los mercados chinescos, los episodios de la cantinera improvisada y las salas, patios y corredores de los templos y palacios del hijo del Sol?

Haya sido en buen hora involuntaria omisión de D. Luis Valera; mas estamos en el día tan acostumbrados á que los escritores hagan gala de huir de todo lo grande y levantado, y á que, ora con pretexto de la forma, ora con cualquier otro, busquen solamente

El halago grosero del sentido,

lo que á éste y á la curiosidad satisface; se respira tan cargado ambiente de materialismo, que no se llevará á mal el que deseemos con todas veras que escritor tan castizo ponga lenguaje tan puro, fantasía tan amena y talento tan observador á servicio de un arte que, huyendo de cierta especie de volterianismo diluído, tan en boga hoy en no pocos autores, tenga tonos y acentos que conmuevan noblemente las fibras del alma, que la eleven, que la vigoricen, que cumplan con el sagrado destino de la palabra humana, que es, hablando por los sentidos, llegar á la razón, tocar al corazón, herir el alma para engrandecerla y ennoblecerla, para levantarla y robustecerla. Amenísima y encantadora es la palabra de Cervantes; pero ¿quién negará su calor y su

eficacia á la prosa robusta de Quevedo, á la elocuencia avasalladora de Granada ó de León?

* * *

Acercándose ya al género novelesco, siempre sobresaliendo en lenguaje claro, castizo y sonoro y en estilo terso, ameno y gráfico nos ofrece el mismo D. Luis Valera, su tomito *Visto y soñado*. Contiene estas cuatro narraciones: *Yoshi-sam la Musmé*, *La esfera prodigiosa*, *El hijo del Banián*, *Dyusandir y Ganitriya*.

Como el Sr. Valera es juicioso, me voy á permitir indicarle dos reparos, que preferirá su discreción á un racimo de encomios insignificantes.

El de Villasinda se ha esmerado preferentemente, casi exclusivamente, en la forma de estas narracioncitas: bien así como si un pintor fuese muy cuidadoso del fondo de su cuadro, del colorido, del tono, de los matices, y aun del decorado, ornamentación é indumentaria, y olvidase el sitio, la agrupación, la actitud, los rostros de las figuras, en fin, todo lo que se ha dado en llamar el golpe de vista del lienzo.

La Musmé, por ejemplo, son, en rigor, dos narraciones; aquel cubil ó madriguera de fieras europeas, apestando á tabaco, aguardiente y

feas codicias que describe el autor, implantado en las ruinas del adoratorio chino, está prendido de la siguiente narración, que es la que da su nombre al episodio triste que allí se narra.

El hijo del Banián es otro ejemplo: el establo del trozo condenado de la cubierta, el olorcillo acre de aquellos orientales amarillos, negros, castaños, bronceados que se apiñaban en una como piara alrededor del moribundo indiecillo; la marimorena insufrible de gritos, aullidos, lamentos, llantos, reniegos y conversaciones en toda clase de dialectos y lenguas orientales, mezclada con los berridos, mugidos y balidos de los animales que compartían con los hombres aquel escaso lugar; la caída del ruin ataúd mal claveteado en el agua, la repugnante vista del sobrenadar del cadáver, la presa del voraz tiburón, el frío detalle del rótulo de *Champagne extra dry* que se leía en las desensambladas tablas del ataúd; todo esto se ve, tiene perfecciones de detalle de gran valor; en cambio, los tipos europeos, la noble francesa, tan cristiana como valiente, se esfuman, desaparecen, se pierden en la penumbra.

El segundo es sobre los asuntos, que ninguno es inmoral, mas ninguno es positivamente moral y católico. Una cosa es la lección didácticamente expuesta, y esa suele empecer á las obras bellas, y otra la materia ó deleita-

ble ó trágica que lleva embebida alguna hermosísima lección moral ó religiosa. Nadie quita su mérito á *Prometeo*, el de Esquilo, y un étnico creyente bien aprendería en el semidiós aprisionado la reverencia de Júpiter Tonante; ni nadie pone en duda el mérito de la *Santa Isabel*, de Murillo, y es una dulcísima lección de caridad cristiana. Esta es, á mi parecer, y el Sr. Valera no me lo negará, la expresión más alta del dicho horaciano:

Omne tulit punctum.....

La razón de Estado. Es el primer número de una colección, prometida por su autor, y que intitula *Episodios nacionales*. Naturalmente, al oír esto, se va la mente á la por dicha célebre colección galdosiana, centón de cuentos y leyendas, donde tanto se denigran las cosas y personas de la Religión y de la Patria. Homónimos tales acarrear confusiones enojosas, por lo que hubiera sido preferible al Sr. Lecanda haberlos evitado.

Y viniendo á *La razón de Estado*, hemos de declarar que desde la primera lectura sentimos las dificultades de que estaba erizado el asunto, pues no es otro sino la crisis del partido conservador en 1901. ¿Cómo no verse cometido el autor narrando hechos recientes,

muy particularizados en las informaciones periodísticas? ¿Cómo no estar coartado por el reparo de no citar nombres propios, en aquellas circunstancias y después muy traídos y llevados, y verse obligado consiguientemente á desnaturalizar la acción, á desencajarla de su propio lugar y á circunscribirla á la descripción de cuatro perdidos, de algún personaje anónimo de segunda fila de los que habían luego de formar el ejército de apedreadores, último motivo de la crisis, suprema razón de Estado, dice el Sr. Lecanda, en aquella coyuntura?

Reconocida esta dificultad, el desempeño del autor inspira confianza de que en sucesos más alejados, con fuentes más abundantes, sin trabas molestas, atinará con el difícil arte de interesar y de describir, cuyas muestras aparecen en este ensayo.

Obra patriótica sería y de absoluta justicia rehacer la serie de episodios de Galdós, exhumando papeles y testimonios arrumbados en los archivos y que ponen en su punto los hechos; y revistiéndolo todo de formas deleitables, ofrecerlo á los españoles imbuidos con las consejas y anécdotas de los años 12, 35, 54 y 69 del último siglo, perpetuadas hasta nuestros días, ó en estatuas que avergüenzan nuestras plazas, ó en historias y novelas que sonrojan nuestra literatura.

Dicho sea en honor de la verdad y del laborioso, católico y sensato D. Higinio Ciria, Archivero de Madrid, ya ha comenzado tarea tan meritoria este escritor con dos preciosos folletos, titulados *Los toros de Bonaparte y Fernando VII* y *la Constitución de Cádiz*. «Monografías de este género, dijo nuestro J. M. y Saj, al elogiar al primero, se necesitan para proveer los arsenales científicos de material de guerra con que derribar nuestra falsa historia del siglo pasado, escrita casi siempre por enemigos de la gran madre Patria y de la más grande madre la Iglesia. Estos estudios peculiares de hechos y personajes históricos irán reconstituyendo el pasado, mal que le pese á la conspiración del silencio y á la conspiración de la calumnía.»

Así es y no queda sino desear al autor de *Santa Teresa y Felipe II* una serie de sus *Episodios.... liberales* tan larga como por desgracia lo es la de Pérez Galdós, para gloria de la verdad, de España y de Dios.

II

De mi rincón. Son narracioncitas ó cuentos, con un final tendencioso y afilosofado: «que para gobernar no basta cabeza, si no hay cora-

zón»; que «también es agradable á Dios el trabajo»; que «el afán moderno de riquezas torna decrepitas la tradición y la poesía»; éstas y otras máximas así forman la filosofía barata, diluida en estas páginas, sin que falten algunas con su agridulce de escepticismo ó incredulidad, como que «el santo hoy se ha quedado sin misa», que «la nube salida de la fábrica fué tan acepta á Dios como la del incienso sagrado.....»

Pero en el estilo y lenguaje está lo más reparable de esta obrita, por haber querido su autor sacar en público las frases y vocablos más inauditos que en su memoria atesoraba: notable y loable esfuerzo, si hubiera evitado el escollo de innovar inútilmente palabras con pérdida de la amable y cándida naturalidad.

Gondar y Forteza, por el Marqués de Figueroa.

Este librito es una remembranza del turbulento período de la república española, en forma narrativa y novelesca. Nada en él hay lúbrico; nada reprochable para la más honesta crítica, y por razón tan principal no merece el autor sino enhorabuena.

Mas ¿cómo las ha de merecer por el conjunto del cuadro? Todo él parece asemejarse á

Dicho sea en honor de la verdad y del laborioso, católico y sensato D. Higinio Ciria, Archivero de Madrid, ya ha comenzado tarea tan meritoria este escritor con dos preciosos folletos, titulados *Los toros de Bonaparte y Fernando VII* y *la Constitución de Cádiz*. «Monografías de este género, dijo nuestro J. M. y Saj, al elogiar al primero, se necesitan para proveer los arsenales científicos de material de guerra con que derribar nuestra falsa historia del siglo pasado, escrita casi siempre por enemigos de la gran madre Patria y de la más grande madre la Iglesia. Estos estudios peculiares de hechos y personajes históricos irán reconstituyendo el pasado, mal que le pese á la conspiración del silencio y á la conspiración de la calumnía.»

Así es y no queda sino desear al autor de *Santa Teresa y Felipe II* una serie de sus *Episodios.... liberales* tan larga como por desgracia lo es la de Pérez Galdós, para gloria de la verdad, de España y de Dios.

II

De mi rincón. Son narracioncitas ó cuentos, con un final tendencioso y afilosofado: «que para gobernar no basta cabeza, si no hay cora-

zón»; que «también es agradable á Dios el trabajo»; que «el afán moderno de riquezas torna decrepitas la tradición y la poesía»; éstas y otras máximas así forman la filosofía barata, diluida en estas páginas, sin que falten algunas con su agridulce de escepticismo ó incredulidad, como que «el santo hoy se ha quedado sin misa», que «la nube salida de la fábrica fué tan acepta á Dios como la del incienso sagrado.....»

Pero en el estilo y lenguaje está lo más comparable de esta obrita, por haber querido su autor sacar en público las frases y vocablos más inauditos que en su memoria atesoraba: notable y loable esfuerzo, si hubiera evitado el escollo de innovar inútilmente palabras con pérdida de la amable y cándida naturalidad.

* * *

Gondar y Forteza, por el Marqués de Figueroa.

Este librito es una remembranza del turbulento período de la república española, en forma narrativa y novelesca. Nada en él hay lúbrico; nada reprochable para la más honesta crítica, y por razón tan principal no merece el autor sino enhorabuena.

Mas ¿cómo las ha de merecer por el conjunto del cuadro? Todo él parece asemejarse á

la falseada tesis de *Los dos Fanatismos*, de Echegaray. En *Gondar y Forteza* salen igualmente calificadas, ó mejor, descalificadas la guerra cuyo móvil es la religión, y la que no tiene otro que el pillaje y la impiedad, con pretexto de que en ambas se cometen crueldades; allí se asienta como tesis que «los religiosos superficiales, los que tienen la religiosidad muy en la apariencia y á la vista, pero no en lo íntimo, son, por obra de su misma superficialidad, intolerantes y exagerados; mientras que aquellos que tienen la religión dentro, en lo hondo del alma, por caritativos y mejor pensados, son tolerantes y benévolos». A tenor de este principio, entendido á su modo, salen dibujados los caracteres.

En efecto, toda la novela respira aquel anhelo hoy día tan de moda de empujar á la Iglesia y á los católicos á la sacristía despojándoles de toda iniciativa de todo fervor, de toda valentía en herir y acorralar á los enemigos de Dios.

Apenas si merece más que una cita el libro de Nicolás de Leyva, que se titula *Cuentos en papel de oficio*, cuyo exclusivo mérito es la originalidad de haberse inspirado de puertas adentro de la Audiencia; están escritos estos cuen-

tos como estudios á lápiz de la realidad, y Leyva ha evitado el escollo del impudor.

Al joven catedrático de Ciudad Real D. José Rogerio Sánchez, se debe otro tomito de narraciones frescas, sanas, limpias de polvo y paja, que intitula *Á toda luz*. Los argumentos son honestos: uno es un cuento árabe, donde el autor adopta una ortografía bastante exótica, sin acomodarse á la tradición de nuestros buenos autores castellanos, ni al espíritu de la Academia en este punto; el otro es cuento indio, y los dos restantes, que son los mejores y mejor escritos, son castellanos. *Mariblanca*, de desenlace francamente católico, aunque poco preparado, impresiona agradablemente por la nobleza de todos los corazones que allí se descubren. *El maestro de música*, impregnado de dulce melancolía, deja agradable y estético recuerdo. Lástima tropezar con algunas indudablemente erratas; v. gr.: «foragidos, que acudían á robar las caravanas de peregrinos para orar»; «se contentó con sacarlo los ojos y dejarle», etc.

Sárica, la Borda. Novela de costumbres aragonesas, por Juan Blas y Uribe.

Como el título lo indica, ha querido el autor, y se complace en ello, pintar al vivo costumbres de Aragón. La novela, por lo demás, es de una honestidad puramente natural, de un argumento que, por lo *realista*, aflige más que deleita al lector, y de un lenguaje abundante, apropiado y lleno de interesantes modismos aragoneses.

Armando Palacio Valdés nos ofrece su *Aldea perdida*, novela-poema, como él la llama (cual si toda novela no fuese poema), por la forma de imitación ó parodia de los poemas homéricos. ¿No hay en esto un asomo de ironía? ¿No vaga en los labios del novelista sonrisa socarrona al entonar aquellos ditirambos á los testarazos y garrotazos que se arman Quino, Toribión de Lorio y el invencible Nolo?

El blanco de Palacio Valdés no es otro que lamentar la generación aldeana, franca en sus algarazas, sin hiel en sus peleas, frugal en sus festejos, casta en sus amores, borrada por la ola ennegrecida de la población minera, blasfema, lujuriosa, vinosa, sanguinaria, sucia y negra, más que de rostro, de alma. Y esto lo

consigue. El aura fresca de los valles de Asturias, donde la ligera y vulgar acción se desenvuelve, hinche de perfumados aromas estas páginas, retirándose y replegándose al avanzar el huracán de la civilización material, de la ambición y del vicio en las alas del ferrocarril minero. El momento escogido por el novelador es crítico: aquel en que la paz de la sierra es turbada por las calas de atrevidos ingenieros que perforan su corteza en busca de la vena carbonífera, en que activos y ávidos comerciantes posponen el pacífico rendimiento anual de las castañas, las panojas y la borona al afanoso y titánico de la explotación del mineral ó la hulla.

¿Qué decir de esta tesis? Que tal como la presenta Armando Palacio no convence. Por eso cuando el excéntrico D. César la defiende al empezar la novela, se recibe con una mueca de escepticismo, y cuando por colofón del libro, «trémulo de indignación, con sus blancos cabellos flotando, los ojos chispeantes, los puños crispados», el mismo D. César, ante una matanza y un choque de los hijos de la mina con los hijos de la gleba, exclama: «¿Decís que ahora comienza la civilización?..... Pues bien: yo os digo..... ¡oidlo bien!..... yo os digo que ahora comienza la barbarie»; cuando dice esto D. César el lector no sabe si el loco habla en loco ó en cuerdo, y sigue escéptico.

Es que el novelista no ha presentado más que el lado estético.

Hubiera dicho que el valle patriarcal no había sido obra del acaso moral, más imposible que el acaso físico; ni de la estupidez del esclavo, que canta al són de sus cadenas, sino de la educación religiosa y moral del Catolicismo, que trae en sus alas la franca risa, la paz dulcísima, la resignación que cicatriza las heridas, el amor que funde orgullos, la castidad que da recato á la doncella, fecundidad al tálamo santificado; hubiera dicho que el vértigo moderno, con su séquito de impudor, de huelgas, de ambiciones, de blasfemias, es el producto de una generación educada sin Jesucristo y sin la Virgen; que si así no fuera, la negrura del carbón, el olor acre del sudor, la vida subterránea se iluminaría con luz del cielo, se aromatizaría con perfumes de virtud, se blanquearía más que la nieve, y entre hulla y mineral, al sol ó bajo tierra, con ferrocarriles y sin ellos no se hubiera perdido nunca lo encantador, lo único encantador de aquella aldea. Hubiera dicho esto el autor, y entonces, no un semiloco, sino un profeta hubiera podido cerrar la novela exclamando con verdad que todos los lectores hubieran sentido: «Oídme, cielos y tierra; oidme bien: ¡ahora comienza la barbarie!»

Doña Emilia Pardo Bazán ha reimpreso su novela *Misterio*, que no enrojece al lector, ni se precipita por pendientes híbridas, resorte tan usado, por desgracia, por esta noveladora. El principio es de creciente interés; al llegar á la cúspide, cuando el protagonista, que no es otro que el pretense Luis XVII de Francia, aparece en plena luz, el interés se derrumba; nos persuadimos que aquel Capeto vale menos que cualquier otro personaje secundario: le vemos gradualmente achicarse, ponerse en la boca del león, entregar por sensiblería su secreto y su personalidad en manos de su enemigo, derrochar la sangre de sus leales, y al verle volver á ser el mecánico Dorff, nos enco-gemos de hombros, desatendemos las declamaciones de novelista y aplicamos al rey un verso de Tamayo:

Pues quieres ser esclavo, debes serlo.

* * *

Héroe más inodoro, incoloro y hasta insípido que el Juan, porque hasta Juan se llama, de *Reposo*, novela de R. Altamira, nadie lo puede haber soñado. Se trata de un hombre, por supuesto sin religión, que desea calma, lejos de la tempestuosa vida madrileña; toma el tren, se tumba, se amodorra y llega á las

playas valentinas, fin y meta de su viaje. Aquí, con paseos reposados, conversaciones frívolas, sin disputar, sin acalorarse, creo que hasta sin sal en la comida, pasa unos días como un ave zónza, hasta que un día, ¡pícaro día!, como él es para sus entretelas muy Quijote, se exalta, se atufa y se incomoda por una distribución de aguas. Esto le hace conocer que no se ha hecho el reposo para él; pesca el tren y se zambulle otra vez de hoz y de coz en la batahola de Madrid.

Y basta de esta novela, que pertenece á la *Biblioteca de novelistas del siglo XX*, donde figuran autores tan católicos como D. Arturo Campión, cuya novela *Easo* se anuncia, y tan racionalistas y anticlericales como D. Miguel de Unamuno, cuya es *Amor y Pedagogía*, ya publicada.

* * *

De la misma Biblioteca es *El Mayorazgo de Labraz*, zolesca novela de Pío Baroja. Y con esto ya está dicho todo: la gente de Iglesia, unos tunantes; los hombres virtuosos, aquellos que para con Dios y los hombres viven, en frase de la Sagrada Biblia, *sicut equus et mulus*..... Baroja les llama *intelectuales*. Lo curioso en esta obra es la erudición de extranjeros, Byron, Víctor Hugo, Shakespeare, Di-

ckens, Heine, Richter, etc., con que, á modo de textos, ha exornado el autor la cabeza de los capítulos. Cómo se me vino á la memoria la recomendación burlona de Cervantes de «buscar un libro que los acote todos, desde la *A* hasta la *Z*», que bien podéis, empezando por Adisson y acabando por Zola, y «cuando no sirva de otra cosa, servirá aquel largo catálogo de dar de improviso autoridad al libro».

* * *

Y tras esto, *non raggionam di lor*; mas pasemos sin mirar siquiera. Viene la novela desvestida, que empieza en *Sed de amar*, francamente obscena, y siguiendo por Blasco Ibáñez y por Sanchis, llega á las infinitas traducciones licenciosas de los transpirenaicos malhechores literarios.

III

La obra de mamá Dolores. Novela de costumbres, por Q. ®

Toda esta novelita es un cuadro donde quiere el autor carear los dictados de una educación vana y mundana con los de otra sólida y cristiana. Esta es la *obra* de la anciana abuela, *de mamá Dolores* en el alma de la joven María, á

despecho de las locuras de su madre Margarita. Estos principios sólidos alientan á María, aun en los crudos instantes del martirio, y por ellos prefiere cualquier padecer á la ofensa de Dios. El novelista afirma ser el hecho histórico. Por su parte, él le ha sabido dar estilo lleno de atractivo, lenguaje propio y castizo.

Don José de Elola, no sólo sabe como militar estudioso y digno profesor de la Escuela superior de Guerra publicar obras técnicas de Topografía, apreciadas por su relevante mérito, sino que sabe describir amenamente ó trágicamente, pero siempre concisa, viva y artísticamente. *Corazones bravíos* es un fragmento de realidad; la hidalguía y los celos luchan tempestuosamente en el campo de corazones bravíos, salvajes más bien, como la mar de que son rudos hijos; pero la hidalguía triunfa una y dos y tres veces. Todo lo que de borrascoso tiene el fondo de este cuadro, que al fin es un idilio, tiene de luminoso el otro de *¡Vivan los toros!*, que es una horrenda tragedia. No maneja mal el lenguaje, pero el Sr. Elola maneja el pincel mejor, mucho mejor que el lenguaje.

* * *

El duro del vecino, de D. Luis Montoto, conocidísimo vate hispalense, es una segunda parte de *Los cuatro ochavos*, y deja fallido una vez más el aforismo cervantino, porque es buena y mejor que la primera.

Los cuatro ochavos acaban con un delito que deja una herencia de oro en las arcas de Teodora, y otra de deshonor y luto en el nombre de Soledad. *El duro del vecino* es la expiación. Teodorita no ha sido feliz con la herencia criminal; el lujo y la ambición no dicen jamás basta; su hijo Fernandito es un vago, retablo de todos los vicios; la enfermedad asquerosa y larga de la perlesía se ceba en su esposo Ricardo. Mas aquella mujer ó fiera, indomable en su codicia, resuelve atentar contra el duro del vecino, dirigiendo sus astucias y silbos de culebra á conquistar para Fernandito el corazón ingenuo de una joven que, bien acomodada, vivía en el pueblo adonde ella había venido á esconder su bancarrota. Lo consigue, y el duro del vecino ya es suyo. Pero los vicios del adolescente traen el divorcio, la ruina y la muerte de su esposa. Teodorita se ve reducida á morir en las Hermanitas de los Pobres, donde la esperaba Dios, pues la calumniada Soledad, con el nombre de María del Perdón, escondía allí su vida y su desgracia. Este reconocimiento acerbo y dulce cierra la novela.

Dentro de un argumento conocido y de si-

tuaciones nada nuevas, el autor sabe hallar interés y vestir su asunto de una elocución, si no tan chispeante como la de su paisano Muñoz y Pabón, más clásica y cervantista.

De su novela social *Pedro Juan y Juan Antonio*, bien desarrollada y mejor concebida, ha querido hacer D. Modesto H. Villaescusa un libro de propaganda antisocialista y cristiana, que se lee con interés y con emoción saludable. Los dos héroes aragoneses, primero rodeados de la felicidad modesta y sencilla de que disfrutaban en la *Tierra baja*, bañada y fertilizada por el Ebro, excitan la mayor simpatía; es acaso lo mejor de la novela.

Desde que Pedro Juan y Juan Antonio se lanzan, dejados los bancales, á servir de jornaleros en Barcelona, es decir, desde que se lanzan al vórtice hirviente del problema social, la novela pierde de su encanto.

Con originalidad y tino mezcla el novelista la descripción de Barcelona, la del original templo de la Sagrada Familia, allí en sus suburbios en construcción; la de los actos católico-sociales del Patronato de San Claver, sostenido por la Congregación admirable de Jóvenes barceloneses Congregantes de la Inmaculada.

Todo eso está muy bien traído y cumple su cometido en la novela. Mas, á pesar de todo, la impresión de esta segunda parte no es tan viva como la de la primera, y debía serlo más.

¿Por qué? Acaso porque la perversión de Juan Antonio y su reducción al buen camino, porque las crisis nacionales y la crisis obrera catalana, porque los mítines y asambleas populares, las llagas de la industria y de fábrica, las huelgas, y, sobre todo, la huelga general, están no expuestas, no amplificadas, no desentrañadas según su dignidad, sino esbozadas, diseñadas, borroneadas; acaso la grandeza del asunto oprime al novelador; acaso no basten las reducidas páginas que él le consagra para un asunto tan complejo y trágico; acaso haya otra causa para mí desconocida.

Finalmente, el lenguaje y el estilo dejan algo que desear; en cambio, los caracteres son seguros, bien delineados, buenos, y entre todos descuellan los dos protagonistas, los dos almogávares, Pedro Juan y Juan Antonio.

Una penitencia. Don José Ciurana y Maijo, autor del drama *Fe, Patria, Amor*, escrito en catalán y con sanas tendencias, ha compuesto en castellano esta edificante novela.

Rodrigo, ilustre hijo del conde D. Nuño,

había llegado al apogeo de su fortuna: bello, valeroso, afortunado, conseguía la palabra matrimonial de María, virtuosa y discreta hija de D. Alvar, señor feudal, como D. Nuño, y que hasta entonces había andado en agrias reyertas con la casa de éste. Los valles de Asturias, donde la acción se desarrolla, y los principios del reinado de Alfonso VII, época de la acción, aparecen bañados en torrentes de felicidad y de paz.

Mas D. Rodrigo, de natural colérico y escandido por las insolentes burlas de un viejo y vinoso juglar, le persiguió espada en mano y le hirió gravemente, á pesar de que el follón había buscado refugio en el sagrado del templo de Dios. Vuelto en sí de su arrebató el homicida y sacrilego D. Rodrigo, se impuso la ruda penitencia de peregrinar á Roma por el perdón y desaparecer del mundo por un año.

Cuando ya todos le tenían por muerto, vuelve á los valles y lugares de su nacimiento á fin de apurar las heces del cáliz de su penitencia. Aquí está lo culminante de la acción, y para D. Rodrigo lo más áspero de su calvario. Sobresaltos, dudas, humillaciones, resistencias de su corazón, amargas tribulaciones, todo lo sufre con ecuanimidad; mas, á deshora, sabe que María, su prometida, va á pasar á un primo suyo, Sancho García, desesperados ya sus padres de que reviva el antiguo esposo, y mal

avenidos á que su hija quede siempre viuda y sin casar. La lucha de Rodrigo es cruel: María está firme en su primer amor, pero cede á las instancias amorosas de sus padres; Sancho está fiero y orgulloso con la victoria; Rodrigo agoniza bajo el incógnito y el sayal de su penitencia.

El desenlace, que no sorprende por lo cándidamente preparado, se adivina. Un P. Gonzalo, confidente de Rodrigo, y ángel de consuelo para su alma, consigue con plazos, mejor ó peor urdidos, dilatar los esponsales de María y Sancho hasta el feliz momento en que concluye la penitencia de Rodrigo. La ceremonia, pues, que comienza de gloria para Sancho, se trueca al aparecer y sincerarse D. Rodrigo.

Todo en esta novela es cristiano, todo dramático, todo fielmente pintado.

Buena concepción, disposición conveniente, fácil y sobrio pincel, aunque á veces de artificio sea sobradamente franco. Lo más débil es el lenguaje, que por lo premioso y aun incorrecto, muestra que al autor no es natural la lengua de Castilla. ®

La indiferencia, la incredulidad, la petulancia, el descoco, el impudor y la desembozada

pornografía abren cátedra, mejor dicho, mercado público de todas sus más incitantes mercancías en lo que ha conservado el nombre de literatura y no es más que veneno de ideas envuelto en el papel de estraza de una forma barbarizante y ridícula. Hasta ahí hemos llegado en la pendiente literaria. Lo peor es que no nos paramos. ¡Va París tan adelante!....

Por eso merecen alabanza los autores que añaden á ideas puras y nobles hablar castizo, llano y transparente como son todos los premiados en *Biblioteca Patria*.

A don E. Menéndez y Pelayo le cuadra bien el elogio hecho por el maestro de novelistas Pereda de su novelita *La Golondrina*: «La creo merecedora del premio (propuesto en el concurso abierto por la biblioteca *Patria*) por la pureza y limpidez de su lengua, la agudeza de sus conceptos, la verdad humana de sus personajes, la cristiana nobleza de su pensamiento generador y la interesante y artística sencillez de su contextura.»

Don R. de Solano y Polanco obtuvo asimismo premio en el mismo concurso y parecida alabanza del mismo insigne maestro: «Con ser el mismo (que el de *La Golondrina*) el sano ambiente que circula en sus páginas, hay en el asunto de *La Tonta* una marcha desembarazada y valiente que atrae; cierto *bien hacer* sin violencia, ni tropezones, personajes bien

concebidos, algunos superiormente; interés, por tanto, en la fábula y un aura de poesía que no abandona nunca á sus tendencias románticas.»

La tercera novelita premiada es *Epistolario*, por el joven Federico Santander Ruiz Jiménez. Está preciosamente escrita, su acción sentida é instructiva, y bien merece el autor felicitaciones, deseándole que este *boceto de novela* sea la aurora de brillante carrera literaria.

* * *

Dedicaremos algún estudio, aunque breve, á las dos primeras.

Y sea la primera *La Golondrina*.

Su asunto, sencillísimo. En la montaña, en lo más alto de la montaña, en un casón señorial de mole casi cuadrada, vivía Pedro de Rudagüera, hombre de humor melancólico y que, aunque por pudor ó por orgullo aparentaba serenidad, escondía, no obstante, en su corazón una llaga inmedicable que no podía impedir hiriesen los infinitos acasos de la vida. Vivía solo, con reducida servidumbre: la cocinera Ritona; Sinda, vieja malhumorada, pero leal como ella sola; Hilario, «que teniendo horas de hortelano, horas de caballero, sus ratos de mayordomo y sus días enteros de ganadero y de feriante, éralo todo, y además

buena persona de los pies á la cabeza», y, por último, una sobrina de Hilario, Rosuca, montañésica angelical, de cuerpo y espíritu aristocráticos, creciendo entre las rudezas de aquellas peñas y las estrecheces de su modesta condición, y por fin, como complemento de Rosuca, un gatito joven, á quien apoda finalmente el autor de «atildado y pulcro, que hasta creo que se rizaba el bigote». No eran más los moradores de la casona montañesa, ni más los actores de la novela, si se añaden el bueno de D. Marcelino, cura párroco, y el bueno de Robustiano de la Llamosa, médico titular del partido, que recuerdan muy mucho al D. Sabas Peñas y al Neluco de *Peñas arriba*, y que intervienen bastante poco en la acción.

Me equivoco; hay otros actores; toda la novela la llena con su fama, con su sombra, con el perfume casto de su amor, afabilidad, dulzura, religiosidad, con los atractivos de un carácter llano, franco, amigable la *Golondrina*.

Y ¿quién era la *Golondrina*? Dos señoras gauditanas, Anita y su sobrina Mercedes, solían venir los veranos á pasarse los meses de calor en la montaña y á gozar de la hospitalidad de los honrados montañeses, y como antiquísimas relaciones ligaban esta familia con la de Pedro, hacía tres años que tía y sobrina veraneaban en el casón de Rudagüera. Mercedes, pues, era

la *Golondrina*, que, con sólo el anuncio de su próxima llegada, hacía salir de sus libros y de su melancolía á D. Pedro, obligaba á ir y venir como azacán á Hilario, desarrugaba el entrecejo de la avinagrada Sinda, turbaba la rutinaria legislación culinaria de Ritona, sumergía en sueños de aprendizajes elegantes y distinguidos á Rosuca, electrizaba al minino y hasta conmovía alegremente al venerable D. Marcelino y casi detenía en sus excursiones cinegéticas al médico Robustiano.

El novelista, con galana prosa y rico lenguaje, nos va haciendo asistir á estas alegrías, fiestas, preparativos y faustos anuncios, hasta que, al ir á enarbolarse en la huerta el arco triunfal, se recibe un telegrama que hunde toda la casa en ansiedad, consternación y agonía. Mercedes, la *Golondrina*, ha quedado malherida en el vuelco de su carruaje. La tristeza se va aumentando, hasta que, como ya se prevé, llega la fatal noticia de su muerte. Pedro naufraga para siempre en su dolor; Hilario no atina con un consuelo proporcionado; Sinda solloza; Rosuca llora largamente, mansamente, y el viejo caserón queda sin que nadie para siempre alegre sus ventanas.

Este el argumento desarrollado sin pretensiones, pero con justeza en la novelita de don Enrique Menéndez y Pelayo, cuyo mayor mérito está, á mi parecer, en lo que moderna-

mente se ha dado en llamar equilibrio artístico. Es una obrita donde todo está equilibrado: la idea es bella, agradable, deleitosa; la forma es florida sin exceso; llana, sin dejadez, se ajusta á la idea pero no la estrecha; la deja holgada, pero sin redundar en palabras; los caracteres son comunes, pero no vulgares; no son tipos, y están delineados con amable sencillez. El lenguaje es puro, castizo, variado y rico.

No estriba en este equilibrio laudable el mérito no vulgar de *La Tonta*. En ella hay más ideas que formas, y éstas se ciñen y ajustan á la idea de arte que la aprietan, y las ideas se vengán reventando por salir y haciendo en más de una ocasión que las palabras y el estilo no puedan llegar al encanto intenso que ellas en su desnudez producen.

La Tonta, que es la protagonista, es una vágabunda y pordiosera que aparece arrebujaada entre harapos sobre el diván de un estudio de pintor, donde está sirviendo de modelo: es una criatura alelada, casi no es mujer más que en lo exterior. Sobre ella caen las miradas del pintor León, del médico Jesús ó *Chucho* y de su hermana Isabel, pero ¡cuán diferentemente! León, de pecho leal y artístico, la ama; ama

sus formas corporales, pero siente en ella otra cosa inexplicable y que él no cuida de explicarse tampoco; en suma, la ama dignamente. Jesús, como está resabiado con la asidua lección de librotes materialistas, la quiere para estudiarla, para buscar en ella si el pensamiento es ó no una secreción cerebral, para sorprender, si puede, el advenimiento del espíritu. Isabel la quiere para la piedad y para Dios: la quiere enseñar, quiere inspirarle sentimientos religiosos, la enseña á rezar. He ahí toda la novela.

El pintor ama y acaricia á la pobre Tonta. Chucho la molesta con observaciones, experiencias, aparatos, y hasta llega á punzarla; Isabel la envuelve en cariño sagrado, la viste, la adorna, le enseña á rezar, la lleva á Lourdes.... Estos cuatro personajes están soberanamente pintados: son originales, definidos, intensos, vivos, reales, son personas de carne y hueso. No lo es menos Carlos, figura secundaria, pero bien hecha. Es un notable oficial de caballería, notable electricista, notable bebedor, notable en todo: Isabel le amaba y era correspondida; hasta llegó á creer que por su amor había Carlos roto relaciones con la ginestra, picaro amor que lo minaba y consumía. Lo aparentó, pero no fué así. Carlos, alcoholizado, llegó á sucumbir como un can enrabiado.

Este golpe acelera el desenlace. Isabel, he-

rida como por un rayo por la asquerosa revelación del vicio de Carlos y por la lúgubre revelación de su muerte, cae en cama, enferma, muere. Aquel sacudimiento moral despierta á la aletargada Tonta, que recuerda en entrecortada frase las fases de su vida:

—« ¡No sé! ¡No sé quién soy! ¡Era muy pequeña, ¿sabes?, era muy chiquita....., me llamaban Clara....., la niña! Uno de barbas blancas me besaba: era papá. Mamá rezaba, rezaba, rezaba como ella, que se ha dormido; me enseñaba Virgen ¡como ésa! Daban bombones. Luego, uno muy negro, de barbas muy sucias, pegarme....., ¡hacía daño! ¿sabes? Tapó ojos, tapó boca....., me puso en noche, muy noche, ¡muy noche! Dormí. Luego la ciega, luego Don, pintar sin ropa, daba caramelos, daba bombones. Luego tú hacerme sangre, andarme aquí, aquí, en cabeza; yo dormida, ¡yo veía todo! Luego ella, ¡como mamá! ¡Rezar como mamá! ¡Llorar como mamá! ¡Virgen me dijo que ella iba á dormir! ¡Virgen me mandó despertar!»

¡Jesús también había despertado! La piedad y la muerte de su hermana, el amor que ya sentía por la Tonta, el renacer de ésta, su amor á la Virgen, habían hecho al médico verdadero creyente. Pero la Tonta era amada de Jesús y de León: ella decidirá; y la elección no se hizo esperar: Jesús la había martirizado, León la había acariciado; era, pues, de León. El pobre Jesús queda al fin de la novela cargado con la cruz que su curiosidad malsana y su falta de fe le labraron: ahora, al menos, cree y se resigna.

DII MAIORES

- I. ALGO DE SIENKIEWICZ.—*Novelitas cortas.*—*¡Sigámosle!*
- II. DE MUÑOZ Y PABÓN.—*Paco Góngora.*—*La Millona.*
Javier de Miranda.
- III. D. ADOLFO CLAVARANA.—*El hombre.*—*El escritor.*

rida como por un rayo por la asquerosa revelación del vicio de Carlos y por la lúgubre revelación de su muerte, cae en cama, enferma, muere. Aquel sacudimiento moral despierta á la aletargada Tonta, que recuerda en entrecortada frase las fases de su vida:

—« ¡No sé! ¡No sé quién soy! ¡Era muy pequeña, ¿sabes?, era muy chiquita....., me llamaban Clara....., la niña! Uno de barbas blancas me besaba: era papá. Mamá rezaba, rezaba, rezaba como ella, que se ha dormido; me enseñaba Virgen ¡como ésa! Daban bombones. Luego, uno muy negro, de barbas muy sucias, pegarme....., ¡hacía daño! ¿sabes? Tapó ojos, tapó boca....., me puso en noche, muy noche, ¡muy noche! Dormí. Luego la ciega, luego Don, pintar sin ropa, daba caramelos, daba bombones. Luego tú hacerme sangre, andarme aquí, aquí, en cabeza; yo dormida, ¡yo veía todo! Luego ella, ¡como mamá! ¡Rezar como mamá! ¡Llorar como mamá! ¡Virgen me dijo que ella iba á dormir! ¡Virgen me mandó despertar!»

¡Jesús también había despertado! La piedad y la muerte de su hermana, el amor que ya sentía por la Tonta, el renacer de ésta, su amor á la Virgen, habían hecho al médico verdadero creyente. Pero la Tonta era amada de Jesús y de León: ella decidirá; y la elección no se hizo esperar: Jesús la había martirizado, León la había acariciado; era, pues, de León. El pobre Jesús queda al fin de la novela cargado con la cruz que su curiosidad malsana y su falta de fe le labraron: ahora, al menos, cree y se resigna.

DII MAIORES

- I. ALGO DE SIENKIEWICZ.—*Novelitas cortas.*—*¡Sigámosle!*
- II. DE MUÑOZ Y PABÓN.—*Paco Góngora.*—*La Millona.*
Javier de Miranda.
- III. D. ADOLFO CLAVARANA.—*El hombre.*—*El escritor.*



CON su *Quo vadis?* ha llenado Sienkiewicz, el novelista polaco, el mundo con su fama. Presentemos ahora una colección de novelitas que agradarán á las almas artísticas. ¡Lástima que no las podamos leer en su original! Toda traducción, y más si no es excelente, hace verdad aquello de «los tapices del revés», que dijo el otro.

Así y todo, ¡qué influjo el del ideal estético! Nadie que lea estas páginas podrá substraerse á él. En él late el corazón de Sienkiewicz, que ha sabido identificarse con el del pueblo polaco esclavizado por Prusia, con el de todo sér desgraciado—y esto es lo más artístico—que sufre la prepotencia ajena y que agoniza en la obscuridad que da la falta de favor ó la parcialidad ensoberbecida.

Dos palabras de análisis.

Bartek el Victorioso es la primera de las novelitas; su acción sencillísima. Reclutado Bartek por los prusianos en la Polonia alemana, va á la guerra con Francia; vencedor en Gravelotte, Sedán y París, y hecha la paz, vuelve á su aldea con los vicios del cuartel; la usura alemana le arruina, y acaba en la cárcel por defender á su hijo Frank de la violencia de un preceptor prusiano.

En esta acción sobresale el carácter típico de Bartek. Estúpido primero, sin saber adónde va ni quién son los franceses, se revela después un héroe. En Gravelotte los alemanes quieren para sí la gloria, y ordenan la inercia á los batallones polacos; Bartek siente primero impaciencia, después la sangre como plomo derretido, luego dolor al ver caer uno y otro de sus compañeros. Recibe al fin la orden de pelear cuando ya los prusianos no pueden resistir á los franceses, y su coraje, su arrojo, sus fuerzas de atleta, el terror que pone en los enemigos, las cuatro banderas que les coge, la admiración que en todos excita, son una aureola alrededor del héroe polaco; la envidia prusiana, los elogios de los oficiales alemanes tibios y mermados, porque es «un polaco imbécil»; las cruces sin pensión que le dan, los estériles apretones de manos con que le recompensan, todo esto escuece un ánimo noble, como una

bofetada que se diera en el rostro de la maniatada Polonia.

Lo demás, hasta el desenlace, no es más que un agravante. Los insultos al valor polaco se repiten en Sedán y en París; los hijos de Polonia dan su sangre; la gloria y los ascensos van á los oficiales prusianos. El pobre polaco Bartek vuelve á su casa; allí encuentra á su mujer, que se ha sostenido pidiendo dinero á un usurero alemán; él, Bartek, vuelve envidiado, borracho, malhablado, holgazán; la victoria contra Francia sólo ha servido para ensoberbecer á Prusia, que extiende sus cadenas sobre Polonia, y logra oprimirla más aún; maestros prusianos abofetean á Frank, hijo del héroe de Sedán; éste le defiende y es condenado á la cárcel.

He ahí esta novelita de Sienkiewicz, que es como el poema de la esclavitud de Polonia.

Las demás se mueven en la misma atmósfera saturada de llanto, aunque sonroseada por la luz de la resignación cristiana. *El guardián del faro de Aspinwal* es un polaco que halla el ansiado reposo, siendo torrero de un faro puesto muy adentro del mar. Mas un día cayó en sus manos un libro de Polonia; embebecido en su lectura, no encendió el faro y fué despedido.

Arrastrado por el turbión de la vida, no es del todo desgraciado: lleva el libro, el amigo que le habla de su Polonia.

Yanko el Músico es un niño anémico desde su nacimiento, un manojito de tallos de violeta informado por un alma poética, grande; era además pobre, iliterato, mas bullía en él el genio de la música. Con una corteza de árbol, una rama y unas cerdas hizo un como violín; lo toca sin maestro; si va á la iglesia, la música sagrada le hace caer desfallecido; si pasa por la calle y oye un instrumento, un violín, pega su cabeza á las rendijas de las puertas ó de las ventanas; estando así, no siente el frío ni los golpes de los que le toman por un pilluelo. Lleva en su alma la luz del genio; mas ¡ay! en vaso tan frágil y expuesta á tantos golpes en el prosaico mundo, que al fin y al postre.....

En efecto: el mundo no tiene ojos para ver la luz tras aquel exterior miserable. Un día pudo Yanko, estático, contemplar un violín, y furtivamente se lanzó á tocarlo; unos lacayos forzudos lo cogen *in fraganti*; la policía lo condena á unos cuantos golpes para escarmenarlo..... y para quebrar también el vaso de arcilla.

Su madre lo recoge exánime, y el músico frustrado se duerme para despertar en las perdurables armonías de los ángeles.

Sienkiewicz es artísticamente inexorable. «La familia dueña del violín y del palacio donde ocurre la tragedia de Yanko, vuelve de Italia, repitiendo: ¡Italia, país de artistas! ¡Qué dicha descubrir un genio y protegerlo! Los álamos de la tumba de Yanko modulaban un himno funeral.»

El *Extracto del diario de un preceptor de Posen* son como páginas arrancadas á la cartera de uno de esos profesores que hay en Alemania para repasar á los alumnos que cursan en los liceos. Este de Posen nos cuenta los afanes de un niño polaco, Mihás.

Si Yanko muere por la pisada indiferente del prosaísmo, Mihás es la víctima del imperio de la fuerza. De débil complexión, de mediano talento, de sumo pundonor, de infinito amor á su madre, Mihás asiste á una escuela alemana, con profesores y condiscípulos alemanes, con plan de estudios alemán, y entre las varias asignaturas del método cíclico estudia el difícil y odiado alemán.

Mihás no ama la ciencia, porque el aula es para él un martirio; pero ama á su madre, y el deseo de llevarle buenas notas mantiene al mártir en su cruz. Trasnochar, perder la comida, privarse de todo esparcimiento, era una

tribulación ordinaria en él; llegar á clase agitado por sus zozobras indescritibles, pasarla como sobre ascuas, oír sólo una áspera reprensión, era tormento tolerable; pero la mala nota, la mala nota que hería el corazón de su única inspiración, de su madre, y la mala nota dada por el prusiano, por odio á Polonia, porque Mihás no blasfemaba de Polonia, y dada entre befas de condiscípulos prusianos, y exagerada gradualmente hasta llegar al descrédito, á la expulsión....., eso era un suplicio mayor que la resistencia orgánica del mártir.

Y así fué. En vez de ir á vacaciones, el pobre polaco, expulsado del liceo, cae en enfermedad mortal; en el delirio de la calentura repite la conjugación del *werden* alemán; su madre le da el último beso mientras él murmura: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué está triste mi alma?» La alegría eterna le esperaba.

Parecidos argumentos tienen *El organista de Ponikla* y *Lux in tenebris*; en mérito nos parecen inferiores á las analizadas.

Fama universal tiene adquirida E. Sienkiewicz entre los católicos, y le celebran como gran novelista y grandísimo pintor de costumbres de la primitiva Iglesia. Por eso se apresuraron á traducir en todas las lenguas á *Quo*

vadis?, y por eso también, aunque en menor grado, se ha traducido, encomiado y popularizado á ¡Sigámosle! No es este entusiasmo tan grande como el que despertó el autor de *Los Mártires*, pero se le acerca. Y también se parecen, y no poco, Chateaubriand y Sienkiewicz.

Chateaubriand alzó su voz de neófito y de artista en medio de un siglo seco por las rigideces clásicas, deslumbrado por las falsas filosofías enciclopédicas, descatalogado por las bur-lonas impiedades volterianas, y cuando en *El Genio del Cristianismo* y en *Los Mártires* osó afirmar que en Jesucristo y en el Cristianismo hay belleza, para describir opulenta y lujosamente la parte sublime del «¡Yo soy cristiano!», del influjo de las ideas católicas en sociedades y en pueblos, Europa, que tenía sed de religión, que sentía como una voz mal formada en su conciencia que le estimulaba á negar los cánones fríos é impíos de Boileau y de Voltaire, se entusiasmó con Chateaubriand, y no supo ó no pudo reparar y distinguir lo superficial, convencional y de sentimiento que allí había, de lo verdaderamente cristiano. Con bastante exactitud describe un elogiado crítico (1) este efecto, al asegurar que, «teniendo *Los Mártires* bellezas inmortales, lejos de asegurar el

(1) Menéndez y Pelayo. *Ideas estéticas*, t. VIII, pág. 204.

triunfo de la Musa de la Verdad sobre la Musa de las Ficciones, como se anuncia en la invocación, todo lo que es ó quiere ser cristiano resulta lo más débil, y, al contrario, los recuerdos de la musa homérica tienen mucha gracia, sencillez y encanto»; y que «Chateaubriand podía tener en cierto grado la imaginación cristiana, pero tenía pagano el sentimiento».

Y he aquí lo que me parece acaecer con Sienkiewicz, y que la crítica católica de grado callaría si no fuera tanta su fama ni se viera peligro en dejarla correr sin alguna advertencia.

Asfixia hoy día á todos los espíritus, en todas las artes bellas, el materialismo de la concepción, la lujuriosa voluptuosidad de la ejecución, el realismo que chorrea sangre y palpita con concupiscencias, y, en cambio, son los destellos de arte cristiano muy pálidos, parecidos á la imaginería devota de cromos y barros de la calle de Saint-Sulpice de París, de Benziger en Suiza, ó de sus sucursales en Barcelona y Valencia. Ejemplos de una literatura lamida, amanerada, rutinaria, exangüe, fría.... ¡Hay excepciones, brillantes excepciones; pero al fin y al cabo excepciones!

Pues en este medio literario y artístico se presenta Sienkiewicz, con dotes no vulgares de novelador, con la imaginación cargada de concepciones, con la paleta llena de colores, con la palabra fácil, dócil, sumisa á las órdenes de la

imaginación y del corazón; vástago de un pueblo atormentado y dilacerado, sabe sentir en su alma polaca el amor y el dolor; sabe oír el mugido de las tempestades morales, y, cristiano también, siente en el Cristianismo aquello que está más en contacto con su estado anímico y moral: la lucha del imperio romano con la Religión; los desfallecimientos de la lucha de los cristianos con el imperio neroniano, sus opresiones y trabajos, su victoria bañada en sangre, y la esperanza en Jesucristo, que cura los cuerpos y las almas, que sana los individuos y las sociedades. Estas son las ideas dominantes de *Quo vadis?* y de *¡Sigámosle!*

Y esto, que representa una gran antítesis con aquello otro, no ha podido menos de orear los rostros de los católicos, de dilatar sus corazones, de consolarlos, de refrigerarlos en la asfixia que padecían. Este aplauso, así entendido, sobre ser justo, es consolador. Sienkiewicz es una protesta contra Zola, y por eso se le aplaude.

Bien está.

Pero, estudiado Sienkiewicz profunda, imparcialmente, según los grandes maestros del arte cristiano, ¿puede satisfacer, es modelo intachable, es para nosotros los españoles una revelación, un maestro?

Todo esto tendría dilatada explicación en *Quo vadis?*, donde lo mejor es la pintura del

paganismo y sus costumbres. Pero también participa de esto la novelita *¡Sigámosle!*

Cayo Séptimo Cinna, patricio romano, era guerrero, filósofo, retórico; de opulento, acabó por arruinarse: en su desgracia buscó la paz en el saber, en los cargos públicos, en los placeres; pensó hasta en el suicidio, todo en vano. En medio de su hastío, tropezó con un filósofo griego completamente escéptico é incrédulo de todos los dioses idolátricos; éste esperaba la felicidad, mas sin saber cómo le vendría. El filósofo griego tenía una hija, Antea la llama el novelista, verdadera flor de inocencia, pero velada entre nubes de misterio. Desposados Cayo y Antea, comienza lo doloroso y culminante de la novela.

Detengámonos aquí, y dirijamos una mirada á lo pasado: se observa que el novelista ha cuidado esmeradamente del detalle decorativo, del menaje de las habitaciones, de la expresión técnica de los hábitos, escuelas, sitios públicos de los romanos, de trasladar la acción desde Roma á Alejandría, de Alejandría á Menfis, para presentar varios usos, costumbres, escuelas dentro de la gentilidad. No se le regatee la alabanza que por ello merece. Perdónesele también que los personajes estén más bien descritos que introducidos en acción, que se nos diga qué son y no los veamos obrar.

Al leer esta primera parte se acuerda uno de

las obras de San Justino M., y allí de sus dudas, de sus peregrinaciones de una en otra escuela por buscar la verdad; y sin salir del terreno literario se vienen á la memoria el famoso Mágico calderoniano; su menos famosa pero notabilísima Eugenia, el José de las mujeres, y se comprende que es más dramático verlos dudar, verlos inquirir, verlos vacilar, que cuantas afirmaciones oigamos de sus dudas, inquisiciones y vacilaciones. Entremos ya en la segunda parte de la novela, que es mucho más débil que la primera.

Antea, sin saber los lectores la causa, empieza de repente á ser atormentada por visiones infernales: son tantas, tan insistentes, tan terribles, que la debilitan, la enloquecen, la marchitan, la ponen á punto de muerte. Las furias de Orestes sabemos por qué le afligen; estas furias parecen no querer sino su conversión: ¿será que quiere indicarnos Sienkiewicz que hasta el infierno concurría por disposición divina á la ruina del gentilismo?

Antea es llevada por su padre y su esposo á Jerusalén en los días precisos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor.

Ciñámonos al relato del novelista.

Pilato, amigo de Cinna y Antea, después de haber condenado á Nuestro Señor, y mientras éste va al Calvario, se dedica á visitar á la enferma; cuenta allí á Antea y á su familia sus

impresiones que del juicio ha sacado, y pone deseo de verlo con sus propios ojos.

Dicho y hecho: en una litera llevan á la marchita joven, y tan buena maña se dan, que se presentan en el Calvario en el instante mismo de entrar el Redentor; presencian la crucifixión, la muerte y los fenómenos naturales que á ella siguieron. Sólo ver á Nuestro Señor Jesucristo, á quien con frase fría se llama siempre el Nazareno, conmueve el corazón de la joven, que le arroja unas flores de manzano á su paso; oyó después que un hombre del pueblo confiesa haber sido por Él curado, y llena de estos afectos se retira á su casa, donde al tercer día ve un rayo de luz, y á su claridad al Salvador que la llama. Sana y buena, exclama Antea: «¡Sigámosle!» Su padre y su esposo repiten creyentes: «¡Sigámosle!»

Instintivamente al ir leyendo estas páginas en que el novelista moderno prescinde casi del todo de la realidad evangélica, adornando su narración con flores contrahechas, se vienen á la memoria páginas y páginas de nuestros ascéticos y poetas sagrados, de León y de Granada, de La Palma y de Hojeda, rehenchidas de la majestad imponente que da la verdad evangélica, y se ve cuánto media entre aquel sobrenatural sentido y estos aparatos humanos. Porque, en primer lugar, Pilato apenas si se sirve del majestuoso coloquio que nos refiere

San Juan, y del cual se hubiera podido sacar tan gran partido, sino que hace hincapié en unas palabras que indica ser de Jesucristo, y que Sienkiewicz pone de su propia minerva:

«Afirma que el mundo existe por la sabiduría y la moderación..... Los estoicos..... no exigen, como él, la renuncia de todo, desde las riquezas hasta la comida cotidiana..... Esto, ó algo parecido, es lo que el Nazareno exige á sus discípulos. Enseña también que los hombres todos debemos amarnos como hermanos: judíos y romanos, romanos y egipcios, egipcios y africanos..... todos. En fin, que al oír tal disparate me cansé de prestarle atención.....»

Desde la cima del Calvario ve Antea subir la fatal procesión. Al empezar á leer este capítulo ¿quién no recuerda el libro XI de *La Cristiada*, la inolvidable meditación del V. P. Granada para el jueves por la mañana, y con más realismo y precisión histórica el cap. XXVII de la poco conocida *Historia de la Sagrada Pasión*, por el P. La Palma?..... Pero no era esa la inspiración de Sienkiewicz. Él describe mantos, colores, marlotas; la faz de los ladrones, y olvidando á San Mateo, que nos dice que le quitaron la púrpura y le pusieron sus vestidos para sacarlo á crucificar, nos hace ver al Salvador entrando en la cima del Calvario como un héroe melodramático.

Pero hable el mismo novelista:

«Ante todo, dos caras repulsivas y siniestras de bandidos; luego un campesino de alguna edad.... El Nazareno iba detrás de las cruces, entre dos soldados. Cubría sus hombros un manto de púrpura..... Estaba pálido y avanzaba pausadamente, con andar débil, pero majestuoso.....»

Sienkiewicz volvió las espaldas á la sublimidad evangélica, y el Evangelio se vengó de él, dejándole en manos de estos resortes humanos y gastadísimos.

Lo restante es al mismo tenor.

No se aprovecha ningún dato evangélico, ni la presencia de Nuestra Señora, ni la contrición de Dimas, ni el perdón de Jesucristo, ni la voz de su expiración, ni la confesión del Centurión, ni el eclipse maravilloso; pero, en cambio, «el Nazareno (¡siempre el Nazareno!) extendía una mirada de amor..... elevaba los ojos al cielo..... oraba en silencio..... y perdonaba..... Antea se desprende de su litera, recoge los jacintos y las flores de manzano que la adornan y se las arroja á los pies del Nazareno.....» «Un mendigo grita y los rayos cruzan la atmósfera con horrenda tempestad.....» Todos estos datos pálidos, novelescos, melodramáticos, zarzuelescos, sustituyen á la severa sublimidad del relato de fe.

* * *

Lillian es otra cosa. Es una novelita más larga que la anterior, de argumento vulgar; pero sentido, visto, lujosamente escrito. No trata sino de los amores de Ralph *el Soberbio*, aventurero audaz y jefe de emigrantes en la América del Norte, con Lillian, joven americana, que supo cautivar al feroz y semisalvaje protagonista. La vegetación exuberante de las riberas del Misisipí, las maravillas de aquella naturaleza gigantesca, los páramos dilatados, los bosques impenetrables, los torrentes, las montañas, las caravanas, las mil peripecias de la larga y casi bíblica peregrinación, el matrimonio con Lillian, la pérdida en el desierto, el hambre de todos, la fiebre de Lillian, su muerte, su sepultura, todo está en esta novela en acción, vivo, sentido, pasado. Aquí no hay vaguedades ni descripción, sino acción de caracteres, y despliega en ella Sienkiewicz sus cualidades de buen novelista.

En el prólogo nos asegura el autor que durante su permanencia en California, entre sus compatriotas polacos allá emigrados, había oído esta relación á uno de ellos que, como á sí mismo sucedida, se la contaba. Después de leerla queda la convicción plena de que verdaderamente así debió ser.

II

Paco Góngora, por D. Juan F. Muñoz y Pabón, presbítero.

Esta novelita, dicho sea en su elogio, recuerda la joya de D. Pedro A. de Alarcón, *El Escándalo*. Nuestra enhorabuena á este presbítero del clero secular sevillano, que tan artista y buen novelador se retrata en sus obras.

Paco Góngora, el protagonista, es ya personaje conocido en *Justa y Rufina*, otra novela del propio autor, y no ciertamente por sus milagros. Olvidado de sus calaveradas, viene á Matojos, pueblecito lindante con Cascotes, antiguo teatro de sus fazañas, á buscar paisajes auténticos, porque el tal Góngora es aventajado pintor; traba amistad con el médico, D. Manuel Sanjurjo, y con María de las Penas (*Penitas*), su hermana; piensa por primera vez en su vida en hacer á una mujer su esposa, y ésta es *Penitas*.

Una de tantas casualidades hace que al ir ella á tomar informes sobre la vida de D. Francisco Góngora, se halle con la más amarga revelación: la joven se resuelve á «huir de él como de un leproso», á pesar de su afecto; y Paco Góngora, herido con la despedida como

Lillian es otra cosa. Es una novelita más larga que la anterior, de argumento vulgar; pero sentido, visto, lujosamente escrito. No trata sino de los amores de Ralph *el Soberbio*, aventurero audaz y jefe de emigrantes en la América del Norte, con Lillian, joven americana, que supo cautivar al feroz y semisalvaje protagonista. La vegetación exuberante de las riberas del Misisipí, las maravillas de aquella naturaleza gigantesca, los páramos dilatados, los bosques impenetrables, los torrentes, las montañas, las caravanas, las mil peripecias de la larga y casi bíblica peregrinación, el matrimonio con Lillian, la pérdida en el desierto, el hambre de todos, la fiebre de Lillian, su muerte, su sepultura, todo está en esta novela en acción, vivo, sentido, pasado. Aquí no hay vaguedades ni descripción, sino acción de caracteres, y despliega en ella Sienkiewicz sus cualidades de buen novelista.

En el prólogo nos asegura el autor que durante su permanencia en California, entre sus compatriotas polacos allá emigrados, había oído esta relación á uno de ellos que, como á sí mismo sucedida, se la contaba. Después de leerla queda la convicción plena de que verdaderamente así debió ser.

II

Paco Góngora, por D. Juan F. Muñoz y Pabón, presbítero.

Esta novelita, dicho sea en su elogio, recuerda la joya de D. Pedro A. de Alarcón, *El Escándalo*. Nuestra enhorabuena á este presbítero del clero secular sevillano, que tan artista y buen novelador se retrata en sus obras.

Paco Góngora, el protagonista, es ya personaje conocido en *Justa y Rufina*, otra novela del propio autor, y no ciertamente por sus milagros. Olvidado de sus calaveradas, viene á Matojos, pueblecito lindante con Cascotes, antiguo teatro de sus fazañas, á buscar paisajes auténticos, porque el tal Góngora es aventajado pintor; traba amistad con el médico, D. Manuel Sanjurjo, y con María de las Penas (*Penitas*), su hermana; piensa por primera vez en su vida en hacer á una mujer su esposa, y ésta es *Penitas*.

Una de tantas casualidades hace que al ir ella á tomar informes sobre la vida de D. Francisco Góngora, se halle con la más amarga revelación: la joven se resuelve á «huir de él como de un leproso», á pesar de su afecto; y Paco Góngora, herido con la despedida como

con un hierro candente, empieza á subir el fragoso calvario de su rehabilitación.

Ó mucho nos engañamos, ó en esto último está el argumento característico de esta novela. Los capítulos precedentes son la exposición necesaria con la presentación de los personajes; y las mismas escenas de cariño contienen poco que no sea ordinario en las novelas, y se necesitan para el efecto dramático que con la carta reveladora se pretende. Con el autor vamos acompañando á Paco Góngora en sus hastíos primero, luego en su tristeza, más tarde en su limosna, que le va á merecer el arrepentimiento; ya en éste, en su catequesis y en su confesión, después en su satisfacción á la M. María de los Dolores, la antigua Justa Benavente, víctima suya, y, por último, á D. Manuel Sanjurjo, á su hermana y á la misma opinión pública; y vemos al antiguo pecador desmayando ante la dificultad, irguiéndose sobre sí mismo, luchando y venciendo, aplastado por la tristeza y endulzado por el consuelo, con unas aflicciones y unas alegrías que sólo entienden los que en esta ciencia de las almas están versados.

Y mucho lo está el Sr. Muñoz y Pabón, pues á él, y no al P. Illanes, ni al D. Ambrosio, el cura de Cascotes, hay que atribuir aquellas soluciones á los conflictos de Paco Góngora, donde se abrazan la justicia y la misericordia,

donde no se ve ni la rigidez y dureza de la de *El Escándalo*, ni la laxitud inmoral que preside en la mayoría del vulgo novelador.

Es que aquí no es un hombre de mundo quien se arremete á moralista, sino un moralista justo y benigno quien alecciona á los hombres de mundo.

Del lenguaje, á las primeras se ve que es castizo. No se vaya á creer que es añejo y estacionario. Ó reflejamente ó sin sentir ha seguido el autor aquel consejo de su paisano Herrera, para quien la lengua era «río caudaloso eternamente en movimiento», y el otro de Lope, que «la palabra es como la moneda, que sólo vale la usual», y por eso, dentro de su clasicismo, conserva libertad, frescura y gallardía.

Para los andaluces tiene además el encanto del *color local*. No tanto del que consiste en el cielo, en el aire, en los paisajes, en el ceceo y en la sabrosa manera de truncar las palabras, sino del otro más secreto, que estriba en la copia de tropos, giros, elegancias, frases y palabras de perfecta ley castellana, pero no usadas del lado acá de Despeñaperros. En nuestro sentir, y córtese de nuestra afirmación cuanto se quiera dar á hipérbole andaluza, pocas regiones habrá en España que usen un diccionario ni más gráfico y pintoresco, ni más abundante que la tierra de María Santísima. Pues ése es el de Paco Góngora; así habla Penitas,

así el médico, así los dignísimos sacerdotes, así, no digamos nada, la *Guitarra* con su *Prima* y su *Bordón*, la señá Jeroma y todos los demás personajes que viven en la novela del Sr. Muñoz y Pabón.

Del aticismo y sobriedad de los adornos, lo que el novelista dice de la estudiada sencillez de *Penitas*, sírvale á él para su uso y alabanza particular.

La moral, tan desterrada hoy del arte de novelar, es aquí sana, y sin pretenderse el desarrollo didáctico de una tesis, se presenta un estudio bien pensado del corazón frívolo y pervertido, que va saneándose por la primera afición recta que en su vida experimenta. La M. María de los Dolores, en el claustro de las Arrepentidas, con su aureola de mártir y casi de santa, el P. Illanes, con su universal medianía, y D. Ambrosio, *Ungüento amarillo*, «así llamado porque todo lo curaba», presentan al clero regular y secular cual por su vocación es, y contrastan con esos borrones arrancados, ó al delirio de quien no los trata, ó á tristes excepciones trocadas en reglas y arquetipos por novelistas ignorantes y perversos.

La Millona. Como en esta misma obra afirma el Sr. Muñoz y Pabón es en el arte de

novelar una de las fuentes de interés el retrato de los caracteres. Un héroe que parezca vivo, que no sea lugar común de rapsodistas y plagiarios; que con rasgos característicos, sea al propio tiempo imagen de una nación, de una raza y aun del mismo corazón humano; á quien el autor con su palabra le comunique colorido, viveza y gracia, será siempre un poco de interés y de encanto en cualquier poema narrativo. Por eso alabamos, cual lealmente lo entendíamos, á *Paco Góngora*, obra del mismo presbítero Sr. Pabón, y por eso vamos á ceñirnos á este estudio en su nueva novela *La Millona*.

La acción es reducida, á saber: la competencia que se entabla en el corazón de la joven protagonista entre las dotes morales, el verdadero valer de Javier de Miranda y sus circunstancias de posición y fortuna, pues era el caso que aquel hombre tan completo de alma, estaba, como Prometeo á la roca, atado á una rebotica.

Pues bien: en esa acción, ¿qué caracteres, qué actores entran?

No digamos de los que como meteoros cruzan y se pierden en el tráfigo de la feria de Sevilla, ni de los que sin vida tan efímera son figuras de comparsa, como la Condesa sorda, el Alcantarino de pueblo, el alcalde Cobañas, etc.; concretémonos á los que más des-

cuellan. Las tres hermanas Carocas, mellizas (el autor lo confiesa) de las otras Carpantas y de la *Guitarra*, tipos de otras novelas suyas; el Cura de la Prioral, que apenas si baja al proscenio; el Notario, con reminiscencias del Diógenes de *Pequeñeces*, y que entre las caricias de Baco tiene la desvergonzada clarividencia que los novelistas han dado en atribuir á sus borrachos, y la madre de Javier de Miranda, D.^a Catalina Reyes, prima hermana, sin tocarle nada, de la señá Jeroma, pupilera de Paco Góngora, son los personajes secundarios.

La acción preferentemente anda entre cinco personas: el matrimonio Conejo-Corrales, rico de ayer, interesado y zafio de siempre; su hija, la bizca y simpática Lili; Javier de Miranda, el boticario hermoso y de talento, y un tal Jammy Cabeza de Vaca, que es quien le disputa la presa al honrado boticario.

¿Qué decir de este pequeño mundo?

No creemos que por pobreza se haya repetido Muñoz y Pabón en algunos de los secundarios. Lo ha hecho por cierto gusto que muestra en citarse, en ver á Paco Góngora en la feria de Sevilla, por eso que pudiera llamarse en literatura la voluptuosidad del ritornelo.

Los padres de la Millona, palurdos de aldea, enriquecidos de súbito, son exactos, pero están lejos de ser una creación. Jammy es un petardista nada extraordinario; su escena más ori-

ginal está en el cap. I del tomo II. Jammy hace allí el más pedantesco alarde de sus relaciones con lo más granado de la sociedad madrileña: aquello parece una *Guía de forasteros*. Pase que la burda señora de Conejo se embobara con esa procesión de nombres, y aun otorgo de buen grado que las Carocas y congéneres, y aun que la misma Lili, muchacha, al fin, de pueblo, tragara semejantes bolas; pero que el discreto Javier no sospechará siquiera y aun oyera con gusto á aquel pelafustán, y se conservara en un pasivismo musulmán, sin hacer nada contra tan vulnerable competidor....., francamente, es difícil.

El carácter de Javier es un esbozo: el autor promete una segunda parte, donde esperamos que lo contornee y defina por completo. Así y todo, es, á mi gusto, lo mejor de la novela, y despierta verdadera ansia de verlo en un océano de luz bien claro y detallado. Carácter firme, sano, generoso, vergonzoso, altivo, puede ser una creación. Hasta ahora no lo es, porque la verdadera y única protagonista es Lili.

Lili, que es una joven de alma débil, inconstante y presumida, conoce el mérito moral de Javier; le da frío en los tuétanos la presencia de Jammy; su buen juicio le dice que aquél es oro y éste oropel; su vanidad indómita le escupe al rostro que con aquél no será sino una boticaria, y con éste..... ¡oh, lo que será! Llega

el momento decisivo; Javier de Miranda pide francamente su mano; la niña vanidosa se achica, cede y lo rechaza. Lloro después el «no» dado, y poco á poco, primero con unos bombones, después con cuatro futesas, se va consolando, hasta que, radiante de alegría, va á casarse con Jammy, arrastrando la rica cola de tisú de plata, cubierta con finísimo tul ilusión.....

El desenlace era de esperar: Jammy era un petardista.

Para colmo de desdichas, el nuevo marido, á fin de poder vivir, compra con lo de su mujer una botica en Almería.....

El mejor carácter de esta novela es Lili; está bien estudiado, y delineado con seguridad y gracia: el desenlace es ejemplar. Mas la empresa es muy difícil, porque volver á tratar un tema, el de la casquivana que va tras la opulencia, en donde plumas clásicas han rayado tan alto, es como querer crear un celoso después de Otelo, el Tetrarca y Yorick. ¿Quién llegará á la figura escultural de *Consuelo*, en su «espantosa soledad», ó á la fresca y convertida Cecilia en *Lo positivo*?

No va á ser un reproche, pero será un deseo, y si lo quiere aceptar el Sr. Muñoz y Pabón, una palabra de hermano. Es estrecho el círculo donde gira la novela de este florido ingenio: círculo y ambiente que tiene el peligro de la

repetición y otro no menor, el del excesivo deseo de agradar, aun buscando situaciones escabrosas. Repetidas veces se nota en *La Millona* cierta audacia en bordear el abismo, y el autor confiesa que «pretende deleitar á las damas». Tal vez para esto haya puesto aquello, y lealmente le decimos que aquellas crueldades y osadías no gustarán á las damas cuya aprobación es para un novelista sacerdote la única apetecible. Las damas cristianas y austeras no querrán en manos de sus hijas algún capítulo de *La Millona*.

Creemos que esto es, lo repetimos, consecuencia del círculo estrecho de los conflictos de amor y pasión en que gira la novela del Sr. Pabón. ¿Es que no hay otro? Son insondables los abismos del corazón humano, infinitas las pasiones, variadísimas las circunstancias de la vida, y hoy día en que se lucha contra todas las verdades del entendimiento y contra todos los sentimientos del corazón; en que la fe divina y la confianza en los hombres, el amor de Dios y la amistad, el agio y el sacrificio, la ciencia y la ignorancia, la intransigencia del error y la intransigencia de la verdad encuentran patrocinadores y campeones; en que es campo de combate la tribuna, el periódico, el parlamento, el templo, la universidad, el aula, la casa, el estrado, ¿no es verdad que hay materia para que el poeta y el novelista den á sus

obras amplitud, universalidad, variedad y novedad? Tolstoï y Zola, Ibáñez y Dicenta, han emprendido, para perdición de muchos, ese camino. ¡Cuánto no podrá hacer quien tiene de Dios el dón de novelar, poniéndolo á servicio de una observación verdad, y ejercitándolo en las figuras del heroísmo, de la santidad, del sacrificio, tal y como nos las ofrece la sociedad actual y contemporánea!

Digamos, tras esa digresión, la última palabra de *La Millona*.

Su mayor realce está en el lenguaje y el estilo. Descripción viva, expresión popular, sobriedad sin escasez, gorjeo de mil gargantas andaluzas bajo el cielo de Abril en Sevilla. En esta clase de resortes es inigualable Muñoz y Pabón, y habrá recibido por ello justísimos elogios, que hacemos nuestros y repetimos de todo corazón.

* * *

Javier de Miranda es la segunda parte de *La Millona*, y en ella se atan los cabos sueltos de la primera novela. Javier, calabaceado por la fatua bizca, se va curando de su primera herida, y Lola Fraga, mal correspondida por Frasco Guerra, va también dando con él de través en su recuerdo; dicho se está que las dos almas cicatrizadas se entienden, encajan,

se aunan, vamos, que forman un segundo matrimonio, feliz como unas pascuas, para fin, remate y corona de esta novela.

Yo me he quedado chasqueado: confieso mi error y declaro que el Javier de la primera parte me había hecho concebir ilusiones, purísimas ilusiones, de un gran carácter que, rompiendo el círculo de amores vulgares, conversaciones familiares, reseñas de modas, monólogos más ó menos prodigados y escenas de celos y de sociedad, nos hubiera proporcionado el primer ejemplar en el museo del Sr. Muñoz y Pabón, no de una figulina de barro, sino de un atleta de bronce ó mármol; de un guerrero, acaso de un gigante; que aun en las estatuas de los jardines, que los embellecen y los hacen más pintorescos; aun en los relieves del arte griego que nos han quedado del naufragio del tiempo, hay clases y clases; y los hay de musas desnudas y de guerreros vestidos de acero, de Venus y de Minervas, y también de Laocoones, Aquiles, Héctores y Orestes.

Pero confieso humildemente mi error: *Javier de Miranda* es una novela hermana carnal de sus precedentes y llena de los adornos, resortes, caracteres y expresiones que pudieran llamarse facciones, aire de familia.

Los elogios, pues, á sus hermanas mayores tributados le cuadran á la más pequeña. Al llegar á ella perderán algo de la novedad; lo

cual, ciertamente, no será culpa de los elogios. Lo mismo pasa en las familias en que todas las niñas visten con uniformidad.

Favier de Miranda tiene por toda novedad un prólogo galeato.

El Sr. Muñoz y Pabón dice que se defiende de los que, con ocasión de *La Millona*, le tiraron de la lengua, y pone á cubierto la moralidad de su arte de novelar, constatando sus modestas aspiraciones «de estatua de alguna musa ó de jarrón decorativo de algún jardín» y las licencias eclesiásticas de que sus obras salen abroqueladas; no sin añadir también, entre irónico y filósofo, el argumento, tan traído como llevado, de la recreación lícita, permitida y aun reglamentada de los mismos conventos.

He leído y releído el prólogo-defensa del señor Muñoz y Pabón; he mirado y vuelto á mirar lo que mi desautorizada pluma dijo de *La Millona*; he oído y vuelto á oír lo que á más de dos testigos imparciales se les ocurría después de conocer mis palabras y la réplica del novelista; he hecho examen de conciencia sobre mis propios pensamientos, y creo firmemente que no se refieren á mis amigables insinuaciones las protestas del prólogo galeato. Aquellos buenos deseos que yo en ellas expresaba no eran sino el anhelo de algo mayor, de algo más grande, de algo que las dotes reveladas en *Paco Góngora* y *La Millona* hacían

esperar no desatinadamente. Valiéndome de comparaciones familiares al Sr. Pabón, era de esperar y desear que Velázquez pintara, no sólo *Los borrachos*, sino también retratos de héroes y de santos; que el mármol griego de la Venus de Milo ó del Apolo de Belveder fuera alentado con el soplo creador que engendra un Prometeo; que Francisco de Herrera olvidara por un instante su Luz y á la Condesa de Gelves, para entonar el sublime «Cantemos al Señor, que en la llanura.....»

Por desgracia, no hay escritor alguno, no diré furibundamente impío, pero aun mansamente irreligioso, que para su causa perdida no use esta línea de conducta: ahí está Zola, trocando su primera manera puramente descriptiva por la de *Verdad*; ahí está, entre nosotros, Echegaray, no contentándose con *En el puño de la espada*, *Mariana* y *Sic vos non vobis*, sino llegando con tesis malas, medianas ó buenas á *Dos fanatismos*, *Los rigidos*, *El hombre negro* y *Á fuerza de arrastrarse*; y ahí está Pérez Galdós, no ya en *Gloria* y en *Electra*, sino en sus *Episodios*, pasando desde *Trafalgar* y *Bailén* á *Un faccioso más y muchos frailes menos*, *Los duendes de la camari-lla* y *Aiña Tettauen*; y ahí, por no alargarme, Jacinto Benavente, cayendo desde *El nido* hasta *El hombrecito*, *La gobernadora* y *La noche del sábado*.

¿Por qué los de la luz no hemos de seguir las pisadas de los hijos de las tinieblas?

Tanto más, cuanto que deleitan á los buenos y á los malos, respectivamente, no las tesis escuetas de un tratado ascético ó de una proclama incendiaria, sino las grandes ideas de honor, de religión, de patriotismo, ó sus parodias, embebidas en acciones grandes, interesantes y trascendentales; y por eso la ligereza infantil juega con bolindres y pelotas, y las coquetas se distraen coqueteando entre espejos y flores y cintas, mientras que las madres juiciosas, los varones varoniles y las personas de corazón elevado gozan en conversaciones grandes, hechos heroicos, acaso, acaso hasta en delicias á los corazones lúteos incomprensibles.

No es más lo que parece conveniente añadir, puesto que la ocasión se brinda, á los antiguos encomios, que no borro; á las antiguas observaciones casi fraternales, que no creo refutadas en el prólogo reciente, á fin de que ni el silencio pueda ser achacado á desprecio, ni las palabras del Sr. Pabón ó las más interpretadas malignamente por los que desean hallar cizaña que cultivar entre los hijos del mismo estado sacerdotal, aunque alistados en distintos cuerpos de ejército.

* * *

Juguetona, ceñida, chispeante, con final inesperado, moral é ingenioso es la novela comprimida *Amor postal*, que nos envía el mismo fértil ingenio de que hablamos.

Una correspondencia por tarjetas postales entre un joven inflamable y un sacerdote celoso y avisado no puede encontrar expresión más breve ni más ingenua.

La segunda edición debería hacerse en auténticas postales, ilustradas alusivamente por algún dibujante sevillano.

III

La España católica, el periodismo católico español está de duelo, cuando se escriben estas líneas, con la muerte de D. Adolfo Clavara y Garriga, que en 14 de Febrero último, con la resignación del fervoroso cristiano, con la placidez con que morían en el campo de batalla aquellos guerreros de la Cruz que habían peleado como leones, expiraba en su Orihuela, junto á su imprenta de *La Lectura Popular*, cual en su reducto y en su puesto, sereno, resignado, alegre, presintiendo la corona.

Entraba en los sesenta años de vida mortal, en los veinticuatro de conversión del liberalismo al catolicismo, en los veintidós de lucha

¿Por qué los de la luz no hemos de seguir las pisadas de los hijos de las tinieblas?

Tanto más, cuanto que deleitan á los buenos y á los malos, respectivamente, no las tesis escuetas de un tratado ascético ó de una proclama incendiaria, sino las grandes ideas de honor, de religión, de patriotismo, ó sus parodias, embebidas en acciones grandes, interesantes y trascendentales; y por eso la ligereza infantil juega con bolindres y pelotas, y las coquetas se distraen coqueteando entre espejos y flores y cintas, mientras que las madres juiciosas, los varones varoniles y las personas de corazón elevado gozan en conversaciones grandes, hechos heroicos, acaso, acaso hasta en delicias á los corazones lúteos incomprensibles.

No es más lo que parece conveniente añadir, puesto que la ocasión se brinda, á los antiguos encomios, que no borro; á las antiguas observaciones casi fraternales, que no creo refutadas en el prólogo reciente, á fin de que ni el silencio pueda ser achacado á desprecio, ni las palabras del Sr. Pabón ó las más interpretadas malignamente por los que desean hallar cizaña que cultivar entre los hijos del mismo estado sacerdotal, aunque alistados en distintos cuerpos de ejército.

* * *

Juguetona, ceñida, chispeante, con final inesperado, moral é ingenioso es la novela comprimida *Amor postal*, que nos envía el mismo fértil ingenio de que hablamos.

Una correspondencia por tarjetas postales entre un joven inflamable y un sacerdote celoso y avisado no puede encontrar expresión más breve ni más ingenua.

La segunda edición debería hacerse en auténticas postales, ilustradas alusivamente por algún dibujante sevillano.

III

La España católica, el periodismo católico español está de duelo, cuando se escriben estas líneas, con la muerte de D. Adolfo Clavara y Garriga, que en 14 de Febrero último, con la resignación del fervoroso cristiano, con la placidez con que morían en el campo de batalla aquellos guerreros de la Cruz que habían peleado como leones, expiraba en su Orihuela, junto á su imprenta de *La Lectura Popular*, cual en su reducto y en su puesto, sereno, resignado, alegre, presintiendo la corona.

Entraba en los sesenta años de vida mortal, en los veinticuatro de conversión del liberalismo al catolicismo, en los veintidós de lucha

sin reposo contra su antiguo error desde las columnas de «la más reducida y pobre y la más extendida de todas las publicaciones católicas y muchas liberales».

Tocado por Dios en los ejercicios de 1881, aquel joven brillante, aquel inagotable y hasta entonces mal empleado ingenio, el que era ya «el primer abogado de la comarca, el más listo de los políticos, el más elocuente de los letrados, el más travieso de los secretarios de Ayuntamiento, el más sangriento satírico, que todo esto era y esperaba ser mucho más Clavarana liberal», se convierte radicalmente, totalmente, huye del campo sagastino y se consagra á pelear las batallas de la Fe católica, bajo la bandera política que ondeaba en las manos de don Cándido y después en las de su católico hijo D. Ramón Nocedal.

Luchando así, sin vacilaciones, le sorprendió el eterno galardón, que era el único que había ambicionado.

«¡Irse con los integristas para medrar! (escribe un biógrafo y confidente suyo) (1). ¡Tontería más redonda! ¿Tenía más que haberse quedado con los liberales, ó haberse dejado querer en tiempos posteriores, para que se de-

(1) Amancio Meseguer, *La Vega del Segura*. Número extraordinario en honor de D. Adolfo Clavarana, 4 de Marzo de 1905.

rramara en su casa la copa de la abundancia? Negóse siempre con heroísmo y vivió arrinconado y teniendo que mantener su casa y las de sus hijos. ¡Cuánto le han calumniado! ¡Cuánto le han murmurado! ¡Qué mal le han juzgado! ¡Cuánta caridad y cuánta magnanimidad ha derrochado con sus enemigos!»

Este es el hombre, sin el cual es incomprendible el literato.

¡El literato! Porque Clavarana, por sus dotes relevantes y por el envidiable empleo de ellas y por su diaria y cotidiana ocupación, y hasta por haber coleccionado sus obras seminovelescas y semipolémicas, fué siempre un literato.

El cielo le había dotado ricamente. Y aquel su entendimiento claro y práctico, imaginación centelleante y opulenta, frase dócil y pronta, ¿qué más?, aquel su pincel caricaturístico, ligero y exacto, corazón generoso y amantísimo, todas sus bellas cualidades, que ya habían lucido en la palestra forense y en la periodística, todas las dedicó, ofreció, sacrificó á la buena causa desde que se entregó á ella en cuerpo y alma.

Su ocupación continua fué modesta, como de quien no buscaba el aplauso; la forma de sus escritos humilde, como de quien quería ser la luz y guía de los pobres; el palenque de sus proezas, su papelito, su *Lectura Popular*, y á

lo más, *El Siglo Futuro* y los demás periódicos amigos suyos; la nombradía universal casi ninguna, como quien era azote del noticierismo liberal, apoderado de toda algazara y fama, que la niega supersticiosamente á los no herrados con su marca.

Luis Veuillot lo dijo y la historia lo ha confirmado: «Las lenguas de la fama no se mueven gustosas para los católicos; estos nombres, aun los más ilustres, no los pronuncian sino á regañadientes y siempre sin elogios» (1). Y Clavarana mismo, con su habitual humor y no menos conocimiento del mundo, solía decir próximo á la muerte: «Mi epitafio tiene que ser:

«Aquí yace Adolfo Clavarana.
»Nunca le alabaron los liberales.»

En realidad así fué: y eso que ahora andan trompeteando la edición de las obras de aquel sempiterno gacetillero Eusebio Blasco, de quien tanto se mofaron ellos mismos, y con quien ni se ha de comparar nuestro Clavarana, que si escribió en forma ligera, fué siempre gravísimo, trascendental en sus ideas.

(1) Les bouches de la renommée ne s'ouvrent guère pour les chrétiens: elles ne prononcent qu'en rechignant les noms catholiques les plus illustres et toujours sans éloge. *Correspondance*, t. VII, pág. 183.

«—Pues, señor, ¿sabe usted que, en efecto, me gusta mucho su periodiquín de usted?

»—Favor que usted me dispensa, caballero.

»—No, amigo mío, sino rigurosa justicia. Sobre todo, sus articulitos de usted y aquella sal de Dios con que sabe usted guisar al gusto del día las cuestiones menos del gusto de él, y aquella sencillez y familiar y siempre honesta desenvoltura, y aquella vena de popular, pero nunca descomedido gracejo, y aquel arte de vestir con plebeya blusa de algodón los más encoquetados conceptos de la Filosofía y aun de la señora Teología, que es por cierto muy delicada y aristocrática dama, á quien cuesta mucho sacar de sus austeros hábitos y hopalandas; todo eso, digo, y juntamente con ello la más sólida doctrina, la más pura moral, el más acendrado espíritu sobrenatural cristiano y el más ardiente amor á Nuestro Señor Jesucristo y á su Iglesia santa y á los pobres hijos del pueblo, que son las prendas más amadas del corazón de ella y del corazón de Él; todo eso, repito, me tiene encariñado y entusiasmado con su publicación de usted, que no dudo asegurar es la mejor de su clase que se ha dado á la prensa en España de algunos años á esta parte.»

Con estos elogios recomendaba D. Félix Sardá y Salvany la edición de los artículos de Clavarana que empezaba en 1885, y en ellos se resumen y compendian los ideales, la materia de propaganda que iba el humorístico escritor desliendo, azucarando y revistiendo en su hasta la muerte no interrumpido apostolado.

La existencia de Dios, en artículos como *La locura de mi amigo*; lo saludable del pensamiento de la muerte en el sueño *La fin del mundo*; el amor inefable del Corazón de Jesu-

cristo á los pobres, idea fecunda que movió repetidas veces la pluma de Clavarana en *El Corazón de Jesús y el corazón del pueblo*, *La fuente del Bien*, *República modelo*, etc.; la terrible certidumbre de las penas de un más allá, eterno y espantoso para los malos, en cuentos como *Don Dudas*, *Los testigos del infierno* y otros; el trabajo cristiano, los horrores de la pobreza y el proletariado sin fe, las ruinas del materialismo, lo débil é infundado del orden material fundado en el terror de las bayonetas, como en las preciosas narraciones y alegorías *El martillo de San José*, *El trabajo sin Dios*, *¡Pobre queso!*, *Terno seco*, *Los Bárbaros*, *La gran vida*, *El secreto de la dicha*, etc.; los documentos más fundamentales de la educación católica, de la sociedad heril católica, de la economía católica, de la administración católica, de la sana libertad católica, presentados, robustecidos con pruebas y amenizados con encantos de estilo en cien y cien narraciones, de las que por muestra se pueden leer: *La taberna*, *Las desdichas de la tía Juana*, *Los ricos por dentro*, *Papín y su marmita*, *La fraternidad sin Dios*, *La libertad*, *Villabestia*, *El vino*, *El trabajo* y tantos otros.

Peró convencido Clavarana de que hablaba al pueblo de España, y tomando la impugnación del ateísmo y del socialismo como un apostolado, no como un burladero de cuestio-

nes más candentes, descendía con su celo y con el cauterio de su pluma á las más enconadas y temerosas llagas de nuestra España.

Cuántas y cuán finas ironías no lanzó contra el parlamentarismo y los apóstoles de plaza que consigo trajo, en cuentos, verbigracia, como *Excelentísimas patatas*; cómo asentó el saludable látigo de su censura sobre la odiosa masonería, sus planes y sus hipócritas garrulerías, v. gr., en *La humanidad del Marqués*; cuán tierna, razonada y cristianamente salió por las calumniadas Órdenes religiosas en muchísimos artículos y narraciones, por ejemplo, *La ambición de un jesuita*, *Flores del cielo*, *La fuente del Bien*, que concluye con esta recapitulación, que en los oídos del pueblo tiene el valor de contundente argumentación:

«¿Ha visto usted muchos impíos que vendan lo que tienen para darlo á los pobres, como lo hacen cada día los amigos del Corazón de Jesús?

»¿Ha visto usted muchos incrédulos que abandonen las delicias de la vida para ir á servir á los enfermos en los hospitales, como lo hacen los que aman al Corazón de Jesús?

»¿Ha visto usted muchos librepensadores que sacrifiquen su juventud y que, vestidos de un triste sayal, se vayan á convertir pueblos salvajes, á costa de su vida, como lo hacen los adoradores del Corazón de Jesús?

»¿Ha visto usted muchas mujeres de mundo que sacrifiquen su belleza y se despojen de sus galas para encerrarse en los asilos, escuelas, hospitales y manicomios para cuidar enfermos asquerosos, mujeres perdidas, niños

abandonados y locos furiosos, sin más retribución que un pedazo de pan, ni más esperanzas que un hoyo en el cementerio, como lo hacen cada día las Hermanas de la Caridad, las Hermanitas de los Pobres, las Hermanas de los Ancianos desamparados, las Siervas de Jesús y tantas otras santas criaturas que dan su vida por los demás?»

Los pésimos frutos de la moderna civilización, la fecundidad siempre innegable de la Iglesia católica, ¿dónde mejor exposición pueden hallar que en cuadros vívidos y sentidos como *El árbol de la civilización*, *La higuera maldita* y *el árbol de la vida* y *La Iglesia y la libertad*?

Pues ¿quién negará que ahonda el bistorfí, y aun la mano entera en llagas cancerosas de nuestra sociedad cuando exige á los mismos liberales de orden la tremenda responsabilidad de los más anárquicos desafueros y deputa y señala como verdadera *Opiata de Satanás* y horrible tentación la confusión de la verdad y la mentira, la verdadera cobardía y falsa prudencia, la caridad adulterada, que confunde, enerva, distrae fuerzas, impide el combate y que sólo con la brusca arremetida del anarquismo puede ser que halle misericordioso remedio?

Entre otros, expone lo primero en *Hotencia*, escrito con ocasión de las piedras é insultos que en Valencia recibieron augustos peregrinos católicos, y de las protestas que, horrorizados, hicieron los llamados liberales de orden:

Fíjese usted, amigo,
Que hombres de mucho mérito,
Siendo muy liberales
Han condenado el hecho.
Canovistas, demócratas,
Y aun otros más extremos....

A lo cual el autor replica contundente é irritado:

¿Quién nombra y quién sostiene
Á todos los maestros
Que en cátedras y escuelas
Roban la fe del pueblo?
¿Quién permite á esa prensa
Que sirva de instrumento
Á blasfemos y á herejes
Y que siembre veneno?

.....
¡Ah, liberales altos,
Y liberales medios,
Y liberales bajos,
Todos hacéis lo mesmo!
Nos traéis las gallinas
Y protestáis del huevo,
Pegáis fuego á la casa
Y os quejáis del incendio.

Esto poco bastará para rastrear cuánta verdad encerró el Pbro. Dr. Sardá en su elogio copiado al principio, y cuán grande idea se forma del numen de Clavaraña quien lo estudie detenidamente: y cuán acertados andarán los católicos que editen popularmente esta ver-

dadera teología y moral de nuestro siglo, á fin de que sirva siempre de pan á los pobres, á los sencillos, sin dejar de ser gustoso alimento de los discretos y de los doctos.

Á lo cual contribuye muchísimo la forma con que todo esto se presenta.

«Aquella lógica inflexible, aquel ingenio inimitable, aquella profundidad y alteza, aquella gracia ligera y gráfica con que Clavarana ponía de manifiesto y patentes las verdades más abstrusas, deshacía las falacias más arteras, iluminaba los entendimientos y ganaba los corazones de los sabios y de los humildes y todo eso con aquel celo ardiente y abrasador por la gloria de Dios y la salvación de las almas que resplandecía en sus obras, hacían de Clavarana una figura singular y especialísima que no tenía par» (1).

En estas palabras hace D. Ramón Nocedal la cabal pintura del escritor en alma y cuerpo, como quien tan bien le conocía, y nos confirma en la misma idea otro testigo de aquella alma, el P. Juan Solá, de nuestra Compañía (2):

«Gran hombre, gran cristiano, gran caballero, gran es-

(1) *El Siglo Futuro*, 15 de Febrero de 1905.

(2) *La Vega del Segura*, número extraordinario, ya citado.

pañol, fué también Adolfo Clavarana gran escritor, grandísimo é incomparable literato.

«Tiene la clarividencia de Donoso, la lógica inflexible de Balmes, la ternura y fantasía de Aparisi, la acerada crítica de Gago. Por esto profetiza como Donoso, discurre como Balmes, pinta como Aparisi, diseña el error y la herejía como Gago, y aventájalos á todos en lo chispeante y gráfico de su nativa frase. De ahí, que á Donoso sólo le leen con gusto los políticos, á Balmes los sabios, á Aparisi los poetas, á Gago los buenos; á Clavarana los políticos y los que no lo son, los sabios y los rudos, los poetas y los prosaicos. En Clavarana hallan agradable y provechosa lectura el seglar y el sacerdote, el pobre y el rico, la monja y el mercader, el justo encendido en amor de Dios y el pecador ácrata y libertario que no ha prostituido del todo su dignidad de criatura racional.

«Esa universalidad es privativa de Clavarana. Se parece al pan que sabe bien con todas las viandas y á todos los paladares.....»

En efecto; como el pan es nutritivo y como el pan encierra todos sus tesoros, sin salir del alcance de los pobres y de los humildes.

Saboreemos ahora algunos fragmentos de tan sabroso pan, y daremos la razón á las respetables autoridades citadas.

Aun cuando Clavarana filosofa, aun cuando expone ideas madres de filosofía, de la historia, no pierde la tersura, claridad y facilidad de su estilo. ¿Qué se puede decir más claro, más terso, más fácil, sin que por eso deje de ser lo más hondo, lo más profundo y lo más grande que

dijeron San Agustín, Bossuet y Donoso Cortes, que estos *pensamientos* de nuestro escritor?

«Dios, que cuida hasta de la vida de los insectos, no había de abandonar á los pueblos y naciones. Dios cuida de éstas, y cuando se apartan de su ley les envía castigos, para obligarlas, sin mengua del humano albedrío, á entrar por los caminos de la justicia.»

¿Qué castigos son éstos?

No apela Clavarana á milagros, sino que con sentido de historiador y de filósofo añade:

«Las sociedades, como los individuos, cogen lo que sembraron.»

En el reverso de la medalla, en sentencias, digo, de consuelo, no es menos profundo y atinado:

«Desdichado el hombre que, dejándose llevar de bastardos intereses, no se opone hoy en la medida de sus fuerzas á la corriente anticristiana que nos empuja.... En cambio, feliz de aquel que procura servir á Dios sin distinción ni componendas, entregándole de lleno todo su corazón. Dios pagará su confianza cuidando con providencia especial de él y de todos los suyos. Llena está la historia de ejemplos que confirman esta verdad.»

Mas no fué Clavarana filósofo á secas: sus filosofías las envuelve casi siempre en ficciones poéticas, fábulas ingeniosas, diálogos picantes, caracteres ceñidos y exactos, elocución clara, castiza, corriente, dichos y sentencias prontas, agudas, verdaderas y saladas.

Pocos cuentos habrá en su inmenso repertorio que ofrezca mejores pruebas de todo eso que *La opiata de Satanás*.

Opiata de Satanás llama Clavarana á un menjurje que descubre el enemigo de todo bien para adormecer en el pecado á los hombres, para reconciliarlos con ellos, para que sin percatarse y con la mayor suavidad posible se vayan enredando en sus infernales cadenas.

Cómo lo descubre, qué empleo le da y cuál es el final desenlace, lo expone el propio autor, á quien dejaremos que nos lleve encantado con una continua satírica alegoría:

«Allá, por los años de mil y no sé cuantos, empezaron á resentirse de una manera notable los negocios de la casa Lucifer, Botero y Compañía.

«Se ignora la causa; pero ello es que en poco tiempo se observó en el establecimiento tan extraordinaria baja, que hasta los condenados más apáticos y menos interesados en el progreso de la república dieron en murmurar de lo que consideraban seguro indicio de mala administración. Quién lo achacaba á connivencias con el enemigo; quién á subvenciones recibidas para hacer la vista gorda, y no faltaron socarrones que aseguraron ser todo efecto de que Lucifer era ya viejo y sólo servía para cazar moscas con el rabo.»

La descripción burlesca de Lucifer, á quien pinta «tridente en mano, con un puro en la boca y paseando por una galería de las más profundas de su palacio sus malas intenciones» es

muy buena; mas sube á ser digna de Quevedo cuando burla burlando, la concluye así:

«El negro monarca parecía muy pensativo, y á juzgar por el siniestro brillo de sus ojos de gato, que lucían en la obscuridad como dos linternas, cualquiera podía sospechar que meditaba una diablura. De pronto levantó la cabeza, arrojó de la boca el cigarro, que después de apagado resultó ser el dedo índice de un escribano de actuaciones, y echándose al brazo su sucia y pelada cola, tomó camino por uno de aquellos subterráneos, como disponiéndose á hacer una barbaridad.»

La barbaridad no era ni más ni menos sino pedir cuenta á Botero «el farmacéutico del establecimiento», del estado de los venenos que servían para perder y asesinar las almas humanas.

«Satanás continuó su marcha; atravesó dos ó tres corredores, cuyas agrietadas paredes trepidaban á su paso, despertando bandadas de lechuzas: se paró de repente ante una puerta baja y maciza cubierta de gruesos clavos, y para llamar levantó el pie y dió en ella una terrible patada. Al sonido de esta campanilla temblaron las estalacitas del techo, se desprendió un enorme peñasco, y el portón giró sobre sus goznes, descubriendo bajo su dintel un diablo muy pálido, enjuto de carnes y extraordinariamente atacado de los nervios. Era Botero.»

Por no alargar la cita resumiré en pocas frases el sabroso y endemoniado diálogo.

Revistan los jarabes, venenos, extractos, electuarios, jaleas, espíritus, quintaesencias de

pecados, concupiscencias y maldades, y el rey diabólico los encuentra viejos, averiados, ñoños, sin fuerza, y tales que ninguno de ellos «vale una conciencia católico-liberal».

«—Yo te daré lo que mereces.»

Y lo que merece el perlático farmacéutico es que amarrado «por dos zanguangos etíopes á un poste y con un embudo en la boca», había de tragar todos los averiados menjurjes por la boca, «pero despacio para que los paladee».

«Dos minutos después el farmacéutico estaba atado y tenía ya metido en la boca un embudo de hoja de lata, que haciendo oficio de bocina, daba á sus ayes el fatídico sonido de la trompeta del juicio.»

Todo se va haciendo con prontitud diabólica, y en el cuerpo y rostro del supliciado se notan los efectos, ó de la esencia de ira, ó del sublimado de soberbia, ó del jarabe de lujuria, ó del aceite de pereza, ó de los trociscos de gula que se va tragando, mientras que el tirano va sacando de su petaquera y echándose sabrosos dedos de curial.

La venganza seguía su trágico curso, cuando aparece un frasco en cuyo rótulo había algo de *verdad*. «Aquel frasco, dice el satírico escritor, contenía las raspaduras del pellejo de un hipócrita.»

También fueron al embudo.

«¡Sin embargo, ¡qué terrible efecto! Si el desdichado Botero hubiera podido morir, hubiese muerto. Un rugido espantoso salió de sus labios, agitóse en horripilante convulsión, alzóse su vientre hasta agrietar la piel, y... ¡horror!

»La literatura no tiene términos hábiles para expresar lo que allí sucedió. Baste decir que á los pocos momentos después corría por la rebotica el producto más infernal que se había conocido en el laboratorio del averno: la verdad corrompida, adulterada y mezclada con los siete pecados capitales.»

Se había encontrado el infernalmente maravilloso específico.

«—¿Qué es?—preguntaron cien mil diablos, acudiendo como moscas.

»—El espíritu del embrollo, hijos míos, la quintaesencia de la confusión y del enredo, el secreto más admirable que podíamos descubrir para adjudicarnos en poco tiempo la humanidad entera. Recoged, hijos, hasta la última gota.»

Lo hicieron escrupulosamente, y añade sarcásticamente Clavarana: «Era la primera vez que tenían escrúpulos.»

«—¡Al mundo con eso!—gritó Satanás.....— Recorredlo todo; pero muy especialmente los grandes centros llamados de civilización. Las ciencias, las artes, la literatura, la política; que todo lleve su brochazo.»

La primera parte del cuento acaba con blasfemo apóstrofe de Lucifer, y Clavarana se nos ha mostrado excelente pintor, notable satírico,

émulo del autor de *Las Zahurdas de Plutón*.

Moralista acerado, conocedor de sus tiempos, franco corrector de costumbres, competidor en la sobriedad y justeza de la pintura del autor de *El mundo por dentro*, se muestra en la segunda parte.

Baste de ello una escasa muestra:

«En aquel momento Satán, que roncaba tras de la puerta, se despertó al ruido y atisbó por una rendija.

»A sus ojos se presentó un espectáculo *encantador*.

»El mundo, empapado en el nuevo espíritu, había empezado á transformarse de un modo sorprendente. La *moderación*, la *prudencia*, la *transacción*, la *tolerancia* se extendían por doquier: las *exageraciones* se extinguían rápidamente; las *asperas* se suavizaban; ni lo negro era ya negro; ni lo blanco, blanco; hasta la *caridad* (1) había tomado un tinte condescendiente; era tan ñoña que aun al diablo le gustaba. Ya no tenía aquel aspecto ardiente que le daba el amor del *Bien Sumo*; aquel tono intransigente que había hecho marcar con huellas de sangre su paso por la tierra, y que recordaba el dicho del Salvador: *No he venido á poner paz, sino espada*; al contrario, extendiendo los brazos á todos, como romántica meretriz, aspiraba á juntar en amoroso lazo las más opuestas doctrinas; nada de lucha, nada de resistencia, la unión era su símbolo; quería que el lobo y el cordero comiesen juntos, como en las poesías de Virgilio; que la luz y las tinieblas se uniesen para formar el caos; que el bien y el mal se dieran el pico, como los pichones al salir del nido.

(1) Nos referimos á la caridad moderna; á la falsa caridad, que no estriba en el amor de Dios.—(N. del A.)

»El diablo, de puro alegre, no cabía en el pellejo. Dió un gruñido de impaciencia, como el perro que olfatea la caza, y azotándose los flancos con la cola, aplicó de nuevo el ojo á la rendija.

»El negocio iba á las mil maravillas: el mundo venía hacia él á pasos agigantados; la raza de los santos se extinguía por momentos, la idea del martirio iba quedando sólo en la historia; las palabras abnegación, sacrificio, mortificación, sufrimiento, sólo se leían en el Diccionario; la Cruz, aquella antigua Cruz que tantos disgustos le había dado, iba á ser sustituida por un triángulo.»

En la alegría de Satanás cantando el himno de Riego; en la admiración de los diablos saliendo de sus madrigueras, «como arañas en día de lluvia»; en el nuevo terror que del triunfo experimentaron los condenados; en el temor y sentimiento que los buenos tuvieron; hasta en el pesar y dolor que del Corazón divino se apoderó, no deja Clavarana su popular gracejo.

San Francisco de Asís predicando su penitencia; San Luis Gonzaga con los ejemplos de su inocencia; Santo Domingo, San Ignacio de Loyola, enviados con los suyos de refresco, no consiguieron nada, absolutamente nada.

Al cielo, al aviso, á la reprensión, al ejemplo, replicaron ensordecedores los hombres:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Magnífico!—se oyó por todas partes.—Tienen razón; mas ahora bien en *hipótesis, per accidens*, dadas las *circunstancias*, para evitar un *mal mayor*, etc., etc.—Y continuó la farsa y la herejía.»

Conmovido el cielo por las plegarias de los Santos, envía al defensor de la Iglesia, el Arcángel Miguel, quien con su espada de fuego atrae sobre el mundo, en primero y segundo *golpe*, gran *golpe* de castigos, hambres, guerras, pestes, desolaciones y miserias de todas clases, que, convirtiendo á algunos, dejan á otros en su pecado: dejan «á los capitalistas, á los grandes políticos sonrientes, creyéndose seguros».

«Entonces el Arcángel, sonriendo también, alargó la espada, y removiéndola con su acerada punta las ascuas del infierno, sacó clavado en ella y pataleando un diablo rojo y encendido como un pimiento.

»Cogió el Ángel del pescuezo, y alzándolo en lo alto, lo arrojó violentamente sobre la tierra.»

Era el saludable influjo de las consecuencias encarnado en las últimas evoluciones de la revolución: era el anarquismo, el comunismo, el nihilismo!

«La sangre, mezclada con las lágrimas, había formado un misterioso colirio que había curado la ceguera de la humanidad; la verdad y la mentira habían vuelto á separarse, y se distinguían perfectamente; la Cruz brillaba en el cielo más esplendente que nunca, y los hombres, adorándola de rodillas y poniéndola resueltamente sobre su corazón, habían restablecido para siempre el reinado social de Jesucristo.

»—¡Miserable de mí!—exclamó Luzbel mordiendo

los puños.—¡Hasta con mis entrañas pecadoras forma Dios triaca para curar á los elegidos!»

Estos son los humorismos, las filosofías, el estilo de Clavarana en toda su larga vida de apóstol por la pluma, de apóstol literato. No pertenecía al vulgo de los cazadores de aplausos, de los fraseólogos, de los estilistas, de los palabreros: su palabra, su estilo, su frase, su elocución, se amolda al pensamiento y al oyente, y es el alambre que los pone en comunicación. Lleno su pensamiento de Dios, encendido en la meditación el horno ardoroso de su celo y de su caridad, agitado su entendimiento por ideas altas, sanas, sobrenaturales, pedía colores á su meridional fantasía, palabras á sus labios, y mirando siempre al pueblo humilde, á quien hacía su perpetuo auditorio, era el orador, el escritor que soñó la antigüedad: *Vir bonus dicendi peritus*; era el apóstol, el orador que Nuestro Señor Jesucristo pintó en la frase evangélica: *Ex abundantia cordis os loquitur*. El corazón de Clavarana estaba lleno de mucho de lo que llenaba el Corazón de Jesús, y hablaba y escribía de su abundancia.

DRAMAS MODERNOS

- I. LIGERA RESEÑA.—*La Maya*, de Cano.—*El hombre-cito* y *La Noche del Sábado*, de Jacinto Benavente.
- II. D. BENITO PÉREZ GALDÓS, DRAMÁTICO.—*Electra*.—*Alma y Vida*.—*Mariucha*.—*El Abuelo*.—*Bárbara*.
- III. D. JOSÉ ECHEGARAY.—Su teatro comparado con el Teatro antiguo castellano.—Espíritu moral y religioso de su teatro.—Su arte.—*La escalinata de un trono*.—Comedias de Echegaray.—*Á fuerza de arrastrarse*.

los puños.—¡Hasta con mis entrañas pecadoras forma Dios triaca para curar á los elegidos!»

Estos son los humorismos, las filosofías, el estilo de Clavarana en toda su larga vida de apóstol por la pluma, de apóstol literato. No pertenecía al vulgo de los cazadores de aplausos, de los fraseólogos, de los estilistas, de los palabreros: su palabra, su estilo, su frase, su elocución, se amolda al pensamiento y al oyente, y es el alambre que los pone en comunicación. Lleno su pensamiento de Dios, encendido en la meditación el horno ardoroso de su celo y de su caridad, agitado su entendimiento por ideas altas, sanas, sobrenaturales, pedía colores á su meridional fantasía, palabras á sus labios, y mirando siempre al pueblo humilde, á quien hacía su perpetuo auditorio, era el orador, el escritor que soñó la antigüedad: *Vir bonus dicendi peritus*; era el apóstol, el orador que Nuestro Señor Jesucristo pintó en la frase evangélica: *Ex abundantia cordis os loquitur*. El corazón de Clavarana estaba lleno de mucho de lo que llenaba el Corazón de Jesús, y hablaba y escribía de su abundancia.

DRAMAS MODERNOS

- I. LIGERA RESEÑA.—*La Maya*, de Cano.—*El hombre-cito* y *La Noche del Sábado*, de Jacinto Benavente.
- II. D. BENITO PÉREZ GALDÓS, DRAMÁTICO.—*Electra*.—*Alma y Vida*.—*Mariucha*.—*El Abuelo*.—*Bárbara*.
- III. D. JOSÉ ECHEGARAY.—Su teatro comparado con el Teatro antiguo castellano.—Espíritu moral y religioso de su teatro.—Su arte.—*La escalinata de un trono*.—Comedias de Echegaray.—*Á fuerza de arrastrarse*.

Fuente Ovejuna han caído en aquellas manos privilegiadas. *Fuente Ovejuna* fué retirada á los pocos días para retocarla. Finalmente ha quedado para servir de ensayo de aprendices, una cosa así como de barco-escuela.

Tampoco diré nada del género chico. Sigue cada vez más chico; y por eso, y por no hablar de lo que nace muerto y gangrenoso, y cayéndose á pedazos, ni he perdido tiempo leyéndolo, ni haré perderlo á nadie con escribir de él.

El leoncillo, de Cavestany, tenía en su argumento la sentencia de muerte: ¿cómo sostenerse un drama en que el protagonista es de once años, y una figura segunda es Carlos V en su magnífico Ocaso de Yuste? *El vencido* no obtuvo mejor éxito, lo fué desde la primera representación. Lo mismo aconteció á *Carlos Edel*, que no pudo extenderse más de ocho representaciones. Ninguno de éstos se ha impreso. De *La Maya*, escrita por Cano, se dió en *Razón y Fe* un juicio sobradamente extenso, que acababa con estas palabras: «Si el marqués de Villaumbria (protagonista del drama) presenciara por sus ojos su catástrofe, viera el cadáver de su padre, la desolación de su madre, la depredación, el embargo y la ruina cayendo sobre su castillo y solar; su nombre enfangado, su corona arrebatada por un pagaré usurario, y en todo esto y en su debilidad viera el castigo providencial de sus

POBRE ha sido estos años en estrenos la Talla española. No merecen nombrarse los dramones nuevos del teatro Martín, pues ni con los puñales y venenos que han usado, ni con haber extremado la nota progresista, prodigando marselesas é himnos de Riego, han podido alargar su vida: no ha sido más afortunado el Español. Se han estrenado varios, y de varios autores, sin que ninguno haya podido encadenar la fortuna.

No hablo de los arreglos. Yo los comprendo en casos muy contados. A Calderón de la Barca perdono que lo arregle un Adelardo López de Ayala. El creador de *Consuelo* estaba acostumbrado á manejar barrós como el de Pedro Crespo de Zalamea. Tamayo hubiera podido arreglar á Shakespeare: era el creador de Yorick. Pero ni *Reinar después de morir* ni

locuras y un conjunto complejo, no fatal, de actos voluntarios; si aquel joven, decimos, tuviera las cualidades de ese pueblo español á quien simboliza, y aunque débil, fuera generoso, y aunque pecador, magnánimo; entonces, aguijoneado por la vergüenza y la ruina, sacudiría su letargo, se dispondría á cumplir sus deberes, hundiría su frente ante Dios, á quien primero ofendió; pensaría en su ascendencia para imitarla; tendería su mano á Floralia, su ángel bueno; despreciaría y arrojaría de sí los vampiros que le explotaban, y, pobre, pero digno, no tomaría la resolución de sentar plaza para hacer número en un cuartel, sino se lanzaría al camino del honor y del sacrificio, de las grandes empresas, ya políticas, ya guerreras. ¡Oh, si todo esto lo hubiera condensado el autor en *La Maya*, y hubiera sido el eje de su acción! El público, tan paciente este año con los estrenos, no le hubiera regateado su benevolencia, y el drama se hubiera podido hacer lado junto á *La vida es sueño*, ó el *Guillermo Tell*.

Pero Cano anduvo por otros caminos. ¡Mucho sol, mucha gleba, mucho arar, mucha gimnasia, mucho dinero! Por ahí andan los regeneradores baratos. Le ha sucedido lo que á ellos. La frialdad, el desdén, el olvido lo han cubierto.

¡Ni siquiera el odio!

Hoy día la sanción pública ha confirmado el anuncio del crítico literario.

La Maya murió de muerte natural, y del montón de las comedias de repertorio no hay quien la saque.

* * *

Por la celebridad de su autor, Jacinto Benavente, no por la importancia objetiva, ni por la acogida pública, merecen alguna mención dos piezas de las últimamente estrenadas, dos comedias de tesis.

¡Y de qué tesis!

Don Jacinto Benavente empezó por escribir amenas conversaciones de costumbres actuales, engarzadas por una muy diluída acción. Esto tenía su mérito; mas el autor no se contentó con su dorada medianía. Empezó por alusiones irreligiosas, trató después de resolver algún *problema elemental*, y ya decididamente se entra por el álgebra inferior del descoco y la obscenidad.

El hombrecito y *La noche del sábado* lo prueban.

En la primera de estas comedias la protagonista, que da, por su carácter formal, el título de la pieza, abomina casarse con gomosos sin amor, por interés, por infames cálculos. No hay persona que no deba en eso imitarla. Mas por

aquello de que el remedio es peor que la enfermedad, ella se enamora perdidamente de un casado, y á sabiendas de que lo es, se resuelve..... á lo que se resolvería un irracional. He ahí la *tesis*. Tiene esta tesis en su pro que, aunque no es buena, sino escandalosa, tampoco es original: es vulgar en el teatro y en la novela francesa actual, y ahí se ha estado representando la traducción de *El adversario*, cuya tesis es, según dicen, la mismísima.

A *La noche del sábado* llama su autor, creo que por llamarla algo, novela escénica; así pudo llamarla cualquier otra cosa, menos drama, ni original, ni representable, porque es una serie de cuadros moralmente nauseabundos, copiados del francés, en una prosa empedrada de barbarismos y sin más acción que la que puede resultar de muchas acciones malas. Tiene cinco cuadros: no le falta su correspondiente prólogo, que deja atrás aquellos *aegri somnia* de Horacio, porque en el corto trecho de treinta renglones escasos se citan tres versos de Dante, se habla de su Comedia y de los idilios de Teócrito y de las églogas de Virgilio, y de la poesía de Shelley, «creyente en la eterna armonía de la Verdad, del Bien y de la Belleza», y de la amorosa letanía del santo poeta de Asís, y del frío y del infierno, y del mar y del cielo, y de la tierra y de la luz, oleajes, frondas, montañas, y de risotadas de un

mundo nuevo y de deidades, héroes, ninfas, faunos, lobos, pájaros, y del frío del alma y de la noche del sábado. En toda la comedia ó novela, ó lo que sea, no hablan sino 46 personas, que son duques, príncipes, duquesas, princesas, judíos, taberneros, marineros, alguaciles, cirquistas, etc., etc., á quien hay que añadir comparsas de damas, caballeros, artistas de circo, marineros, tziganes, criados, policías, etc., y en las que hay que notar sus caracteres, pues son rusos, judíos, tudescos, italianos, húngaros, franceses en nacionalidad, que en sus costumbres son vagabundos, príncipes, taberneros, sicarios, mozas-modelos, mujeres del partido, rufianes, aristocráticas perdidas, jugadores, estafadores, etc., y á las que no hay que oír hablar, pues se pasan los dos primeros actos ó cuadros en murmuraciones, francachelas, juegos y ociosidades, descubriendo lo que se escondía en sus corrompidos corazones. El desenlace es al mismo tenor: una chiquilla cirquista mata en una taberna á un príncipe de Suabia; la mujer que la engendró la oculta por algún tiempo, hasta que le estorba para otros planes infames; entonces la hace morir; tibio el cadáver de la muchacha, se fuga aquella arpía con otro príncipe. Todo esto sucede como la cosa más natural, porque «en la noche del sábado vuelan las almas brujas, unas hacia sus sueños, otras hacia sus vicios, otras hacia sus

amores, hacia lo que está lejos de nuestra vida y es nuestra vida verdadera».

He aquí la tesis fatalista que da á esta comedia título y unidad.

II

Perdóneme Cervantes; pues siempre que pienso en Pérez Galdós dramaturgo, me acuerdo de él afanado, apurado, contristado, porque no le salían comedias.

Don Benito Pérez Galdós no puede ofenderse de la comparación, que en este caso no es odiosa: las novelas de Galdós son malas, no admiten comparación, ni en el estilo, ni en las ideas con las de Miguel Cervantes; pero su desacierto dramaturgico y su anhelo poético-rentístico de dramatizar, ése, sí, es parecidísimo al anhelo y al desacierto del famosísimo Manco.

Don Benito Pérez Galdós quiere competir con Echegaray: digo que quiere tomar con él la alternativa en el Español.

Desde el estreno de *Electra*, en 1901, don Benito se ha soltado, saliendo á drama por año: *Electra*, *Alma y vida*, *Mariucha*, *El abuelo* y ahora, ahora *Barbara*.

¿No vendrá como anillo al dedo decir, de una vez para siempre, el juicio que nos merece

esa labor dramaturgica, por desgracia tan fecunda como insistente y tan insistente como fecunda; puesto que hablar de su obra novelesca, de su ya larga, tan larga colección de *Episodios nacionales*, serie casi infinita de patrañas liberales con motivo de nombres y de hechos ruidosos del siglo XIX, en forma pesada, descosida y de gruesa labor, sería tarea muy dilatada y digna ella sola de uno ó varios artículos más que medianos?

En fin, que no estará mal hablar del teatro de Galdós.

El éxito de *Electra* se debió á los generosos esfuerzos de los mosqueteros y á los acompañamientos populares de huelgas, gritos, mueras, vivas, pedreas y demás manifestaciones de libertad liberal.

Porque lo que es después.....

Y sufran los lectores que les cuente un sucedido.

Era el propio año de 1901, el del exitazo de *Electra*. *Electra*, auxiliada del que llamó Maura cacicazgo de la publicidad, de los discursos de Salmerón á propósito de la cuestión Ubao, de los motines por las bodas de la Princesa de Asturias (q. e. p. d.) y de todos los demás puntales y ayudas de costa, llegó en el Español hasta la nonagésima representación, ó muy cerca de ella.

Empicado con este señuelo el empresario del

amores, hacia lo que está lejos de nuestra vida y es nuestra vida verdadera».

He aquí la tesis fatalista que da á esta comedia título y unidad.

II

Perdóneme Cervantes; pues siempre que pienso en Pérez Galdós dramaturgo, me acuerdo de él afanado, apurado, contristado, porque no le salían comedias.

Don Benito Pérez Galdós no puede ofenderse de la comparación, que en este caso no es odiosa: las novelas de Galdós son malas, no admiten comparación, ni en el estilo, ni en las ideas con las de Miguel Cervantes; pero su desacierto dramático y su anhelo poético-rentístico de dramatizar, ése, sí, es parecidísimo al anhelo y al desacierto del famosísimo Manco.

Don Benito Pérez Galdós quiere competir con Echegaray: digo que quiere tomar con él la alternativa en el Español.

Desde el estreno de *Electra*, en 1901, don Benito se ha soltado, saliendo á drama por año: *Electra*, *Alma y vida*, *Mariucha*, *El abuelo* y ahora, ahora *Barbara*.

¿No vendrá como anillo al dedo decir, de una vez para siempre, el juicio que nos merece

esa labor dramática, por desgracia tan fecunda como insistente y tan insistente como fecunda; puesto que hablar de su obra novelesca, de su ya larga, tan larga colección de *Episodios nacionales*, serie casi infinita de patrañas liberales con motivo de nombres y de hechos ruidosos del siglo XIX, en forma pesada, descosida y de gruesa labor, sería tarea muy dilatada y digna ella sola de uno ó varios artículos más que medianos?

En fin, que no estará mal hablar del teatro de Galdós.

El éxito de *Electra* se debió á los generosos esfuerzos de los mosqueteros y á los acompañamientos populares de huelgas, gritos, mueras, vivas, pedreas y demás manifestaciones de libertad liberal.

Porque lo que es después.....

Y sufran los lectores que les cuente un sucedido.

Era el propio año de 1901, el del exitazo de *Electra*. *Electra*, auxiliada del que llamó Maura cacicazgo de la publicidad, de los discursos de Salmerón á propósito de la cuestión Ubao, de los motines por las bodas de la Princesa de Asturias (q. e. p. d.) y de todos los demás puntales y ayudas de costa, llegó en el Español hasta la nonagésima representación, ó muy cerca de ella.

Empicado con este señuelo el empresario del

teatro de Novedades, sito en la plaza de la Cebada, calculando que sería un isidrada con novedad, anunció, á són de bombo, con grandes carteles rojos, prometiendo costosísimas decoraciones, la *reprise* de *Electra* para los días 15, 16 y siguientes de Mayo.

Se iba á ver lo que *Electra* daba de sí en la plaza de la Cebada y en días de feria, donde todo cinematógrafo tiene lleno seguro y donde todo titirimundi hace su verdadero agosto.

La *Electra*, en cambio, naufragó.

El buen sentido del sencillo pueblo se sobrepuso y triunfó allí, donde tantos y tantos, pocos meses antes, habían vacilado y caído; y á las pocas noches huyó del cartel el título de una pieza con que se quería escarnecer la piedad y la hidalguía de los forasteros y madrileños de la clase humilde.

No fué más lisonjero el éxito en París.

Aunque aquí debió ser por causas distintas.

Servir *Electra* á los que presenciaban impávidos las tragedias vivas y manando lágrimas y sangre de la ejecución Combes de los decretos Waldeck, era lo mismo que querer leer un idilio de Teócrito á un coro de bacantes, ó querer conmover con el Edipo al pueblo de los circos, ó querer servir anís á los fumadores de opio.

Ello es que París hizo sobre *Electra* una mueca de desdén.

El desvío de Madrid, de España entera, el menosprecio de París, era lo que *Electra*, drama falso, inverosímil, de gastadísimos recursos de diálogo escabroso, de estilo pedregoso y lánguido, había merecido desde su nacer.

* * *

Tras de *Electra* vino *Alma y vida*.

Sírvanos éste para conocer el teatro de Pérez Galdós.

Ab ungue leonem.

Digo mal.

Con mayor razón podríamos decir :

Crimine ab uno

Disce omnes.....

.....Este sujeto

Tenga una acción, mirando que la fábula
De ninguna manera sea episódica.....

Sin protesta alguna consignó este precepto el Fénix de los ingenios. Con razón: Aristóteles lo había tomado de la observación y de la naturaleza; de Aristóteles y del sentido común lo tomó Horacio; heredado de la antigüedad artística, y sentido y practicado por él lo reprodujo Lope, y por innumerables manos transmitido llegó hasta nosotros, salvándose de los delirios de los atrevidos Nifos, de las irrespetuosidades sistemáticas de los románticos y es-

perando salvarse también del hastío de lo viejo que carcome á los modernistas. Porque se habrá dudado alguna vez de lo que por *acción una* se entendía; habrá habido autores, como los nuestros excelentes del siglo de oro, que le habrán otorgado mucha amplitud, y otros que, al modo moratiniano, habrán hecho sinónimas la unidad y la estrechez; habrá habido también mayor ó menor acierto en la ejecución, más la ley quedaba incólume.

Para el completo desarrollo de la acción, para rodearla de colorido y expresión histórica, para suplir á veces el efecto del coro en la tragedia antigua, y, en una palabra, para su verdad é interés sirven mucho los episodios, si están proporcionados á la extensión total del drama y no le restan interés y energía. También en esto practicaron gran libertad nuestros dramáticos, y no debemos abdicarla mientras se mantenga en sus justos límites.

La unidad de acción, adornada de vivos y acomodados episodios y entendida con una prudente holgura, produce panoramas de costumbres y dramas de tan intenso interés como *Fuente Ovejuna*, *La prudencia en la mujer*, *Macbeth* y otros famosísimos en todas las literaturas; la estrechez de criterio en este punto conduce á reputar como lo sumo del arte la comedia galo-clásica de Moratín y de Ventura de la Vega.

No queremos, pues, aplicar las reglas más estrechas á *Alma y vida*; queremos en su examen parecer espléndidos, más bien que escrupulosos. Aun así, nos parece el drama de Galdós muy vulnerable.

Su pensamiento capital se enuncia fácilmente: Laura, la Duquesa de Ruy Díaz, arrastra una vida anémica; Juan Pablo Cienfuegos, en cambio, tiene exuberancia de vida; en su presencia Laura se reanima, como que se galvaniza; mas la reacción no es duradera; aquella existencia es una luz moribunda, y se apaga. Acción es ésta abstracta, que se presta, no cabe duda, al cuadro de un drama. Más ardua empresa ofrecía otra, *la desconfianza, causa de condenación*, y con su talento colosal la supo vencer Tirso de Molina en un drama imperecedero. Para esto escogió hechos determinados, los graduó convenientemente, encarnó el pensamiento abstracto en una acción concreta y así le consiguió dar vida teatral.

¿Qué hizo Pérez Galdós en *Alma y vida*?

En el acto primero se carean una vez Juan Pablo y Laura. Había aquél penetrado en el castillo ducal acompañando, en clase de cómplice, á Reginaldo, un su amigo que intentaba un rapto; cogido infraganti por Monegro, padre de Irene, administrador de la Duquesa y personaje negro del drama, es llevado á presencia de Laura. Los acusadores le culpan de

mil desafueros, con que turbaba los estados de Ruy Díaz: él los confiesa y explica á su modo, y Laura queda presa en las redes de su brío y de aquel derroche de vida. Por tenerlo cerca, más que por rigor, lo manda encerrar en una torre de su propio alcázar.

Otra presentación de Juan Pablo á Laura constituye el acto segundo. La ocasión es como sigue: Juan Pablo continúa preso; Laura se entretiene en ensayar en sus jardines una pastorela, á estilo de Versalles; una amiga suya le sugiere que Juan Pablo se encargue de un papel; por tan ligero motivo, Laura le da libertad temporal; el preso viene, recita sus versos, se declara de repente á Laura; ésta se turba, se entusiasma, se desmaya, vuelve en sí y torna á su postración habitual, como en el acto primero; la libertad de Juan Pablo se trueca en absoluta; éste se despide y cae el telón.

El acto tercero pasa sin verse mutuamente los héroes. Todo él se desarrolla en la vaquería del castillo, donde Laura juega, bebe leche, habla con unos terneros, consulta unas brujas y da para Juan Pablo una carta-cita. Éste anda huyendo de Monegro, y audazmente se esconde en el molino mismo del alcázar, en donde mata ó hiere á varios espías y corchetes del administrador, y de donde sale para prender á éste en la última escena.

El acto cuarto, otra presentación de ambos

protagonistas, originada por la cita, mas sin aportar nada nuevo. Esfuerzo momentáneo, relámpagos de vida, reacción nerviosa, desmayos, desalientos, postración en la Duquesa; frases galantes, protestas de amor en Juan Pablo. El diálogo es turbado por un acontecimiento extraño: á espaldas de Laura y del público se ha tramado una conjuración contra Monegro y ella; ahora estalla y consigue rápido triunfo, y las hordas vencedoras pasan por las ventanas del castillo. Laura percibe el ruido y se inquieta. Juan Pablo le dice, por consolarla, que es la paz y la justicia que rescucita en su pueblo. Tanta es la alegría que Laura recibe, que pide adornarse de sus mejores joyas: lo hace, y entonces se inicia el necesario desfallecimiento. Pérez Galdós, en su providencia teatral, había decretado el fin del drama, y todo lo tenía previsto. La revolución había dado el triunfo á los que debían heredar á Laura, y ésta había hecho ya su testamento en manos de Juan Pablo:

Laura. Cuando yo muera, me coges y con cuidado cariñoso me llevas á tu casa.....

Juan Pablo. Deliráis aún.

Laura. Y me entierras en el jardinito donde jugabas cuando eras niño.....

Juan Pablo. Señora, tened piedad de vos y de mí.

Laura. Sí..... labrarás para mí un sepulcro modesto, rodeado de flores..... y vendrás á sentarte al lado mío.

Con tan inocentes mandas se dispone Laura á morir en paz.

Como se ve por lo dicho, y leyendo el drama se ve más, en esta acción falta movimiento dramático; los acontecimientos no se agrupan y enlazan empujándose para llegar al éxito, infaliblemente, dentro de la ficción dramática, cuando y como debieron llegar. Porque ¿quién no ve que pudo morir Laura en cualquier acto? Nos dice Galdós que él quería haber intercalado un acto entre el tercero y el cuarto. Dada la acción, se pudieron intercalar uno, dos y más, porque si la pastorela y la casa de vacas se unen á la acción sólo para solaz de la valetudinaria Duquesa, pudo muy bien añadirse algún otro episodio de *sport*, como baile, academia, caza de colorines y cetrería, que no hubieran contribuído menos al recreo de la señora.

Las demás escenas no reseñadas se emplean del modo que sigue: en el acto primero, con la captura y detención del preso protagonista; en el segundo, con la preparación de trajes, vestuario de ninfas é incidentes previos á la pastorela, que, llevada con rapidez, hubiera sido un episodio brillante y bien unido con la acción. Oportunamente se interrumpe ésta con la irrupción de los pastores auténticos de Laura, que vienen á pedirle protección: el contraste, la idea que dan de la anarquía rei-

nante en el estado, la intervención de Juan Pablo ligan convenientemente con la acción este episodio, y como es breve y animado, dan interés al final del acto segundo. El tercero es del todo episódico y ligeramente unido á la obra por la carta dada para Juan Pablo y la captura de Monegro, cosas ambas que ocurren en la última escena.

El Sr. Galdós se irrita en su prólogo con los críticos que á raíz del estreno sintieron esta languidez en el desarrollo que ahora señalamos, y les da el consejo siguiente:

«No puedo conformarme con estas monomaniacas exhortaciones á la brevedad en pasajes que no se alargan más que el tiempo preciso para que se diga lo que no debe omitirse, para que se trace el necesario contorno de los caracteres, y se amarren y aseguren los necesarios hilos de la fábula.»

Muy bien; y creemos que no ha sido otra nuestra manera de discurrir.

Y prosigue:

«Demos espacio á la verdad, á la psicología, á la construcción de los caracteres singularmente, á los necesarios pormenores que describen la vida, siempre dentro de límites prudentes, que en el caso de autos no han sido tras-

pasados.»

En estas últimas palabras está toda la dificultad. Por vía de ejemplo, señalaremos un fragmento: el comprendido entre las escenas

primera y sexta del acto primero. En él, como puede verse en el drama cae preso Juan Pablo; se narran sus desmanes; se hace la presentación del tirano Monegro, del borracho D. Guillén, de la complaciente marisabidilla D.^a Teresa y de otros personajes aun más secundarios. Pues bien: todo ello se vuelve á repetir diversas veces en el mismo acto primero y con más vivos colores. Y para no multiplicar ejemplos, aplíquese á todo el drama el criterio de Lope de Vega cuando dice:

Ni que della se pueda quitar miembro
Que del contexto no derribe el todo:

prescídase en la lectura de cuanto se prescindió en la representación y que viene anotado en lo impreso; omítase además cuanto precede á la escena séptima del acto primero; comiéntese á leer el segundo por la undécima; sáltese todo el tercero, y quedará entera la acción, intactos los episodios, completa la psicología de los caracteres, y no sé si habrán de añadirse dos ó tres escenas para la cabal inteligencia del drama.

* * *

¡Y cuán malhumorado se muestra Galdós con los críticos! Que «han andado (al juzgarle) á tropezones, como el ciego que se lanza por

caminos desconocidos»; que «las opiniones de los periodistas, rapidísimas, inciertas, contradictorias, pronunciadas como sentencia ejecutiva», le han impedido «el sufragio favorable de las almas superiores»; que sus juicios han sido «acerbos é injustos»; que han resultado «cháchara discorde y estruendosa», dicha «sin enterarse, sin dar tiempo á la reflexión»; que «se reducen á una descripción informativa con pinceladas literarias», y «tienen que resentirse del uso de recetas sacadas de lecturas superficiales»; que «la prensa no enseña, ni dirige, ni educa en las cosas literarias»; que «testifica y sentencia sin apelación posible, pues una vez pronunciado el fallo se le rodea de silencio»; que «en esas sentencias impera la más absurda tiranía» y el favoritismo, pues «salvo los casos en que por tratarse de un autor de la propia familia, ó que reúna los dos caracteres, de poeta y periodista..... los críticos padecen un lamentable olvido de los vínculos que por la ley moral y literaria les unen al autor, y casos hay, *bien lo ha visto todo el mundo*, en que apoyan al público en su rutinario desdén por todo lo que viene del escenario..... ponen de bulto los errores del poeta con expresión hiperbólica».....

Con este ramillete de frases, que él califica con manifiesta indulgencia de «fórmulas de cordial polémica», descubre el amargado autor

sus desengaños, y acaba por execrar «esos reductos críticos» y opinar que, «previo el salvamento de las personas, hay que quemarlos, y luego no vendrá mal dar al viento sus cenizas».

¿Y por qué? Porque los críticos le censuraron «la variedad de las formas de arte» que él quiso introducir; porque se han mostrado «desabridos y regañones con el que se ha propuesto romper los convencionalismos, acabar con la rutina, *cambiar la tocata*», ser, en una palabra, nuevo.

¡Es tan difícil ser nuevo y ser bueno!

Así, por ejemplo, es nuevo y no parece bueno poner *enamoriscar* por *enamoricar*; decir como si fuera neutro, *formando* en dos alas, por *formados* en dos.....; peinarse *en* un rayo de sol, por peinarse *al* sol; usar en una acotación frase tan crespada como *procede á* peinarla, por usar lisa y llanamente el *empieza á* peinarla, ó la peina.

Novedad es, y de la misma clase, que los caminos *ruedan*: «los caminos ya deshechos de puro *rodados*»; que sea hecho histórico la vulgar ponderación de *clavar un clavo con la cabeza*, «pretendo imitar al aragonés que hincaba los clavos en la pared, haciendo martillo de su propia cabeza»; que el mal sabor de boca tenga una terapéutica muy sencilla, «el cansancio, como el mal sabor de boca, fácilmente hallan lenitivo en la conciencia».....

Y si son estas frases incoherencias aparentes y amaneramientos reales, ¿qué decir de otras que pudieran figurar en un libro de 1700? El endecasílabo en prosa «alma, vida y acento de esta raza», con que exageradamente se llama al teatro en España; el rodeo para decir que Juan Pablo callaba:

«Esfinge del silencio y oráculo de la negación»;

el tiroteo entre él y Laura, al verla prendida y engrifada para su papel de Alcimna:

Juan Pablo. Nunca humanos ojos vieron pastora tan elegante.

Laura. Bien sé yo que en este cañamazo de mi pobre naturaleza no hay arte que pueda bordar la hermosura.

Juan Pablo. La bordan los ojos.....

Pues de la exageración y novedad realista no faltan ejemplos:

Toribia á Laura. ¡Pobre ternera de mi alma!

O aquel otro:

Juan Pablo. Desarmado sabré yo desgarrar con mis uñas y mis dientes tu panza, y beberé todo el vino que corre por tus venas.

Don Guillén. ¡Miserable ratón campesino!.....

Sic itur..... no precisamente

De la inmortalidad el alto asiento,

pero sí á aquel estilo campanudo y modernista de nuestros hermanos latinoamericanos.

Preferentemente quiso Galdós apartarse de lo trivial en la presentación escénica. Aquella obscuridad estudiada al levantarse el telón, aquellos contrastes de luz á raudales en la comitiva de Laura, los detalles de su físico, de sus ojos, de su traje, del capuchón, de las flores, de los lacayos, palafreneros, criados, faroles y todo lo circunstanciado en las acotaciones: el acto segundo, que es el apogeo de la *mise en scène*; estas notas del cuarto: (*Laura, acostada en el canapé, dormida, en actitud mortuoria, como la estatua yacente de un sepulcro*); (*Laura se incorpora lentamente, llevándose ambas manos á la cabeza, siempre en postura de perfil*); (*Le pone la corona; Laura cierra los ojos, queda inmóvil en actitud hierática, la cabeza erguida, los brazos apoyados simétricamente en los brazos del sillón, de cara al público*): todo esto y más que omitimos revela el propósito deliberado del autor de hacer una obra en propiedad, en ambiente histórico, extraordinaria.

El prólogo confirma lo dicho: que fué á París, nos revela Galdós confidencialmente, porque en España no podía satisfacer sus deseos; que revolvió grabados y figurines en el archivo de la Ópera; que consultó al erudito y amable

personal francés; que volvió de allí con diseños, dibujos, moldes, patrones é instrucciones; que después aquí fué secundado por E. Thuillier con celo, con inteligencia, con constancia, con todo cuanto podía desearse; que el estreno fué « un prodigio de elegancia, que buena parte de Madrid ha podido apreciar, y si no la ha visto todo Madrid, él se lo ha perdido. Culpen á los críticos ».

Todo esto nos cuenta el autor, y estamos tan lejos de censurar sus conatos, que recordamos las lujosas apariencias calderonianas, cuyas memorias, firmadas por el colosal dramaturgo, todavía duran y nos admiran. No íbamos entonces por ellas á París..... ¡Tiempos aciagos los inquisitoriales! No le reprendemos su celo al Sr. Pérez Galdós, sólo advertimos que, bien informados, podemos afirmar que mucho, muchísimo de lo que buscaba lo hubiera podido hallar en España, en la Biblioteca Nacional, en el modesto cuanto erudito jefe de la sección de Bellas Artes, nuestro amigo D. Ángel Barcia. No sería el primer triunfo escénico que se debiera á su ilustrado celo y consejos.....

¡Ah, se nos olvidaba..... D. Ángel Barcia es sacerdote!.....

Galdós, decíamos, fué á París, y allí encontró cómo se celebraban en fin de siglo XVIII las pastorelas en Versalles, cosa que él trasladó á tierra de Castilla.

Y al llegar aquí nos tropezamos con otra y más sorprendente *novedad*.

Un viaje y tantas consultas para determinar con certeza que *Liriope* ha de sacar cola y alas y «no tonelete, ni airoso morrión en la cabeza»; y sin viajes ni consultas determina el autor por sí y ante sí que la pastorela no sea de 1780, como finge serlo la acción, sino de un siglo antes, imitada del *Eco* y *Narciso* de Calderón, y que (por si esto parece poco) en 1780 haya todavía *moriscas* en España, y que en pleno absolutismo se conserven en Castilla estados independientes con poder de horca y cuchillo y costumbres feudales ó cosa así, y que para completar el *cuadro histórico* haya mujeres neurópatas, género Ibsen, como lo es *Laura*, y socialistas estilo Pablo Iglesias, como lo es Juan Pablo, y predicación de la justicia libre, de la conciencia libre y del amor libre.....

Será todo eso muy histórico, y muy real, y muy siglo XVIII; mas los pobres obscurantistas creemos ser mucha laxitud poner todo eso en 1780, cuando, ó había con siglos pasado, ó no había aún venido á España; y entre esta anchura y aquellas nimiedades de las alas y la cola versallescas, nos encogemos de hombros y recordamos otros escrúpulos, que decorábamos cuando niños.....

¿Lo comieron?—No, señor;
Era caso de conciencia.

Y lo peor es que todo eso se origina de otro afán de novedad, del fin dramático-filosófico-simbólico que persigue el autor en toda la pieza.

Persecución es ésta que merece capítulo aparte.

* * *

Entramos ahora en un mundo nuevo, donde hay una claridad como la que describió el poeta en las cercanías del Averno:

Ibant obscuri sola sub nocte per umbras,

ó la que hay en las orillas del Támesis en una bruma de Noviembre. Porque Pérez Galdós escribe para cerebros superiores, para los *happy few* que tengan tiempo para descifrarlo: es *simbolista*.

Preciso será decir una palabra sobre la escuela simbolista.

Símbolos en poesía los ha habido siempre, y el lenguaje poético, lleno de metáforas, alegorías é innumerables figuras, ha sido siempre simbólico; la alegoría, como género literario, la fábula y el apólogo ¿qué son? Y símbolos fueron la mayor parte de nuestros autos sacra-

mentales, nacidos, no precisamente de ninguna decadencia, sino en lo sumo de nuestra pujanza literaria y política, en la primera mitad del siglo xvi. Pero hay símbolos y símbolos, y estos de que ahora tratamos son otros.... símbolos.

No es esta poesía del simbolismo moderno española, ni aunque haya venido á España con arreos franceses, tampoco es francesa. Corneille y Racine y Lafontaine se han estremecido en sus tumbas bajo el pie del extranjero. Porque esa poesía, pasando por Bélgica, ha venido de las orillas del Báltico; es en Francia, como en España, exótica, tenebrosa, septentrional, es ibseniana ó tolstoiana ó tchekhoviana.

Sus autores han querido pasar por filósofos, por psicólogos, por sociólogos, por simbólicos, y siempre son desesperados y recónditos. Porque Ibsen en Noruega, y Tolstoi y Tchekhof en Rusia, y Mallarmé y Verlaine en Francia, como sus hermanos los decadentistas alemanes, se creen audaces y no son sino fastidiados y desesperados. Almas gastadas, muertas á toda fe y á todo entusiasmo, se hastían de lo hermoso, de la luz, y buscan, ó el goce brutal, ó la desesperación fatalista, ó la nada en la misma poesía. «Y no digan, escribe un crítico francés (1), que los extranjeros no podemos

(1) Vizc. E.-M. de Vogüé. *Rev. de deux mondes*. (1. Janv., 1902, pág. 212.)

penetrar bien el espíritu de estos poetas; oigan á un escritor ruso: Los héroes de Tolstoi dan materia para pensar, los de Tchekhof, no. En el alma de los *tolstoianos* se trabaja de algún modo, en la de los *tchekhovianos* no hay más que el vacío. La vida vacía, informe, enojosa. El hombre es para el hombre un lobo. Todo lo que le sucede está como compuesto de desechos, restos, sobras accidentales, efímeras, faltas de sentido. Entre los *tchekhovianos* el nihilismo de Tolstoi no es la negación de lo pasado, junta á un deseo enérgico de lo porvenir, no: es una disposición de alma, es el pesimismo, y en la vida es la postración, el abatimiento, la hipnosis bajo la influencia del pesimismo. El lector, aunque rinda tributo al talento de Tchekhof, padece viendo pasar en sus obras una larga procesión de enfermos, semicadáveres y héroes fantasmas.»

He ahí el espíritu de esa poesía boreal, más ó menos acentuada en los diversos escritores y en sus discípulos. Poesía sin fe, sin luz, sin vida: poesía que, como cuentan de algunos bárbaros, aborrece el sol fecundo, hermoso, deslumbrador, y ama la obscuridad de la noche, y á lo más, la luz pálida de los fuegos fatuos.

Para disimular se llaman novadores, descubridores, reformadores; no se rozan con el *ignobile vulgus* que quiere entender lo que lee,

y si les objetan la obscuridad, se envuelven majestuosamente en su toga, se encogen de hombros y desprecian á los vulgares, á los petrificados, á los cerebros inferiores, á los críticos estratificados con rancias preocupaciones.

He ahí la teoría: D. Benito Pérez Galdós nos da la aplicación.

Y primero en el prólogo. Origen del simbolismo:

«En cuanto á la forma del simbolismo tendencioso, que á muchos se les antoja extravagante, diré que nace como espontánea y peregrina flor en los días de mayor desaliento y confusión de los pueblos, y es producto de la tristeza, del desmayo de los espíritus ante el trémendo enigma de su porvenir, cerrado por tenebrosos horizontes.»

Este es el simbolismo exótico y moderno: el español nació en pleno siglo xvi.

Y prosigue Galdós cantando un himno á la ininteligibilidad:

«Respecto á la tan manoseada obscuridad del símbolo, tengo que distinguir dándoles y quitándoles la razón.... No es condición del arte la claridad.... La transparencia no es siempre un elemento de belleza, y á veces ésta se pierde por causa de la completa diafanidad del vaso en que se la quiere encerrar.... En el teatro.... puede lograrse el ideal dejando ver formas vagas, bastante sugestivas para producir una emoción que no se fraccione, sino que se totalice en la masa de espectadores y unifique el sentimiento de todos.... Si sólo al éxito se mira, es acertado pedir claridad; pero el autor está en su derecho negándola.»

En otro lugar del mismo prólogo, da la siguiente razón:

«El símbolo no sería bello, si fuese claro.... Si tal sucediera.... no produciría todo su encanto, privando á los que escuchan.... del íntimo goce de la interpretación personal.»

Por lo que al público se refiere:

«Nunca pensé ganar en este drama el aplauso popular.... Buscaba, sí, el sufragio de las clases superiores, de ese público selecto que aquí tenemos, compuesto de personas extrañas á la profesión literaria, pero de notoria cultura, sin prejuicios, con el cerebro limpio de las estratificaciones de escuela.»

Tras el prólogo, viene el drama.

Mucho hay en él que se resiente de este amaneramiento modernista; el diálogo, el desarrollo ó construcción de los caracteres, los resortes escénicos, efectistas manifiestos, etc. Mas no se puede hablar de todo; digamos algo del núcleo simbolista.

Éste se halla en los tres personajes de Laura, Juan Pablo y Monegro y en la acción. Laura, por las palabras del prólogo, por las acotaciones de la comedia y por los floreos de Juan Pablo, es «la ideal belleza», «alma sin cuerpo», etc.; pero el verla actuar en el drama.... es un desencanto. Resulta una niña que tiene por un mimo que la llamen *becerra*; que para expresar su alegría, por estar bonita, salta y

brinca y palmotea; que acaricia á unos terneros y les habla y les pregunta; que imita ella misma el *me..... me.....* de las ovejas, y sin idea de la justicia ni del pudor, se entusiasma con los delitos de Juan Pablo, y, por último, de cuando en cuando se desmaya. Un carácter que obra así, será lo que se quiera: el de una histérica, el de un tipo ibseniano, el de una tontiloca, pero no el de una duquesa heráldica, no el de una mujer, símbolo del alma, nunca el de la «belleza ideal». Por lo menos, se puede decir de este carácter lo que de otros escritos simbólicos dice un famoso crítico francés, Jules Lemaitre: «Nous nous demandons malgré nous, subsistant la fatalité de notre pauvre cerveau latin: *Mais enfin qu'est ce donc que l'auteur a voulu dire?* et nous ne trouvons pas.» Así nos pasa con el carácter de Laura; lo leemos y nos preguntamos: Pero esta colegiala mal criada, ¿es la ideal belleza?..... ¡No lo comprendemos!

Juan Pablo es el tipo que llama el vizconde E.-M. de Vogüé, el predilecto de los novelistas modernos, *un impulsif*, es decir, un desalmado, sin más ley que su capricho, y, obediéndola, subleva á los campesinos, asalta las eras, las despoja de granos, viola un convento, no repara en qué mujeres le gustan.... Y éste es, según Galdós, el símbolo de la vida; será, sí, el de la vida sin fe, sin ley, sin Dios, de la

vida socialista ó nihilista, de la vida de fiera. Pero á las fieras se las caza.

Monegro quiere ser un tirano y resulta un pobrete. Coge preso á Juan Pablo y no quiere traerlo á presencia de Laura, pero Laura se lo manda y Juan Pablo es traído; quiere después tener en la cárcel á Juan Pablo, Laura no quiere y Juan Pablo no va á la cárcel; no consiente después en que Juan Pablo tenga libertad, mas Laura se la da y Monegro lo sufre; molestado más tarde porque unos pastores han penetrado á la presencia de Laura, manda despejar, Laura se opone y no se despeja; hasta sus corchetes y alguaciles le contrarían y vencen. En fin, que cuando aparece preso y herido, el público piensa que le está bien empleado por mandria. Lo único *desigual* que hay es que Galdós quiere que Monegro sea el tipo del despotismo, de la intransigencia, que tiene secuestrada, sojuzgada, dominada é hipnotizada á la enfermiza duquesa de Ruy Díaz.

Con estos personajes se trama la acción que al principio dejamos bosquejada. Y con estos personajes y aquella acción, ¿qué se simboliza? Unos creyeron, á raíz del estreno, que el movimiento socialista; otros que la ruina de las monarquías; quiénes que la decadencia del clericalismo; quiénes no sabían á qué referirlo, y aun hubo quien negara toda tendencia simbólica. Era «el goce de la interpretación personal».

Mas el autor no se avino con él, y nos da la solución en el prólogo.

«Vaciar, escribe, en moldes dramáticos una abstracción, más bien vago presentimiento, que idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española de algún tiempo acá.»

Eso es lo que Galdós pretende en *Alma y vida*, es decir, traducir en drama el hastío y la desesperación, musa inspiradora del pensamiento eslavo.

«Veía yo, como capital signo, prosigue, para expresar tal sentimiento, el solemne acabar de la España heráldica, llevándose su gloriosa leyenda y el histórico brillo de sus luces declinantes. Veía yo también el pueblo vivo aún.....»

Ya lo sabemos. La neuropática Laura es la España heráldica con sus luces declinantes. Juan Pablo, el disoluto, es el pueblo español, vivo aún..... ¿Y Monegro?

Ese es el símbolo; eso la cosa simbolizada. Y ciertamente que es calumniosa para nuestra España. Ésta siente ansias de regeneración, ¿quién lo duda?, ansia de verdadera vida; el pueblo, el verdadero pueblo tiene mucha vida; tiene, nos atrevemos á decirlo, el verdadero germen de vida. Mas el verdadero pueblo no es, no, un desenfrenado, que no respete ni el templo de Dios, ni la hacienda del rico, ni la autoridad de sus mayores, ni el pudor de la

mujer. ¡No; ese no es el pueblo español! Y si, por desgracia, fuera así, entonces no era capaz de regeneración; entonces era,

Sin trabas, sin freno, libre, en pelo,
El mayor animal que hay en el mundo.

Sobre calumnioso, es inmoral. En *La casa de muñecas*, para elevar el carácter de la perpetua niña *Nora*, proclama Ibsen el divorcio; y para reorganizar al decrépito *Oswaldo* en *Los aparecidos*, aconseja el consorcio más nefando con su misma hermana; de ambos caracteres participa *Laura* en *Alma y vida*: de la puerilidad y de la decrepitud prematura.... Galdós rodea la escena de un ambiente saturado de materialismo; Toribia (Tora) brutalmente desarrollada en lo físico; la continua repetición de la vida campestre, animal; las escenas de la alquería; los excesos de Juan Pablo y aquella explosión francamente sensual de Laura al decirle Irene: *Los hombres no deben querer más que á una*, que responde ella: *No, no; á muchas, á todas*, dejan ver tímidamente expresado un ideal.... ó mejor una cosa tan baja, vil y grosera, que si es símbolo, será símbolo de Pentápolis; la marca de la bestia.

Y para propagar estas ideas, ¿quiere D. Benito Pérez Galdós y proclama la superioridad olímpica del autor sobre el público? ¿Para eso

asienta que el autor es, con respecto al auditorio, «una entidad superior» y que los críticos deben estar incondicionalmente á su lado? ¿Para eso también suplica con vivas voces que el Gobierno tome el Teatro como una dependencia ministerial? ¿Y por eso se querella y lamenta de las damas católicas, del celo de los Prelados, que se esfuerzan en poner un dique á la ola de podredumbre que sube de la escena moderna, y por eso se duele, con aticismo modernista, de que el Teatro está amenazado de muerte por el «cleriguicio imperante»?

No impera ni aun en sus justos límites, y es gran desgracia, el sacerdocio y la moral cristiana; pero después de leer el prólogo de Galdós, se admira uno de que en defensa del amor propio ultrajado ó del éxito de una comedia frustrada se esgrima tanto epíteto contra los causantes presuntos del hecho, y se tenga después el salir á la defensa del honor de España, del orden social, del estado religioso, del prestigio eclesiástico, de la santidad religiosa, como lo hicieron los dignos Prelados y virtuosas damas que se opusieron á la representación de *Juan José* y de *Electra*, por acto digno de burla irreverente, por acto reprehensible de imperante cleriguicio. En tiempos de cleriguicio imperante florecieron Torres Naharro, Tárrega, Pérez de Montalbán, Mirademescua, Valdivielso, Fr. Gabriel Téllez, Frey Lope de

Vega y Calderón de la Barca, y ni murió la escena patria, ni hubo de mendigar modernismos corrosivos de Francia ó de Bélgica, de Rusia ó de Noruega.

• • •

Confieso que más idea dramática, más acción y más interés tiene *Mariucha*. Como comedia es regular, y nada más. María ó Mariucha ve á sus padres en la miseria, y vendiendo blondas y trabajando gana honestamente para sí y para ellos. En su camino se atraviesa un tal León, que después de haberse arruinado con calaveradas, ha ganado su posición en el modesto tráfico de carbonero. Almas que se comprenden y un sacerdote une con el santo vínculo matrimonial. Esta acción será vulgar en folletines y guardillas, pero no es ni artística ni moralmente reprochable.

Mas el Sr. Galdós no se contentó con esto y quiso ser simbólico:

Promete, cuando menos, á los hombres
Paz, dicha, bienestar..... Anuncia, en suma,
Que el bien universal tiene en su pluma,

y la salvación y la regeneración de España, pues esa es *Mariucha*.

Supone Pérez Galdós que en España los pícaros reaccionarios, que son los padres de

Mariucha, aborrecen la industria y el comercio, tienen á menos trabajar, todo lo esperan, con pasividad musulmana, del hado ó del Cielo; viven apegados á sus pergaminos, como á la peña la ostra, y, en cambio, los hombres ilustrados, cuyo símbolo es León, quieren que Mariucha venda blondas y encajes, trafique en cintas y carbón, gane mucho dinero.

Todo esto es tal, que no tiene el demonio de la falsedad por donde dejarlo. Porque ni hay tal partido reaccionario en España, ni su regeneración está en hacerse pura y simplemente una mercachifle. Bueno y santo, y esta es la verdadera doctrina tradicional en España, que se cultive el campo y se beneficien las minas, y se aprovechen los ríos, y haya patria y ejército y marina, y exportación é importación, que no llegará en mucho tiempo todo eso á la marina del Marqués de Santa Cruz, ni á los tercios de Alejandro Farnesio, ni á las fábricas de seda de Talavera, ni al comercio de la Casa de Contratación de Sevilla; bueno y santo que se trabaje al modo antiguo en el telar y en el campo, con la espada, con los cañones y con la pluma; que no se espere todo perezosamente de Dios, ni se aferre nadie á ideas y cosas que, mal nacidas con la Constitución de 1812, no tienen otro porvenir que el descrédito, la corrupción y la muerte; mas es igualmente desatinado creer que las naciones no tienen sino

bolsillo, y no hay en ellas ni moralidad, ni religión, ni espíritu, ni tradiciones, ni historia, y que los ciudadanos se han de convertir en esclavos de la gleba, del carbón y del comercio; y error gravísimo pensar que ese ha sido el camino de medrar de Inglaterra. Inglaterra tuvo su historia: desde Enrique VIII vivió sacudida por guerras de religión y por espantosa anarquía, hasta subir algunos de sus reyes al patíbulo, y si al cabo goza de su hegemonía marítima, fruto es de muchísimas luchas, de muchas trazas diplomáticas, de manejos tal vez reprobables; pero nunca exclusivamente de vender blondas y carbón de piedra.

* * *

Cuentan los periódicos mosqueteros del señor Galdós que su drama *El abuelo* tiene, no la tesis de la bastardía simpática, alabada tantas veces en Roldán, Bernardo, Mudarra y muchos otros, sino la del amor libre y groseramente carnal. Si es así, ya el drama está juzgado, y sería la defensa descocada de ideas que el autor había apuntado antes en *Electra*, en *Alma y vida* y en la misma *Mariucha*.

El abuelo por lo demás, ateniéndonos á lo que las reseñas dijeron, quiso ser un descendiente del *Rey Lear* y se quedó muy lejos, muy lejos, casi en su parodia.

Ni agradó, ni se ha visto impreso y ha sido sepultado en la fosa común de los repertorios.

Barbara va siguiendo las mismas huellas. Las vísperas del estreno mucho anuncio, todo el gastado caudal de elogios al ilustre cerebro del autor (que así se habla ahora); la noche del estreno frialdades significativas; al día siguiente críticas tan glaciales como las de *El Imparcial* y *La Época*, á pesar de confesar ambos que habían aplaudido *barbaramente* en el estreno, aunque no á *Barbara*.

Aquél, queriendo halagar la vanidad pedantesca de sus lectores, apelaba en huecas alusiones á las filosofías de Vico, tan malas en sí como olvidadas por Galdós, y entre elogio y elogio, á cual más vacío de sentido y de sintaxis, añadía estas verdaderas y dulcificadas censuras:

«*Barbara* es un drama de tesis, de ideas, como ahora se dice, simbólico; y, según su calificación de tragicomedia denota, lo cómico y lo trágico van en él mezclados y se dan de la mano, al igual que en la vida.»

¿Qué será eso de *darse de la mano*? ¿Será algo como darse de mojicones?

«De la ponderación, del equilibrio, de la medida (prosigue José de Laserna) de esos diversos elementos, de su perfecta ecuanimidad (¿la de los elementos?) ha de resultar la obra artística. Ni han de impedirse mutuamente, ni el uno ha de absorber al otro. Y no es fácil tarea hinchar este perro.»

(¡Malo!)

«templar esta gaita, á menos de confundir la tragicomedia con el vulgar melodrama.»

(¡Malísimo! ¡Todo augura tempestad!)

«La tesis de *Barbara* es tesis filosófica, con la filosofía de Juan Bautista Vico, y su «ciencia nueva», acaso algo abstrusa y enrevesada.....»

(¡Comprendido!)

«para desenvuelta sumariamente en un drama y poco asequible á la perspicacia objetiva del público de teatro.»

Laserna ha descargado y menudeado bien los palmetazos. Que se trataba de «hinchar un perro», de «templar una gaita»; que «la filosofía de *Barbara*, abstrusa y enrevesada, era poco asequible al público» y á su «perspicacia objetiva». ¡Gran puñado de rosas arrojadas á Galdós desde la tribuna de la prensa.

Nunca mejor cae aquello de ¡qué amigos tienes B.....!

Después de reseñar el argumento, llámese así, de *Barbara*, asegunda el golpe con el ensañamiento que puede ver el paciente lector:

«Lo alto y lo noble de la intención y el pensamiento sobresalen y se escapan en esta obra por fuera de los moldes de la forma escénica.»

No se le ocurrió frase tan pomposa al fa-

moso D. Hermógenes de Moratín en el fracaso de D. Eleuterio Crispín de Andorra, y por eso le quería consolar más modestamente:

«Diré que hay otras peores; diré que si no guarda regla ni conexión consiste en que el autor era un grande hombre: callaré sus defectos.»

Defectos que no calla el crítico de *Barbara*, pues continúa en esta forma:

«Consecuente con su sistema, emplea el autor sus habituales y deliberados procedimientos, más conformes con la lentitud narrativa que con la condensación y las síntesis dramáticas. De eso resulta fatigosa la representación, y por eso y por el predominio de la referencia sobre la acción propiamente dicha, externa ó interna, no alcanzan el interés y la emoción el grado apetecible.»

Nada, que no logró hinchar el perro.

La Época está, si puede ser, más cruel:

«El diálogo de Galdós es enfático, retórico, lleno de mil figuras y tendiendo á menudo á la forma oratoria....»

«El teatro de Galdós está lleno de efectos, á veces innecesarios....»

«La única novedad que encuentro yo en los dramas de Galdós es la lentitud en el procedimiento; la insistencia en repetir las mismas situaciones; el empleo de recursos novelescos, que en el teatro engendran languidez y fatiga. Galdós lejos de buscar nuevos derroteros para el arte, trata de aprovechar los empleados mil veces; si no alcanza en ocasiones el resultado apetecido, no es por falta de intentarlo. Si es novelista en el teatro, es á despecho suyo.»

Después de esto confiesa *El Imparcial*, confiesa *La Época* que el público aplaudió á Pérez Galdós, «aunque no precisamente por *Barbara*, aunque se vieran separados por su disconformidad original».

Después de lo dicho no hay sino pasmarse de la imperturbabilidad de Galdós.

Caen *Doña Perfecta* y sus primeros hermanos en el más absoluto descrédito; y Pérez Galdós presenta á *Electra*.

Falta *Electra* de mosqueteros y amotinados. es retirada del cartel pronto y con daño en Madrid y en París, en España y en el extranjero; y Pérez Galdós repite la suerte con *Alma y vida*.

Hay en todos los periódicos de Madrid perfecta unanimidad en el desahucio de *Alma y vida*, sin valerle ni el prólogo galeato del autor de sus breves días, y Pérez Galdós vuelve al palenque con *Mariucha* de la mano.

Vive pocas noches, cayendo y levantando, *Mariucha*; é impertérrito Pérez Galdós engendra y da á luz *El abuelo*.

El abuelo, por decrepito ó por calavera, tiene que retirarse por el foro; y sin rendirse, Pérez Galdós se expone á los palmetazos y la tigazos de sus amigos con *Barbara*.

¡Autor pasmosamente imperturbable!

¿No os parece, discretos lectores, que á la imperturbabilidad de D. Benito Pérez Galdós

no le falta mucho para andar rayando en aquella que celebró D. Hermógenes en la comedia más famosa del más famoso de los satíricos literarios del pasado siglo?

«Usted es pacato y pusilánime en demasía..... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir..... ¡Oh almas grandes, para quienes los chifidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!»

Pérez Galdós no ha sido todavía chiflado.

Pero á sus oídos deben sonar semejantemente las alabanzas con cortapisas, los aplausos protestados.

Y de esos ¡cuántos y cuántos!

¡Alma grande, alma imperturbable, para quien las alabanzas forzadas son lisonjas, y las protestas arrulladoras alabanzas!

III

El medio premio Nobel y el homenaje que se le ha tributado han hecho tan gran estruendo, que acaso parecería traición callar sobre D. José Echegaray, tanto más cuanto que había de tropezar el curioso lector en las

páginas de este opúsculo con dos palabras sobre *La escalinata de un trono*, y que tienen, por cierto, aunque menos de lo justo, no poco de censura y reprehensión.

Contar las fiestas, extractar los elogios de toda la prensa liberal, anotar los discursos de Silvela, Canalejas, Pérez Galdós, Villaverde, Valera, Moret, Menéndez y Pelayo, el Embajador sueco, etc., ni hace á nuestro caso, ni sería fácil en pocas líneas, ni de mayor utilidad. Por los diarios del 19 y 20 de Marzo estarán enterados los lectores, y los discretos, con sólo leer toda aquella selva de encomios, habrán sabido asignarles su merecido lugar. Además, la prensa católica de la corte, sobre todo *El Siglo Futuro* y *El Correo Español*, alzaron su voz convenientemente y salieron por los fueros de la moral y del buen gusto.

¿Qué es de extrañar, pues, que otros críticos menos prestigiosos, que otros panegiristas más audaces busquen el entronque del teatro eche-garayesco con el de Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca? ¿Qué que haya alguien colocado al ídolo del homenaje por encima de nuestro primer dramaturgo, D. Pedro Calderón de la Barca?

No pueden, sin embargo, subsistir esas hipóboles ante la lectura desapasionada de la obra dramática de Echegaray.

De la obra dramática, digo, y no de algunas

no le falta mucho para andar rayando en aquella que celebró D. Hermógenes en la comedia más famosa del más famoso de los satíricos literarios del pasado siglo?

«Usted es pacato y pusilánime en demasía..... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir..... ¡Oh almas grandes, para quienes los chifidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!»

Pérez Galdós no ha sido todavía chiflado.

Pero á sus oídos deben sonar semejantemente las alabanzas con cortapisas, los aplausos protestados.

Y de esos ¡cuántos y cuántos!

¡Alma grande, alma imperturbable, para quien las alabanzas forzadas son lisonjas, y las protestas arrulladoras alabanzas!

III

El medio premio Nobel y el homenaje que se le ha tributado han hecho tan gran estruendo, que acaso parecería traición callar sobre D. José Echegaray, tanto más cuanto que había de tropezar el curioso lector en las

páginas de este opúsculo con dos palabras sobre *La escalinata de un trono*, y que tienen, por cierto, aunque menos de lo justo, no poco de censura y reprehensión.

Contar las fiestas, extractar los elogios de toda la prensa liberal, anotar los discursos de Silvela, Canalejas, Pérez Galdós, Villaverde, Valera, Moret, Menéndez y Pelayo, el Embajador sueco, etc., ni hace á nuestro caso, ni sería fácil en pocas líneas, ni de mayor utilidad. Por los diarios del 19 y 20 de Marzo estarán enterados los lectores, y los discretos, con sólo leer toda aquella selva de encomios, habrán sabido asignarles su merecido lugar. Además, la prensa católica de la corte, sobre todo *El Siglo Futuro* y *El Correo Español*, alzaron su voz convenientemente y salieron por los fueros de la moral y del buen gusto.

¿Qué es de extrañar, pues, que otros críticos menos prestigiosos, que otros panegiristas más audaces busquen el entronque del teatro echegarayesco con el de Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca? ¿Qué que haya alguien colocado al ídolo del homenaje por encima de nuestro primer dramaturgo, D. Pedro Calderón de la Barca?

No pueden, sin embargo, subsistir esas hipóboles ante la lectura desapasionada de la obra dramática de Echegaray.

De la obra dramática, digo, y no de algunas

comedias sueltas, porque esta es la manera de juzgar á un dramaturgo en esa su labor constante y continua de años y años, en que va poniendo á los ojos y en los corazones de su pueblo héroes y personajes, caracteres nobles ó viles, reprensiones y alabanzas, desengaños y estímulos que forman una doctrina, un mundo de seres, una vida ideal, sí, pero activa é influyente, que los diversos cantos de un largo poema. Hacer otra cosa es caer en la ignorancia de juzgar á Calderón por *El médico de su honra*, á Tirso de Molina por *Don Gil de las Calzas Verdes* y á Lope de Vega por *El cerco de Viena*; eso vale tanto como juzgar á un novelista por un capítulo, á Cervantes, v. gr., por el manteamiento de Sancho Panza.

* * *

La labor dramática del Sr. Echegaray, en su conjunto, tiene más parentesco con la terrorífica de A. Dumas que con la de nuestros áureos dramaturgos, ó, á lo más, se une con la de los románticos españoles de principios del siglo pasado, Larra, Zorrilla, García Gutiérrez; contempla la vida dramática de nuestro gran siglo por aquellas noticias diminutas y falseadas que entonces se tenían de ella; pero de ningún modo por la noticia amplia y verdadera que hoy día tienen los que no se han contentado

con unos cuantos títulos y han penetrado algo en los viejos tesoros dramáticos.

Porque aunque es cierto que un resorte trágico usado por nuestros autores fué el de la satisfacción del honor hasta llegar á la cruel y sangrienta venganza, como en *El médico de su honra*, *A secreto agravio*; pero de ningún modo eso es el único, el solo, el exclusivo resorte, sino que Calderón y Lope de Vega, de quien Calderón los tomó, los ponen como casos monstruosos de exaltación moral, disculpables, acaso, por la cegadora pasión, pero raros en la vida ordinaria; y tienen buen cuidado en notar que toman sus argumentos de hechos históricos, de cuya canonización se abstienen. Otras veces ésta ó parecida venganza, está ejecutada por una autoridad social que, más ó menos extrema su jurisdicción, como en *Fuente Ovejuna*, por ejemplo, de Lope, y en su famoso *Alcalde de Zalamea*, de Lope y de Calderón, casos ambos ó putativamente históricos ó históricos de verdad.

Pero, vuelvo á repetir, que estos dramas, que constituyeron lo típico y característico de nuestro Teatro, allá por los años 1830, cuando empezaron á estudiarse en España nuestros clásicos por escasísimas pruebas y á través de los dramones de Schiller y de Dumas, no son ni todo nuestro Teatro, ni su constitutivo, ni aun lo general en él.

Nuestro gran Teatro, sintéticamente mirado, no puede prescindir ni del género sagrado, ni del género histórico, ni del género épico que constituyen más de una mitad de él, como es buen testimonio Calderón, cuyo caudal de unas 200 piezas contiene más de 100 sagradas y buen número de heroicas. Y en estos géneros y en el de costumbres, huye tanto de esos terribles casos patológicos que es en él habitual (y como defecto se lo censuran los críticos de la manera de Shakespeare, Schiller y Dumas), el que se suele aguar la pasión trágica con algunos chistes que no permitan el terror en los espectadores; huye tanto, repito, de este terror, que Enke dijo, y repitió Grillpartzer, «ser el drama español un juego, á diferencia del alemán que era una realidad; que así como éste tendía á su fin y era como una casa, el nuestro buscaba deleitar y era como ameno jardín bajo azul cielo meridional».

Pues bien: ¿qué tiene que ver con este jardín, ni con este cielo? ¿qué entronque genealógico tienen con Pedro Crespo, el príncipe Segismundo, Enrico y Paulo, Tello de Meneses, Peribáñez, sin llegar á San Francisco, San Diego, Santa Teresa, ni menos al Niño Pastor, al Esposo de los Cantares, al Rey de la Eucaristía? ¿qué entronque genealógico, digo, tienen las figuras del mundo teatral echegarayesco?

El Walter desesperado de *La muerte en los labios*; el D. Julián, maldiciente y bañando con puñados de su sangre á Ernesto, llegado ya al paroxismo del crimen en *El gran Galeoto*; aquella Pura y aquel Severiano, padres sin entrañas que olvidan á su hija con el mayor fariseísmo en *Los rígidos*; D.^a Ángela, aquella esposa que envía á un manicomio á su esposo por un puñado de cuartos en *Ó locura ó santidad*; el Gonzalo frenético y delirante, bajo la murmuración que le envuelve, en *La realidad y el delirio*; la furia de la celosa Matilde de *Mancha que limpia*, que sacia su puñal en su rival y en sí misma; el Ricardo que, moribundo, estrangula á D. Álvaro en *Vida alegre y muerte triste*; la falange de suicidas, homicidas, vengativos, malos hijos, malas esposas, malos reyes, muchedumbres sedientas de cieno, de lágrimas y de sangre: todo este pueblo moviéndose entre desafíos, envenenamientos, alevosías, pestes, felonías, hambres, suicidios, parricidios, muertes, obscuridades,

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males.....,

y siempre bajo un cielo de plomo, de injusticia social, de desorden público, de olvido de los deberes, de venganzas por propia mano, dan al teatro echegarayesco, no el aspecto del jardín español, sino el de un bosque primitivo

habitado por salvajes, cuando no por fieras venenosas y sanguinarias.

Si nuestra sociedad ha percibido en tales representaciones deleite, habrá sido el tantas veces abominado de la sobreexcitación nerviosa con horribles revulsivos y potentes corrientes de electricidad.

* * *

Otra consideración hay acerca de este teatro, así en general considerado: el aspecto moral.

Y dicho sea de una vez, no lo tengo por gravemente lúbrico. Las ocasiones y situaciones amorosas, aunque sean adulterinas, están presentadas con tanta sequedad, y si son malas con tal horror, que apenas si pueden excitar las concupiscencias y los afectos muelles del amor.

Pero esto no quita que sea en lo demás verdaderamente inmoral.

Como todo él gira en una órbita de sangre y lágrimas, esta sangre y estas lágrimas se derraman con frecuencia por una venganza calculada, fría y alabada por el autor: muchas veces el protagonista es el que mide y justifica esta venganza: por ejemplo, en *Los rígidos*, en *Mancha que limpia*, en *Lo sublime en lo vulgar*.

Además, el teatro de Echegaray es naturalista. Este naturalismo por todo él circula y

naturalmente lo invade. Sólo me acuerdo de una comedia, *Algunas veces aquí*, donde el cielo premia la buena acción de Rafael, y que se termina con frases consoladoras y casi cristianas:

«Las buenas acciones, hijo mío, hallan su recompensa algunas veces aquí.»

A lo que el protagonista y buen hijo Rafael contesta:

«Bien dice usted, algunas veces aquí....., pero siempre, siempre allá.»

Esto es lo más espiritualista de teatro tan fecundo. Lo demás da espanto pensarlo; los desenlaces suelen estar vaciados en una misma turquesa: la de las venganzas inevitables, maldiciones irresistibles, ó á lo más, besos y caricias espantables.

Véase, por todos, el del drama *En el pilar y en la cruz*.

«Margarita muerta al pie de la cruz. Á su lado Gonzalo (su matador). Á la derecha, al pie de la escalinata, Salazar y Fabricio que desnudan las espadas.....»

Gonzalo desenvaina la espada, después presenta con trágico impudor el pecho, concluyendo el drama con estos versos desesperados:

Vuestro soy, humanas fieras;
Venid á mí, que os espero:
No tembléis, rompí mi acero.
Y ahora, muerto, cuando quieras.

¡Cuando quieras! Que la luz
Ya del sol no ha de mirar
Quien la vendió en el pilar
Y quien la mató en la cruz.

De estas «fieras humanas» están rebotando las selvas de Echegaray.

Otras veces en este delirio pasional, naturalista, es el hombre que, rendido por la maledicencia, acusa á ésta como causa principal ó única de su delito:

¡Nadie se acerque á esta mujer! ¡Es mfa!
Lo quiso el mundo: yo su fallo acepto.

SEVERO

¡Al fin infame!

PEPITO

¡Miserable!

ERNESTO

Todo,

¡Y ahora tenéis razón! ¡Ahora confieso!
¿Queréis pasión? Pues bien, ¡pasión, delirio!
¿Queréis amor? Pues bien, ¡amor inmenso!
¿Queréis aun más? Pues más, ¡si no me espanto!
¡Vosotros á inventar! ¡Yo á recogerlo!

.....
¡Adiós! Me pertenece. ¡Que en su día
Á vosotros y á mí nos juzgue el cielo! (1)

* * *

(1) El gran Galeoto.

Ha habido quien ha dicho que Echegaray no es en su dramaturgia enemigo del catolicismo, y que desde que dejó de ser político militante no ha vuelto á decir nada contra las ideas religiosas (católicas, se querrá significar), para lo cual se aduce como testimonio que «en *La muerte en los labios* hay un tipo intransigente y fanático encarnado, de acuerdo con la verdad histórica, en un furibundo calvinista».

Mas ¡ay! es el caso que no es verdad tanta belleza.

Bastaría el sistemático naturalismo de Echegaray para hacer á sus obras reprobables é inmorales, aunque abiertamente no hablara contra la religión católica.

Por desgracia, ni aun esto es así.

El orador progresista de la trenza incombustible se encuentra desconchando un poco el perseverante y fecundo dramaturgo.

El protagonista *D. Lorenzo de Ó locura ó santidad*, el hombre justo é intachable, el mártir de las codicias de su mujer y de los suyos, que va á un manicomio por querer restituir el apellido y la hacienda no suyos, este héroe es un librepensador, y tan libre, que de él se traza la siguiente silueta. Su hija nos dice:

«¡Este es el despacho de mi padre! ¡Esos son sus libros! Newton, Kant, Hegel, Humboldt, Shakespeare, Lagrange, Platón, Santo Tomás.....»

Don Lorenzo es un filósofo; pero ¡con qué filosofías!

Oigámosle meditar sobre el *Quijote*:

«El que no oyera más que la voz del deber al marchar por la vida; el que en cada instante, dominando sus pasiones, acallando sus afectos, sin más norte que la justicia, ni más forma que la verdad, á la verdad y á la justicia acomodase todos sus actos, y con sacrilega ambición quisiera ser perfecto como el Dios de los cielos..., ése ¡qué ser tan extraño sería en toda sociedad humana!»

Toda esa fraseología *de la forma* de la verdad, y esa blasfemia de la *sacrilega ambición* de querer ser perfectos *sicut et Pater vester*, no es cristiano católico, y el autor, por boca del protagonista, á quien también da sus puntas y ribetes de materialista, nos asigna sus fuentes.

«Lecturas del *Don Quijote*, que se me suben á la cabeza y allá se mezclan con otras modernas filosofías que andan vagando, como diría mi empedernido doctor, por las celdillas de la substancia gris.

»TOMÁS. Como diría todo el que quisiera decir algo puesto en razón.»

Se podrá objetar ser este drama de 1877, y *La Muerte en los labios* de 1880. Quizá en ese trienio se convertiría.

En 1884 escribía *La peste de Otranto*. Allí anda muy descarada y cuelliarguida la misma doctrina del discurso de la trenza incombusti-

ble. Los populares, los sacerdotes, los grandes, los aristócratas, los valerosos cruzados de Godofredo que hay en Otranto, persiguen, acosan, hieren, desgarran á un anciano cuyo cuerpo contagiado amenaza llenar de peste la ciudad, y llegan hasta el extremo de que, refugiado el enfermo contagioso en la iglesia, la hacen arder, le abrasan vivo. El argumento es disparatado: es absurdo.

Pero más absurdas son las circunstancias: los que así persiguen al leproso aquél son personas fanáticas, piadosas, religiosísimas. Mas ¿para qué detenernos? Es un drama simbólico. La lepra aquella es el *veneno de las logias*, es el influjo de Satanás, es la herejía: el remedio del fuego es «para salvar su alma» á costa de su cuerpo; para salvar á Otranto arrojando al fuego un miembro podrido.

Todo este impío simbolismo está esparcido por todo el absurdo drama; pero bien se trasluce, y ciego será quien no vea por tela de cedazo, en estos versos, donde se decide aplicar el fuego al infeliz leproso:

—Sin descuidar por eso las hogueras,
Las vivas llamas y las lenguas rojas.
¿No es Satán quien nos manda de la peste
La turbia levadura venenosa?
Pues al fuego infernal, ¡fuego del cielo!
Yo encenderé la pira abrasadora,
(Al sacerdote.)

Tú la bendices: y el brasero es santo,

Y si sacar pretende la ponzoña
El ángel de la noche, allí le tuestan
Sus negros brazos y sus garras corvas.

Esto lo dice Rodolfo, el barón del feudo, el
brazo secular, y corroborando sus aserciones
tercia Martín, monje, el brazo eclesiástico, y
añade:

¿Pues sabéis vosotros

Cuál filtro se contiene en las redomas,
Que arroja Lucifer en las corrientes
De linfa pura, que sedientas bocas
Han de apurar después, ó qué reparte
De los endemoniados en las logias?

ADRIÁN

Y ¿quién lo dijo?

MARTÍN

Los que el alma vendieron, que aprisiona
En sus uñas Luzbel; los que, cazados,
Cual en la trampa el lobo, en la mazmorra,
Por hechiceros, brujos y judíos,
Pudren su cuerpo y su impotencia lloran;
Los que, al romper sus fibras el tormento,
Dejaron escapar la verdad toda.....

En 1887 escribía sus *Dos fanatismos*, ó,
como primero pensó en titularlo, *Un neo y un
ateo*, título suprimido exclusivamente por so-
norida y buen gusto.

Ya se sabe lo que llaman *neo* los liberales,
hoy lo llaman clerical, y si no se supiera, Eche-
garay lo dice al que quiera leer la presentación
de sus personajes:

«—¡Yo también tengo miedo! Miedo, esa es la pa-
labra.

»—¡Y motivo hay! Cuando choquen de frente D. Lo-
renzo Cienfuegos y D. Martín Pedregal, ¡vaya un cho-
que! ¡Ni un exprés contra otro exprés, y en sentido con-
trario! El uno con sus ideas místicas, su inflexible orto-
doxia y su carácter duro; el otro con sus ideas modernas,
su total carencia de fe religiosa y su indomable carácter.
No hay más, querida Angustias; un cruzado de Godo-
fredo contra un minero de California; un rezagado del
mundo que pasó, con la tajante espada en una mano y el
estandarte de la Cruz en la otra, y un aventurero del
mundo que llega blandiendo el martillo *explorador* y le-
vantando como nueva insignia del moderno ejército la
rica pepita de oro.»

Esta es la pintura de los dos luchadores. El
conflicto se adivina: los hijos de estos padres
se aman, y la oposición de las ideas religiosas,
no de los amantes sino de los padres, es el
muro que imposibilita el amor. No es ocasión
de seguir á Echegaray en las burlas sacrílegas
á las cofradías, al amor del claustro, de la cas-
tidad, á la oración, etc., con que llena los diá-
logos de su obra, que á ratos puede competir
con *Gloria*, de Pérez Galdós, y aun con *Elec-
tra*; pero no se puede omitir indicar que al
final el padre impío, materialista, ateo, cede
ante el amor de sus hijos; mas el católico, el
cruzado de Godofredo, D. Lorenzo, no, y, en
su vértigo religioso, confunde con su maldi-
ción á su hija, produciéndole así la muerte.
¡Qué patético y qué moral desenlace!

No se olvide la fecha: 1887.

Después, en 1898, se estrenaba el *Hombre negro*, «tipo con algo de sacerdotal», enemigo del amor sensual, una especie de esbozo y tímido preñuncio del Pantója galdosino.

En 1905 ha publicado *A fuerza de arrastrarse*, donde los *beatos* son también objeto de una corta invectiva semiluterana, que más adelante vendrá como en propio sitio.

* * *

Dichas estas ideas generales, resta copiar el análisis publicado en *Razón y Fe* acerca de *La escalinata de un trono*. Un poco acentuadas están en el tal drama todas las propiedades de sus demás hermanos literarios. Por otro lado, los estrenos trágicos de estos cinco últimos años no le han superado en perfección, porque *El loco Dios* flaquea por su base; esto es, por su idea generadora, y desagrada sumamente el que un varón como Gabriel, dotado de las excelsas cualidades que en el acto primero revela, resulte después un furioso digno de una camisa de fuerza; y que Fuensanta se enamore de él y se case con él ya loco, no es sólo desagrado lo que produce, y, por fin, es más que desagrado y más que aborrecimiento el ver que la turba de reptiles interesados que en el

primer acto se burlaban del protagonista, resulten teniendo razón y triunfando.

Poco placer estético se percibe en drama hecho únicamente por el gustazo del cuadro final, por la satisfacción de ver arder la escena y á Fuensanta y Gabriel abrasados entre oleadas de fuego: de fuego teatral, por supuesto.

Malas herencias pertenece al repertorio común en Echegaray: odios, venganzas, rencores entre los padres; amor, pasión entre los infelices hijos, y conflictos y sangre á más y mejor.

La desequilibrada fué también recibida con frialdad por el público de la corte, y se retiró pronto del cartel del Español. Era natural: mucho desequilibrio es el que hay en ella y poco argumento. Las situaciones, de puro violentas, frías.

La escalinata de un trono, pues, es un drama muy trágico, como que los protagonistas (que son, naturalmente, el primer galán y la primera dama) al fin del tercer acto, atados de pies y manos, son echados al mar desde lo alto de una muralla; el barba, previamente, había sido sacrificado.

La comedia hubo de ser de gran espectáculo, como las inolvidables de Comella: en la primera escena sale «muchacha, muchas más caras, damas y caballeros, etc., etc.»; después hay carceleros, y tiranos, y verdugos, y corchetes, y esbirros, y soplones, y rufianes, y se-

pultureros, y mendigos, y conserjes, y trabajadores, y borrachos; y todo esto sin contar con los personajes de primera línea, el Tirano de Pisa y sus dos víctimas Teodora y Roger; ni con la procesión final de «pajes, reyes de armas, el Gonfalonero de Pisa, portaestandartes, esbirros, soldados de la señoría, mercenarios (no frailes, sino, como explica el autor, *condottieri*, que estaban al servicio de las repúblicas italianas) cubiertos de hierro; muchas damas, muchos patricios, la servidumbre de la casa del Tirano, cortesanos, sabios ó humanistas, etcétera, etc.» Y para final «gente del pueblo, mujeres, hombres, chicos, soldados, algún clérigo, etc.», y allá en el cielo «el sol lloviendo fuego.....» El remate, conclusión y coronamiento de tal y tan abigarrada comitiva es el pobre Roger, el protagonista, que cayendo y levantando, chorreando sangre, perdido de lodo, viene á pasar por delante de la escalinata, ¡de la fatídica *escalinata del trono!*

Y ¿por qué? Este es el argumento, aunque la comedia parece que se empezó por la última escena, como las redondillas, que se empiezan por el último verso. Por eso también está llena de ripios. La acción, pues, es trivial. Roger y Teodora eran amantes, mas el pícaro Tirano había puesto los ojos en Teodora. Para quitársela á Roger determina decirle al pobre mozo que sus padres fueron carceleros de la famosa

torre pisana, y eso al tiempo de morir allí el Conde Ugolino. (Echegaray piensa que el Dante es en España tan conocido como *El Imparcial*.) Roger, claro está, no lo cree. El Tirano le enseña en el camposanto la sepultura afrentosa de sus padres. El infeliz mancebo se ofusca, saca la espada y..... ¡eso era lo que buscaba el Tirano! Le condena á ser precipitado por la muralla, llevándole al suplicio en aquella infamante procesión. Para atormentarlo más, dispone el Tirano un trono cubierto de rojo, adonde él, dando á Teodora la mano, ha de recibir la postrera humillación de Roger. El Tirano no contaba con el desenlace trágico. Teodora, sí, llevaba prevenido un cuchillo, que concluye al Tirano de una estocada, y ella baja la fatal escalinata para caer en brazos de Roger.

Lo natural sería que el pueblo, al verse libre del Tirano, aclamara á su libertadora; pero ¡ca! lo que hace es aullar, arremolinarse, caer sobre Teodora y Roger, maniatarlos y disponerse á despedirlos por la muralla.

«Se ve como la plebe los arroja por encima de las murallas. Confusión, gritería terrible hasta que cae el telón.»

Tal fué el primer deseo del dramaturgo insaciable de efectismos violentos; mas se arrepintió, y como quien perdona el bollo por el coscorrón, acota en seguida:

«En vez de hacer la escena de este modo, pueden quedar en primer término (Roger y Teodora), para que se les oiga, y acabe el drama mientras los atan. Esto es más práctico y más rápido.»

Y de mejor gusto.

En suma: este drama no interesa por la acción, ni por los caracteres, ni por la versificación; no tiene verdadero interés dramático; puede deslumbrar por el espectáculo puramente teatral, por algo así como si fuera una grande y terrible pantomima.

Por dicha, *La escalinata* ésta no nos sube á ninguna tesis.

* * *

Otra fase de la obra escénica de Echegaray es la cómica.

Tiene algunas, pocas, comedias, que á mí me gustan más que sus dramas y, sobre todo, que sus tragedias. Diríase que había para esto recibido más dones de Dios. Son pocas, digo, y tal vez solamente: *Un crítico incipiente*, *El libro talonario*, *Comedia sin desenlace*, *Sic vos non vobis* y ahora, por último, *A fuerza de arrastrarse*. No sé si se me olvida alguna.

Es *A fuerza de arrastrarse* una sátira intensa de costumbres contemporáneas: no produce placer estético templado y artístico, no:

produce el placer natural que debía experimentarse viendo pasear por las calles, bajo la penca del verdugo, al rufián y al ratero.

A fuerza de arrastrarse es comedia realista, y Plácido, su héroe, no es el alma débil que cede á un halago, que, á su pesar y entre bascas, le va envenenando, doblegando, corrompiendo, matando, no; es la babosa moral, cínica y osada que ve su rebajamiento como único medio de engrandecerse, y lo afronta, y lo ejerce, y lo logra. Vende á un usurero el retrato de su madre, vende á un estólido su pluma y sus alabanzas, vende el amigo, vende su amor honrado, vende su corazón á una neurótica y liviana y se vende todo con la mentira y el chantaje. Á su alrededor, está un marqués rico y estúpido, su hija; chiquilla coqueta y antojadiza, y otras figuras no menos asquerosas, aunque más secundarias. Como contraste, pero muy débil, muy en la sombra, están los hermanos Blanca y Javier, que acompañan á Plácido en sus primeros pasos; pero que, asqueados, se retiran, y al fin caen como llovidos con una fortunita debida al trabajo y la honradez.

No es este último trabajo de Echegaray una pieza idealista, como *Verdades amargas*, del hoy olvidado Eguílaz, no. Allí está D. Félix y Margarita representando la honradez inflexible, y Luis es víctima de sí mismo, y sus lágrimas

mas finales están bien preparadas. Aquí, no: Plácido, por cálculo, se revuelca, se arrastra por el lodo. Al fin parece que, hartó de arrastrarse y previendo que ya irremisiblemente tendrá que seguir arrastrándose, estalla en imprecaciones y en un profundo y amargo desprecio de sí mismo.

Pero nada más.

Como se ve, Echegaray pone el dedo en una llaga social, especialmente cuidada por el liberalismo triunfante, que pretende la rebajación de los caracteres; pero no pone la mano en ella ni la ahonda.

Cuando su protagonista exclama furioso, contra Blanca y Javier:

«¡Qué cándidos sois! ¿Creéis que soy el único ejemplar de mi clase en la comedia humana? ¿Imagináis que no se representan en el mundo miles y miles de farsas más repugnantes, más infames, más grotestas que esta farsa que yo represento.....»

¡Qué aplicaciones podía haber hecho el autor, si se hubiera llenado de ideas superiores, de ideas cristianas, de ideas católicas!

Las aplicaciones, en cambio, de la comedia son incompletas, son diminutas, son quizá, quizá impías.

«—¿Y esa adulación constante, rastrera, que te está manchando, Plácido?

»—¡La adulación es el arma más poderosa y el arma

más universal! Adula el que requiere de amores á la mujer á quien no ama, y aunque la ame; adula el que va á pedir un favor, y la humanidad se pasa la vida pidiendo favores; adula el humilde al poderoso y el cortesano al monarca; y los emperadores adulan á los pueblos, y los generales á sus soldados para que se dejen matar; ¡y cuántos que alardean de piadosos adulan, impíos, á su Dios para que les conceda un rinconcito del cielo! ¡Ah, si Dios no tuviera cielos que repartir, cuántos beatos menos habría!»

Eso último no es verdad: ni á Dios se adula, ni el amor del cielo es comparable con las baboserías del arrastrarse; eso es doctrina que, si no está dicha en un brote de pasión del protagonista, es errónea y heterodoxa; es dogma protestante.

En cambio, ¡á qué alteza no hubiera elevado el autor su sátira social fustigando sin piedad, no á la vulgar babosa, sino al joven de talento, de carácter, de corazón, á quien el aplauso, el medro, los puestos, las glorias, la revolución boyante y dominadora va arrancando sus ideas, sus convicciones, sus amores, su religión, su conciencia, su alma! ¡Y qué grandeza no hubiera hallado en los eternos vencedores del *Haec omnia tibi dabo*, que prefieren el ostracismo, la miseria, la muerte lenta, á doblegarse, á prosternarse, á prostituirse! Nobilísimos ejemplos le hubiera ofrecido la Iglesia católica en sus anales, no ya en las batallas de las Catacumbas, sino en las dadas contra el protes-

tantismo en Inglaterra, contra el Terror en Francia. ¿Qué digo? Hoy día, hoy mismo, las delaciones masónicas en el ejército de la tercera república presentan altísimos ejemplos, que, si menos pomposamente, no menos dolorosamente, reproduce también la revolución en nuestra patria.

Claro está que para D. José Echegaray estaban cegadas estas fuentes.

Diminuto y todo el cuadro que trazó, con los defectos de disposición que le hemos señalado, con no poner sino el dedo meñique en la llaga social, todavía pareció demasiado moral á Laserna en *El Imparcial*, y debió parecer peor á sus congéneres de la prensa, porque ni con ocasión del bombeado homenaje han consagrado un solo elogio á esta comedia, una de las pocas serenas y juiciosas de D. José Echegaray.

El público madrileño debió ser de la misma opinión.

Electra, la insoportable *Electra*, obtuvo casi un centenar de representaciones sin intervalos ni interrupciones; *A fuerza de arrastrarse*, ni con los reclamos del homenaje ha podido tirar hasta cuarenta.

Y eso con intervalos.

Tal vez sea su mayor alabanza.

¿Habría muchos en el auditorio que se verían retratados?

VERSOS Y POESÍAS

- I. DIVAGACIONES Y ALGUNOS VERSOS.—*Alfredo García.*—*Marcos Zapata.*—*Vital Aza.*
- II. D. ANTONIO DE ZAVAS.—Generalidades acerca de los parnasianos.—*Joyeles bizantinos.*—*Retratos antiguos.*—*Paisajes.*—*Noches blancas.*
- III. GABRIEL Y GALAN.—El hombre.—Sus poetas.—Su ascendencia y genealogía poética.—*El Cristo de Velázquez.*

tantismo en Inglaterra, contra el Terror en Francia. ¿Qué digo? Hoy día, hoy mismo, las delaciones masónicas en el ejército de la tercera república presentan altísimos ejemplos, que, si menos pomposamente, no menos dolorosamente, reproduce también la revolución en nuestra patria.

Claro está que para D. José Echegaray estaban cegadas estas fuentes.

Diminuto y todo el cuadro que trazó, con los defectos de disposición que le hemos señalado, con no poner sino el dedo meñique en la llaga social, todavía pareció demasiado moral á Laserna en *El Imparcial*, y debió parecer peor á sus congéneres de la prensa, porque ni con ocasión del bombeado homenaje han consagrado un solo elogio á esta comedia, una de las pocas serenas y juiciosas de D. José Echegaray.

El público madrileño debió ser de la misma opinión.

Electra, la insoportable *Electra*, obtuvo casi un centenar de representaciones sin intervalos ni interrupciones; *A fuerza de arrastrarse*, ni con los reclamos del homenaje ha podido tirar hasta cuarenta.

Y eso con intervalos.

Tal vez sea su mayor alabanza.

¿Habría muchos en el auditorio que se verían retratados?

VERSOS Y POESÍAS

- I. DIVAGACIONES Y ALGUNOS VERSOS.—*Alfredo García.*—*Marcos Zapata.*—*Vital Aza.*
- II. D. ANTONIO DE ZAVAS.—Generalidades acerca de los parnasianos.—*Joyeles bizantinos.*—*Retratos antiguos.*—*Paisajes.*—*Noches blancas.*
- III. GABRIEL Y GALAN.—El hombre.—Sus poetas.—Su ascendencia y genealogía poética.—*El Cristo de Velázquez.*

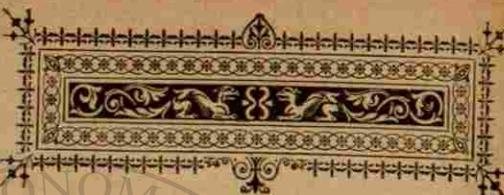
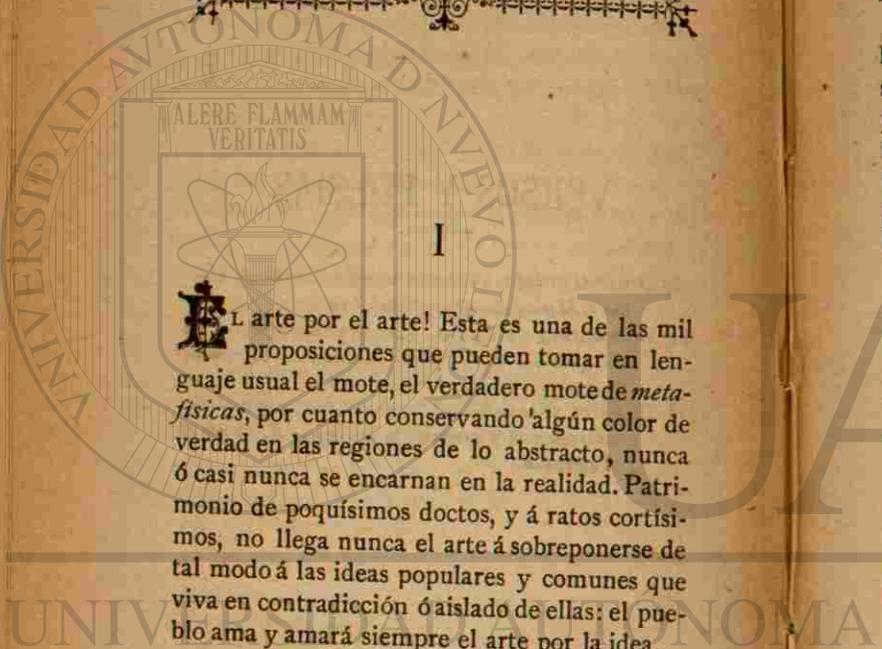
fisonomía, de la literatura original, es la del cadáver: acaso quede la refleja, la crítica literaria erudita.

Si ha habido algún lector estudioso que haya tenido paciencia de leer estas páginas, y se ha dado cuenta de lo hasta aquí apuntado, y ha querido mirar su conjunto, habrá podido reparar en la fisonomía de nuestro tiempo reflejada en la literatura, y en la literatura que produce Madrid, la corte, el centro de nuestra España.

En Madrid hay cuerpos y asociaciones eruditas, están los principales archivos, hay notables bibliotecas, palpita la vida oficial, ¿qué extraño es que haya en Madrid grandes, las mayores manifestaciones de nuestra literatura erudita, de la literatura que estudia lo pasado?

En Madrid hay también vida católica, esplendores y manifestaciones de culto, y por eso también Madrid cuenta con ministros de Señor que hablen su palabra de verdadera vida.

En Madrid hay un número sinnúmero de diversiones, una flota infinita de personas ociosas y semiocupadas, ejércitos de estudiantes, burócratas, cesantes, aspirantes, políticos y aristócratas que tienen el gran empleo, el interrumpido empleo de matar, digo mal, de asesinar el tiempo con periódicos, novelas, diversiones, espectáculos y fruslerías. En Madrid

EL arte por el arte! Esta es una de las mil proposiciones que pueden tomar en lenguaje usual el mote, el verdadero mote de *metafísicas*, por cuanto conservando algún color de verdad en las regiones de lo abstracto, nunca ó casi nunca se encarnan en la realidad. Patrimonio de poquísimos doctos, y á ratos cortísimos, no llega nunca el arte á sobreponerse de tal modo á las ideas populares y comunes que viva en contradicción ó aislado de ellas: el pueblo ama y amará siempre el arte por la idea.

Por eso la literatura se ha comparado al rostro, á los ojos de las naciones y los pueblos. Si el pueblo, si la nación vive, el rostro, la literatura centellea de felicidad; si el pueblo, si la raza es frívola, frívolos son sus poetas; si la raza muere, muere también la expresión de la

por lo tanto, han de brotar, germinar y sazarse todos los frutos más chirles y hebenes del nacional ingenio literario.

Y así es, por grandísima desgracia.

Cuentos, novelitas, narraciones, apuntes, zarzuelillas, sainetes aristocráticos, que eso es el género chico; comedietas, colecciones de artículos ya en periódicos publicados, satirillas, tauromaquias, traducciones, traduccioncitas y traduccioncillas y muchísimas traicionazas: he aquí lo que continuamente está saliendo en los catálogos de las librerías con el pomposo y bombástico reclamo de *obra nueva*.

¡Oh! Si por aquí juzgáramos de los destinos de nuestra raza, ya la podríamos contar, no entre las muertas, sino entre las desleídas.

Madrid está del mismo modo representado en la literatura subjetiva, y aquí con justo motivo, que por algo se llama antonomásticamente literatura subjetiva á la poesía lírica, por más que no haya poesía que no sea subjetiva, y por eso se vean negros los autores de estos y otros amojonamientos literarios.

Madrid, finalmente, está representado ligeramente, fútilmente, casquivanamente por unas poesías líricas atolondradas, sin enjundia y sin substancia, cuando, por desgracia, no es por algunas peores.

Sirvan de ejemplo algunas de las más formales.

..... y pocas nueces. VERSOS, MÍOS. EXORDIO, MÍO TAMBIÉN. ¿PRÓLOGO? DE MI PADRE. ¿EPÍLOGO? DE MI HERMANO. (*Cascabel*.) He aquí el título y los subtítulos de una obrita, que si no sirven mayormente para recomendarla, son de perlas para caracterizarla y para relevarnos de un minucioso análisis crítico. Cincuenta y cinco humoradas juveniles en fácil verso, y nada más. ¿Ideal? ¿Pensamiento? ¿Profundidad? ¿Intención? ¿Moral? Nadie se canse buscando esas cosas mandadas retirar del cerebro de la aturdida juventud que padecemos. Consonantes y más consonantes, bromas y más bromas, chistes y más chistes, de color alguno que otro, y pare usted de contar.

La primera poesía, el pórtico de la colección, empieza así:

SERVIDOR DE USTEDES

Asturias, allí he nacido,
En fecha no muy remota,
Y en la cara se me nota
Que de Asturias he venido.
En Avilés me instruí
(Siempre hay exageración),
Y no he probado el jamón
Desde que salté de allí.
A los ripios siempre fiel,
Me dió por la poesía,
Y aquí está Alfredo García
«Para quien quiera algo de él».

.....

En el resto del libro el autor es consecuente con esta presentación.

Otro poeta al uso es Marcos Zapata.

Hace poco reunió en tomo aparte sus composiciones en la prensa liberal ya publicadas, y ellas pregonan y demuestran quién sea él.

Facilidad de versificar, rayana é incurra muchas veces en prosaísmo, frivolidad en las materias, gracejo ó frialdad en los chistes, una historia, una religión y una moral para uso del poeta, que no es en verdad la historia de Mariana, ni la moral de San Ligorio, ni la Religión de Nuestro Señor Jesucristo.

En su historia ha encontrado un San Francisco de Borja homicida y algo más. El Santo lo revela á Carlos V....., según Zapata.

¡Que al pie de la cruz bendita
En noche también obscura,
Y en duelo y en negra cuita,
Abrió mi espada maldita
Una fatal sepultura!.....

.....
Y ¿cómo tras de matar
No me pude imaginar
Que aquel rival que caía,
Quizá en el mundo tenía
Hijuelos que alimentar?

.....
¡Y en Mayo, con firme intento,
Mudando de pensamiento,
Grave, solemne y profundo,
Le daba un adiós al mundo
En el claustro de un convento!
¡Mas la prenda recogida
Al pie de la santa cruz
Mi propia madre la cuida!
¡Y ésta, señor, es la luz
Y el secreto de mi vida!

Quien así da contra el Duque de Gandía, ¿qué extraño que deje á Carlos V embadurnado con las heces de la calumnia y de la infamia? ¿Qué que prohije vulgaridades falsas, como la que tan bien refuta D. Juan Valera al decir que Cervantes pudo cenar bien cuando concluyó el *Quijote*, y quiera ser portugués antes que español, con otras lindezas que puede ver el paciente lector?

Lo que no puede pasar es su moral.

Veamos los términos en que habla del culto externo:

En la basílica augusta
Que preside el purpurado,
Pocos habrán tropezado
Con tan clásica virtud;
Tal vez rebelde y adusta (la virtud)
Huye el festival del coro,
¡Quizá no ve en la *cruz de oro*
La divina excelsitud!
En cambio, cuán diferente
Aquel culto sin bambolla

Que un cura de misa y olla
Dirige con humildad:
No hay rito más elocuente
Ni catedral más severa,
Que sólo en *cruz de madera*
Lucen la FE y la VERDAD.

Pues de su dogma, no digamos nada. Zapata
no hará caso de la historia, ni del culto de la
Iglesia católica, mas no por eso deja de tener
creencias y creencias arraigadas.

¿Cuáles?

Él nos las va á decir.

La escena es en el monte Calvario en Vier-
nes Santo. Sube por él un fatídico personaje

Alto, joven, varonil,
Barba cobriza y rizada,
Algo aplastado el perfil,
Siempre oblicua la mirada
Y los ojos de reptil.

Este simpático interlocutor es Judas, que
hace veinte siglos viene anualmente el Viernes
Santo por la tarde, sin faltar nunca, á pedir
perdón á Jesucristo,

Puesto en la tierra de hinojos,
Y con la atrición más pura,
Nublados también los ojos
En lágrimas de amargura;

y todos los años, dos mil veces seguidas, ha
recibido la siguiente contestación, de que

Marcos Zapata, cumpliendo con los deberes
del reporterismo, informa al respetable pú-
blico:

Alza Jesús un instante
La cabeza ensangrentada,
Y exclama con voz vibrante:
— Judas, prosigue adelante,
Que aun no acabó tu jornada.
Y ve el apóstol maldito
Pasar otro aniversario,
Y con dolor infinito
Vuelve á bajar el Calvario
Desalentado y marchito.

El versificador es quien «ni desalentado ni
marchito», con más fe que Judas, hace la si-
guiente profesión de «sus arraigadas creencias»,
que si no son más que ésas poco le han de
valer cuando él de veras lo quiera:

Mas yo abrigo en mi conciencia
Esta arraigada creencia
Sin vacilación ni dudas:
¡De que al fin la Providencia
Ha de perdonar á Judas!

Conocido por uno de los poetas más grandes
del género chico es Vital Aza, y las mismas
condiciones de gracia, jovialidad, culta y deli-
cada sátira, admirable fluidez y desesperante
facilidad que como dotes privilegiadas suyas

campean en su teatro, lucen también por modo no vulgar en sus poesías, coleccionadas con el título de *Bagatelas*.

El título cuadra á casi todas las composiciones, mas no á todas, pues las hay que, tras una forma sonriente, ocultan un pensamiento serio y grave, como son *Galicismos*, *Gaita y sermón*, *El Oso*, *A un padre..... de la patria*, y es, para mi gusto, la mejor, por más sentida y tierna, *La Muñeca*, que encierra un drama infantil y popular, y que dice así:

En una noche de Enero
Una niña pordiosera,
Con los pies casi desnudos,
Con las manecitas yertas,
Cubriendo á modo de manto
Con su falda la cabeza,
Y sin temor á la lluvia,
Que más cada vez arrecia,
Contempla extasiada y triste
El interior de una tienda,
Que por su gusto en juguetes
Es en Madrid la primera.
—¿Qué haces aquí?—le pregunta
Con voz desabrida y seca
Un dependiente, empujando
Á la niña hasta la acera.
—Déjeme usted! ¡Si es que estaba
Mirando aquella muñeca!
—Vaya, retírate pronto
Y deja libre la puerta.
—Dígame usted: ¿cuesta mucho?
—¿Quieres marcharte, chicuela?

—¿Será muy cara, verdad?
¡Lo que es como yo pudiera!.....
—¡El demonio de la chica,
Pues no quiere comprar ella!
Lárgate á pedir limosna,
Y déjate de simplezas.
La muñeca que te gusta
Vale un duro, conque ¡fuera!

Marchóse la pobre niña,
Ocultando su tristeza.
En vano pide limosna.
Ninguno escucha sus quejas;
Y desfallecida y débil
Cruza calles y plazuelas,
Recordando en su amargura
La tentadora muñeca.

.....
—Caballero, una limosna
Á esta pobrecita huérfana.
—Déjame, que voy de prisa.
—¡Por Dios, señor! ¡Aunque sea
Un centimito! ¡Tengo hambre!
—¡Pobre niña! ¡Me da pena!

Toma. —Señor, si es un duro!
—Te lo doy para que puedas,
Siquiera por esta noche,
Tener buena cama y cena.
—Déjeme usted que le bese
La mano!

—Quita, tontuela.
—Que Dios se lo pague á usted.
¡Un duro! ¡Estoy más contenta!
No será falso, ¿verdad?

—¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas....
 —No, señor; perdone usted.
 Pero ¡vamos! la sorpresa....
 ¡Si voy á volverme loca
 De alegría! ¡Quién dijera!
 ¡Que Dios le premie en el mundo
 Y le dé la gloria eterna!

.....
 Y apretando entre sus manos
 Convulsivas la moneda,
 Corrió por la calle abajo
 Veloz como una saeta.

Á la mañana siguiente
 Se comentaba en la prensa
 El hecho de haberse hallado
 En el quicio de una puerta
 ¡El cadáver de una niña
 Abrazado á una muñeca!

II

Con estar impresas en Madrid, nos arrastran mucho más fuera de la vida de Madrid, ó de la vida madrileña, que no es precisamente igual, las poesías del moderno y aun modernista poeta D. Antonio de Zayas, llevándonos en fuerza de su arte lejos, lejos, por las campiñas andaluzas, y por las llanuras castellanas, y por las calientes vecindades de Constantino-

pla, y por las ateridas y congeladas orillas del Melar y hasta por los yertos desiertos de la historia.

Ha escrito cuatro libritos de poesías, á saber: *Foyeles bizantinos*, *Retratos antiguos*, *Paisajes y Noches blancas*, y promete el quinto, la traducción de *Les Trophées*, de Heredia, que, hablando en castellano, debió de haber sido el primero.

El primero en ver la luz pública, como de fijo es el primero en la preferencia y en el estudio y en la imitación del Sr. Zayas. El cual, con dedicarse á esta versión castellana de la obra maestra de José María de Heredia (con la que él, español de lengua y de raza, conquistó un sillón entre los Inmortales franceses), nos muestra á las claras lo que ha querido ser, lo que realmente es: un cultísimo parnasiano.

El Parnaso, los parnasianos franceses, son ya una escuela más ó menos senescente; pero una escuela, un grupo literario, con su historia, sus doctrinas, su derecho.

Nació el Parnaso como una prolongación y renacimiento del *Cenáculo*, y fué su fundador Baudelaire, quien no lo honró mucho, por cuanto sólo le ofreció un temperamento y organismo gastado por el abuso del opio fumado, de los placeres destruyentes, y una imaginación exaltada, que llevó á su dueño á una casa de salud hasta que acabó, por fortuna, cristia-

—¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas....
 —No, señor; perdone usted.
 Pero ¡vamos! la sorpresa....
 ¡Si voy á volverme loca
 De alegría! ¡Quién dijera!
 ¡Que Dios le premie en el mundo
 Y le dé la gloria eterna!

.....
 Y apretando entre sus manos
 Convulsivas la moneda,
 Corrió por la calle abajo
 Veloz como una saeta.

Á la mañana siguiente
 Se comentaba en la prensa
 El hecho de haberse hallado
 En el quicio de una puerta
 ¡El cadáver de una niña
 Abrazado á una muñeca!

II

Con estar impresas en Madrid, nos arrastran mucho más fuera de la vida de Madrid, ó de la vida madrileña, que no es precisamente igual, las poesías del moderno y aun modernista poeta D. Antonio de Zayas, llevándonos en fuerza de su arte lejos, lejos, por las campiñas andaluzas, y por las llanuras castellanas, y por las calientes vecindades de Constantino-

pla, y por las ateridas y congeladas orillas del Melar y hasta por los yertos desiertos de la historia.

Ha escrito cuatro libritos de poesías, á saber: *Foyeles bizantinos*, *Retratos antiguos*, *Paisajes y Noches blancas*, y promete el quinto, la traducción de *Les Trophées*, de Heredia, que, hablando en castellano, debió de haber sido el primero.

El primero en ver la luz pública, como de fijo es el primero en la preferencia y en el estudio y en la imitación del Sr. Zayas. El cual, con dedicarse á esta versión castellana de la obra maestra de José María de Heredia (con la que él, español de lengua y de raza, conquistó un sillón entre los Inmortales franceses), nos muestra á las claras lo que ha querido ser, lo que realmente es: un cultísimo parnasiano.

El Parnaso, los parnasianos franceses, son ya una escuela más ó menos senescente; pero una escuela, un grupo literario, con su historia, sus doctrinas, su derecho.

Nació el Parnaso como una prolongación y renacimiento del *Cenáculo*, y fué su fundador Baudelaire, quien no lo honró mucho, por cuanto sólo le ofreció un temperamento y organismo gastado por el abuso del opio fumado, de los placeres destruyentes, y una imaginación exaltada, que llevó á su dueño á una casa de salud hasta que acabó, por fortuna, cristia-

namente, sus alocados y enloquecedores días. La obra de Baudelaire, *Les Fleurs du mal*, se distingue por el trabajo frenético que revela del estilo, del lenguaje, del metro y también por su pestilente perfume, pues Baudelaire revolcó su fantasía en toda inmundicia, llegando á declarar que «la poesía, ó debe ser inmoral, ó del todo no ser».

Los discípulos retuvieron del maestro el esfuerzo por la forma, y en la imitación de lo segundo variaron. Entre los más ilustres parnasianos son dignos de mención, por su fama y por sus obras, Alberto Glatigny, el autor de las *Vignes folles*; Sully Prudhomme; Francisco Coppée, el poeta en quien renació el cristiano, el autor popular de la *Bonne Souffrance*; Esteban Mallarmée y Pablo Verlaine, más celebrados como ídolos del decadentismo, pero parnasianos antes; y detrás una turba de medianías: León Cladel, Pablo Arène, Gabriel Vicaire, Juan Aicard, Clodoveo Hugues y el poeta macabro Mauricio Rollinat, que tenía en su juventud este delicado ensueño:

Oh! fumer l'opium dans un crâne d'enfant,
Les piéds nonchamment appuyés sur un tigre! (1)
y que también, como su maestro y padre, se

(1) ¡Oh, fumar opio en la calavera de un niño,
Apoyando los pies descuidadamente sobre un tigre!

volvió loco y murió en un manicomio el año pasado de 1904.

Aunque el decadentismo y el simbolismo afirman y juran que el Parnaso es cadáver, todavía sigue siendo rito de algunos ingenios aristocráticos, que son á los que nuestro Zayas trata de imitar, cuales son el citado Heredia y Edmundo Rostand, que conquistó el inmortal puesto con su *Cyrano de Bergerac*.

Por este esbozo de la historia de los parnasianos franceses se puede ya traslucir su doctrina literaria, que amplían los que de esto hablan y escriben sabiendo lo que se dicen, y que un crítico francés, tan distinguido por su juicio justo cuanto por sus frases ceñidas, condensa en estas dos: son, escribe, «des artistes impeccables, des artistes impassibles»: artistas impecables, artistas impasibles (1).

Artistas impecables. No precisamente en las ideas, en lo moral ó inmoral, en lo absurdo ó bello de ellas, no. Ya hemos oído á Baudelaire, el fundador de 1865; á Rollinat, de 1904; Verlaine, brillando por su obscenidad; Lecomte de Lisle, odiando el cristianismo, eran parnasianos. Y parnasiano también Eugenio Pottier, el autor de la *Internationale*, donde en versos irreprochables, con rimas muy ricas, se dan á los soldados estos saludables consejos:

(1) Vict. Delaporte, S. J. *La poesie contemporaine*. Études. Paris, 20 Fevr. 1905, pág. 600.

Appliquons la grève aux armées,
Crosse en l'air et rompons les rangs!
S'ils s'obstinent, ces cannibales,
A faire de nous, des héros
Ils sauront bientôt que nos balles
Sont pour nos propres généraux (1).

Como se ve, el fondo, las ideas, los ideales de los parnasistas, están tomados de todas partes con el más amplio espíritu liberal, de todas partes, desde el pudridero físico al pudridero moral.

No hay que decir que esto no es lo exclusivo, para probarlo bastan dos nombres: Heredia y Coppée.

La impecabilidad parnasista es de forma. Lo perfecto que anhelan, lo acabado que buscan, lo irreprochable á que tienden y en que hasta la obsesión entienden es lo perfecto, lo acabado, lo irreprochable del vestido, de la forma, del verso. Y esto es lo que hay que entender en las palabras de M. Jules Lemaitre cuando dice que «ellos dedican todo su esfuerzo á buscar la perfección absoluta» (2).

«La perfección absoluta» en lo relativo, en

(1) Apliquemos al ejército la huelga
Al aire las culatas y rompamos filas!
Si esos canibales se obstinan
En hacer héroes de nosotros
Sabrán bien pronto que nuestras balas
Son para nuestros propios generales.

(2) *Les Contemporains*, 2.^a serie, pág. 51.

la forma, que por sí sola no es nada, que por sí sola lo mismo puede ser las paredes blanqueadas de un sepulcro que las de una viña andaluza.

Y aquí está ya el primer pecado de estos impecables: la forma por la forma, la palabra por la palabra, el sonido por el sonido; por lo cual, heridos en la entraña desde su nacer, han caído en la obscuridad impenetrable de Mallarmé; han contribuido á la formación del decadentismo, que no es sino una secuela suya; han dado en los extravíos macabros de *Nevroses*, y sólo en pocos autores y en pocos momentos felices se podrán conservar varonilmente artísticos, y estarán siempre amenazados de la exageración, de la pedantería, del más rematado gusto.

Porque todos sus esfuerzos por esa «perfección absoluta» se circunscriben á tres puntos: el verso bien dolado, el detalle pintoresco bien sacado, el color local perfectamente fotografiado.

El verso bien dolado no es el verso opulento de vida de Racine, ni cargado de pensamiento como el de Corneille, sino el verso de ritmo buscado, preciso, variado, armónico, musical, imitativo, con rimas raras, costosas, ricas, á trasmano. Por eso se ha revuelto en la métrica medioeval y en la métrica de los románticos, y se ha ideado nueva métrica y han venido los

versos limados, cincelados, «bien dolados y escandidos» de Th. Gautier, de Lecomte de Lisle, del autor de *Les Trophées*, *chef-d'oeuvre de la ciselure poétique*, como la llama el citado P. V. Delaporte.

Como *summum* adonde pudo llegar, ó mejor, no pudo y llegó el frenesí de la rima costosa y rica, es de citar el testimonio de Jules Lemaitre, que en breves líneas nos da cuanto por ahora necesitamos:

«Mr. Th. de Banville es un poeta lírico hipnotizado por la rima, el más regocijado y, en sus buenos tiempos, el más regocijador de todos los románticos; un *clown* en poesía, que tuvo en su vida muchas ideas, y la más tenaz de todas fué la de no tener ninguna idea en sus versos» (1). Es tan verdad esto, que Banville proclamaba como axioma que «la rima era la reina de la poesía».

La descripción, el color local. Esta es otra obsesión de los parnasianos franceses. Entroncan allá en su tierra con el famoso Delille y con toda la poesía descriptiva del siglo XVIII y principios del romanticismo, y para darle expresión, verdad, bajan á menudísimas menudencias, á detalles, á naderías. É incansables en describir, describen las reboticas, los

(1) *Les Contemporaines*, l. c.

mercados, los golfos, los detritus mismos del arroyo y del subarroyo de nuestras calles.

José Aufrán, poeta francés y académico asimismo se burló áticamente de esta manía de describir de los parnasianos, entre otras, en estas agradables estrofas:

Dans le descriptif et le pittoresque
Je me plongerais, j'écrirais à fresque
Un chef-d'oeuvre ou deux;
Sincère et brutal comme la nature
Je mettrais toujours dans une peinture
Quelque ton hideux:
Si je décrirais un bout de prairie
Elle apparaîtrait riante et fleurie
Paradis rêvé:
L'air y serait plein d'un doux bruit d'abeilles;
Puis je ferais voir dans les fleurs vermeilles
Quelque chien crevé (1).

Esta es la impecabilidad parnasiana: trabajar la forma, sudar en tornear el verso, desalarse tras la rima, desesperarse en la minucia, alicatar la superficie que tal vez no cubría nada, que tapaba el vacío. Estas obras parna-

(1) *La Nouvelle Art. Poétique*. (*Le Gaulois*, 10 Oct. 1869.)
En lo descriptivo y en lo pintoresco—yo me engolfaré y escribiré al fresco—una obra maestra ó dos:
Sincero y brutal como la naturaleza—pondré siempre en mis pinturas—algún toque repugnante.
Si describo un rincón de una pradera—lo pondré riante y florido,—como un soñado paraíso.
El aire lleno de suave murmullo de abejas—y después haré ver entre las rojizas flores—algún perro muerto.

sianas podrán descansar en paz, y en su sepulcro grabarse el hemistiquio ovidiano:

Materiam superabat opus.

Los parnasianos son también «impasibles». Lo cual no quiere decir, como á primera faz pudiera interpretarse, que no sientan ni hagan sentir, no; y bien se ve esto en poetas como el autor de los *Humbles* ó de *Promenades et Intérieurs*, en cuyos versos flota como una niebla la melancolía, pareciéndose á los campos ingleses asombrados con azulada neblina; las obras de Lecomte de Lisle se han llamado marmóreas, y con todo aquel mármol tiene sacudidas eléctricas producidas por el odio antirreligioso; las obras de Verlaine tienen el terremoto y la conmoción concupiscente.

Lo que los parnasianos evitan es el llorar como lloraron Lamartine, Musset y Víctor Hugo; lo que conservan es la actitud digna, no traducir á la lengua de los dioses afectos vulgares, «retraerse, por usar una frase de Lemaitre, á la región de los afectos exquisitos, delicados, tenues, vagos, aristocráticos». Los parnasianos, dóciles á estos principios tan altos y encumbrados, describirán, describirán y describirán, siempre la materia de sus poemas la tomarán de las aguas rojizas del Ganges, de la luz cegadora de la Hélada, de las nieblas serias y tristonas de Escandinavia, de todas las

historias, sobre todo de las historias muertas de Egipto, de África, de la India; pero jamás han de mostrar que conocen el alma popular, que entienden su psicología, que su propio corazón palpita al compás del corazón de su pueblo, que saben lanzar en sus poemas gritos de fe, de honor, de entusiasmo, de amor. Eso les descompondría y les arrugaría la satinada y brillante superficie de su acicalada y bruñida forma.

Á esta escuela, á estas doctrinas se siente aficionado nuestro poeta D. Antonio de Zayas, sin propasarse á las excentricidades de los más exaltados, antes queriendo llegar á la perfección de los aristócratas, de la clase elevada de parnasianos.

* * *

La medida de las virtudes, es decir, de los versos perfectos, de la descripción vívida y detallada, del lenguaje trabajado y hasta trabajoso, del color local histórico, de la rigidez marmórea, del sentimiento indicado, vislumbreado, de la mediocridad del buen gusto, de la nobleza, religiosidad y caballerosidad de esta musa, puede darla muy bien la colección de sonetos intitulada *Retratos antiguos*.

Rafael, Tiziano, Tintoretto, Zurbarán, Sánchez Coello, Velázquez, Murillo, Ribera,

Goya, Rubens, Van Dyck, Rigaud, etc., etc., son los autores en que se ha inspirado el poeta para escribir sus ciento y cuatro sonetos, dedicados á *retratar retratos*, ó sea á celebrar los debidos á los pinceles de aquellos tan renombrados maestros. Galería clásica, donde las figuras, de las más salientes en la historia; los pintores, de los más extremados en su arte, y los mismos versos de Zayas, casi todos buenos y muchos muy buenos, contribuyen al deleite noble, á la suprema complacencia artística. Los héroes, cuyos son los retratos, se llaman: Cecilia de Gonzaga, Andrés Navagero, la emperatriz Isabel, Sebastián Veniero, Mauricio de Sajonia, el rey D. Sebastián, el Gran Capitán, un Inquisidor, el príncipe D. Carlos, Felipe II, III y IV, el Conde-Duque de Olivares, Góngora, Carlos II, Carlos III, Carlos IV, Moratín, Máiquez, Erasmo, el canciller Moro, María de Médicis, Carlos I de Inglaterra, el Conde de Berg, Luis XIV, el Duque de Borgoña y otros tipos generales que casi completan la historia de Europa en tres siglos.

El poeta ha querido darles vida con alusiones á sus hechos, con inteligentes toques en la descripción. Y lo ha conseguido, y hasta apartarse de la rutina de embadurnar calumniosamente ó ensalzar hiperbólicamente ciertas figuras de nuestra historia. Ejemplo de esto pueden ser los sonetos de Felipe II, el del Inqui-

sidor, Felipe III y Moratín, y porque vale por muchos, copiaremos el escrito ante el retrato que Goya pintó de Carlos III.

Dice así:

De pie en la cumbre de colina escueta
Del Pardo tiene el encinar delante;
Lleva un cuchillo al cinturón colgante,
Gris casaca y peluca de coleta.

Negras polainas, cinto de vaqueta,
El toisón al ojal, chupa de ante,
Y en la mano, vestida de albo guante,
Aprisiona el cañón de la escopeta.

Sombrero de candil orna su frente,
Donde no brilla el resplandor del genio,
Y un can lame sus plantas con cariño.

Y á través de su risa complaciente
Se adivina la hiel con que Jansenio
Emponzoñó su corazón de niño.

El poeta se quiso dificultar la empresa, ya de suyo difícil.

Y á la carga de condensar en cien sonetos cien retratos y cien biografías, quiso poner la sobrecarga de dar á cada composición el ambiente de la escuela pictórica que emulaba, como lo confiesa en el prólogo, diciéndonos que ha sido «sobrio al reproducir obras maestras de la escuela española, cuidadoso de la redondez del período y de la tersura de la forma al evocar las esculturas que estampó en el lienzo el Renacimiento italiano, ingenuo y aun árido al pulir las joyas de la pintura ger-

mánica, y deliberadamente amanerado y retórico al tratar de hacerme intérprete del falso y convencional estilo académico de los pintores franceses.....»

Declaro que, por miopia sin duda, no he echado de ver esa simetría y correspondencia exquisita. Tampoco lo extraño, porque haberlo conseguido se hubiera reputado como una suprema maestría.

De Goya, es decir, de la escuela española, rebozante de realismo y naturalidad, es el retrato cuyo soneto dejamos transcrito: de Rigaud, y delineando la figura del *gran Rey*, es el que vamos á copiar, y los lectores juzgarán si el uno acusa la frescura y el garbo de Goya y el otro la tiesura ceremoniosa de Versailles. Ambos, y todos los sonetos de la colección, se acercan más á la frialdad escultural de las estatuas que al ambiente caldeado de las pinturas: defecto perdonable en verdaderas copias de copias.

He aquí, pues, el último ejemplo que, con el anterior, dará idea del estilo dominante de Zayas:

LUIS XIV

El Luis más orgulloso entre los Luises,
Cuyos nombres la crónica propala,
Apoya sobre el yelmo la bengala
Azul, ornada por las áureas lises.
De pie en un fondo de celajes grises

Piensa que al Sol con su oropel iguala,
Cuando el vizconde de Turena tala
Triunfante los teutónicos países.
Lleva en la testa pelucón rizado,
Que sobre el hierro de los hombros flota,
Y el Saint-Esprit sobre el arnés guerrero;
Descansa la siniestra en el costado
Y la banda que ciñe el aire azota,
Versátil, cual su espíritu altanero.

* * *

Pero donde muestra el autor sus condiciones todas de parnasiano, de elegante parnasiano, es en los otros libros suyos: en *Foyeles bizantinos*, en *Paisajes* y en *Noches blancas*.

El verso pulimentado, la estrofa martirizada, el consonante rebuscado, el ritmo imitativo, la armonía adrede quebrantada, la combinación métrica ó exhumada ó introducida; todo esto lo emplea el Sr. Zayas junto con preciosos versos endecasílabos del patrón genuino castellano.

Tales son los que dedica á *El pilar de Carlos V*, composición de cuyo estilo se puede juzgar por los dos ó tres primeros cuartetos:

El águila bicípite labrada
En grave mármol gris de Sierra Elvira,
Del bosque de la Alhambra de Granada
Los perfumados hálitos respira.
.....
Coronados de pámpanos y hiedra,
Que, en natura inspirado, el arte fragua,

Títiros dicen á la muda piedra
Las leyendas incógnitas del agua (1).

Muchas composiciones puédense citar como ésta; pero no menos como esta otra, donde el autor ha querido hacer alarde de modernismo rítmico, imitativo, ya del movimiento físico, ya del cansancio moral, ya del hastío, ya de la monotonía ó de la tristeza que él experimentó en *La plaza de los Aljibes* de la misma Alhambra.

Seis renglones aconsonantados, pero desprovistos totalmente de agrado musical, abren la composición, cuyo título queda subrayado, y parecen querer imitar la asimetría de la arboleda, la carrera nada rítmica del Darro.

Dicen así:

Cual negros pensamientos del Alcázar morisco
Los silenciosos álamos
Hasta el Darro descienden, que va de risco en risco,
Á adelfas y jazmines tejiendo verdes tálamos,
Y del vencido moro
Las cálidas leyendas evoca en lengua de oro.

El poeta nos va hablando del crepúsculo, y para ello de la tarde «que amorata» el jardín de la Vega; de una tristeza que inunda no se sabe qué «diáfanos cristales», que tampoco se sabe si copian ó son copiados por «los nopales

(1) *Paisajes*, pág. 11.

de Alhambra y Albaicín», ó si la tristeza es la copiada; y por fin nos dice que «el camarín de la Sultana»

Ostenta el ajimez
Obscuro, del ocaso sobre la palidez.

Estrofa es la pasada oscura de puro violenta y falsa, de puro querer ser nueva.

La siguiente compite con la anterior:

La noche llega. El río
Se aduerme. El horizonte
Dibuja en lontananza un cárdeno arrecife.
Se emboza en sombras grises el viejo Sacromonte
Y el ensueño se cierne sobre Generalife.

Pero la que llega al *non plus*, no de la armonía, sino de la desarmonía imitativa ó copiativa, es la consagrada á describir el sopor religioso de la boca de noche:

De los vetustos templos los muros cenicientos
Se yerguen y se enlutan;
El imperio las sombras á las luces disputan,
Se oye el rumor del Ángelus.
Abajo en los conventos
Las monjas van cantando,
Dolientes y enlutadas,
Austeras melodías
Por entre las arcadas
De los patios, sombrías.....
Rezan Avemarías
Gangosas voces frías.....

Resuenan compasadas
Cansadas
Letanías (1).

Sólo es comparable con este abuso de la desarmonía copiativa este otro, del propio autor, en la parte de *Paisajes* que intitula *Castilla*, y que es la última como estrofa de la composición que se llama *El Escorial*:

Los monjes soñolientos
Y del órgano al són,
Entre los salmos lentos
Rezan Kyrie eleisón....
Y en los muros grisientos
Suena: Christe eleisón!

..... (2).
Los fúnebres lamentos
Conmueven los cimientos
Del regio panteón.

..... (2).
Un clamor errabundo
De luenga vibración,
Pide para las culpas
De Felipe Segundo
Olvido y remisión....
Amén.

Christe eleisón,
Kyrie eleisón,
Piedad....
Kyrie eleisón (3).

(1) *Paisajes*, págs. 7-9.

(2) Estos puntos suspensivos son del autor.

(3) *Paisajes*, págs. 84-85.

Yo no encuentro comentario digno de la increíble realidad.

Es preciso confesar que el excesivo cuidado de la forma lleva á lo deforme.

Así como *Paisajes* es un álbum de descripciones españolas, andaluzas y castellanas en su mayor parte, y *Foyeles bizantinos* lo es, como en el nombre lo lleva, de escenas, parajes y costumbres otomanas, así *Noches blancas*, el último libro de Zayas, es un conjunto de descripciones y retratos de Suecia, y en él, dicho sea en justicia, hay muchísimo menos abuso de la versificación que en los tomos sus hermanos mayores.

Porque casi todas estas poesías están escritas en metro regular y en combinaciones ó coplas, aunque algunas poco usadas, pero todas armónicas, siendo la menos de todas una forma de octavilla *roma*, quiero decir, sin final agudo, de que se ven ejemplos en varias composiciones, v. gr., en *Kiksdag*, á este tenor:

Las Fasces y las Ánforas
Que ilustró Bonaparte,
De las tribunas ornan
Los largos antepechos,
Y ni con una sola

Alegoría, el arte
Adorna la blancura
Sin lustre de los techos.

Ó esta otra:

De Palacio en el viejo
Reloj es mediodía:
La Tribuna con muda
Precisión matemática
Va llenando de cintas,
Cruces y pedrería
La flor de la intachable
Sociedad diplomática..... (1).

La misma huella del parnasismo se ve en las descripciones: las hay tan gráficas que se ven, no se oyen; su impresión no es en el oído, es en la retina.

El *Entierro ortodoxo*, la horrorosa *Fiesta de los persas*, en *Joyeles*, dejan la impresión de quien ha visto la indiferencia que siempre nace en una sociedad abigarrada ó las crueldades del ciego fanatismo; pero donde la impresión es más honda es en aquello de que nos podemos dar cuenta, aquello en que podemos comparar la experiencia y la lectura. Como sucede en algunas composiciones de gran precio en *Paisajes*.

(1) *Noches blancas*, págs. 149-150.

El *Preludio*, que es una como general revista de los encantos pictóricos de la tierra andaluza, no merece menos elogio que decir: ésto es aquéllo:

Ondulados campos rayados de olivos,
Al pie de romeros do liban abejas,
Cortijos risueños, macetas de vivos
Claveles que aroman balcones y rejas.
Peñascos oscuros, densos matorrales,
Auroras y ocasos de suaves matices,
Cielo que atraviesan nubes de zorzales,
Campos que alimentan bandas de perdices.
Llanuras doradas, abundantes eras,
Sol incandescente, cielo de zafir,
Pitas que adormecen sobre las riberas
Las canciones moras del Guadalquivir.

Y así va recorriendo cuanto se ofrece á su pincel inspirado, y con elegante y propio epíteto lo deja retratado y colorido:

Apacibles sombras de torcidas parras,
Perennes naranjos y adustas higueras
Que el ruido recogen de broncas guitarras
Y los hondos ayes de las peteneras.
Mozos que cabalgan cual jinetes moros
Y al són de los crótalos sus ocios divierten,
Y burlando el ciego furor de los toros,
De cálida sangre la púrpura vierten.
Risueños lugares de casitas blancas,
Donde van sedientos del fresco gazpacho

Chavales que llevan las novias en ancas
Sobre el aparejo del díscolo macho (1).

.....

* * *

No es tan hondo el placer, aunque es mayor
la admiración que nos producen las descripciones
no menos propias de *Noches blancas*.

En este libro se van deslizando ante los ojos
panoramas diversísimos de los nuestros, héroes
cuyo nombre se resiste á pronunciar nuestra
mal domada lengua, rostros y personas de rigidez
marmórea, y todos los cuadros, todas las
figuras aparecen envueltas en la humosa y
gélida atmósfera del Polo. Algo de la severidad
del mármol y de su dureza:

Todo en silencio está. Nada se mueve;
Una niebla sutil vela el paisaje;
En los escuetos árboles la nieve
Suspende randas de liviano encaje.

Por el viento polar petrificadas
Las aguas son el dorso de un espejo;
De las rubias doncellas las miradas
El sol congela con senil reflejo (2).

.....

Igual es la descripción de la larga noche circumpolar de *La Noche blanca*, que da nombre á todo el libro:

(1) *Paisajes*, págs. 3-6.

(2) *Noches blancas*, pág. 9.

Después que el sol flemático
Se ha hundido en el Poniente,
La claridad del cielo
Es blanca y transparente.

Es un fulgor de lágrima
Que da melancolía,
Sudario en que el cadáver
Envuélvese del día.

Es luz que va tendiendo
De césped sobre alfombras
Matices de alborada,
Más tristes que las sombras.

.....

Mientras la nieve afuera
Con suave incertidumbre
Tejiendo del invierno
Está la estola clara,
Y trueca el bronce verde
En mármol de Carrara.

¡Oh noches blancas, noches
Sin luna y sin estrellas!
¡Oh noches que grabadas
Lleváis del sol las huellas!

¡Oh clorótidas noches
De faz convaleciente
Que al ocaso y la aurora
Abrazáis juntamente!

¿Por qué siempre que miro
Vuestra blancura, siento
Que invaden negras nubes
Mi negro pensamiento? (1).

(1) *Ibid.*, págs. 73-76.

Este último verso parece que traiciona al vate parnasiano, completamente impasible. No es la traición y el descubrimiento mayor que hay en sus libros.

Más: diré lo que siento sin reservas enojosas: es el Sr. Zayas demasiado español y demasiado cristiano para mostrarse tan parnasianamente impasible.

Buena prueba tenemos en *Paisajes* y en *Noches blancas*.

Verdad es que en los primeros, al llegar al Escorial, tiene frases como las transcritas, que recuerdan las progresistadas de Quintana y Núñez de Arce; mas no son ni tan subidas de color como las de éstos, ni tales que no puedan reputarse como dichos artísticos, puramente tales.

En cambio, en el prólogo de *Noches blancas* nos descubre su corazón de católico, herido por el espectáculo del luteranismo petrificado, de la herejía dominadora y:

La fe en las doctrinas de la Iglesia católica, cada día más arraigadas en mi entendimiento, apenaba mi corazón al contemplar el correcto y compasivo desdén con que presenciaban los luteranos el santo sacrificio de la Misa. Esa misma fe arrancaba lágrimas á mis ojos de poeta, cuando bajo las profanadas bóvedas de Ridarsholm consideraba el olvido en que yacen las cenizas de los Vasas.

»No el odio á los enemigos de la Verdad Eterna, sino el amor á un culto y noble pueblo que la discute y la rechaza, desataba mis labios en amargos lamentos y guió

después mi pluma al escribir algunas de las más vehementes poesías de este libro» (1).

Estas «vehementes poesías» son, de seguro, *La Misa* y *Ridarsholm, Domingo* y *Fachada*, donde hay versos de noble odio al dogma frío y pagano de Lutero:

..... Una campana
El bronce helado de su lengua mueve
Y resuena en el alma luterana
Su voz con vaga austeridad de nieve.

.....
Tal vez las sigue viejo melenudo
Con gafas de oro, el cuerpo contrahecho,
Á quien aun Ibsen arrancar no pudo
La dura fe de fray Martín del pecho.
¡Oh angustiosos domingos luteranos! (2).

En un cementerio luterano contempla.....

Cercadas de tardíos
Ebónibus, sin cruces,
Tendidas en el suelo
Las losas sepulcrales.....

y oye los salmos; pero ¡qué salmos!

Los salmos que el espíritu
No elevan hacia el cielo!
¡Los gélidos versículos
Que entierran la alegría! (3).

(1) Págs. XII-XIII.

(2) Págs. 17-18.

(3) Pág. 36.

Hasta en las fachadas de los palacios ve la huella del espíritu disidente:

Soportan las cariátidas balcones
En las frentes, y dicen sus semblantes,
A través de paganas correcciones,
La austeridad del gesto protestante (1).

Ve á Gustavo Vasa, y adivina por

El duro gesto de su labio fino,
Que ya el sosiego le arrancó del alma
La falsa tesis con que agita el mundo
De Vitemberg el díscolo Agustino (2).

Pero donde mayor empuje alcanza su católica aversión al luteranismo, es en la citada poesía *Ridarsholm*:

Como la luz crepuscular sombría
Penetró la soberbia de Lutero
En el templo ojival que estremecía
Antes la voz del órgano severo.

Los glaciales espíritus oscuros,
En expansiones fervorosas parcos,
Arrancaron estatuas de los muros
Y lámparas votivas de los arcos.
Con el de ayer cristiano sentimiento
La de hoy tristeza sin piedad contrasta,
Como las hojas ráfaga de viento
Barrió el arte el furor iconoclasta.

Gustavo Vasa, corazón de risco,

(1) *Fachada*, pág. 40.

(2) *Gustavo Vasa*, pág. 86.

Que avideces despóticas destila,
La casa profanó de San Francisco,
Cual los campos itálicos Atila.

Después de llorar enérgicamente la ruina del templo, apostrofa á sus expoliadores, y los otros héroes escandinavos, que duermen allí eterno sueño en espantosa soledad:

¡Oh de Lutzen y Narva vencedores,
Que dormitáis en gélido recinto,
Orlado por banderas y tambores
En pilastra del orden de Corinto.

Jamás encomendaron vuestros nietos
Al Señor vuestras almas taciturnas,
Y ni aun con ramas miseras de abetos
A engalanar vinieron vuestras urnas.

No hay una sola lámpara que irradie
Plácida luz en vuestra torva calma:
Ninguno reza por vosotros. ¡Nadie
Recuerda ¡oh reyes! que tenéis un alma!

Volved al polvo en sepulturas, plagios
De las de Paros en la antigua Grecia.
¡Que el espíritu fuerte los sufragios
De los humildes crédu'os desprecia!

Es nuestra pompa funeral tan fría
Como la pompa de la edad pagana (1).

Quien así sabe aborrecer lo malo, cerca está de amar lo bueno.

(1) Págs. III-III4.

Y Zayas no se muestra ajeno á profundos sentimientos católicos en algunas, por desgracia, pocas composiciones.

Volvamos á los *Paisajes*.

Un capítulo tiene que titula *De Iglesia*; pero, de siete composiciones que comprende, sólo dos son piadosas, católicas de verdad. Las otras son muy parnasianas; tanto que, aun *El Viático* y *Genitori Geniloque*, están escritas con tal indecisión crepuscular, que nadie acierta á distinguir ni á Jesús en su Sacramento, ni al poeta, ferviente cantor suyo.

Domingo de Ramos y *El Rosario* son cosa mejor.

En la primera hay unos hermosos quintetos que cifran la misión de nuestro divino Salvador, su amor al humano linaje, su superabundante Redención.

Más íntima es *El Rosario*, que consta de cuatro como sonetos en alejandrinos, y de los cuales el tercero, que es una plegaria del poeta, da muestra del estado de su alma, de sus anhelos, de sus fervientes peticiones: no necesita comentario:

Á tu piedad sin mácula mi corazón se entrega,
Exhausto de esperanzas, punzado de dolores;
Tú eres la Santa Madre del Dios de los amores,
Yo soy el hijo pródigo que arrepentido llega.
El hijo que la media luna, que huellas, riega
Con lágrimas y pídete, como en días mejores,
La fe con que contemplan tu faz los labradores

Que ante tu altar envían los pueblos de la Vega.

La fe de mis abuelos, esa fe, esa alegría
Que, aun abatida y triste, guarda la patria mía
Y suavemente corre por los campos en calma.

La fe, que es el tesoro del pobre campesino
Y va como una estrella señalando el camino
Que conduce hasta el puerto de salvación del alma.

Una palabra más.

Don Antonio de Zayas merece elogio por su nada vulgar conocimiento del arte de versificar, alabanza por la perfección que ha dado á su arte y trabajo; indulgencia también por las extravagancias á que un prurito irreflexivo le ha llevado. En muchas ocasiones ha hecho buenos versos, hermosísimos versos.

También merece alabanza por las veces que, rompiendo la glacial corteza de la forma bruñida, nos ha hecho ver su corazón. Aumente estos afectos, frecuente estas inspiraciones, déjese llenar de ese soplo fecundo, y será leído, leídísimo: los contemporáneos y los que vengán detrás le darán coronas, de las cuales podrá decir, como el más popular y más católico de los parnasianos franceses, Francisco Copée:

On me lit. Soit. J'en ai des preuves:

J'apprends.
Que mes lauriers sont toujours verts (2).

(1) Pág. 193.

(2) Se me lee. Bien. Tengo pruebas de ello:
Conozco.
Que mis laureles siempre están verdes.

III

Estamos en el corazón de la sierra de Francia ó entre los agrestes pliegues de la montaña de Plasencia, ó en las fecundas cañadas de su Vera, muy adentro en tierra de charros, ó en tierra de Extremadura; en donde no hay nada ni de noches blancas, ni de adustos luteranos, ni de ocasos amoratados, ni de vejeces venerandas y vetustas pinturas; estamos lejos aun del tráfigo de las grandes urbes modernas; estamos

Allá en las cumbres de las sierras hoscas,
Allá en las cimas de las sierras bravas,
En la mansión de las quietudes grandes,
En la región de las silbantes águilas;

el poeta, al encanto de su verso, nos va guiando ya

Por entre ciegas madroñeras húmedas,
Por entre redes de revueltas jaras,
Por laberintos de lentiscos vírgenes
Y de opulentas madre selvas pálidas,

ó ya también á través de inmensas

soledades,
Serenas melancolías,
Profundas tranquilidades,
Perennes monotonías
Y castizas realidades;

y vemos por los ojos de su poesía mecerse

aireadas,
Del mar de la mies las olas,
Aquí y allá salpicadas
De encendidas amapolas
Y de jarritas moradas;

vemos también los vientos y las aguas de la sierra,

Unos vientos que pasaban restallando
Las silbantes finas alas,
Unos turbios desatados aguaceros,
Cuyas gotas aceradas
Descendían de los cielos como flechas
Y corrían por los suelos como lágrimas:

y nos hallamos frente por frente de «los fragosos amaneceres de oro» y «los serenos amaneceres de plata», y de las aves del aire, y los regatos del prado, y los insectos y las fieras del bosque, y de la naturaleza entera en su real y verdadera magnificencia, que hinche los versos del poeta y ceba con manantial inagotable su fecunda inspiración.

De la mano del poeta entramos en las majadas de los pastores, donde le vemos dormir

sobre un lecho de lentiscos
Embriagado por el vaho de los húmedos apriscos,
Y arrullado por murmullos de mansísimo rumiarse;

y oímos á los zagales cantar y lamentarse, reír y blasfemar; y penetramos después en la casa

del pobre, del desahuciado, del endeudado,
del huérfano y de la viuda, del trabajador
hoso y adusto y del afeminado por la vida
ciudadana, que

Jiedi á señorita
Dende á media legua;

en una palabra, á la voz y á la fuerza lírica
del poeta se abre todo el mundo nuevo, com-
pletamente nuevo, de la familia campesina,
charra y jurdanesca.

Ni deja este cuadro de naturaleza y de vida,
ora pobre, ora feliz, de estar iluminado por la
luz sobrenatural de la fe católica: el *Cristu
benditu* oye las plegarias de los que le rezan
con fe:

Pa esas cosas que son de fanfarria
No da nada el Cristu de la ermita aquella;
Pero aquel que jiciendo pucheros
Se jinqui en la tierra,
Y después de rizali le iga
Las jielis que tenga,
Que se vaiga tranquilo pa casa,
Que ha de dali el Cristu lo que le convenga.

La Virgen de la Montaña de Cáceres es la
que paga á los fervientes cacereños sus obse-
quios con consuelos, su amor con bendiciones:

Me dijeron que era tuyo, me dijeron que eres suya,
Que te daba bellas flores, que le dabas rica miel.

Y, sobre todo, haciendo del mundo todo un

gran templo para Dios, siente el poeta al Se-
ñor Eterno

Allí donde la vida se sucede
Cual recordando lo que nunca acaba,
El estallido de la yema nueva
Y el caer funeral de la hojarasca:

y le siente bueno, infinitamente bueno

Oyendo al ave que cantando sube,
Y al regatuelo que rezando baja.....;

y le siente providente y sabio,

Y de ese insecto en los flexibles élitros,
Y de esa fiera en las sangrientas garras,
Y en esa escarcha que la tierra hiela
Y en ese rayo que el ambiente abrasa;

y en las hieles paladeadas del corazón, y en los
gustados consuelos del espíritu, y en el propio
sér siente al Señor, su Padre bueno y su Pro-
videncia, y aun pasando más adelante y des-
echando cuanto los ojos ven y reconcentrán-
dose el alma en sí misma,

¡Mejor que fuera de ella
Te siente dentro de su abismo el alma!

Con lo dicho está ya suficientemente nom-
brado el poeta, que ha merecido después de su

muerte continuas y no interrumpidas veladas y panegíricos en Madrid, Valladolid, Salamanca, Sevilla, Cáceres y en otras ciudades y poblaciones de que ahora no recuerdo.

José María Gabriel y Galán.

Nació este justamente celebrado poeta el año de 1870 en Frades, villa ó lugar de la serranía de su nombre, partido judicial de Sequeros, en tierra y provincia de Salamanca, en familia labradora y acomodada.

El poeta se acordaba de los pastores de su abuelo,

que era un viejo patriarca
Con pastores y vaqueros que rimaban el vivir.

Hasta los últimos años conservaba Gabriel y Galán el acariciado recuerdo de su casa y hogar, cuando en las luchas de la vida

Vertiendo sangre á ríos
Y lágrimas á mares, torno al huerto.
Mi padre se sentaba en esta piedra,

Que coronó de yedra,
La mano santa de mi santa madre.....
Fué un altar el amor en roca dura
Con dosel de verdura,

Trono de patriarca con mi padre
Y urna de santa con mi madre pura.
Ya está solo el edén. Todo es desierto.

Detrás de mis santísimos ancianos
Saliendo han ido del sagrado huerto
Mis amantes, dulcísimos hermanos.
¡Los he visto morir y yo no he muerto!

Aplicado á la carrera de Maestro, la hizo con lucimiento; pero no debió hacerla con cariño, y con notas de sobresaliente y revalidado en 1886, ganó oposiciones y las plazas de Guijuelo (Salamanca), y de Piedrahita después (Ávila).

Por este tiempo de soledad y faena prosaica debió ser cuando el poeta sintió en una romería la necesidad de una familia; necesidad que tan dulce como poéticamente declara en *La romería del amor*.

Era, nos dice, la hora de la tarde, cuando

Las sombras del crepúsculo amoroso,
Velos de muerte de la tarde quieta,
Cayeron sobre el valle misterioso,
Cayeron sobre el alma del poeta.

Entonces fué cuando el melancólico poeta, como la Justina de Calderón de la Barca, aunque sin tentación ninguna, oyó el canto amoroso del ruiseñor.

Y del dulce, del grato
Seno profundo de la obscura fronda
De fresnos y mimbreras del regato,
Romántica, alta, honda,
Purísima y vibrante,
Bizarra, magistral, insinuante,
Más cargada que nunca de dulzura,
Más henchida que nunca de armonía,
Más llena de frescura,
Más rica de poesía,
Más intensa y sonora,

Más que nunca feliz, más habladora,
Surgió la incomparable,
Surgió la peregrina
Primorosa canción inimitable
Que brota de la lengua cristalina
Del pájaro cantor de los cantores...

Sacudido todo el sér del poeta por el amor,
lo ve en todas partes

El amor que en el monte se reía,
Y en la ermita rezaba agradecido,
Y en el valle bailaba de alegría,
Y al fuego del placer enardecido
En ansias de vivir se derretía....;

pero un amor casto, robusto, fecundo, cristiano,
amor que bien presentía el poeta había de
ser vida de su alma, aliento de su poesía, su
humana felicidad.

Sin tardar, hizo su propósito:

Me alcé en la tumba y sacudí la muerte!
Y tornando á la ermita abandonada,

.....
Ante sus muros me postré de hinojos,
Al alto ventanal iluminado
Alcé mi corazón, alcé mis ojos,
Y del fondo del pecho enamorado
Me salió esta oración: «¡Virgen bendita,
No volveré á tu ermita
Á rendirte misérrimos cantares,
Á poner con los hielos de la mente
Ofrendas de artificio en tus altares,
Coronas de oropel sobre tu frente.
Volveré cuando traiga de la mano,

Para rendirlo ante tus pies de hinojos,
Un angelillo humano,
Que tenga azules, como Tú, los ojos!»

Casóse, en efecto, en 1898, y tras siete años escasos de matrimonio, durante los cuales no había pensado sino en amar á su familia, cuidar de su hacienda y entonar dulces versos, dejando un pequeñito, en 6 de Enero de 1905 expiró cristiana y edificadamente en Guijo de Granadilla (Cáceres), de donde era natural su esposa, y adonde desde su matrimonio habíase trasladado.

* * *

Siguiendo esta vida modesta, campesina y henchida de santos amores, escribía Gabriel y Galán poesías y más poesías «con lápiz, son sus palabras, muchas veces sobre el arzón de la silla, jinete en su jaca de campo, mientras recorría su hacienda, ó en la parva de las eras, ó bajo de una encina, ó á orillas de un arroyuelo, descansando de sus tareas agrícolas» (1).

Si él no lo hubiera asegurado, sus mismas composiciones habrían sido de ello testigos; así estuvo sin duda alguna escrita la preciosa poesía *Mi vaquerillo*, que lleva el hondo é

(1) *Noticiero Extremeño*, Badajoz 6 de Febrero de 1905.

inequívoco sello de esta espontaneidad. ¡Qué detalles! ¡Qué sinceridad! ¡Qué cariño!

He dormido esta noche en el monte
Con el niño que cuida mis vacas.
En el valle tendió para ambos
El rapaz su raquítica manta.
¡Y se quiso quitar, pobrecito,
Su blusilla y hacerme almohada!

Esto está visto y experimentado: la descripción de la noche de Junio, que se sigue, está escrita según notas auténticas tomadas á la luz de aquella luna amorosa, y de aquellas claridades «sedantes y cálidas», tan á propósito

Para hacerse de acero los cuerpos,
Para hacerse de oro las almas.

El vaquerillo seguía durmiendo con placidez; su amo, no:

¡Me daba una lástima
Recordar que en los campos desiertos,
Tan solo, pasaba
Las noches de Junio
Rutilantes, medrosas, calladas,
Y las húmedas noches de Octubre,
Cuando el aire menea las ramas,
Y las noches del turbio Febrero
¡Tan negras, tan bravas,
Con lobos y cárabos,
Con vientos y aguas!
Recordar que dormido pudieran
Pisarle las vacas,
Morderle en los labios

Horrendas tarántulas,
Matarlo los lobos,
Comerlo las águilas.
¡Vaquerito mío!

¡Cuán amargo era el pan que te daba!

Todo el cuadro tiene tal realidad, que nadie se sorprende de que después asalte al amo y señor del vaquerito el recuerdo del propio hijito, y el recuerdo de los padres de su pequeño vaquero. No necesita volver á afirmar que todo esto había sido la voz de su conciencia, mientras que estaba tumbado sobre la prestada mantilla de su criado.

La solución del pequeño é íntimo drama tiene la misma verdad, el amor mismo:

El niño dormía
Cara al cielo con plácida calma:
La luz de la luna
Puro beso de madre le daba:
¡El beso de padre
Se lo puso mi boca en su cara!
Y le dije con voz de cariño
Cuando vi clarear la mañana:
—Despierte mi mozo,
Que ya viene el alba
Y hay que hacer una lumbré muy grande
Y un almuerzo muy rico. ¡Levanta!
Tú te quedas luego
Guardando las vacas,
Y á la noche te vas y las dejas.
¡San Antonio bendito las guarda!
Y á tu madre á la noche la dices

Que vaya á mi casa
Porque ya eres grande
Y te quiero aumentar la soldada.

Escribiendo de este modo y reuniendo así sus impresiones en una ú otra forma, escribió Gabriel y Galán las poesías de *Castellanas*, *Extremeñas* y *Campesinas*, tres tomitos ya publicados, y varias más que han sido premiadas en públicos certámenes en Salamanca, Zaragoza, Béjar, Lugo, Murcia y Buenos Aires, y otras muchas que han visto la luz pública en revistas y diarios, señaladamente en *El Noticiero Extremeño*, de Badajoz.

Todas ellas, son ó himnos religiosos y cristianos, ó himnos de amor á la naturaleza, y siempre saturadas de espíritu español, salmantino y extremeño hasta la medula.

Como este artículo no es panegírico, habrá que decir que una vez plegó sus alas la musa de Galán, y tartamudeó, más bien que entonó, unas quintillas, cuando, sin duda rogado, hizo unos versos al rey D. Alfonso XIII en su visita á Salamanca. Era que la inspiración de Galán no tenía nada de cortesana, y sí mucho de montaraz y selvática: *¡Más precia el ruiseñor su pobre nido....!*

* * *

Hoy día tenemos pasión de clasificar.

Y como se ha escrito y dicho tanto de Gabriel y Galán, ¿será de maravillar que los panegiristas se hayan dado prisa en clasificarlo? Garcilaso y Meléndez Valdés, por lo de la poesía pastoril y bucólica; Fr. Luis de León, por cierta sencillez y aun languidez que Galán tiene, y también por ser aquél gloria y timbre de Salamanca, tierra y cuna del segundo; Núñez de Arce, no sé por qué, como no sea por el amor que á este tan académico poeta tuviera el panegirista del otro; y hasta ha habido quien le ha querido disputar y tener por ferviente poeta social y con atisbos, puntas y ribetes de socialista; quién le ha tomado por romántico, quién por fervoroso clásico: y cuantos se fijen en una cualidad y cierren á las demás sus ojos, le podrán sucesivamente alinear entre los idealistas y entre los realistas, entre los vetustos y entre los modernistas, entre los de la antigua escuela de Salamanca y entre los recentísimos forjadores é inventores de nuevos metros y versos.

Porque, en efecto, de todo tiene Gabriel y Galán.

Es bucólico en casi todas sus composiciones, v. gr., *Mi vaquerillo*, *Los pastores de mi abuelo*; es religioso y casi místico *En todas partes* y *El Cristo de Velázquez*; es idealista en *La romería del amor*; es realista en *La jurda-*

na, *Fecundidad*, *El Cristu benditu*, *El ama*; es hasta modernista en los metros de diez y seis sílabas, desenterrados felizmente por él en *La Virgen de la Montaña*, por ejemplo.

Y al propio tiempo que es todo eso que hemos dicho, y que se puede comprobar con la lectura, no es Garcilaso, pues su poesía pastoril dista tanto de la de Salicio y Nemoroso, como dista el campo y el cortijo del salón y de la corte, pues todo el mundo sabe que los pastores de Garcilaso eran italianos de nación, y eran grandes y finisimos cortesanos disfrazados por moda con el tosco pellico, y los de Galán son auténticos, son labradores y charros y pastores, arrancados del natural y colocados en el papel; y no es León, porque casi nunca tiene éste el sentido de la naturaleza de Galán, ni el sello popular y casi *gaitero* de los metros de Galán: ni Galán la elevación sagrada, la gravedad profunda, el misticismo encendido del autor de *A la Ascensión*, *La vida retirada*, *La vida del Cielo*; ni es Galán, Núñez de Arce, poeta por excelencia académico, bruñidor de su verso, que le sale rotundo y sonoro, cuando á Galán se le va escapando, casi siempre en asonante, como una madeja de miel, verso quebrado y lleno de sonsonete, verso muchas veces, sonoro pero

Que paecen zumbíos de abejas
Ruíos de regato,

Airi de alamea,
Sonsoneti del trillo en las miesis,
Rezumbal de mosconis que vuelan....

como las tonadillas de la tierra que él procuraba imitar: ni es social, ni socialista, sino cristiano católico que deplora unas veces las reales injusticias hechas á los pobres, otras las faltas de caridad cometidas con ellos; pecados todos que arman el brazo de Dios para vengarlas y disipar y destruir á los que devoran en pueblo pobre y humilde «sicut escam panis», que no es menos que lenguaje de los Salmos: ni es modernista, ni antiquista, ni afiliado á esas grandes y arbitrarias convenciones, llamadas en el siglo pasado escuelas; sino que habla como hablan sus zagales, y siente la belleza de los sotos, de los prados, de los bosques, de los ríos, de las romerías, del hogar y del cielo y de la tierra como él sólo sabe sentirla, y busca palabras y metros que lo expresen tal y como él lo siente; palabras y metros que le da el uso ó cacereño ó salmantino; metros que si no los halla en actual servicio los llama él, y, dóciles, vienen al armónico són de su poesía.

Todo autor clásico de los de escuela dista mucho de Gabriel y Galán, de su poesía libre, sin ser libertaria; modesta, sin ser rutinaria. En cambio, más parecido se le hubiera hallado comparándola con la antigua popular, castellana poesía.

En efecto; fué dogma fundamental de nuestra poesía, de aquella, digo, que arranca en el poema del Cid, continúa por Berceo, se encarna en infinitos romances populares, y, por fin, se incorpora con nuestro teatro por obra y arte de Lope de Vega, el realismo, ó, mejor, la realidad de la descripción, la exacta pintura, á veces muy breve, de los trajes, usos, costumbres de nuestros soldados y de nuestros pastores, de nuestra vida ciudadana y de nuestra vida cortesana. Esta descripción vívida, que era la materia casi perenne de nuestra poesía, se expresaba en el metro de diez y seis sílabas, apto para la canturía del juglar, y en otros, como son los múltiples del Arcipreste de Hita, cantables al són de instrumentos varios, unos de origen castizo, otros de origen arábigo.

Hoy día consérvanse modelos y restos de toda esta poesía, á más de las páginas de los monumentos de los siglos XII, XIII y XIV, ya menos legibles, en los romances antiguos, en los conservados verbalmente por la tradición viva y en las páginas de nuestro teatro nacional, en las églogas de Encina, en Tirso de Molina, en Guillén de Castro, en Vélez de Guevara, en Rojas, en Calderón de la Barca, y, sobre todo y sobre todos, en la enciclopedia del arte castizo popular, en el teatro de Lope de Vega:

¡Gracias, inmenso cielo,
 Á tu bondad divina!
 ¡No tanto por los bienes que me has dado!
 Pues todo aqueste suelo
 Cubren mis trigos, viñas y ganado;
 Ni por haber colmado
 De casi blanco aceite
 Destas olivas bajas
 Á treinta y más tinajas,
 Donde nadan los quesos por deleite;
 Sin otras de henchir faltas,
 De olivas más ancianas y más altas;
 Ni porque mis colmenas
 De nidos pequeñuelos,
 De tantas avcillas adornadas,
 De blanca miel rellenas;

 Ni porque estén cargadas
 De montes de oro en trigo
 Las eras, que á las trojes
 Sin tempestad recoges.

¿No es verdad que este monólogo de Juan Labrador, de Lope de Vega, es una égloga tan exacta y natural como las de Gabriel y Galán pueden serlo? Pues ¿qué diríamos si se pudieran multiplicar ejemplos hasta lo infinito, y para no salir de paisajes semejantes á los de Galán, citáramos fragmentos de *El casamiento en la muerte*, de *La serrana de la Vera*, de *Los novios de Hornachuelos*, de *Las Batuecas del Duque de Alba*, donde se presentan paisajes, costumbres, descripciones y romances popu-

lares de la Peña de Francia, de la Vera de Plasencia, de la alta Extremadura, del mismísimo país de las Hurdes?

* * *

Mas, ¿á qué sobrecargar la atención con citas?

Tenemos la propia confesión de Galán, que nos dejó en varias composiciones como su arte poética, y ya es aforismo vulgar que á confesión de parte.....

En una de sus más famosas, por ser de las primeras, composiciones, en *El Cristu benditu*, pinta y retrata al poeta que él entiende, á sí mismo, en la persona del que habla en toda la composición, y lo pinta y retrata leyendo la antigua poesía popular é imitándola:

¿Ondi fueron los tiempos aquellos,
Que pué que no güelvan,
Quando yo juf presona leía
Que jizu comedias,
Y aleluyas tamién, y cantarís
Pa cantalos en una vigüela?

Más abajo, en el pleno de su dicha, vuelve al himno

De las guapas
Tonás de mi tierra,
Continas y dulcís,
Que paecen zumbíos de abeja.....

Quien tan enamorado estaba de la poesía popular de su tierra y de la tradición, ¡cuán desengañado, en cambio, de la artificiosa y de escuela!

¿Qué le vale la musa soñadora,
Que le inspira sutiles creaciones?
¿Qué le vale la cítara sonora,
Si sus vagas, románticas canciones
Son errabundas melodías muertas,
Cuyo ritmo ideal, desvanecido,
No llega, enamorado, ante las puertas
De amante corazón y amante oído?
¡Qué artificio tan ruin le parecían
Sus doradas cantatas amorosas,
Muertas flores pomposas
Con senos de papel, que no tenían
Polen fecundador ni olor de rosas!

Acá y allá hay en las demás composiciones de Galán iguales ideas estéticas; pero en una las cifró, las sumó, las condensó todas: en *Los pastores de mi abuelo*.

Llega á la majada y duerme con sus pastores sobre lentiscos y come con ellos las entrañas de carnero, que sus manos encallecidas le prepararon, y con tristeza reconoce, después de haber largamente charlado con ellos y de haberles preguntado

Y buscado en sus sentires algo bello que decir,

que se habían ido los pastores de la poesía y de la belleza, los que «rimaban el vivir»:

Se acabaron para siempre los selváticos juglares
Que alegraban las majadas con historias y cantares,
Y romances peregrinos de purísimo sabor:

Para siempre se acabaron los ingenuos narradores
De las trágicas leyendas de fantásticos amores,
Y contiendas fabulosas de los hombres del honor.....

¡Ya no riman, ya no cantan! Ya no piden al viajero
Que les cuente la leyenda del gentil aventurero,
La princesa encarcelada y el enano encantador.

Ya no piden aquel cuento de la azada y el tesoro,
Ni la historia fabulosa de la guerra con el moro
Ni el romance tierno y bello de la Virgen y el pastor.

Aquí está en pocos versos, con toda su balumba de versos religiosos, legendarios é históricos, aquella poesía tradicional que echa de menos el poeta y que tanto le entusiasma, que torna á sus elogios deseando que reaparezca por los chozos y casetas

Las estirpes patriarcales de selváticos poetas.....

cantando una música inefable, que llama
Galán

De silencios transparentes, más sabrosos que la miel,

y que va describiendo detenidamente, haciendo de paso el mejor retrato de la suya.

Una música tan virgen como el aura de mis montes,
Tan serena como el cielo de sus amplios horizontes,
Tan ingenua como el alma del artista montaraz:

Tan sonora como el aire de las tardes abriñeñas,
Tan suave como el paso de las aguas ribereñas,
Tan tranquila como el curso de las horas de la paz.

Una música fundida con balidos de corderos,
Con arrullos de palomas y mugidos de terneros,
Con chasquidos de la honda del vaquero silbador;

Con rodar de regatillos entre peñas y zarzales,
Con zumbidos de cencerros y cantares de zagales,
De precoces zagalillos que barruntan ya el amor.

Una música que dice cómo suenan en los chozos
Las sentencias de los viejos y las risas de los mozos
Y el silencio de las noches en la inmensa soledad,
Y el hervir de los calderos en las lumbres pavorosas,
Y el llover de los abismos en las noches tenebrosas,
Y el ladrar de los mastines en la densa obscuridad.

Nadie, ni adrede, podría más detalladamente describir la poesía de Galán, ver su corazón; pero puesto que él lo hizo no andemos vacilando y buscando á su musa genealogías que él rechaza.

Yo quisiera que la musa de la gente campesina
No durmiese en las entrañas de la vieja hueca encina,
Donde, herida por los tiempos, hosca y brava se encerró.

¡Hermosamente expuesta la desaparición de
la musa tradicional!

¡No lo está menos la aparición de la falaz
musa académica!

Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos,
No la casta fabulosa de fantásticos Batilos
Que jamás en las majadas de mis montes habitó,

Sino aquella casta de hombres vigorosos y severos,
 Más leales que mástines, más sencillos que corderos,
 Más esquivos que lobatos, más poetas ¡ay! que yo.

Con esta exclamación tan simpática enlaza
 Gabriel y Galán la definición del poeta ideal
 á que él aspiraba, del poeta real, que sin sa-
 berlo, él era:

¡Más poetas! Los que miran silenciosos hacia Oriente
 Y saludan á la aurora con estrofa balbuciente
 Que derraman, sin saberlo, de la gaita pastoril,
 Son los hijos naturales de la musa campesina
 Que les dicta mansamente la tonada matutina,
 Con que sienten las auroras del sereno mes de Abril.
 ¡Más poetas, más poetas! Los artistas inconscientes
 Que se sientan por las tardes en las peñas emibientes
 Y modulan, sin quererlo, melancólico cantar,
 Son las almas empapadas en la rica poesía
 Melancólica y suave, que destila la agonía
 Dolorida y perezosa de la luz crepuscular.

¡Más poetas, más poetas! Los que riman sus sentires
 Cuando dentro de las almas cristalizan sus decires
 Que en los senos de los campos se derraman sin querer,
 Son los hijos elegidos que desnudos amamanta
 La pujante brava musa que al oído sólo canta
 Las sinceras efusiones del dolor y del placer.

¡Más poetas! Los que viven la feliz monotonía
 Sin frenéticos espasmos de placer y de alegría,
 De los cuales las enfermas, pobres almas van en pos,
 Han saltado, sin saberlo, sobre todas las alturas
 Y serenos van cantando por las plácidas llanuras
 De la vida humilde y fuerte que cantando va hacia Dios.

Este es el arte sin arte de Gabriel y Galán,
 la meta á que pretendió llegar, y, en innume-

rables ocasiones, llegó su poesía, de las cuales
 se puede como síntesis afirmar

Que la vida buena vieron y rimaron el vivir.

• • •

Todo artículo literario debía de llevar por
 apéndice obligado una antología: moda que
 evitaría, si no todos, muchos testimonios glo-
 riosos ó depresivos y que aliviaría á los lec-
 tores de la prosa crítica, que es siempre pesada
 y aburrida.

De Gabriel y Galán se podría componer una
 preciosísima antología.

Habría de figurar en el principio la compo-
 sición *Tradicional*, que es una de las que más
 abren de par en par el pecho del poeta y nos
 dejan ver su corazón, su corazón henchido de
 amor venerabundo á sus mayores, de amor
 tierno á sus hermanos, todos ya difuntos, y
 de amor precursor á una esposa, que no co-
 noce y por quien anhela:

Ven, casta virgen, al reclamo amigo
 De un alma de hombre que te espera ansiosa
 Porque presente que vendrán contigo
 El pudor de la virgen candorosa,
 La gravedad de la mujer cristiana,
 El casto amor de la leal esposa
 Y el pecho maternal que juntos mana
 Leche y amor para la prole sana

Que á Dios le place alegre y numerosa.
¡Dios, que lo escuchas, acelera el día!....

Tras ésta, como su verdadera realización, debería venir la más famosa del poeta, la que fué conocida primero de las suyas, la que le valió la protección del ya difunto Sr. Cámara, Obispo de Salamanca, *El ama*, que es una de las más sentidas por el poeta y acaso la mejor que hizo:

.....
La vida en la alquería
Giraba en torno de ella
Pacífica y amable,
Monótona y serena.

.....
Y como la alegría y el trabajo
Donde está la virtud se compenetran,
Lavando en el regato cristalino
Cantaban las mozuelas,
Y cantaba en los valles el vaquero,
Y los mozos cantaban en las tierras,
Y el aguador, camino de la fuente,
Y el cabrerillo en la pelada cuesta.

.....
Y yo también cantaba,
¡Que ella y el campo hicieronme poeta!
Cantaba el equilibrio
De aquel alma serena
Como los anchos cielos,
Como los campos de mi amada tierra.

Toda esta alegría era mientras vivió, que después de muerta el ama;

Ya no alegran los mozos la besana
Con las dulces tonadas de la tierra,
Que al paso perezoso de las yuntas
Ajustaban sus plácidas cadencias.
Mudos salen de casa,
Mudos pasan el día en sus faenas,
Tristes y mudos vuelven,
Y sin decirse una palabra cenan
Que está el aire de la casa
Cargado de tristeza,
Y las palabras y ruidos importunan
La rumia sosegada de las penas.
Y rezamos reunidos el rosario
Sin decirnos por quien, pero es por ella.

Tras *El ama*, no podría omitirse *El Cristu benditu*, idilio de fe y de paternidad, en la estropeada prosodia de la tierra, más que en dialecto particular, y de la que, á mi parecer, abusó el poeta prodigándola en muchas de sus poesías, en casi todo el tomito *Extremeñas*, si bien algunas de éstas son tan sentidas, tan gráficas, tan tiernas, que no se podrían dejar fuera de la antología que vamos soñando: v. gr., *Varón*, *El embargo*.

Si por descripciones fuera, la elección caería de seguro en *Fecundidad*, que tiene la feroz sublimidad de la montaña mezclada con la dulzura del amor de la familia; *Mi vaquerillo*, más arriba extractada; *La jurdana*, pedazo de realidad puesto en verso; *La flor del espino*, que canta cómo la ternura del más puro amor se halla tras la bronquedad del hábito y las

maneras, y el hermosísimo romance *El desafío*, que comienza así:

En la izquierda la guitarra,
La navaja en la derecha,
Terciada la manta al hombro,
La faja encarnada suelta,
La actitud provocativa,
La mirada descompuesta,
Roja de rabia la cara,
Ronca la voz y algo trémula;
Así apostrofaba el mozo
Más rumbo de la aldea....

y el otro más afectuoso y no menos perfectamente escrito *La vela*, que delatan en dónde se inspiraba Gabriel y Galán.

Seguiríase *Los pastores de mi abuelo*, de que parece que hemos dicho y tomado bastante, y podrían concluir la antología las composiciones religiosas *Canto al trabajo*, *La Inmaculada*, *La Virgen de la Montaña* y *El Cristo de Velázquez*.

Esta última, que es corta, que es estético-doctrinal, y que es bellísima, sería la deputada para cerrar la antología, y lo será para cerrar estos borrones.

EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

¡Lo amaba, lo amaba!
¡No fué sólo milagro del genio!

Lo intuyó cuando estaba dormido,
Porque sólo en las sombras del sueño
Se nos dan las sublimes visiones,
Se nos dan los divinos conceptos,

La luz de lo grande,
La miel de lo bello....

¡Lo amaba, lo amaba!

¡Nacióle en el pecho!

No se puede soñar sin amores,
No se puede crear sin su fuego,
No se puede sentir sin sus dardos,
No se puede vibrar sin sus ecos,

Volar sin sus alas,
Vivir sin su aliento....

El sublime vidente dormía

Del Amor y del Arte los sueños,

—¡Los sueños divinos

Que duermen los genios!

¡Los que ven llamaradas de gloria

Por hermosos resquicios de cielo!—

Y el Amor, el imán de las almas,

Le acercó la visión del Cordero,

La visión del dulcísimo Mártir

Clavado en el leño,

Con su frente de Dios dolorida,

Con sus ojos de Dios entreabiertos,

Con sus labios de Dios amargados,

Con su boca de Dios sin aliento....

¡Muerto por los hombres!

¡Por amarlos muerto!

Y el artista lo vió como era,

Lo sintió Dios y Mártir á un tiempo,

Lo amó con entrañas

Cargadas de fuego,

Y en la santa visión empapado

Con divinos arrobos angélicos,

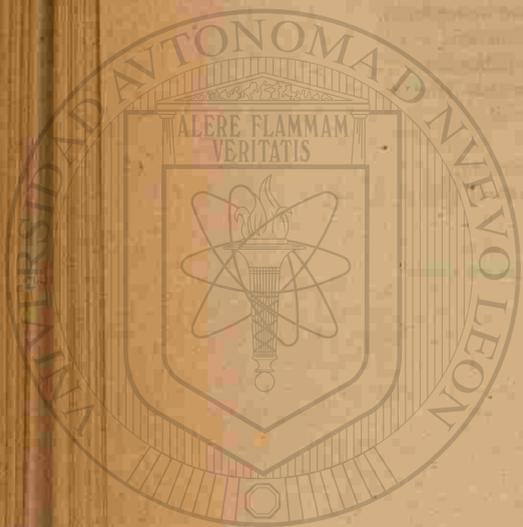
Con magnéticos éxtasis líricos,

Con sabrosos deliquios ascéticos,
 Con el ascua del fuego dramático,
 Con la fiebre de artísticos vértigos,
 La memoria tornando á los hombres,
 Ingratos y ciegos,
 Débiles ó locos,
 Ruines ó perversos,
 Invocó á la Divina Belleza,
 Donde beben belleza los genios,
 Los justos, los santos,
 Los limpios, los buenos.....
 Y al conjuro bajaron los ángeles,
 Y al artista inspirado asistieron,
 Su paleta cargaron de sombras
 Y luces de cielo,
 Alzaron el trípode,
 Tendieron el lienzo,
 Y arrancándose plumas de raso
 De las alas, pinceles le hicieron.
 Y el mago del Arte,
 El sublime elegido entreabriendo
 Los extáticos ojos cargados
 De penumbras de místico ensueño,
 Tomó los pinceles
 Sonámbulo, trémulo.....
 De rodillas cayeron los ángeles,
 Y en el aire solemnes cayeron
 Todas las tristezas,
 Todos los silencios.....
 ¡Y el genio del Arte
 Se posó sobre el borde del lienzo!
 Con fiebre en la frente,
 Con fuego en el pecho,
 Con miradas de Dios en los ojos
 Y en la mente arrebatos de genio,
 El artista empapaba de sombras
 Y de luces de sombras el lienzo.....

No eran tintas que copian inertes,
 Eran vivos dolientes tormentos,
 Era sangre caliente de Mártir,
 Eran huellas de crimen de réprobos,
 Eran voces justicia clamando,
 Y suspiros clemencia pidiendo.....
 ¡Eran el Drama del mundo deícida
 Y el grito del Cielo!.....

 ¡Y el sueño del hombre
 Quedó sobre el lienzo!

 ¡Lo amaba, lo amaba!
 ¡El Amor es un ala del genio!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCRITORES CATALANES

- I. GENERALIDADES ACERCA DEL CATALANISMO.—
Jochs Florals de 1902.—Poesías de Mosén Costa Llobera.—En Joseph Carner, sus poesías.—*A cop. calent.*, de I. Cabot y Ribera.
- II. TEATRO RELIGIOSO, de D. Lor. Balanzó y Pons.—
Poesías de Mos. Ant. Navarro.
- III. LA JUVENTUD CATALANA: Joaquín Ruyra.—Prosa catalana.—*La Fabricanta*, de Dolors Monserdá.



QUE una cosa es España y otra la vida moderna, oficial y exótica que la encadena, es sentencia que se oye en todas partes donde se piensa á derechas, y que va pasando á la categoría de axioma.

La enseñanza privada florece más que la oficial; la beneficencia autónoma da consuelo al dolor y ejemplos á la edificación pública; la industria, el comercio, las explotaciones, las empresas particulares parece que son fecundas mientras que la burocracia no las enreda en sus tentáculos, y esto mismo se nota en esa fisonomía de la sociedad que se llama literatura.

Algo de esta vida literaria madrileña vimos más arriba, y nos apenó: ya en las llanadas salmantinas ó en las crestas extremeñas oímos una voz viril, libre, poética: Gabriel y Galán

era un eco de otra vida, de otra historia; ahora pasando el Ebro hallamos una literatura pujante, viva, ardiente: es la fisonomía de un pueblo grande.

No tomaré yo en consideración los insultos disparatados de D. Pomponio Gener en la obra reciente del Sr. León Pagano *A través de la España literaria* contra la meseta de Castilla, contra la parte de Castilla la Nueva y Andalucía, donde, según él, no hay ni ozono, ni helio, ni por consiguiente cerebros, ni sangre, ni entendimiento, ni nada, sino presemittas, subhombres, algo barrible por los superhombres latino-celtas de Valencia, Aragón y Cataluña.

Disparates son éstos que, por desdicha, repiten de esta ó de aquella forma, con colores más ó menos subidos, muchos que no saben lo que se dicen, ni lo que el resto de España piensa, ni que toda España es la que gime, como gimen todas las razas latinas bajo el influjo de la revolución, que se ceba en ellas hace ciento cincuenta años, como se cebó en el siglo xvi en las razas anglosajonas, no permitiendo entonces en ellas bien ni florecimiento alguno, y lloviendo, en cambio, «guerras, asolamientos, fieros males».

Cataluña, pues, con un movimiento simpático á toda España, empezó á cultivar el catalán, dormido hacía largas centurias, y dió fru-

tos abundantes y sazonados en la poesía lírica y épica, en novelas y en dramas, en prosa y verso, que honraron los nombres de Mosén Jacinto Verdaguer, de Víctor Balaguer y de otros que aun viven y acaudillan los estudios catalanistas.

Este despertar del catalán ha traído consigo un verdadero renacimiento literario, sorprendente y encantador, habiendo sido (escribe en su última obra el recientemente fallecido don Juan Valera) «esta lengua como la encantada princesa de los cuentos fantásticos, que al despertar de un sueño de tres ó cuatro siglos, se halla tan joven, tan lozana y tan pura, y tan limpia de toda contagiosa y fea convivencia, como en el día en que empezó su sueño secular en apartado retiro» (1).

También se ha levantado el habla catalana potente y vigorosa, como expresión de sentimientos varoniles y pujantes, y en éstos raya á más altura que en los blandos y dulces, y aun la fonética de ella se presta más.

Ha andado comúnmente este renacimiento catalán en manos católicas y aun eclesiásticas, y en los juegos florales han sido premiados Verdaguer, Costa Llobera, Antón Navarro, sin contar jóvenes seglares y católicos que llevaban temas religiosos y aun místicos. Actual-

(1) *Terapéutica social*, pág. 157.

mente, uno de los cabeceros en el movimiento literario catalanista es el Sr. Obispo de Vich, Ilmo. Torras y Bagés, y en toda Cataluña se conserva aun fresca la veneranda memoria de su antecesor, fundador del gran Museo Arqueológico vicense, del que conservo gratísimo y profundo recuerdo, restaurador del templo de Ripoll, Obispo, por fin, de Barcelona, el Dr. Morgades, infatigable promotor de los estudios y artes catalanistas.

Hoy día quizá quieran romper este vínculo sagrado entre el arte y la Religión algunos malaconsejados, cabezas trastornadas por las ideas francesas y por lecturas de modernistas empecatados, sin percatarse estos alucinados que, dando al movimiento catalanista el sesgo revolucionario y á la expresión catalana el giro de Paul Verlaine, hacen tabla rasa de toda la tradición y adornan una venerable estatua con avalorios y dijes baratos, con engañosos diamantes al carbono.

Sugíerenme todas estas consideraciones unas obras catalanas que han venido á mi noticia.

Por fortuna mía, todo es hondamente católico y muy poco no es hondamente catalán. ®

Léanse los *Jochs Florals* tenidos en Noviembre de 1902 en San Martín de Canigó.

La sombra de Verdaguer, el bardo de Canigó, parece que velaba en torno suyo. Allí hay sentimiento poético, concepción poética, expresión poética, elevación y tono poéticos, y hasta el habla, no lo dudamos, será realmente poética. Yo no puedo, lo confieso paladinamente, quitar las perfecciones del lenguaje catalán; no puedo contar las filigranas de la expresión, y cedo este trabajo á los doctos catalanistas. Pero sentir las pulsaciones de un estro poético, entender el habla común en los avocados y favorecidos en el Parnaso, percibir la corriente eléctrica que estremeció á los vates que escribieron, eso, por ser sin duda muy fácil, no puedo con verdad negar que lo alcanzo. Y eso es lo que hay en las poesías y en las prosas de los Juegos florales. Montserrat, con su Moreneta incomparable, sus riscos y sus agujas de piedra; Canigó, con su basílica y los rumores de las estrofas de Verdaguer; las costumbres patriarcales de la Cataluña de los valles y de las repuestas costas; el afán y tráfigo de la Cataluña de los telares y del comercio; los amores de un pueblo y sus rencores de raza, su indómito coraje y su ferviente religión, todo está en estas poesías sentido siempre y expresado ó indicado, entrevisto ó amplificado, según las ocasiones.

El *discurs* (en tercetos) del *President del Consistori*, D. Francesch Matheu; las poesías

tituladas *Égloga*, de D. Joseph Carner; *Agullas blavas*, del mismo; *Jacobe*, preciosa narración de D. Joaquín Rivera y Oms; *De la vida*, narración igualmente de D. Claudio Planas y Font, y *De la terra*, lírica de D. Antonio Bori y Fontestá, podrán servir de pruebas de lo que decimos, con los discursos de despedida del Obispo de Perpiñán y de la reina de la fiesta D.^a Concepción Picó de Riera.

Mas lo que señala un carácter propio y muy castizo de estos Juegos florales es el abrazo estrecho del amor á la Religión y á la Patria: notas simpáticas de este cuaderno. Allí está traducido (y premiada la traducción) el himno *Ave maris stella*; allí está glosada la *Salve* de Montserrat, que empieza así:

La nit es clara; pel cell llubexen
Estels purissims de dols esclat:
Una veu canta, mil la seguexen:
—Salve, Regina del Montserrat.....

allí tuvieron laureles composiciones místicas, como *Retorn*, que comienza:

El Christ en Creu morent, sagnant
Mira á sos peus á son aymada.....

y *Tres floretes francescanes*, episodios de la vida del seráfico hermano de las flores y enamorado predilecto de Dios; allí fué premiado con la flor natural y con la englantina—los

dos premios más estimados,—no un impío, ni un anticlerical, sino un edificante sacerdote, Mosén Miguel Costa Llobera; allí, por último, se oyó la paternal voz del Prelado de Perpignan, que decía: «La festa que celebram es una festa de reconquista religiosa que té dos actes. Acabam de celebrar lo primer que's pot dir la reconquista religiosa d'aquexa antiga y celebrèrrima iglesia.... Ara, hem de celebrar la reconquista religiosa de nostra llengua y es lo segon acte de la festa. Aquest acte no té res de profà, es sant com lo primer. Mireu, senyors, lo lloch ahont som reunits si es profà? Es la casa matexa de Deu; mireu que l'altar es encara ornat, lo calzer sagrat es al mitx, las atxas benehidas son encesas, l'encens y las flors embalsaman l'ayre ab llurs perfums mistichs; mireu la creu de Jesucrist; mireu l'imatge de la Mare de Deu y las reliquias de Sant Martí y de Sant Galdrich y jo mateix vestit de pontifical.»

El espíritu patriótico de todas las poesías ni necesita pruebas, porque es evidente; ni comentarios, porque lo deslucen.

Á sabiendas hemos omitido citar un solo verso de las dos poesías de Mosén Costa, laureadas con los primeros galardones de la fiesta.

Es que habíamos de alabar sus poesías *Traditions y Fantasies*, y las englobaremos todas en un solo elogio. *Crexença*, que obtuvo la flor natural, es un himno robusto á la vida de la región catalana.

De riu á riu, del mar fins a la serra,
Crexen fábriques, temples y casals,
Com si encantada fes aquí la terra
Esplets d'obres en vias colossals. ...

Todo lo ve crecer el poeta: industria, riqueza, ciencia, arquitectura, poesía....

Jo sent aquí en la renaxent poesia
Quelcom de primitiu y de gegant
Qu'en son desvari glories anuncia
Com lo somni d'un Hercules infant....

Crecimiento cuyas flores, dice el poeta, surgen por doquiera, y cuyos frutos ¿vendrán? Sí, vendrán, concluye, con tal que perseveremos en nuestra Fe, en nuestra Patria y en Amor mutuo, y con que Dios, Rey de los siglos todos, nos bendiga.

El poema premiado con la englantina se titula *La Dexa del Geni Grech*, y es un himno al espíritu viril, original, ardiente, sagrado y patriótico de la poesía helénica, y también se incluye en la colección citada. Treinta poesías líricas y narrativas contiene ésta. Pensamientos delicados como este con que termina *Brecol de pobre*:

Ay! fer d'espines un niu blan,
Vet aquí l'art d'un cor de mare;

otros impregnados en melancolía patriótica,
cual éste, hablando de un cautivo:

Quant les volgudes montanyes
Deixaba'l pobre cabiu
Plorant cullí d'una penya
Un brotet de romani....
.....
Un dia d'hivern, les ones
Tragueren un mort ¡ay trist!
Estret en la mà tenia
Un brot sech de romani....;

otros de mística tristeza, como esta pregunta
hecha al ver cruzar por la noche luces misteriosas
por las ruinas de un convento de religiosas:

—¿Son angels baixats del cel?
—¿Son verges qu'allà florien?

Todo esto alternando con trágicas tradiciones mallorquinas, como *La calumniá venjada*, ó con guerreras leyendas, v. gr.: *El Cavall del Rey en Faume*; ó con cantos bíblicos, como *L'antich Profeta vivent*, donde nos pinta, con fantástica poesía sagrada la existencia de Elías hasta la consumación de los siglos; y todo, poesías y leyendas, con estilo sobrio, poético, fogoso, lleno de verdad.

* * *

Llibre dels poetas, por Joseph Carner. Cuando se divisa entre muchos que quieren y no pueden hablar el divino lenguaje de la poesía un joven de rica y colorista fantasía, fácil y copiosa vena y ardiente sentimiento, como es el poeta catalán D. José Carner, se aplaude sin querer y sin sentir. El aplauso se escapa. Ya conocía por otros versos á Carner y le he alabado debidamente; hoy lo hago con más gusto, porque esta coleccioncita es de verdad selecta. Las sentencias, lo que hoy se llama el fondo, es irreprochable. La forma es cultísima.

En la Escritura se inspira el siguiente idilio:

LA VISIÓ DELS CANTARS

La Esposa dels Cantars, la tendra Esposa
Tenia als ulls una claror d'empiri;
Eran sos llavis tendres com la rosa,
Y sa mirada pura com el liri.

Com l'eban sos cabells, que voleyaban
Tremolosos de joys; com palmera
Son cos jonquivol, y sos ulls brillavan
Ab le brill de la liuna falaguera....

Con la misma dulzura continúa, que contrasta con la rigidez granítica de estos endecasílabos, que tratan un asunto mitológico:

Á Prometheu volian castigarlo
Els Immortels, encesos per son crim,
Y á una roca feresta van lligarlo:

Demunt, le cel; sots ses peus, l'abim....
 Un'aliga furgava en sas entranyas,
 Y rugia aprop seu la tempestat:
 S'escruxia l'ossam de las montanyas,
 Y guaytava ab llampechs l'inmensitat.....

En cambio, ¡con qué abandono é ingenuidad corren los versos familiares del numen de Carner en los versos libres de *la santa visió del poeta!*

Un herbolari anomenat Cartemius,
 De somriure d'infant, cara rosada,
 Nas punxagud, pacíficas orellas
 Y barba blanca com grapat de tofas.....

Esto, y mucho más, es lo bueno que hay en el *Llibre dels poetas*; pero.... pero el autor ¡qué pena da! ha querido escribir algo en modernista; es decir, algo, no sin poesía, pero sí sin metro; algo de eso que dicen que es verso, aunque no lo parezca, ó aunque parezca la yuxtaposición de muchos versos en el mismo renglón. No, no aconsejará nadie al Sr. Carner que se arroje por esos precipicios, donde quedan en jirones la armonía, el ritmo, la suavidad, la cantinela, la melodía, en fin, todo lo que da encanto á la corteza exterior del poema, que se llama verso. Porque, ¿quién percibirá solaz en los siguientes renglones?

Sos ulls brillan en las ombras, quiets, inmovils, únichs
 [astres d'aqueist bosch....

Oh qué tristes, oh qué amargas son las selvas, tortuosas,
 [solitarias, foscas, llargas, infinitas del dolor!

No, Sr. Carner; para que eso sea verso, ó versos, se han de dividir en muchos hemistiquios ó fragmentos armónicos, y sólo así sonará melódicamente el desmesurado renglón que equivale á estos verdaderos tetra ú octosílabos:

¡Oh, qué tristes!—¡Oh, qué amargas
 Son las selvas—tortuósas,
 Solitarias,—foscas, largas,
 Infinitas—del dolor!

Con lo cual se ve que el modernismo practicado por quien tiene oído de poeta, se reduce al pueril prurito de escribir como prosa las musicales estrofas de la poesía. ¿Qué se lograría con estas primorosas redondillas de nuestro Lope de Vega:

Corta un escultor un leño
 Y señala una figura,
 Que acabar después procura
 Por las líneas del diseño:
 Este leño os debo á vos,
 Figura muda y en calma,
 Que la perfección del alma
 Sólo se la debo á Dios.....

si, *modernizando*, las escribiéramos como un solo y único renglón?

Felizmente, el poeta catalán no ha intentado

tan extravagante modernismo, sino en una poesía, que, en rigor, está escrita en hemistiquios tetrasilábicos. Evitando este escollo, podrá D. José Carner producir versos líricos *bien dolados por sílabas bien medidas é escandidas*, ejercitando en ellos una musa honesta, pulera, tierna y pintoresca. Así lo deseamos de veras.

También nos ha enviado el mismo joven poeta sus *Deu rondalles*, cuentos infantiles de Navidad de graciosa concepción, ameno y rítmico estilo y castísimo perfume, y *Corones*, que llama sonetos en loor de los bienaventurados. Será un escrúpulo escolar mío, una preocupación, lo que quiera el autor; pero creo que cuando la cosa es distinta, el nombre lo debe ser, y eso aun cuando las cosas sean semejantes ó de la misma familia: yo reprendería llamar gato al tigre. Pues por idéntico modo creo que el soneto es el soneto, y nada más; esto es, la tradicional composición de endecasílabos, en dos cuartetos y dos tercetos y con, á lo sumo, cinco rimas distintas; pero las combinaciones de catorce versos alejandrinos, con versos aconsonantados en los cuartetos, y aun alternadamente, y con cuatro consonantes distintos, y por añadidura agudos en los pares ó en los nones, esas no son sonetos, y llamarlas así es un pujo anárquico muy modernista, pero muy censurable. Si el modernismo no es otra cosa, nunca pasará de una ridiculez. Por lo

demás, las composiciones son como del joven Sr. Carner, que bien sabe él cuánto estimo yo su imaginación fecunda, su palabra florida, su sincero sentimiento y hasta sus simpáticas osadías.

¿Cómo no alabar estas diez miniaturas, con títulos de piedras preciosas, con destellos de piedras preciosas y como tales cinceladas y pulimentadas? ¿No son modelo de energía y concisión estos dos versos de la composición *Greenats?* (Els Martres).

Cantant pels llavis trémols devant la nova aurora,
Cantant per les ferides que'ls homes han obert!

Versos tan felices los hay con mucha frecuencia. Hablando de las Vírgenes, dice con sinceridad mística:

Llurs brassos son tan dolços d'acariciar l'Anyell....

En *Crysolites* hay esta comparación, sublime como el desierto:

Oh els benhaurats Apóstols de faç marvellada,
Com la planura ardenta solcats y enmorenits....

Hablando de las Viudas en *Azabetjes*, tiene imágenes mezcladas de risa y llanto:

Mentres el vent allunya les cendres de les roses
Ferventes s'agenollen demunt les fredes lloses....
Mes en les nits obscures d'hivern y gelebrides
S'eleva el dols somriure del Crist dintre son cors.

Por todo esto y mucho más sentimos se deje llevar el autor de una corriente de modernismo superficial y hebene, que hasta pugna con su natural equilibrado y artístico.

En los *Jocs Florals* de 1903 premiaron á este mismo joven poeta con la viola de plata y oro su grave y épica composición *La Sacra Espectació dels Patriarcas*.

Habiendo dicho tanto del poeta Carner, no habrá qué añadir más sino que esta composición está bien imaginada, con gradación é interés creciente, bien parlada, bien escrita; mas en un metro de renglones tan largos, que no hay oído humano que pueda percibir de un solo golpe su armonía; y al ser menester en cada verso una ó más cesuras y cortes, quedan los versos divididos en hemistiquios libres, que son los verdaderos versos que el oído aprecia:

Eran onadas d'homes | en una pau eterna, | solemnials y
[quiets.
Hi estavan desde segles | y segles; romanían | serens y
[arreglerats.

Y que son tres versos de siete sílabas, colocados en fila interminable.

En estos Juegos del 903 fué premiado con el premio primero de la flor natural un idilio frío, pesado y de imitación exótica, algo hondo de sentido y simbólico, prefiriendo esto el Jurado á otras poesías más castizas y frescas, y

que prueban bien cuánto florece en Cataluña la poesía lírica.

* * *

Lo mismo demuestra una colección hecha por D. Joaquín Cabot y Rivera de varias poesías suyas que andaban sueltas en revistas y periódicos. Las intitula *A cop calent*, frase intraducible, que vale algo así como «en el calor del estro», y que explica perfectamente sus virtudes y sus defectos. El descuido en la forma, que no revela (por usar de una frase alusiva de su amigo Fr. Matthieu) al orfebrero diligente, hace que haya muchas palabras en que se diluye el concepto, ó que otras veces quede el pensamiento demasiado escueto, ó que otras sea la forma y disposición de la poesía por extremo subjetiva. En cambio, de la misma fuente mana la dulce sinceridad, la fuerza nativa de la elocución, la frase ajustada, la descripción intuitiva. Finalmente, el entusiasmo religioso y patriótico, los dulces sentimientos paternales, las alegrías fraternas, las tristezas suaves embalsaman casta y noblemente la colección.

II

La literatura dramática catalana tiene celebrados representantes en Angel Guimerá, Santiago Rusiñol y otros, que son muy aplaudidos y celebrados porque con lenguaje catalán visten ideas y conceptos extranjeros, siendo muy reparable que, al encomiarlos, en vez de decir que siguen las huellas de Lope, Alarcón, Tirso, Calderón y Moreto, escribiendo como escribirían ellos si viviesen hoy, se les elogie porque imitan ó se parecen á Strimber, Ibsen, Björson, Godol, Griboiedof, Tolstoí, Sudermann y Hauptman.....

En modesta esfera, y sin otras pretensiones literarias que la de buscar y proporcionar recreo á católicos obreros, pero con verdadero instinto y caudal dramático, sigue las tradiciones del buen teatro castizo el incansable autor D. Lorenzo Balanzó y Pons, al que dedicaremos nuestra atención por sus dramas *Bona Llevor*, *Emancipats*, *Fra Francesch* y *Els tres Amors*.

Bona Llevor.—Conmovidamente honda y religiosamente, como él nos refiere, el Sr. Balanzó por la contemplación de las Catacumbas, cuna de nuestra Religión, campo de batalla de sublimes combates, lugar de reposo de tantos y

tantos ascendientes nuestros en la sobrenatural alcurnia de cristianos, volvió á España de la peregrinación jubilar última, y se propuso vaciar en un drama la admiración, la veneración y el entusiasmo que henchían su alma, «somnis delitosos» que llevaban su imaginación á pensar «com hauriam volgut el còr y la ploma d'un mosen Cinto pera traduhir ab paraules de fòch tot el que sentiam y dolçament per dintre'ns recremava».

Y cuando el drama toca estas ideas, cumple noblemente con su cometido:

TEDÓFIL.

..... ¿Veus les escales
Per hont' deus haber baixat?
Sos grahons han trepidat
Milers d'àngels, que ab ses à'les
Sólcan, gays, l'immensidat
Del Empiri.....

(Li va mostrant ses tombes.)

..... Veus? Diu: Pía

In pace. Morí en el foch.....
¿Veus la terra mitg humida
Que trepitja sostre y murs?
Ho han cavat els homés purs
Que per Deu han dat sa vida
Menyspreuant martiris durs.
Aqui viudes, donzelletes,
Homes nobles, entre'l fang
De les tombes..... ¿Veus la sang
Del martiri en ampolletes?
¡Sombla terra reseçada
Donch es sang tornada à Deu!

¡Es la pluja, la rosada
Que va creixer regalada
Nous cristians per tot arreu!

La acción del drama no es complicada. *Mácsim*, ilustre general del imperio, visita las Catacumbas, respeta la serenidad cristiana en los tormentos, y al fin conoce la verdad, cautiva por la fe su entendimiento, inclina su cabeza al Bautismo, y muere atormentado por Jesucristo y á su Cruz de salvación abrazado.

Este argumento, de suyo nada extraordinario, está desempeñado sin la grandeza trágica, sin la profundidad dramática á que él se prestaba. Hay detalles escenográficos, hay menudencias de vestuario que le dan color local; pero falta aquel sentir con el corazón de los mártires y con el corazón de los tiranos; por esas páginas no circula la sangre que hervía en las venas cristianas en tiempo de persecución, ni la sangre enardecida por el odio infinito, que ponía en los labios de aquellos romanos decadentes rugidos más que de fieras al pedir cristianos en el circo.

Tedófil, el sacerdote cristiano de las Catacumbas es, por lo regular, en su expresión un buen cristiano, nunca un capitán de mártires en era de martirios: el Emperador romano aparece en escena con un parlamento que empieza así:

Patricis, Senadors, de ma clemencia
Nova mostra patent os he donat
Al dictar altre cop dura sentència
Contra'l poble mes vil, mes degradat.
Ja sabeu del que parlo.....

Y que no es la voz del Gentilismo impotente, que de nuevo arremete con el Cristianismo para extirparlo.

¿Quiere significar esto que *Bona Llevar* es un drama malo?

No. Realiza en modesta esfera un ideal susceptible de más grandeza, y dentro de su apacible medianía tiene bellezas agradables y que sostienen el interés.

En el traidor Luperci, con ser un personaje secundario, hay rasgos muy característicos. Alimentaba odio cruel contra *Mácsim*, y no se saciaba con delatarle, verle deshonrado, preso, atormentado, moribundo; acaricia una idea más cruel aún, y cuando cree llegado el punto de ejecutarla, arranca á *Mácsim* del pie de una Cruz donde oraba, desnuda su espada, mas.... inútilmente:

Maledicció! Ja era mort!
No puch tenir l'alegria
De matarlo!

Tedófil, aunque débil con frecuencia, tiene frases muy valientes y hermosas. Señalando el cadáver de *Mácsim* y enarbolando la cruz

enrojecida con su sangre, apostrofa al Emperador con este final de drama:

Sang d'un martir! Sang d'amor!
Sang que aumenta la ufanor
Del cristianisme! Mateu
Tirans! Que matant, sembreu
Per tot la *Bona Llevor*.

Mácsim, el protagonista, conserva siempre su carácter de «veritablement mácsim, ço és, grant entre'ls grans». Honrado por el Emperador con el anillo imperial, delante de la corte que le vitorea es acusado de amigo de los cristianos, y no lo niega; de haber en el foro abrazado á Tedófil, y no lo niega; escandecido el Emperador le pregunta:

Y ¿qué'n pensas del cristians?

y él, valeroso y franco, replica:

He vist à nins ignocents
A vells, joves y donzelles
Plens de fe, anar ells y elles
Avuy à la mort contents.
Cesar! May m'has demanat
Consell en ta gran prudencia!
Mes para mí, à l'ignocencia
No s'hauria condemnat.

El poeta tuvo, además, un fin propagandista: el de contribuir á levantar la escena y oponer, al teatro sensual, el teatro espiritual, que puri-

fica; al arte paladín del mal, el arte heraldo de la verdad y del bien; á los engendros de las furias, mal llamadas musas, las inspiraciones del ángel del heroísmo y del pudor.

Por este nobilísimo fin y por su drama, al que ojalá hubiera dado el autor más acción y más grandeza, nuestro sincero aplauso.

Otro drama, sano de intención y católico de alma, de D. Lorenzo Balanzó y Pons, es el que se intitula *Emancipats*. Produce la impresión agria y antiestética de su argumento, que no es otro sino la revolución ácrata sorprendida en días de huelga y mitin. Toda la obra está en catalán. Los personajes, que hablan en castellano ó en una fabla convencional y pésimamente escrita, que llaman andaluz, convierten la comedia en un calepino *septem linguarum*, ó en una abreviada torre de Babel. Tampoco apruebo la introducción de personas castellanas ó andaluzas con determinada tendencia; pues, aun sin quererlo el autor, y aunque, por desdicha, tenga algún fundamento en la verdad y en la realidad, tendrán para muchos simbolismo desagradable é inexacto; que el movimiento ácrata de Cataluña más inspiradores tiene en Francia que en Castilla ó Andalucía.

La principal dificultad con que ha tropezado el autor, que en *Bona Llevor* dió muestras de delicados sentimientos artísticos, ha sido lo

rudo del argumento, difícil, difícilísimo para engendrar en las tablas sentimientos estéticos, y propio únicamente para el horror real de la más desagradable experiencia. Es axioma literario que no toda realidad ni toda lección moral es apta para la escena, y por eso amonestó juiciosamente el preceptista latino:

Quae desperat tractata nitescere posse relinquit:

y nadie puede hermosear los aullidos de fiera, las blasfemias horribles, el fondo infernal de una asamblea libertaria ó de una huelga tumultuosa.

Fra Francesch y *Els tres amors* son sus dos últimos dramas, que indican gran progreso sobre todos los anteriores en estudio de los conflictos dramáticos, robustez de los caracteres, lima y esmero de la elocución. *Fra Francesch* resulta un tanto dañado por la duplicidad de la acción, y tanto más cuanto que en la principal no ocupa el protagonista sino un lugar secundario, el de ángel de paz entre los odios enconados de Galderich y su padrastro D. Martín; y, en cambio, es el personaje principal en la acción completamente secundaria, que son los rencores que le guarda Ulderich, su descastado sobrino. Tampoco vendrían mal en esta pieza afectos diversos que rompieran la igualdad de un fondo sólo alumbrado por odios y rencores, sólo lleno de escenas de enemista-

des y perdones. *Els tres amors* vale más: es la concepción dramática que yo estimo más en el teatro (ya puede llamársele así) de Balanzó. Albert, poseído por el amor de Dios y la patria catalana en las revueltas del tiempo del Conde-Duque, y por el amor más enamorado de la angelical María, luchando primero con Honorat, su hermano mayor, que ama también á María, cediéndosela y recobrándola después en un pugilato de generosidad, llegando á casarse con ella moribundo casi, mortalmente herido, es un carácter dramático de extraordinario valor. Si el poeta, en vez de ahogar un tanto este personaje entre otros nobles, buenos y más vulgares, le hubiera hecho resaltar más entre todos, hubiera concentrado todo el interés en él, hubiera cercenado otras escenas para extenderle y amplificarle; no dudo en afirmar que hubiera podido sacar un drama admirable. Aun como está, es una pieza muy digna, y mucho más digna, por supuesto, que muchas ó casi todas de las que una crítica venal y asalariada canta con voz pregonera desde las columnas de los noticieros liberales. Eso sí.

* * *

Otros dos libritos de poesías impresos en Barcelona el presente año son dignos de elogio, y provienen de la fantasía y la pluma de Mosén Antón Navarro.

La balada de l'hivern es uno de ellos, y el otro *Pirinenques*.

En ambos el autor se muestra enamorado de la vida montañesa y pirenaica, y alaba los panoramas, la historia, la grandeza, la rocosa sublimidad del Pirineo, la piedad de sus pastores y habitantes, sus crudos hielos y nieves, sus amenos valles, sus variadas flores, á las que dedica sendas composiciones en el último de sus libritos.

Pero en éste se halla la mejor composición, así por lo menos la apreció yo, y así lo apreció el Jurado de los Jochs Florals de *Lleyda* en 1901. La lengua catalana parece que ansia expresar la libertad de la vida montañesa y que tiene sonos mejores para ideas varoniles y generosas que no para afectos tiernos y más afeminados.

Se titula *En lo cim*, y el poeta se imagina que ha conseguido al fin remontar *l'altivola cimera* del Pirineo, donde halla su pecho su patria verdadera, tras larga peregrinación por la tierra; donde aspira á inmensas bocanadas el sano perfume que asciende de los valles, que purifica y vigoriza su sangre, la cual corre con oleadas de vida llenando el corazón y envolviendo el cerebro: mientras que el poeta contempla cadenas y cadenas de montañas,

Com una inmensa escala que toca'l firmament.

Negros abismos, nieves eternas, cimas inaccesibles, peñascales infinitos, y rientes valles tambien, y bosques espesos, y arboledas ricas, y campanarios, y ermitas, y pueblecillos al amor de la montaña resguardados, y el sol que anega y derrite con sus rayos las cimas heladas, y las aves que entonan sus cantares no aprendidos, y los regatos y arroyos que bajan de las cimas, y clavando su vista en el aire ve entre purísima luz como en amplio viril la faz del Infinito, que le hace soñar en la dulce primavera

Que naix en les albaides d'un dia sense nit.

Pero la parte más hermosa de la poesia, la que de seguro mereció el aplauso de la flor natural, es la que comienza en el punto y hora en que el poeta mira hacia la tierra y

la catalana historia

Per tot arreu la trovo escrita ab lletres d'or,
Y veig la lluytananga esplendent de sa gloria
Qu'en serres y planures ha escrit nostra avior,
.....
Y al meu davant desfilan, alçant al cel la testa,
Jofre'l Pilós y'ls Comptes, mit homens y mitx deus,
.....
Y concellers y sabis vestit ab la gramalla
Donant á mars y terres la catalana lley.
Y almogávares que contan matances y desferres,
Y cavallers que portan tots los llores al front,
Y llauradors que tornan jardins les aspres serres,

Y navegants qu'han vistes les mars de tot lo mon.
 Y monastirs y temples ahont l'inginy restaura
 Les belles arts qu'encarnan creencias y ideals.

Y en pedestal de glories la noble Barcelona
 Que trenca tres vegades con cinturó de murs,
 Y conquerint reyalmes, se forja una corona
 Y ab sang escriu y firma lo llibre ds os furs.

Las glorias catalanas se eclipsan con el sol
 que traspone las nevadas cimas, el poeta llora
 lágrimas de sangre sobre su amada Cataluña;
 pero no cierra el pecho de que retorne un día
 la raza vencedora

Com eixos pins que brotan cad'any entre la neu.

Esta esperanza le hace cerrar su inspiración
 laureada apelando á los gérmenes de vida pro-
 pia que siente bullir en su seno el antiguo
 Condado: la antigua fe, la fe de sus abuelos, los
 usos santificados por los siglos, de que apenas
 queda sino la tradicional barretina, el habla
 propia, el preponderante comercio:

Escoltaran encara lo crit de «Via fora»
 Del Montserrat les crestes y'ls cims del Pirineu?
 Oh si! qu'encara ens reste la fe dels nostres avis,
 Y escau encara durne la barretina al front,
 La parla catalana encara endolça'ls llavis,
 Y nostres naus encara van á voltar lo mon!

III

De la juventud catalana, que siente en católico y parla catalá, se puede esperar mucho continuando con paso firme y frente erguida por la senda que traza la fe heredada, las tradiciones de la tierra y el varonil carácter de la raza, y continuando en ella al transponer los confines de la juventud y entrar en los grandes deberes del varón perfecto.

No basta rezar cuando niño, ser morigerado cuando adolescente; es menester ser católico público y práctico y eficaz cuando hombre; aunque es un antecedente áureo el haber sido niño perfecto y joven ejemplar, sobre todo si públicamente se han producido como tales.

Estas, acaso, divagaciones me las ocasiona el libro del joven Joaquín Ruyra, cuyo título es como sigue, que puesto que ya en el título está el germen de la digresión, justa pena es que se haga público:

Publicació «Joventut». Marines y Boscatjes. Aplech de Narracions, per Joaquin Ruyra.
 Es una serie, reunión ó no sé cómo traducir el *aplech* catalán, que envuelve idea de manojo, conjunto, selección que no tienen las otras palabras castellanas. ¿Por qué no se podría decir *apliego* ó *aplego*? Pero hasta que

éstas y otras mil palabras de los lenguajes similares no vayan connaturalizándose al castellano, tengamos paciencia y deseemos llegue día en que no tomemos del francés, del inglés ó del ruso palabrotas durísimas para nuestra boca, lengua y labios, sino que vayamos más bien á buscar lo que al castellano oficial le falta en las palabras que se hablan en los pueblos de la meseta castellana, en los modismos andaluces y en las palabras del valenciano, aragonés y catalán.

Este *aplech* empieza por una bellísima frase, por el saludo *Ave María Purísima*, salutación que por «corrent a la nostra terra», y por tan católica, es la mejor que pudo escoger el autor para saludar á sus lectores.

El adiós final (los catalanes tienen el verbo *adiösear*) es tan católico como el encabezamiento, y por eso como él merece caluroso aplauso.

¿Qué hay en medio?

Preciosas descripciones y narraciones, con preferencia de mar, de la costa marinera y pescadora de Cataluña; paisajes de mar y tierra escritos con exquisitez y riquísimo lenguaje catalán, al decir de los doctos. Yo á ellos defiero y confieso humildemente que me ha costado algún trabajo comprenderlo bien; mas, á pesar de ello, me producía tal encanto que no bastaba la dificultad para dejar el libro de la mano.

Ya se figurará el Sr. Ruyra que principalmente sentí ese placer en *El Rem de Trenta-Quatre*. En este real drama hay caracteres, acción, lenguaje, afectos, momentos críticos é ideas tan sanas, tan nobles, tan cristianas, que merece con sincero aplauso ser deputado por lo mejor de todo este buen libro.

Prosa catalana es un libro de fragmentos cuidadosamente traducidos al castellano de los más conspicuos prosadores catalanes, como Casellas, Ixart, Pin y Soler, Vilanova, Ruyra, Massó y Torrents, Rusiñol, Gual, Planas y Font, Verdaguer. La versión está fraguada con gran empeño, acicalada con áspera lima, y á trechos aparece trasudada del manoseo y de la labor. Los fragmentos, de muy diversa índole: ceñudos y amenazadores, como *Las vendimias del miedo*; irónicos y sonrientes, como *La corona de siemprevivas*; impregnados en aromas de incienso, como *Rosa mística*; robustos con sano realismo, como *El cerrajero*; cristianos y ascéticos, como *La mirada del pobre*; llenos de melancolía y dulzura, como «*En pó*»; alegres cual una alborada, como *Recuerdos de la escuela*; misteriosos y fúnebres, como *El Vicario nuevo*; esperanzados y amenos, como *La cadena*; espirituales, poéticos y levantados, como *La cruz y la muerte*, del inmortal Mosén Cinto. Plácemes á la colección y al intento generoso de establecer co-

rrientes de simpatía literaria entre los hijos todos de España.

* * *

Y con esto entran las novelas de más buque. Y como el estado social se refleja en la literatura, como el alma en los ojos, así hay novelas católicas, con el plausible fin de hacer frente á las novelas pésimas; como se fundan escuelas católicas, círculos católicos de recreo, y hubo quien propuso fundar teatro católico; y por este camino no se ve á dónde se parará. Hay, pues, novelas católicas.

Afortunadamente, las que se van á citar no están escritas como de munición. Que da grima comparar el esmero, la cultura, la exquisitez, la corrección, el trabajo, los afanes que ponen los hijos de Belial en sus libros y hasta en la impresión, ilustraciones y adornos, con la incuria, casi sacrílega, de muchos que trabajan á gloria de Dios, que no parecen sino esclavos que lo hacen á regañadientes, mercenarios mal comidos en la hacienda de un señor despótico.

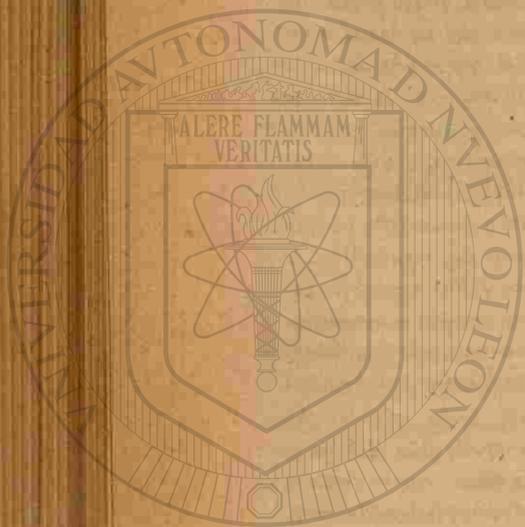
La Fabricanta es la primera novela que he leído de *Dolors Monserdá de Maciá*, escrita en catalán y con deseo de trazar un cuadro del hogar catalán de 1860-1875, cuando empezaba á romper el capullo la industria barcelonesa;

y á fe que ha dejado en mi alma una impresión muy agradable y sana con su lectura. Todo en este libro es natural; todo tiene color local; todo es franco, juicioso, cristiano, honrado; nada de exageraciones, de caballerías andantes. Antonieta, que es la protagonista, no es una vulgar heroína de novelas, sino una joven honesta y piadosa, juiciosa y prudente. Vive con un hermano suyo, porque son huérfanos; éste es industrial y dueño de un pequeño ingenio; en parte porque ni puede ni tiene obligación, y en parte porque no quiere, no da un céntimo á su hermana cuando ésta desea casarse. Ha puesto los ojos Antonieta Corominas en un mocetón como un hastial, á quien ha visto en los coros Clavé, que cayó junto á ella un día en el comulgatorio de la Parroquia y que pasa diariamente por su casa para su trabajo, pues es un obrero, un tejedor, aunque con ya razonable jornal. Menos ingenioso que Antonieta, es su deseado en *Pere Joan Grau*, pero no menos reflexivo y buen cristiano. Al principio, cuando el honrado mosén Vicente, padrino de la *noya*, le propone el casamiento, no se siente aficionado por ser ella menudilla; mas la oye, la trata, y prevé que le puede hacer feliz. Se casa con ella por razón. Tras un casamiento casi sin luz y sin moscas, pues un pobre obrero no merecía los aplausos de la familia, viene la escena culminante. Aquella

mujer menudilla tenía mucho debajo de tierra; prevaliéndose del desvío de su hermano, le había pedido unos telares viejos y unos tambores con que sus padres habían trabajado; había pedido al fiado unas madejas de seda; y acabado el desayuno de boda, le propone á su marido que empiece con ella á trabajar por su cuenta, que arme los telares, que teja, que ambos trabajarán y.... Y lo que sucedió, que aquella mujer empezó á ser la *fabricanta*. Á par de esta acción tan casera, tan nada romántica, se desenvuelve en segundo término otra. En Joseph Corominas, el hermano de Antonieta, se enamoró de Florentina, su prima, muchacha educada á la moderna usanza, y, como vulgarmente se dice, con muchos muñecos en los desvanes de la cabeza. Tenía sus puntas y ribetes de novelesca y sentimental, sabía algo de francés, se educó en un colegio exótico, era vanidosa y amiga de gastar más de lo que tenía, y reprobaba, claro está, la humilde boda de su pobre prima. Casóse con José Corominas, llevando éste al matrimonio cuanto tenía y una fábrica de sedas no mala. Florentina aun de esto se avergonzó y quiso que, vendido todo, su esposo fuera banquero. Quince años después se juntan en la novela ambos matrimonios. El primero pacífico, abundante, lleno de crédito, con una fabricación de sedería importante, capaz de identificarse

con el nuevo movimiento que á la industria daba la aparición de las máquinas; pero con una ligera sombra. En Pere Joan Grau no quería que su mujer fuera ya la fabricanta, y parte por orgullo varonil, parte por deseo de mirarla, la reducía á lo íntimo de la vida de familia. El otro matrimonio gastando, gastando, gastando y sin paz doméstica, corría á un precipicio. Una crisis bursátil determinó y aceleró el conflicto. Fué éste el instante en que Antonieta triunfó. Después de reconciliar y amistar el matrimonio, concibió y logró salvarlo de la ruina, no sin su propia conveniencia. Grau que oyó á su esposa el juicioso y arriesgado proyecto, le restituyó las riendas administrativas de su casa y la besó en la frente, rindiéndose á sus excelentes deseos y atinadas pretensiones. Así, pues, quedó restaurada la casa Corominas y con vuelos de gran fabricante la casa Grau.

No se puede añadir nada después de este esbozo. Todo en esta novela es juicioso, sobrio y gráfico. Los personajes hablan poco; las situaciones están valientemente dibujadas, no diluidas; las descripciones cortas, los parlamentos breves.



HISPANOAMERICANOS

- I. Á VUELAPLUMA, Y ALGO DE TODO.—*El Sermonario* del P. Rafael Cáceres, S. I.—Viajes de D. Carlos Walter Martínez.—*Literatura argentina*, de S. Echegaray.—D. Gabino Vázquez y su *Buscapié Cervantino*, *El Manco de Lepanto*.—D. Emeterio Valverde Téllez.
- II. D. JOSÉ MARÍA VIGIL.—Sus *Impresiones literarias* acerca de Lope de Vega. ¿Tuvo Lope de Vega ribetes y puntas de librecultista?
- III. D. LUIS N. DE PALMA.—El poeta.—Las poesías.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALLÁ en el continente americano hay mucho español, mucho nuestro. Semillas que el espíritu conquistador y civilizador de los Reyes Católicos y la Casa de Austria sembró, y que ha producido inmensa mies, mezclada con cizaña extranjera, pero al fin y al cabo, mies nuestra. Aquella lengua, aquella civilización, aquellos hábitos nos hablan de España, y aquel pueblo perdido en pampas eternas y en fragosas cordilleras parece que duerme, y que al despertar pregunta por sus castellanos, por sus misioneros, por sus civilizadores, por sus padres.

Por eso todo lo americano nos es propio. Por eso su literatura nos es propia: será, si quiere, autónoma; será más, será dominadora; pero es nuestra, como es griega la literatura de Roma en el siglo de Augusto.

Lástima grande que algunos americanos busquen en dialectos exóticos la nueva literatura americana, y no la busquen en las entrañas mismas de su cultura, que es esencialmente hispano-católica. Pero ¿qué es de maravillar? Sufren ellos con nosotros y como nosotros la malaltía moderna. Es epidemia de la raza. Ya pasará.

Y muestras de que pasará, y de que pasará acaso más cedo de lo que algunos seudoprofetas quieren ver, es la producción literaria.

Siento mucho que haya llegado muy poca á mi conocimiento, porque así nos privamos los españoles del placer de saludar y alabar á nuestros hermanos en lengua y civilización, y de los ejemplos que nos alentarían, ya que tanto lo habemos menester.

Pero aun esto poco que conozco viene y ha venido á mis manos entre protestas expresas ó tácitas contra el decadentismo y modernismo francés, de que es abanderado Rubén Darío, el cubano J. M. Heredia, y á quien sigue lo que también por allá ha dado en llamarse la juventud intelectual.

En cambio, hay mucho, y de toda América, que no es así.

De Colombia es el sermonario en tres tomos del P. R. Cáceres, de nuestra Compañía, tan culto, tan razonado, tan serenamente clásico, que parece escrito antípoda de los modernistas; de

Montevideo son los viajes de D. Carlos Walker Martínez, tanto *Por la América del Sur* como las *Cartas desde Jerusalén*: en el primero de estos libros, al ir visitando aquellas regiones desde Colombia á Montevideo mezcla el autor en sonora y gráfica prosa castellana sus impresiones de excursionista con sus recuerdos históricos, lo antiguo con lo presente, la tradición y la leyenda, la evangelización y la independencia, sin dejar de dedicar dolorido recuerdo á las misiones paraguayas, justo anatema al *ukase* de un rey jansenista. En el segundo librito prescinde el autor de naderías ortográficas, aceptando el uso corriente con sus esplendeces y pleonasmos fonéticos, y en la misma llena prosa varonil de los otros relatos cuenta á su esposa sus afectos en la Tierra Santa, encendidos al choque de la realidad y con la lectura de los Profetas y de los Evangelios, resultando así un verdadero libro apologético.

De la misma República Argentina es el alegato del señor canónigo S. Echegaray en pro de la antigua cultura española, estudiando cómo oponerse al pedantismo modernista que quiere invadir la literatura del Plata; su título es *Literatura Argentina*, su forma la de un discurso, y de allí, por último, las preciosas poesías de D. Luis N. de Palma.

No son menores ni menos castizas las señas de vida literaria que conocemos de Méjico.

De Mérida del Yucatán, con ocasión sin duda del centenario del *Quijote*, se han sucedido varios opúsculos literarios que merecen nuestro agradecimiento. *El Buscapié Cervantino*, de D. Gabino de J. Vázquez, aunque equivocadamente dedicado á la Institución libre de Enseñanza, cuyo espíritu es tan anticatólico y antiespañol como anticervantesco, es ya una protesta de fe española, y vulgariza la refutación hecha por estas tierras y por plumas magistrales, que cita el autor, de la patraña soñada por Adolfo de Castro del malaventurado Buscapié; *El Manco de Lepanto* es otro folletito, en que prueba el mismo escritor cervantista lo de la manquedad de Cervantes, negado por otro escritor de cuyo nombre no puedo acordarme. Me dió lástima que apelara el señor Vázquez al soneto dudosísimo de Lope,

Pues nunca de la Biblia digo le—,

cuando, si buscaba textos en Lope, *La viuda valenciana*, que tiene, refiriéndose á la *Galatea*,

Es de Miguel de Cervantes,
Que allá en la Naval perdió
Una mano....., [®]

y el *Laurel de Apolo*, que elogia la poesía de Cervantes con este pareado:

Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.....

le podían haber henchido las medidas.

Mejicano también el canónigo D. Emeterio Valverde Téllez, es autor de varias obras de cultura filosófica, y últimamente de la que titula *Crítica filosófica*, donde estudia bibliográfica y críticamente, tejiendo un catálogo razonado de ellas, las obras de filosofía escritas, traducidas ó publicadas en Méjico desde el siglo xvi hasta nuestros días. Había ya este laborioso autor empezado esta meritoria empresa en unos que llamó *Apuntes*, coronándola ahora con este libro, donde tributa justo elogio á la acción civilizadora española, y se muestra justo apreciador del valor y de la importancia de la filosofía escolástica.

Por fin, mejicano es D. José María Vigil, autor de la *Reseña histórica de la poesía mexicana*, introducción á la *Antología de poetas mexicanos*, obra que tengo el pesar de no conocer, y un estudio acerca de Lope de Vega, que el autor bautiza con el modesto nombre de *Impresiones literarias*.

De esta obra, que es de crítica literaria, y de las *Poesías* de Palma, me voy á permitir sentidos, aunque cortos artículos.

II

Las *Impresiones literarias* están escritas con singular amor y simpatía por nuestro gran poeta; amor y simpatía que los españoles debemos agradecer.

Merece algunas líneas para corresponder al amor simpático con que está escrito y á la gran estima que del inmortal poeta hace.

Cuando habla por su cuenta el Sr. Vigil, cuando nos dice la resonancia que en su corazón de niño tuvieron las adobadas mentiras y el estudio calumnioso de Lope que hizo Hermosilla y propalaron sus repetidores; cuando nos cuenta su despertar á la realidad, su desengaño al caérsele de los ojos las escamas de la preocupación, su sorpresa al engolfarse en la lectura de Lope, su deseo de excitar á sus compatriotas á que se llamen á engaño como él y lean y estudien y no se fíen de sus viejos engañadores; entonces el Sr. Vigil es un eco de la vieja raza española, y no puede menos de excitar nuestra admiración y recabar nuestro aplauso.

Con no común sagacidad va el crítico mejicano anatomizando sus juveniles juicios acerca de Lope de Vega, «cuando cursaba todavía las aulas de la Universidad de Guadalajara», y

cayó en sus manos el *Tesoro*, de Ochoa, por el cual fué iniciado en el estudio real y verdadero de Lope de Vega:

«Las críticas que con sañuda persistencia le prodiga D. José Gómez Hermosilla, en la obra que me inició en el estudio de las bellas letras, habían dejado en mi un fondo de preocupaciones, al través de las cuales se me presentaba el gran dramaturgo como un genio extraviado, casi bárbaro, que en el ciego empeño de producir sin tino y sin meditación había sacrificado todas las reglas del buen gusto» (1).

¡Es de tantos esa preocupación! Ó mejor, fuimos tantos los que bebimos esas primeras y turbias aguas, que al retratarse el Sr. Vigil, se puede consolar con que hace un retrato de toda la juventud amamantada á los pechos del pseudoclasicismo, cuyo Licurgo se hizo Hermosilla.

La lectura, empero, desengañó bien pronto á nuestro americano, como ha desengañado á cuantos la han acometido, y desengañará á cuantos, dudando de estos magisterios, nada infalibles, se decidan á estudiar en las fuentes literarias sin jurar sobre la palabra del maestro.

Simpático por demás aparece el corazón del Sr. Vigil al confesar de plano sus primeros errores y sus desengaños posteriores. Leía á Lope, y Lope hablaba á su oído, y la vieja

(1) Págs. 1-2.

caricatura de Lope se esfumaba, se esfumaba, se perdía por completo, y el leyente admirado caía ante Lope, con el libro delante, exclamando:

«¡Qué vida! ¡Qué animación! ¡Qué interés! ¡Qué movimiento en ese mundo de seres reales ó ficticios, mas to los humanos! ¡Qué destreza en el modo de complicar y deshacer el nudo de la acción, y qué palpitante interés del principio al fin del drama!

«Claro es—continúa reflexionando sobre su admiración—que semejantes cualidades bastan para absolver los llamados extravíos de Lope, y para que consoliden el alto pedestal sobre que se alza la colosal figura de aquel genio inconmensurable, cuyas obras á poco andar habían conquistado por completo mi admiración y mis simpatías; porque debo decir desde luego que en el creador del Teatro español no sólo se admira al poeta, sino que se ama al hombre.»

Tras esta miniatura del gran poeta sigue el estudio de algunas obras suyas. Como fundamento, *El arte nuevo de hacer comedias*, donde el autor, razonando á Lope, deshace las pretendidas reglas de la escuela clásica, y con Lope siempre en la mano establece las reglas del arte llamado romántico, y que, hablando con rigor, en Lope no es tal arte romántico, sino el arte español, natural, si vale esta junta de palabras, ó sea aquel arte que brota espontáneo del alma que siente su ideal, y que con palabras y recursos escénicos la quiere representar, y no aquel arte artificial, arte de escuela,

que procede de una convención que suplanta á la naturaleza. Por eso pudo muy bien añadir el Sr. Vigil esas pretendidas infracciones del convencionalismo escolar se hallan en el arte francés preraciniano, y en el arte inglés, y en el teatro alemán, y aun ya se va cayendo en la cuenta de que no faltan en el arte griego, como las hay en las piezas más ó menos dramáticas que se encuentran, restos de las civilizaciones y literaturas asiáticas y egipcias.

¿Quién seguirá, por mas que mucho se deleite en ello, al crítico mejicano en el análisis del teatro de Lope? Los combates del amor, tan frecuentes en las creaciones del gran poeta, adquieren especial realce en la típica figura de Macías, el enamorado que con tanta sagacidad describe Lope en *Porfiar hasta morir*, que es uno de los en que se detuvo el Sr. Vigil; admira la energía de la dama generosa y amante de su honra, destacando del cuadro general la heroína de *La corona merecida*; aplaude debidamente los grandes caracteres del padre y del hijo, protagonistas de *Los Tellos de Meneses*; de Juan Labrador en *El villano en su rincón*; ni titubea en dar su debido aplauso á Peribáñez, y llega á lo más culminante de la admiración en la lucha espartana de *Fuente Ovejuna*.

El Sr. Vigil, concretándose á la literatura castellana, hace ver cómo la resurrección ro-

mántica de principios del siglo XIX no fué, en lo que no tuvo de exagerada y calenturienta, sino un retornar á la escuela y á los cánones establecidos por Lope de Vega, á la soltura y arte del diálogo, hasta ahora no superado por ningún dramaturgo, á la tragicomedia en el actual y usadísimo drama, á la libertad y amplitud en el lugar y tiempo con la proscripción de las cacareadas unidades, al género heroico y aun sacro con las creaciones de *El Trovador*, *Don Alvaro* y *Don Juan Tenorio*.

«Día llegará—concluye el Sr. Vigil, con ardor que honra la raza y la lengua,—día llegará en que el oído se acostumbre de nuevo á deleitarse con aquel lenguaje conceptuoso y correctísimo; en que el raudal de poesía allí encerrado venga á avigorar la imaginación, hoy estragada con los abusos de un realismo intemperante, y en que la figura colosal de Lope vuelva á ocupar el grandioso pedestal que le erigió la justa admiración de sus contemporáneos» (1).

(1) Pág. 29. «El unánime entusiasmo con que el público de Méjico saludó la representación de algunas piezas de Lope, Calderón de la Barca, Tirso de Molina y Moreto, puestas en escena por la compañía de María Guerrero, prueba con toda evidencia que las obras maestras del antiguo Teatro español tienen esa vitalidad impercedera que acompaña á las producciones del genio.» (Nota del A.), que copiamos en honor del culto público mejicano, y por si puede servir de estímulo dentro de nuestra propia casa.

¿Han de ser todos elogios los que se tributen á este libro?

Bien se puede afirmar que sí, porque los puntos sobre que se debe llamar la atención del sa- gaz crítico son, más bien que errores suyos, restos y relieves de preocupaciones no menos generalizadas hoy día que allá á mediados del pasado siglo las estrechas y matadoras doctrinas de Boileau, Moratín y Hermosilla; y dada la sinceridad con que el Sr. Vigil confiesa su error literario, es de esperar que no tenga rubor en deshacer también sus nieblas filosóficas.

Porque se admira de la ingenua libertad de los personajes de Lope de Vega, de su tesón y carácter, aun en hacer rostro á pretensiones excesivas de los monarcas, y del desahogo con que se expresan al limitar el poder real por el supremo bien de sus vasallos, para el cual los reyes eran, y no viceversa.

Y en este punto confesamos que quien se forme idea de lo que eran los reyes absolutos por las historias de Luis XIV ó de Carlos III, encontrará pasmosas las afirmaciones de Lope en *Fuente Ovejuna*, v. g.; ¿qué digo de Lope?, las de Calderón en *El Alcalde de Zalamea*; ¿qué más?, y las del P. Márquez en *El Gobernador cristiano*, y las del mismo Alfonso *el Sabio* en las Partidas.

Otro punto más grave es el de la tolerancia religiosa atribuída por el Sr. Vigil á Lope de

Vega, á quien, á pesar de su venera de inquisidor, nos quiere presentar como tan indiferente en materia religiosa, que le importen un ardite las luchas por la Religión y afirme que todos se pueden salvar en cualquiera religión, siquiera sea en la mahometana.

Como pruebas de tan estupendas aserciones, el Sr. Vigil aduce dos pasajes: el uno de *Los milagros de un desprecio*, donde el gracioso, soldado gallina, como solían ser casi todos estos ridículos personajes, volviendo de Flandes y excusando su cobardía, dice:

Bien mirado, ¿qué me han hecho
Los luteranos á mí?

El otro testimonio es tan ligero como el precedente. En la comedia *La pobreza estimada*, frente á Aurelio, firme católico, presenta á Audalla, moro escéptico, que cesa de tentar la fortaleza de Aurelio alegando:

Sigue tu ley y tu Dios,
Que él sabe cuál de los dos
Es más razón que se crea.

No es Lope quien en el primer ejemplo habla, y ya protesta él en muchos pasajes de sus obras de no ser suyas todas las palabras de todos los interlocutores de su teatro: el soldado holgazán responda por sí, que Lope bien respondió en obras como *Carlos V en Ordn*, *Los*

Españoles en Flandes, D. Juan de Austria en Flandes, El Brasil restituido, etc., comedias exclusivamente dedicadas á enaltecer las guerras religiosas contra turcos, piratas y luteranos.

De Audalla valdría la misma réplica; mas Lope en esto se ciñó á la historia, que ya en aquel tiempo denunciaba el escepticismo religioso en que habían caído los moros.

El P. Francisco Colín, S. J., que vivió en las Filipinas y narró en su Historia lo que ó había presenciado ó había recibido de los testigos fidedignos, nos afirma lo mismo que Lope de Vega, y tratando de los de Amboino y Ternate, escribe así:

«Irritados los moros terrenates por el bautismo de los naturales ambuenos de aquel pueblo, dieron sobre él con tanta fuerza que los obligaron á buscar su seguridad en los escondrijos de los montes. Allí le amaneció á esta niña la luz del entendimiento y bien acaso, si bien muy de intento de la divina Providencia, oyó decir á sus padres, aun gentiles, que ella era cristiana. Sintió luego en sí grandes deseos de saber los misterios y obligaciones de su profesión..... Oyóla nuestro Señor y trazó que sus padres la llevasen á Terrenate y se aposentasen en casa de una Mora, que en su secta era tenida por virtuosa. Ésta le preguntó un día en qué secta vivía. Respondióle que en la de los cristianos, por haberla bautizado sus padres antes de que tuviera uso de razón. Dijole entonces la Mora:—Pues si sois cristiana, sedlo de veras, que con eso os salvaréis, porque cada uno se salva en su ley, si la guarda.»

He aquí el caso del Aurelio de Lope.

Y añade el P. Colín:

«Este es el dogma errado de los moros» (1).

Cuando el poeta habla por cuenta propia, bien claro que habla.

Entre cien testimonios puede el Sr. Vigil leer y enterarse por sí mismo de un pasaje poco citado, de *El peregrino en su patria*, novela, como es cosa sabida, autobiográfica; allí habla Lope de Vega por boca del peregrino; allí expresa sus ideas por los labios de otros dos peregrinos tudescos, y allí se encomia y encomienda la guerra sagrada de Religión, aunque sin llegarse á la imposición violenta de la Fe; se anatematizan los furios de los reyes protestantes de Inglaterra y se asienta la doctrina justa cerca de la represión de la herejía en las naciones que por ley fundamental tienen la unidad de credo católico.

Después de haber defendido la represión armada hecha del luteranismo por Carlos V; de haber disculpado á este «divino y glorioso Príncipe» de falta de diligencia en pasar más adelante con el rigor, «pues la fe se ha de persuadir y no mandarse»; después de haber lamentado el enojo causado por los rigores en Flandes del Duque de Alba, á pesar de ejecutados con buen celo, y los horrores que produ-

(1) *Labor evangélica*, t. III, pág. 27, ed. Barc., 1902.

cia la persecución en Inglaterra, que no isla, sino «ara» merecía ser llamada; contraponen el desenfreno que la libertad de conciencia en las partes del Septentrion causaba, con la tranquilidad y paz que acarrea el mesurado rigor del Santo Oficio.

Estas son las palabras de Lope:

«El vulgo, como Salustio dice, deseoso de cosas nuevas y enemigo del ocio, corre por allá más desbocado á la novedad de los errores introducidos, usurpando algunos la dignidad eclesiástica y muchos la de los apóstoles. Éstos no pueden en España alzar la cerviz, puesto que lo intentasen....., porque el freno santo y horror que les causa el gran castigo, los tiene obedientes; y así no vemos cosa notable, porque la nota de infamia, que á todo el linaje se extiende, de aquellos hábitos..... les causa tanto horror que de ninguna manera los ignorantes disputan ni porfían: dos cosas, que entre los que lo son, engendran notables monstruos, y está por la bondad de Dios España tan quieta, que cualquiera ofensa de la Religión recibe cada uno por propia» (1).

Esto es lo que creemos reparable en el Sr. Vigil, y tanto más nos hemos animado á exponérselo lealmente cuanto que quien supo, joven aún, romper prejuicios literarios tenidos por axiomas, sabrá con la lectura sincera y desapasionada del poeta rechazar esas interpretaciones que hoy día nos vienen de Alemania, y que pretenden hacer de Lope, lo que á voces

(1) Libro II, ed. Sancha, t. v, págs. 93-94.

está desechando en todas sus páginas, un hombre, ó hipócrita ó mal avenido con la civilización de su tiempo.

Urge que los católicos y que los que amamos la tradición protestemos antes de que el cáncer cunda y se extienda, como confiamos que lo ha de hacer el Sr. Vigil por toda la América de lengua española.

A eso tiende su libro, y por eso le deseamos larga vida y nuevos aumentos y perfecciones, á fin de que todos los que hablan castellano puedan saborearse con la suavidad del verso de Lope y encenderse en el amor, temple de alma, generosidad y heroísmo de sus altos ideales. Tiene nuestra antigua literatura tal sanidad moral en su conjunto, que hace gran provecho y tonifica los corazones; ¡y cuán necesario sea y urgente esto á la generación enteca y escuchimizada que gusta y rumia los malsanos modernismos franceses, el mismo Sr. Vigil lo sabe y repetidamente lo lamenta!

Gran campaña, pues, la del Sr. Vigil, como es también grande la del Sr. Vázquez y los demás cervantistas, popularizando en América las obras de Cervantes y de Lope de Vega; pues verdaderamente, como escritores amenos, tuvieron dotes egregias del cielo, y también en todo su admirable conjunto, estudiados sin antagonismos pretendidos, son la mejor imagen de aquella grande alma española.

III

«Publicamos el segundo tomo, y hemos escogido para su asunto las poesías de Luis N. Palma, hijo de Entre-Ríos, y arrebatado en la flor de su juventud, cuando podía darnos los frutos opimos de su inspiración.... Fué educado en el Seminario Conciliar de Santa Fe, de donde han salido tantas y tan ilustres personalidades, y desde un principio distinguióse por su piedad y por su amor á las letras. Terminados sus estudios fué ordenado sacerdote por Mons. Gelabert, confiándosele en breve la parroquia de Gualaguaychú, que atendió con sumo cuidado, terminando su magnífico templo y desarrollando la piedad de aquel pueblo, que á su impulso adquirió rápido incremento.

«Podemos decir que no tuvo enemigos, porque su carácter bondadoso y su exquisita sociabilidad atraíanle las simpatías de cuantos le trataban. En el púlpito se dejaba oír deleitosamente: tenía la elocuencia de las lágrimas.....»

He aquí la presentación que del poeta entrerriano hacen sus compatriotas y admiradores que editan la *Biblioteca del Litoral* y publican su segundo tomo, á cuyo testimonio sincero, público y de testigos de vista, sería ofensivo que los que vivimos lejos no defiriéramos por completo.

Del virtuoso sacerdote, del ejemplar ciudadano, de la culta y amable persona del hombre, no podemos ni debemos decir más.

De sus sentimientos, de su corazón, de su alma, algo y mucho nos dirán sus poesías.

Y todo bueno.

Su alma se debió siempre conservar virgen, y, resguardada por el estudio y las paredes del Seminario, no debió sentir los huracanes de la mocedad. Por eso conserva, como una flor las gotas del matutino rocío, los recuerdos y amores de los sueños infantiles:

Si en el fondo de mi alma, dulce madre,
Fijaras tu pupila,
Mirarías temblar como en un lago
Tu imagen bendecida:
Al ver mi corazón, en él escrito
Tu nombre encontrarías.....

siente abierto su pecho á la compasión más pura:

La borrasca ha deshecho con rabia impía
Un hogar bendecido. ¡Pobre María!
Sólo un nido desierto.... Hondo vacío.....
Ese nido de amores está ya frío.....;

recuerda, como dulce ensueño que se gustá al despertar, los goces de su primera comunión:

¡Qué suave placidez! ¡Qué hondo cariño!
¡Qué dulces horas de envidiable calma
Ha sentido mi espíritu de niño
En el sublime festival del alma!.....;

pero al recordarlos, así los pinta, así los siente, que parece que no ha despertado todavía.

Y parece que así debió ser; debió cruzar el corto trecho de desierto mundanal que le asignó la Providencia envuelto en una nube de nácar y oro.

Nunca se amortiguó en él el santo amor á la patria, á la historia de Suramérica, al pintoresco Entre-Ríos, su país natal. Cuando se leen las composiciones *A Gualaguaychú, Himno de gloria, Himno á Entre-Ríos, Perfilando un poema, Chacabuco y Maipó, El águila del Orinoco* y otras, se siente latir un corazón noble, que habla de las cadenas de tres siglos sin saña, sin odio, sin otra pasión que la del entusiasmo juvenil; con la misma que enciende su estro al celebrar hiperbólicamente la provincia de Entre-Ríos que le viera nacer:

La provincia más libre y altiva,
Enterrerianos, de pie contemplad;
Compatriotas, son vuestras sus glorias;
Opresores cobardes, temblad.

¡Adelante! ¡La patria nos llama
Y nos lleva á la gloria y á Dios!
El vapor hoy nos da sus corceles,
Y el telégrafo inmenso su voz.
Otros pueblos sedientos de vida
Hoy acuden al patrio jardín.
Enterrerianos, corramos alegres
Del progreso al grandioso festín.

Y á este juvenil y poético ardor responde el himno á Gualaguaychú; acaso fué el saludo

que envió al primero y último campo de sus faenas de apóstol:

Gloria de aromas que á sus plantas quema
Un sol de fuego en el jardín del valle;
Bella, ciniendo á su elegante talle
De inmensas selvas el flotante tul;
Alta la frente, fulgurando ideas,
Desde su lecho de fragantes flores.
Virgen cautiva modulando amores,
Levántase gentil Gualaguaychú.....

Que su odio á los tiranos de tres siglos no era rencoroso y profundo, sino poético y armónico, lo dice el amor sincero con que habla de España, de la Virgen del Pilar, de la Religión llevada por España á las americanas arenas, del abrazo de amor y vuelta al hogar materno, que significa todo movimiento iberoamericano:

Á LA FAMILIA HISPANO-ARGENTINA

¡No son dos pueblos ya! ¡Un soplo alienta
Dos almas de gigante! Van sonoras,
Apagando el rumor de la tormenta,
Voces de libertad, canto de auroras.
¡Es que España y mi patria,
Asombros de la historia,
Olvidan hoy sus odios, hoy se abrazan
Á las puertas del templo de la gloria!

¡Feliz conciliación! ¡Eterno anhelo!
 ¡Olvidado el rencor, vuelta la calma,
 ¡A España vamos con la fe en el cielo
 Y nuestra libertad dentro del alma!
 Hoy volvemos al lado
 De la madre adorada
 A dejar en su seno nuestros lauros,
 A romper á sus plantas nuestra espada.

Finalmente, esta alma joven, pura, ardiente, noble y generosa sentía la Religión católica con fuerza; pero la sentía fundida y confundida con los amores de la inocencia, de la caridad, de la Virgen, de su amor á España, de su amor profundísimo á su patria.

Aquí están las composiciones *La caridad, Los templos, El templo y el Pueblo, Inocencia, La primera comunión, A la Virgen del Pilar, Revelaciones, A Santa Rosa de Lima, América á la sombra de la Cruz*, como testimonios ineludibles é irrefragables.

Y aquí se puede citar mucho, porque es mucho lo que el poeta tiene, que exterioriza su robusta y ardiente alma y la llama de su cristiana inspiración; pero nos contentaremos con pocos versos, y esos tomados de las estrofas de *América á la sombra de la Cruz*.

Después que pinta con fuertes y ajustados colores la obra de conversión de América, la destrucción de las aras y de los dioses, que se cebaban con corazones humanos, atribuye todo

progreso á la Cruz, como es verdad, y excita á América á nunca abandonar su bienhechora sombra:

La Cruz irradia su fulgor de gloria
 Sobre el mundo naciente y lo convida
 Al festín de la ciencia y la victoria,
 Á libar en la copa de la vida.
 Lo lleva de la mano hasta la valla
 Que las ciencias levantan, y le dice.....

Yo te daré mi fe, con ella vuela,
 Vuela del genio á conquistar la palma,
 Do la razón sin fe tiembla y se hiela,
 Como en las horas del dolor el alma.....

Avanzad sin cesar, la Cruz os guía;
 Si infames la olvidáis en la jornada,
 Vuestra frente hollará la tiranía,
 Seréis hombres sin fe, no valdréis nada.

Creo que el poeta Luis N. Palma nos ha abierto de par en par su pecho y hemos visto su corazón. Corazón que siente tanto los ideales hermosos, que parece que no entiende la maldad de los hombres. Cuando quiere decirnos algo de la revolución, anatematizarla, lo hace, sí, lo hace; pero hablando de oídas, con frases generales, ampulosas; casi estoy por decir que saqueando libros, los libros que había leído. ¡Hermosa alma!

* * *

Y ¿qué decir del poeta?

Ya es algo lo dicho y lo principal.

Que el mismo Nicasio Gallego reconocía que sin imaginación, sin sensibilidad, sin corazón, sin facultades fáciles de sentir la hermosura, de deleitarse en ella, de llenarse y empaparse de ella, no hay poeta.

Y también es verdad que esos infelices que adoran la podredumbre como limpieza, el error como verdad, la maldad como santidad, la vileza como generosidad, la ruindad como nobleza, á Satanás como Dios, serán unos pobres neuróticos, maniáticos, ilusos, si no son unos infames y verdaderos malhechores; pero nunca serán propiamente poetas.

Tampoco serán poetas los que no saben sino hacer frases.

Podrán ser estos respetables señores unos apreciables diccionarios; pero de ahí no pasarán.

Luis N. Palma tenía alma de poeta, y de poeta no iluso, no de seudopoeta.

Lo que ama, merece amor; lo que alaba, merece alabanza; lo que le entusiasma, es digno de entusiasmo.

¿Y la forma?

La forma es varia.

En algunos momentos en que, ó le falta la luz misteriosa del ideal poético, ó no lo llega á penetrar por completo, ó tiene ante sus ojos

reminiscencias de lecturas anteriores (debieron gustarle mucho nuestro Núñez de Arce y Bécquer), en estos instantes hace frases poéticas algo huecas, retumbantes, despegadas de la idea, declamatorias.

Ya del género olímpico, á lo Núñez de Arce:

¡Ya no hay templos, ni dioses, ni oraciones
En el pueblo sencillo,
Ni caen sobre él las bendecidas aguas!
¡El yunque es el altar! ¡No hay más plegarias
Que las que arranca el golpe del martillo
Al hierro enrojecido de las fraguas!

.....
Hoy todo se echa á la infeliz balanza
Del cálculo mezquino,
El corazón, el alma y la esperanza.
Hoy todo desmerece,
¡La virtud y la ciencia!
Todo en subasta pública se ofrece,
¡El pudor, la honradez y la conciencia!
Que en su incansable espíritu de empresa,
Por conseguir un bien que no comprende,
¡El siglo del vapor todo lo pesa!
¡El siglo del vapor todo lo vende!

Ya del género llorón, á lo Gustavo Bécquer:

Me ha herido por la espalda ese villano [®]
Con espantosa saña;
Llevaba del anónimo cóbarde
La impenetrable máscara.....

Salvas estas ligerísimas notas, que pueden pasar por tanteos de un carácter poético que

se va formando y que vacila sin encontrar la forma que más le corresponde para vaciar sus pensamientos; la expresión poética del vate argentino es sincera, suelta, noble, acomodada y llena de galas naturales, y no por eso menos escogidas. Es verdad que de cuando en cuando se echa de menos algún rozón de la lima para quitar asperezas de primer original y primera mano; pero son tales estos lunares, que la declamación, el ardor, el fervor poético de seguro los ocultó y aun los oculta. También la muerte acaso impidió una segunda y cuidadosa corrección.

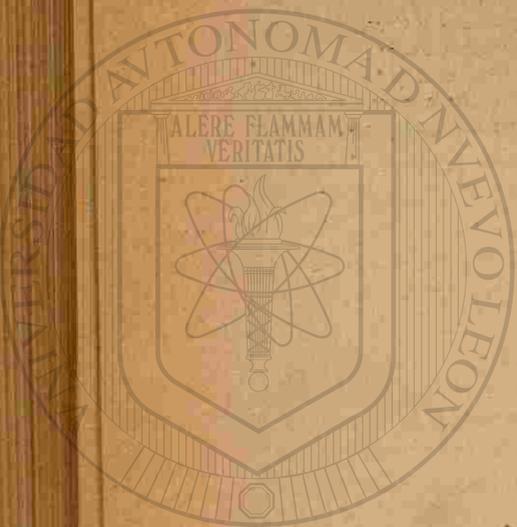
Véase la que, para mí, es bellísima composición, y tal vez la mejor de todo el libro, y con todo, en ella se notarán, junto á las virtudes innegables, los innegables descuidos por aquéllas eclipsados:

INOCENCIA

La niña rubia de cabellos de oro,
La de ojos puros como el lago azul,
Duerme en la cuna que el amor columpia
Y envuelven ondas de rosado tul.

Un ángel bello, con sus alas blancas,
Abiertas como espléndido dosel,
Está velando su inocente sueño,
Y ella, sin verlo, está soñando en él!
Coronas de jazmín llenas de aroma,
Frescas violetas, perfumado azahar,
Embalsaman el viento de esa cuna,
Perfuman el santuario de ese hogar.

Ruidos de alas, estallar de besos,
Notas que vibran, explosión de luz....
Todo llena esa atmósfera de cielo;
Junto á la cuna hermosa está la Cruz.
Duerme tranquila la bendita niña;
E' ángel sigue de su sueño en pos.
¿Sabéis quién es la niña? ¡Es la inocencia!
¿Y el ángel que la vela? El ángel, ¡Dios!



ÍNDICE

	Págs.
A./M. D. G.	5
De Críticos y de crítica.	11
Críticos bibliógrafos.	63
Crítica literaria y filosófica.	101
De Predicación.	199
Novelas y novelitas.	219
Dii Maiores.	259
Dramas modernos.	309
Versos y poesías.	373
Escritores catalanes.	440
Hispanoamericanos.	476

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

